



YULIÁN SEMIÓNOV

Diecisiete instantes de una primavera

PRÓLOGO DE OLGA SEMIONOVA Y SÉRGUEI STAFFEV
TRADUCCIÓN DE ZOIA BARASH



Table of Contents

Prólogo

A manera de Prólogo

Ternura

¿Quién es quién?

12-II-1945 (18 h 38 min)

15-II-1945 (20 h 30 min)

«¿Por quién me toman ellos?»

(La misión)

Información para un análisis (Goering)

Información para un análisis (Goebbels)

15-II-1945 (23 h 54 min)

Información para un análisis (Himmler)

16-II-1945 (03 h 12 min)

Información para un análisis (Himmler)

Información para un análisis (Dulles)

17-II-1945 (10 h 03 min)

Información para un análisis (Schellenberg)

18-II-1945 (11 h 46 min)

Información para un análisis (Churchill)

18-II-1945 (12 h 09 min)

[8-II-1945 \(12 h 17 min\)](#)

[18-II-1945 \(13 h 53 min\)](#)

[Información para un análisis \(Bormann\)](#)

[La medida de la confianza](#)

[8-III-1945 \(22 h 32 min\)](#)

[Información para un análisis \(Dulles\)](#)

[11-III-1945 \(16 h 03 min\)](#)

[¿Todo está listo en Berna?](#)

[12-III-1945 \(02 h 41 min\)](#)

[Entre amigos](#)

[13-III-1945 \(11 h 09 min\)](#)

[13-III-1945 \(17 h 02 min\)](#)

[¡Busquen a la mujer!](#)

[13-III-1945 \(20 h 24 min\)](#)

[Lo absurdo de la lógica](#)

[Las buenas intenciones](#)

[17-III-1945 \(22 h 57 min\)](#)

[18-III-1945 \(16 h 35 min\)](#)

17 Instantes de una Primavera



YULIÁN SEMIÓNOV



LA GRANADA

 **Cienflores** Editorial

Semiónov, Yulián

Diecisiete instantes de una primavera / Yulián Semiónov ; ilustrado por Diego Tripodi ; prólogo de Olga Semenova ; Sergei Stafeev. - 1a ed. - Ituzaingó : Cienflores , 2020.

Libro digital, EPUB - (Expediciones / 1) Archivo Digital: descarga y online Traducción de: Zoia Barash.

ISBN 978-987-4039-25-5

1. Narrativa Rusa. 2. Novelas. I. Tripodi, Diego, ilus. II. Semenova, Olga, prolog. III. Stafeev, Sergei, prolog. IV. Barash, Zoia, trad. V. Título.

CDD 891.73

Editorial Cienflores

Lavalle 252 (B1714FXB), Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tel: +54-011-2063-7822 / email: editorialcienflores@gmail.com / <https://www.facebook.com/EditorialCienflores/>

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Семнадцать мгновений весны

Seventeen Moments of Spring

Copyright © 1969 Julian Semenov

All rights reserved

© De esta edición Editorial Cienflores y Ediciones La Granada Editores responsables: Maximiliano Thibaut y Raquel Robles Ilustración de tapa e interiores: Diego Flavio Tripodi Adaptación y corrección: Ana Flora Reig Traducción del prólogo: Sergio Murias Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

Prólogo

En agosto de 1973, en el país más grande del mundo, la Unión Soviética, ocurrió un acontecimiento sumamente significativo.

Durante doce noches seguidas, casi no se registraron delitos callejeros en todo el país, el consumo eléctrico aumentó de manera sustancial y el consumo de agua disminuyó. La población soviética (desde médicos a ferroviarios, pasando por docentes y políticos) se sentó diligentemente frente a sus pequeños televisores blanco y negro.

Era la primera vez que se emitía en la televisión soviética una miniserie muy extraña sobre la Guerra (en la Unión Soviética, la “Guerra” era la Segunda Guerra Mundial, que en Rusia generalmente se la conoce como la “Gran Guerra Patria”).

En la serie no se veían ataques de tanques de guerra ni batallas navales. Lo que se mostraba, fundamentalmente, era gente amable y no tan amable, en su mayoría vestida con los uniformes negros de la SS. Y había también un agente secreto, sabio y justo, que a la vez era un hombre común, cercano al sentir del pueblo soviético.

La serie se llamaba “*Diecisiete instantes de una primavera*”, y el nombre del agente era Stirlitz. Pasaron más de cuarenta años, pero Stirlitz aún es querido y apreciado en la Rusia actual. Siguen apareciendo libros sobre este personaje, y se filman nuevos documentales. Es el protagonista de innumerables chistes, caricaturas y otras formas de la cultura popular.

El “Padrino” del James Bond soviético (con quien a menudo se lo compara a Stirlitz a pesar de las diferencias fundamentales en sus métodos de espionaje) es el famoso escritor ruso Semiónov. Yulián Semiónovich Semiónov (cuyo apellido real era Lyandres), como hombre de un destino extraordinario, puso en boca de su héroe buena parte de los pensamientos y las observaciones de su rica experiencia de vida.

La vida entera del escritor estuvo ligada a la historia de Rusia del siglo XX. Entró en contacto con la atmósfera de la “alta política” cuando, siendo un niño en la década del 30, se sentó en el regazo del propio Stalin.

Yulián Semiónov nació en Moscú en 1931. Su padre era editor del *Izvestia*, el principal periódico del país. Su madre era profesora de historia en una escuela. Tras su graduación, Yulián ingresó en el *Instituto de Estudios Orientales* y comenzó a aprender lenguas orientales (tales como el pashtún y el dari, idiomas de los pueblos de Afganistán e Irán). En ese momento (corría 1952), su padre fue detenido injustamente por “asistir al saboteador trotskista Bujarín” que, por otra parte, había sido director de *Izvestia* en la década de 1930.

Esa fue una verdadera tragedia para Yulián, que en aquel momento tenía veinte años. De hecho, adoptó el nombre de Semión como seudónimo literario en honor a su padre. Inmediatamente, Yulián comenzó a luchar por su liberación. Escribió cartas y elevó reclamos, se entrevistó con numerosas personas, golpeó todas las puertas.

Trabajó descargando trenes en horario nocturno durante dos años para poder reunir el dinero necesario para enviar víveres a su padre. En el primer libro publicado del autor, *Agente diplomático*, hay una escena de un allanamiento policial que es enteramente autobiográfica.

El padre del autor, Semión Aleksandrovich, fue liberado en abril de 1954 con su columna vertebral dañada y parcialmente paralizada. Quienes lo conocieron decían que, a sus 47 años, ya era un anciano. Yulián Semiónov dedicó su novela más famosa, *Diecisiete instantes de una primavera*, a su padre.

A mediados de los 50, el futuro escritor comenzó a publicar relatos breves en diversos periódicos populares soviéticos de aquel momento: la revista *Ogonyok*, la *Literaturnaya gazeta*, y el diario *Smena*.

Se trataba en su mayoría de relatos de viaje en los que el autor narraba sus encuentros con personas interesantes: exploradores polares, geólogos, cazadores, trabajadores del bosque boreal.

A partir de ese momento, Yulián Semiónov comenzó a trabajar como periodista de noticias internacionales para los principales periódicos soviéticos.

Ejerció el periodismo hasta el fin de su vida, incluso después de haberse convertido en un escritor de renombre internacional. Ese trabajo a menudo le deparó aventuras en las que su vida corrió peligro.

Cazaba tigres en los bosques boreales, visitaba estaciones polares, relataba la construcción del ferrocarril Baikal-Amur y la apertura de la mina de diamantes. Estuvo siempre en el centro de los eventos más importantes de aquellos años: en Afganistán, en la España de Franco, en Chile, en Cuba, en Paraguay, persiguiendo Nazis que huían de las represalias, a los líderes de la Mafia siciliana, y participando en operaciones de combate con las guerrillas vietnamita y laosiana.

A comienzos de los 60, algunos de los relatos del autor fueron llevados a la pantalla, y rápidamente lo convirtieron en uno de los escritores del género detectivesco más populares de la Unión Soviética.

Pero la verdadera gloria le llegó a Semiónov con una serie de novelas agrupadas bajo el título general de “Crónicas políticas”, cuyo hilo conductor era el personaje principal: el espía soviético Isaev-Stirlitz.

El agente aparecía en las páginas de la novela “No hace falta contraseña”, publicada por primera vez en 1966. Y todos los años que siguieron, hasta los últimos años de su vida, Semiónov fue reconstruyendo la biografía del personaje que había creado, hasta los inicios de su carrera en el servicio secreto. Stirlitz aparece en 14 obras escritas a lo largo de casi 25 años.

El verdadero nombre del héroe es Vsevolod Vladimirov. Nacido el 8 de octubre de 1900 en la región de Transbaikal, donde sus padres se encontraban como exiliados políticos. Allí se conocieron y se casaron. Su padre era Vladimir Vladimirov, un profesor de derecho de la Universidad de San Petersburgo, revolucionario profesional, que una vez discutió con Lenin. Su madre era la ucraniana Olesya Prokopčuka.

Vsevolod Vladimirov comenzó su carrera como cadete en el servicio de prensa del líder de la guardia blanca Kolchak, bajo la identidad del capitán Maxim Isaev. La leyenda del aristócrata Max Otto von Stirlitz surgió cuando fue enviado a Alemania en 1933 tras la llegada al poder de Hitler.

El famoso director de cine soviético (y también amigo íntimo del autor) Roman Karmen hizo la siguiente reflexión acerca del amado héroe de Yulián Semiónov, Isaev-Stirlitz:

“En cada novela, Semiónov traza la evolución de Maxim Isaev y su maduración como comunista, luego como soldado y más tarde antifascista. Vemos a Isaev-Stirlitz durante la Guerra Civil Española; en la época de los combates en las cercanías de Huesca y Haram. Mikhail Koltsov y yo conocimos a esos Stirlitz: los que se enfrentaron a los Nazis en la primera batalla. El lector sigue los acontecimientos que ocurrieron durante la perturbadora primavera de 1941, cuando Hitler lanzó la guerra contra Yugoslavia. La novela “Alternativa”, escrita por Yulián Semiónov en Belgrado y el Zagreb, presenta muchos de los detalles hasta ese entonces desconocidos de la compleja estructura política de la época; vemos a Stirlitz a principios de la Segunda Guerra Mundial, lo vemos en Cracovia, destruida por los Nazis, comprendemos la contribución de Stirlitz al rescate de esta maravillosa ciudad, cuando asistía al grupo del mayor Vihř, seguimos la tarea más peligrosa de Stirlitz durante esos “diecisiete instantes de una primavera”, que tuvo un significado tan trascendental para el destino del mundo en los últimos meses de la guerra, cuando yo era periodista gráfico en el frente, acompañando a nuestros soldados por los caminos del derrotado Reich”.

En 1969, el escritor finalizó la novela más popular de la serie: *Diecisiete instantes de una primavera*, en la cual se basó la miniserie televisiva soviética, dividida en 12 episodios, que llevó la imagen de Stirlitz a la fama mundial y al afecto del público, filmada en 1973 bajo la dirección de Tatiana Lioznova.

Stirlitz era interpretado por uno de los actores más famosos del cine soviético, Vyacheslav Tikhonov, e inmediatamente se convirtió en un héroe popular, el favorito del público, y el protagonista de numerosos comentarios. Su nombre se convirtió en apelativo en la cultura soviética, utilizado para referirse a alguien sutil, con habilidades para la conspiración y, lo más importante, con mucha suerte. Era, y es, admirado tanto por los adultos como por los chicos, que imitan al personaje en sus juegos.

La magnífica actuación de todas las estrellas favoritas del cine soviético (Leonid Bronevoy, Oleg Tabakov, Rostislav Plyatt, Eugen Evtisgneev, Lev Durov), sumada a una historia atrapante, hacen de esta miniserie una verdadera obra maestra del cine mundial.

Por su parte, la novela, sobre la que se basa la miniserie, está construida como un documental. Detrás de cada renglón de la biografía y las actividades del Coronel Maxim Maksimovich Isaev hay personajes concretos del espionaje soviético que luchaban contra el fascismo. Hoy, muchos de sus nombres están desclasificados.

A Yulián Semiónov una vez le preguntaron en una entrevista:

— *“¿Qué pretende darle usted al lector en primer lugar?”*

Y este respondió:

— *“Información. Los libros políticos, ya sea que pertenezcan al género de aventuras o al detectivesco, deben ser lo más fieles posibles a los documentos. El afán humano por obtener información es increíble. Cuanto más fieles somos a los documentos, más informamos a las personas. Por otra parte, quisiera destacar que informar es un concepto complejo. Por ejemplo, creo que Gustave Flaubert efectivamente informaba a la opinión pública europea acerca del destino de la mujer francesa del siglo XIX mejor que nadie, dándole el nombre de Emma Bovary. Uno debe saber dónde, cuándo, quién. Solo así podemos llegar al corazón, a la conciencia de las personas. Luego las personas responden. Las personas informadas no son sordas ni ciegas. Es por eso que la búsqueda de documentos que confirmen mi punto de vista es tan importante para mí.”*

En el éxito de la novela tuvo mucho que ver el hecho de que Yulián Semiónov fue el primer escritor de la Unión Soviética al que se le permitió tener acceso a los archivos clasificados del servicio secreto más famoso del mundo: la KGB.

La razón era muy sencilla: al todopoderoso Director de la KGB Yuri Andrópov (quien, inclusive, más tarde conduciría la Unión Soviética) le agradaba la creatividad del joven escritor, e invitó a Semiónov a interiorizarse de algunos casos interesantes de los archivos de la KGB que podrían ser material para futuras novelas.

En uno de los archivos del Extremo Oriente, el escritor se encontró con la historia de un misterioso joven oficial de inteligencia, asignado por el Director de la Cheka (la primera organización de inteligencia soviética) Félix Dzerzhinsky, a una misión secreta en Vladivostok, ciudad al extremo oriente, ocupada por los japoneses a comienzos de la década de 1920.

Sin embargo, la imagen de Stirlitz creada por Yulián Semiónov también combinaba características de espías soviéticos que luego se volvieron famosos, tales como Kuznetsov, Sorge, Abel, y de otros.

La trama de la novela *Diecisiete instantes de una primavera* se basaba en hechos reales de la Segunda Guerra Mundial, cuando oficiales alemanes intentaron lograr acuerdos secretos con los representantes de las agencias de inteligencia occidentales a fin de lograr la paz de manera paralela (la llamada “Operación Amanecer”).

En febrero de 1945, cuando trabajaba para la contrainteligencia nazi (con grado de Standartenführer, que equivale aproximadamente al de Coronel), el Centro en Moscú asigna a Stirlitz la misión de descubrir a esos líderes del Reich que llevaban adelante negociaciones paralelas con Occidente.

Yulián Semiónov conoció personalmente al menos a uno de los protagonistas de los hechos reales, un empleado de la residencia en Berna del famoso espía estadounidense Allen Dulles–Paul Blum.

Desde al menos 1942, habían existido contactos secretos entre líderes políticos, militares y empresariales del Tercer Reich y de Gran Bretaña y los Estados Unidos, quienes debían lograr un armisticio con los países occidentales de manera paralela, cosa que preocupaba mucho a Moscú.

Desde 1943, cuando Allen Dulles estaba al frente del Centro Europeo para la Oficina de los Estados Unidos de Servicios Estratégicos en Suiza, esos contactos se intensificaron. Los estadounidenses les adjudicaron mucha importancia: la manera en que pudiera concluir la 2da Guerra Mundial en Europa tanto en el frente occidental como en el oriental influiría considerablemente en el balance de poder entre la URSS y sus aliados occidentales en la posguerra.

Dulles siempre sostuvo que, para debilitar la posición de la URSS como futuro oponente, era aceptable y conveniente que los Estados Unidos lograran la paz con Alemania de manera independiente antes de su derrota total. El bando germánico también buscaba la paz con Occidente por distintas vías, entre ellas el Ministro de Asuntos Externos Ribbentrop, Himmler, director de las SS y Kaltenbrunner, director de la RSHA [*Reichssicherheitshauptamt*, la Oficina Central de Seguridad del Reich].

En marzo de 1945 se celebraron dos reuniones entre Dulles y el General Wolf, uno de los líderes de la SS. En particular, se discutió sobre la rendición del grupo alemán en Italia, donde Wolf ejercía una poderosa influencia sobre la cúpula del ejército. Estas reuniones fueron descubiertas por el gobierno soviético, pero el pedido de la Unión Soviética de invitar a sus representantes fue desoído.

Stalin acusó frontalmente a los aliados de complotar con el enemigo a espaldas de la URSS, que cargaba con la parte más pesada de la guerra. El conflicto llegó a su fin en abril de 1945, después de un intercambio de ásperas cartas entre Stalin y Roosevelt. Dulles recibió el orden de interrumpir el contacto con Wolf.

Las negociaciones continuaron con la participación de la URSS, y concluyeron con la rendición de Alemania, firmada el 29 de abril en presencia del representante soviético pero, formalmente, esta vez se trataba de un ejército frente a otro ejército, no de un miembro de un servicio de inteligencia frente a un representante de la SS.

En la novela, sin embargo, estos hechos históricos se combinan talentosamente con la ficción. En la versión de Semiónov, fue la compleja intriga urdida por Stirlitz la que desbarató las negociaciones secretas.

Pero no es solo una intrincada trama urdida con habilidad lo que hace interesante a “Diecisiete instantes de una primavera”.

Esta novela (luego convertida en miniserie de TV) recrea magistralmente la atmósfera de los últimos meses del régimen Nazi (por otra parte, el escritor había visto la Berlín reducida a ruinas en su infancia, cuando viajaba a visitar a su padre, que trabajaba allí como corresponsal de guerra en 1945).

Plagada de información histórica interesante, esta obra maestra se fijará en la memoria del lector por sus famosas digresiones líricas y filosóficas, en las que Stirlitz ciertamente actúa como una suerte de filósofo ético y social.

Muchos protagonistas de la novela y de la miniserie se transformaron en personajes famosos de la cultura popular rusa (como Müller, director de la Gestapo). Después de ver la miniserie, el entonces Secretario general del Partido Comunista Leonid Brezhnev ordenó inmediatamente a sus asistentes que encontraran al tal Stirlitz y lo recompensaran generosamente. Le explicaron que Stirlitz era un personaje de ficción. “Una lástima”, se lamentó.

Pero Yulián Semiónov no era de esas personas que se duermen en los laureles.

En todos los años siguientes, las novelas de este ciclo en las que figuraba Stirlitz aparecieron una tras otra: *Versión española* (1973), sobre el trabajo de Stirlitz en España en 1938; *Alternativa* (1974), en la que la acción se centra en Yugoslavia en la primavera de 1941; y *Tercera carta* (1977), en la que Stirlitz recibe un encargo de la Central consistente en comprometer a los nacionalistas ucranianos frente a los líderes nazis a comienzos de la Gran Guerra Patria.

En la década de 1980, el ciclo continuó con las novelas *Orden de sobrevivir* (1982), sobre los últimos días del Tercer Reich, en mayo de 1945; y tres novelas de la serie *Expansión* (1984-1987), referidas al trabajo de Isaev-Stirlitz en Europa y América Latina después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

En 1988 se publicó la última novela del ciclo, *Desesperación*, marcada por la tragedia del retorno del espía a la URSS de posguerra tras el éxito de su misión consistente en descubrir a los criminales nazis refugiados en Argentina.

A pesar de ello, al volver a su patria no lo esperaban premios sino nuevas pruebas. A su regreso, es enviado al gúlag, donde solo la resistencia y el profesionalismo de un verdadero agente secreto le permiten sobrevivir.

En aquellos años, se imprimieron más de 100 millones de copias de la serie en todo el mundo, traducida a más de 25 idiomas.

La imagen del agente soviético creado por el autor se convirtió en un verdadero patrimonio nacional, y hasta al mismo Semiónov a menudo se lo apoda con humor Yulián Stirlitz-Semiónov.

Yulián Semiónov se divertía con la popularidad de su creación: a menudo, en tono de broma se refería a su casa en el pueblo de Oliva, en Crimea, como “mi villa Stirlitz”.

Nos produce un gran placer publicar esta primera edición ilustrada de la novela “Diecisiete instantes de una primavera” en Argentina.

Yulián Semiónov trabajó allí como periodista en los 70 y 80. En ese país, al que conoce y ama, se desarrolla la acción de sus últimas novelas protagonizadas por Stirlitz (de la serie “Expansión”). El agente soviético trabaja como instructor en un centro de esquí en Bariloche, mientras persigue a Müller, refugiado en Chile.

Confiamos en que los lectores argentinos apreciarán el estilo artístico del escritor ruso Yulián Semiónov y pasarán varias horas placenteras, inmersos en la sociedad y en los héroes literarios que surgieron de su imaginación, y acaso se verán atraídos por el resto de su obra.

Con afecto y respeto desde la lejana Rusia,

Olga Semiónova

Sergei Stafeev

A manera de Prólogo Ternura *Dedicado al artista del pueblo de la
República Federativa Rusa, Viacheslav Tijonov.*

«¿Por qué corre ella así? Son viejas las baldosas, están mal colocadas, se torcerá un pie», pensaba Isaiev asustado, observando a Sashenka, que corría a lo largo del andén de la estación Kasanskaia. Incluso frunció el ceño, porque imaginó su caída y le pareció terrible. Nada hay tan ofensivo como una mujer joven y bella cayendo en plena calle.

«No tiene por qué correr así — pensó de nuevo—. De todos modos, ya estoy en casa».

Rosa también corría así, asustada, por la oscura calle de Cantón; la perseguían dos hombres, uno le tiró una botella que le dio en el cuello. Rosa cayó sobre el asfalto y Maximin Maximovich sintió que se le enfriaban las palmas de las manos: primero se enfriaba la piel, después se entumecía, y cuando la sangre brotaba notaba en las manos un calor insoportable.

—¡Ahora! —gritó a Sashenka—. ¡Espera! ¡Detente! ¡No corras así! ¡Detente, Sashenka!

—Lo que necesita es una mujer. Una buena mujer. ¿Le gustan flacas o como las de Rubens?

—No me gusta jugar a la psicoterapia, doctor. No estoy enfermo. Todo el tiempo tengo ganas de dormir, pero cuando me acuesto, el sueño no llega. Me siento cansado. Las mujeres no ayudan.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces es que no ha encontrado su pareja. Algo en ellas le habrá irritado. La mujer tiene que ser armoniosa, y eso a usted lo debe cansar; la armonía cansa mucho... Obsérvese en un museo: ya después de la tercera sala le entran unas ganas insoportables de dormir, pero tratando de no parecer un nuevo rico, mira usted los cuadros con ojos desorbitados y se está largo rato leyendo los nombres de los pintores en las placas metálicas para salvarse de los bostezos. ¿No es cierto?

—Me gusta la pintura.

—¿Qué quiere decir? ¿Es usted una excepción? ¿No bosteza en los museos?

—No bostezo.

—Es anormal. A todo el mundo le entra sueño en los museos. Usted dice: «No soy psicópata». Pero, en mayor o menor grado, todos somos psicópatas, aunque algunos saben fingir.

«Tengo que soportar una semana más —pensó Isaiev—; dentro de una semana me meteré en un barco, me dormiré en seguida y acabará este horror. Pero tendrá que recetarme algo fuerte, porque de otro modo no aguantaré, sé que no aguantaré...»

—En la farmacia inglesa me dijeron que había llegado un «preparado del sueño», que es una garantía contra el insomnio.

—¿Y usted cree aún en garantías?— El doctor lanzó una carcajada y, levantándole el párpado izquierdo, echó su aliento de borracho sobre la cara de Isaiev—. Mire hacia abajo. Hacia mí. A la izquierda. Ahora a la derecha.

«Moscú huele distinto, huele a tilos en flor —se dijo Isaiev—. En otoño también huele a tilos en flor, si uno va al bosque por la mañana temprano cuando el campo parece una cortina de brocado que cubre el cielo y hay que pintarlo de una manera dura y precisa, sin adornos y sin tratar de embellecerlo aún más... Es posible que aquí huelo a tilos en flor, porque ha llovido recientemente y el andén es negro y está resbaladizo, hinchado por las aguas primaverales; caerse en ese andén no es vergonzoso: uno resbalaría sobre él como lo hacía en la infancia por el montecillo de hielo de diciembre, y no habría ningún desamparo ni humillación en ello, pero que no caiga Sashenka. Por lo visto, lo ha comprendido. Me está mirando, camina más despacio, la locomotora resopla con más lentitud y ya es posible saltar al andén; aunque no, no hay que darse prisa; es decir, sí hay que darse prisa, aunque me acuerdo demasiado bien del cuento de Kuprin en el que un ingeniero, que se apresuró por ver a su familia, cayó bajo las lentas ruedas del tren en el momento en que sólo faltaban los dos últimos minutos, los más largos y superfluos de todo el camino... ¡Oh, cómo la quiero! Pero la quiero como estaba en aquel momento en el muelle de Vladivostok, asustada, mía, hasta la última gota, mía; toda ella al descubierto, y me pertenecía, y todo lo sabía de antemano: cuándo estaba triste y cuándo reía, y ahora han pasado cinco años y es la misma, pero tal vez completamente distinta, pues yo soy otro, y... ¿cómo la pasaremos juntos? Dicen que las separaciones son la “prueba” del amor. No se trata de contraespionaje: es el amor. Aquí todo lo determina la confianza. Si tratásemos alguna vez de probar el amor como lo hemos aprendido a hacer con la lealtad, se produciría una traición, más terrible que la de una noche casual de ella con alguien o la de una mujerzuela ocasional conmigo.

«¡Tren, detente! ¡Tranquilízate! ¡Cobra aliento! Ya hemos llegado. Detente».

El doctor abrió los dedos, y sólo en ese instante sintió Isaiev dolor en el párpado.

—El preparado del sueño —dijo el doctor, encendiendo un largo habano— lo hace, en Cantón, Israel Mijailovich Rudnik. Como nuestro sistema estatal, pasado y actual, provoca desconfianza crónica en todo el mundo civilizado, Rudnik envasa su invento en cajitas inglesas. Se las han hecho aquí, en Shanghai, y todo el mundo las compra como rosquillas. Lo más asombroso es que la gente de Ioffe, del Consulado general, ha comprado un gran lote del «preparado inglés». Parece que en el Kremlin hay alguien que no puede dormir.

«Pues yo me dormiría aquí —pensó Isaiev—. En la consulta de los médicos, si uno no tiene cáncer, se siente la tranquilidad de lo inmortal. Las ilusiones son la garantía más segura del bienestar humano. Por eso al cine lo llamaban “la gran ilusión”. Deberían hacer películas sobre la felicidad; pero no, siempre filman desgracias, siempre sufrimientos».

—¿Le gusta la miel?— preguntó el doctor sentándose a la mesa— ¿La de tilo, o la miel blanca?

—Solamente a los tontos no les gusta —contestó Isaiev—. Pero yo soy pragmático, doctor. No creo en curaciones con miel, hierba y paseos. Creo en las pastillas.

—Excelentísimo señor, un verdadero galeno se parece a una ramera del puerto; ya que usted me paga, estoy dispuesto a cumplir cualquiera de sus deseos. ¿Quiere píldoras? Pues en seguida lo arreglaremos. Pero si lo que quiere es dormir, miel, paseos y hierba.

—¿Raíz de valeriana, hierbabuena y un poco de salvia?

El doctor miró a Isaiev por encima de las gafas. Cuando miraba a través de ellas, sus ojos parecían muy grandes, como los de una mujer encinta y, al mismo tiempo, vigilantes.

«La medicina será impotente hasta tanto la Humanidad no acabe con la mentira —pensó Isaiev—. Le estoy diciendo mentiras. Hablando con más exactitud, no le digo la verdad. Si le hubiera dicho que no puedo dormir porque espero el regreso a casa, allí, entre los míos, no necesitaré ningún remedio; y que el insomnio comenzó hace un mes, porque Walter me habló de la próxima salida (no se puede hablar a un hombre de felicidad si no es posible ofrecérsela en seguida), entonces sabría él dónde radica la causa de mi insomnio».

—Buenos días, mi amor...

—Maximushka... Maxim Maximich... Maxim...

—Buenos días, Sashenka ¿Cómo estás?

«¿Qué estoy diciendo? Las palabras están gastadas como monedas ¿Eran acaso esas palabras las que le había dicho todos aquellos años, cuando soñaba con ella? ¿Por qué nos

avergonzamos de expresarnos? ¿Es sincero el hombre sólo cuando habla consigo mismo, en secreto y sin emitir sonido alguno?»

—¿Qué raro! Preguntaste «¿Cómo estás?» ¿Por qué me lo preguntas, Maxim?

—Siempre me pareció que tenías ojos grises y ahora veo que son azules.

—¿Por qué no me besas?

¡Qué labios tan suaves y tiernos tiene...!

Seguramente, sólo las mujeres que aman tienen esos labios dóciles, que se esfuerzan por callar y no pueden callar, ni tampoco hablar; por eso tiemblan todo el tiempo y tienes miedo de que digan lo que tanto temes oír; por eso, bésalos, Maxim, besa esos labios secos, suaves, y no mires su cara, ni trates de comprender por qué cierra los ojos y tiene lágrimas en las mejillas. ¿Tal vez con ellas se va la desgracia? ¿Quién es culpable de su desgracia? ¿Tú? Tú ¿Quién más? Tú la dejaste durante estos cinco largos años; no la pudiste encontrar, aunque la buscaste; no le escribiste ni una sola vez una sola palabra. ¿Quién más puede ser culpable de su desgracia? *Su* desgracia... Nuestra desgracia, o, más exactamente aún, *mi* desgracia. Porque yo puedo perdonar, pero nunca olvidar...

—¿No ha tenido sífilis? —le preguntó el doctor. —Entonces le tranquilizaremos la «cabeza» con mercurio... Durante la epidemia de tifus, muchos contrajeron sífilis y no lo sospechan. Hace poco hicimos una autopsia curiosa: destripamos al coronel Rosenkranz... Se creía que se trataba de una apoplejía; bebía mucho, pero en la «cabeza» le encontramos un tumor sifilítico de tercer grado. Sus hijas están en edad de casarse. Y aquí tiene un problema para una mente ágil: ¿Dónde está la frontera entre la moral y el deber? Tenemos que obrar de manera inmoral: llamar a las muchachas para hacerles un reconocimiento. Los chinos y los ingleses insisten. Shanghai —dicen— es el puerto más limpio de China. Rosenkranz, antes de morir, no pegó un ojo durante tres semanas; se desgañitaba. Pensábamos que tenía el síndrome de la resaca y que le había subido la presión. Pero no... no le hablo de sífilis por casualidad.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Veinticinco dólares. Para la leche de los pequeños y la avena, que acaba de subir de precio. Hace un año cobraba quince, pero ahora estoy acumulando papelitos verdes. Quiero irme a Australia, allí no hay tanto color amarillo, casi no hay ningún compatriota, tampoco muchos médicos... Entonces ¿qué pildoritas vamos a tomar? ¿Las inglesas de Cantón, o las de Israel Mijailovich? ¿O prefiere la miel con agua por la noche y un paseo hasta que le brote el sudor en la espalda?

—Deme las píldoras.

...Tacatata, tacatata. El golpear de los cascos como una música. La mata de pelo del cochero es ondulada, color trigo.

—Ahora empezará a cantar —susurró Sashenka—; cuando venía para acá, cantaba muy bien.

—¿A lo largo del río, a lo largo de Kazanka?

—No ¿Por qué estás sentada hasta la medianoche en la ventana abierta...?

—¿Por qué estás sentada, por qué te angustias? ¿A quién, bella, esperas? Ni un solo transeúnte en la calle. ¡Qué raro!

—No, Maximushka, allí hay gente ¿Ves cuántos son?

—No veo a nadie, ni oigo nada...

—¿Oyes el tacatata, tacatata?

—Dame tu mano. No, la palma. La tienes más suave que antes... Me gustan mucho tus manos ¿sabes? Me despertaba por la noche, sentía tus manos en mi espalda y tenía miedo de abrir los ojos, aunque sabía que tú no estabas a mi lado... Fue terrible. A veces veía a mi padre vivo, alegre, y de repente me abrazabas y sentía las líneas que tienes en las palmas y tus dedos tiernos, largos, de yemas suaves, secas y calientes... ¿Me sentías tú también en los sueños?

Tacataca, tacataca...

—¿Sabes qué más cantaba, Maximushka?

—Cantaba *Vuelan los patos, vuelan los patos y dos gansos.*

—¿Por qué no me contestas, Sashenka?

—No sé qué decirte, querido mío...

—¿Es usted de Petersburgo, o un personaje de la capital? —preguntó con interés el doctor Petrov, guardándose el dinero en la cartera verde y ajada.

—Del Báltico.

—¿Letón?

—Casi...

—Habla muy bien el ruso.

—Mezcla de sangres.

—Un hombre feliz. No importa cuál, pero es una patria. ¿Por qué no se va a Revel?

—No me sienta el clima —contestó Isaiev, guardándose la receta en el bolsillo.

—¿Llueve mucho?

—Sí, mucha humedad, y el tiempo cambia cinco veces al día.

—Aunque en Petersburgo cambiara el tiempo cien veces al día —suspiró el doctor—, y no me llamaran más que con el meñique, correría cerrando los ojos, correría.

—Ahora ya dejan entrar.

—He perdido la fe. Primero era «maten al burgués», después, «aprendan del burgués». Antes, unos impuestos rigurosísimos, y ahora, «enriquezcanse»... En general temo a los niños, mi querido señor; hacen mucho ruido, son crueles y egoístas. ¿Y si los niños, además, dirigen un Estado? Cuando impriman las leyes en bronce, cuando aprendan a cumplir los compromisos, cuando se hagan europeos... Esto sólo será posible en la tercera generación: cuando el hijo de la cocinera termine sus estudios universitarios. El nieto de la cocinera dirigirá el Estado. Creo en eso: disminuirán las emociones y los amaestrará el progreso. Mi difunto suegro ¿sabe? tenía pasaporte británico, pero era ruso; tenía la nariz como una patata y se atracaba de tortas y caviar que agarraba con las manos. Pero cuando llegaba a Petersburgo, casi lo recibían con salvas de cañones. Nos gustan los extranjeros, somos respetuosos con el forastero... Obtendré un pasaporte en Australia, cambiaré mi apellido Petrov por Peterson, y entonces volveré y entraré en caballo blanco. Cuando diga: «Tómalo, sírveme, vete al diablo», me perdonarán. A un extranjero se le perdona todo...

En la calle, Isaiev sintió náuseas, y ante sus ojos se elevaron dos grandes círculos verdes. Eran iridiscentes, vacilantes como los círculos alrededor de la Luna durante los fríos navideños en la Rusia sin bosques. «Así era la Luna, cuando iba con papá de Orsk a Orenburg —recordó Isaiev—. Me llevaba en las rodillas, y pensaba que yo dormía, pero continuaba tarareando la canción de cuna: *Duerme, mi bien, duerme, mi bien, en la casa se apagaron las luces, los pájaros se durmieron en el jardín, los pececitos se durmieron en el estanque, duerme...* Después tarareaba la melodía, porque memorizaba mal los versos, y de nuevo

comenzaba a susurrar lo de los pájaros dormidos en el jardín... Si estuviera vivo, seguramente podría dormirme ahora, me obligaría a oír su voz y sabría que existe en el mundo una persona que me espera. No me volvería loco a causa de la espera, ni por la fe o la falta de fe, la esperanza y la desesperación».

El farmacéutico, dando la vuelta a la receta del doctor Petrov, suspiró.

—Le doy la última cajita, Sir. —El viejo chino hablaba un inglés de Oxford que a Maxim Maximovich le pareció algo vacilante e iridiscente, como los círculos que tenía en sus ojos, algo irreal y cómico—. Es un preparado maravilloso, una combinación de la medicina tibetana, nacida de la comprensión del gran misterio de las hierbas, y la farmacología moderna europea.

—¿Dónde aprendió inglés?

—Trabajé durante treinta años como criado en casa del doctor Woods.

—¿Qué edad tiene?

—Todavía soy relativamente joven —sonrió el farmacéutico—. Sólo tengo ochenta y tres años; para un chino es la edad de la «naciente sabiduría».

—¿Y cuántos me echa a mí? —preguntó Isaiev, llevándose a la boca una píldora de la cajita del «preparado del sueño».

—Me es difícil decirlo —contestó el farmacéutico—. Todos los europeos me parecen asombrosamente iguales... Es la misma cara... Tendrá usted cuarenta y cinco años ¿no?

—Gracias —dijo Isaiev y se tragó otra píldora—. Gracias. Se ha equivocado en dieciocho años.

—¿Acaso tiene más de sesenta?

—No. Tengo veintisiete.

—¿Tu ventana está en el quinto piso y tiene cortinas azules?

—¿Cómo lo sabes, Maximushka?

—Ya lo ves...

—¿Alguien te lo escribió?

—Nadie me lo escribió. Pero estas cortinas las hiciste en Vladivostok, cuando me mudé de Gniloi Ugol a Poltavskaia; cortinas azules con lunares blancos y fruncidos a los lados.

—Fruncidos. Nunca te oí esa palabra, y me daba vergüenza pronunciarla en tu presencia.

—¿Por qué, Sashenka?

—No lo sé. Nosotros nos inventamos el uno al otro. Conocemos algo de este ser inventado, otro algo lo ignoramos y, poco a poco, nos vamos olvidando del que empezamos a amar, nos volvemos a nosotros mismos, y el agua coge su nivel. Al hombre que se quiere hay que temerle un poco: por si se va, por si se enamora de otra; las mujeres son tontas, quieren amurallar al hombre con falta de libertad, y después ellas se cansan de la tranquilidad, como los vencedores en las luchas del circo.

—¡Qué escalera tan oscura!

—Los niños quitan las bombillas.

—¿Por qué hablas tan bajito?

—Te tengo miedo.

—Cerveza, por favor. Rubia. Fría. Muy fría.

El propietario del pequeño bar alemán le sirvió la cerveza a Isaiev. Casi siempre se sentaba a su mesita y hablaban de Alemania: Karl Nitche era oriundo de Munich, donde Maxim Maximovich había vivido cinco años con su padre.

—Con este calor, lo mejor es tomar la cerveza algo caliente, mi querido Max. Se le puede enfriar la garganta si la toma helada con este calor ¡Qué mala cara tiene! ¿Está enfermo?

—Sano como un toro, Karl. Un poco cansado.

Dos muchachotes se sentaron junto a la escalera que conducía al sótano y gritaron como cupletistas, a dos voces: —¡Camarero, cerveza!

—Son rusos —susurró Karl—. Ahora pedirán vodka y pan negro... Los rusos, aunque delgados, jóvenes y educados, son puercos. Perdona un momento...

Se levantó de la mesa y gritó hacia el sótano, apoyándose en el pasamanos de la escalera: — ¡Dos cervezas, rápido!

«Sería interesante saber si estos muchachos me han sorprendido en la farmacia o han esperado que saliera de lo del médico —pensó Isaiev—. Seguramente, me esperaban cerca de la casa del médico. Pero no he notado que me siguieran. Mal asunto, pero que muy malo...»

«Cree que estoy dormido —se dijo Isaiev—. También a ella la engaño con mi respiración acompasada, con mi mano pendiendo de la cama y el cuello estirado... Me veo desde fuera incluso cuando duermo ¡Qué horror! Y si le digo que me doy cuenta de que está a mi lado, de que me mira a la cara, de que veo temblar la venita azul de su cuello, de que se cubre el pecho con el brazo izquierdo, y cuánto dolor veo en sus ojos, me consideraría el último canalla, porque creería que la estoy mirando a través de los párpados semicerrados. ¿Tal vez la miro a través de los párpados semicerrados? No. Mis ojos están cerrados; simplemente la veo porque estoy acostumbrado a sentir todo lo que está cerca de mí. Yo pensaba que esto me ocurriría solamente allí, detrás de la frontera; pensaba que en casa todo esto desaparecería y me convertiría de nuevo en un hombre común, como todos, y no sentiría esta constante tensión interna. Pero, por lo visto, es imposible y siempre seré así: alguien que sólo cree en sí mismo y en dos enlaces: Rosa y Walter, en nadie más. Tengo que engañarla, tengo que volverme torpemente y abrir los ojos, pero no de pronto, para no asustarla, sino poco a poco: primero estirarme, después empezar a murmurar algo y, por fin, de un tirón, sentarme en la cama y abrir los ojos. Así tendrá tiempo de cubrirse con la sábana. Sin duda se tapaná con la sábana y se secará los ojos, porque está llorando».

Últimamente, Isaiev vivía en un hotel cerca del puerto, y todas las ventanas de su cuarto daban al muelle. Se pasaba horas apoyado en el alféizar mirando los barcos de Rusia. Al principio, se paraba junto al muelle donde atracaban los buques soviéticos; pero después de haber visto a su lado a dos mozos de la Unión de Liberación que simulaban contemplar los barcos sólo cuando él advertía su presencia, dejó de ir al puerto. «Cuídate, que Alguien te cuidará», le decía el cazador Timoja, temiendo pronunciar el nombre de Dios en vano, porque los rojos «no entienden nada de eso y, además, se ríen».

A pesar de que los jóvenes del contraespionaje blanco habían empezado a seguirlo, Isaiev había transmitido en varias ocasiones a Dzerzhinski el informe de que los emigrados de Shanghai —y, por supuesto, los de Dairen— no eran ya una fuerza real y que esos juegos a complots, chequeos y planes a largo plazo no eran sino un medio de conseguir dinero para alimentar a sus familias. Los más listos se dedicaron al comercio, y los más ricos se fueron a los Estados Unidos; en la política, en el «movimiento de liberación», quedó gente desgraciada, condenada, tontos que cifraban sus esperanzas en un milagro: la explosión interna, la guerra en Occidente, la intervención desde Oriente. Los emigrantes políticos reunían dinero en míseras cantidades, mandaban emisarios, unas veces a Tokio y otras a París, pero los echaban de todas partes. Moscú ofrecía concesiones: esto era una ventaja real y no quimérica. Los emigrantes eran mirados como parientes pobres que molestan y a los

que no se les puede echar, pero tampoco se les puede dar dinero: acabarían por malcriarse definitivamente.

Sin embargo, Dzerzhinski criticó fuertemente a Isaiev.

—Hay que analizar con más profundidad y amplitud —replicó—. La situación es tal, que la emigración no conviene en modo alguno a los gobiernos de Europa y, además, está internamente dividida. No obstante, si en el mundo aparece una fuerza extremista organizada y dirigida, la emigración encontrará el apoyo más amplio. Los contactos de Savinkov permiten señalar que esa fuerza será la de los fascistas de Mussolini, y los nacionalsocialistas de Hitler, que lo siguen.

—¿Enciendo la luz, Maximushka?

—Pero aún se ve ¿no?

—Sí. Pero a mí me parece que ya es de noche.

—Ven, Sashenka...

—¿Tomarás té?

—Ven a mí...

—He calentado el agua en el infernillo ¿No quieres lavarte, después del viaje?

—Quiero que te acerques a mí, Sashenka.

«Me parte el corazón su modo de mirarme. Se ha puesto los brazos en el pecho, como si rezara. Niña, amor mío, qué miedo he sentido por ti durante todos estos años...! No me mires así. Estaré callado. No preguntaré nada de nada. Tampoco me preguntes. No debemos humillarnos con la mentira».

Después de la muerte de Dzerzhinski, a Isaiev le pareció que lo habían olvidado. Dirigió a la Lubianka ocho cartas cifradas pidiendo permiso para ir a Moscú: sus nervios se resentían. No había respuesta. Pero, un mes antes, Walter le había transmitido la orden de que se alojara en ese hotel y esperase la llegada de nuevos documentos para salir de China, y todo el mes lo había pasado insomne, andando por la ciudad hasta sentir mareos o náuseas; se sentaba en el banco de un parque, cerraba los ojos, se hundía en una pesada modorra de diez minutos y, entonces, le parecía como si alguien le diera un golpe en la cabeza: «No duermas! ¡Abre los ojos! Tienes que resistir una semana más ¡No duermas!»

...Isaiev estaba sentado en el alféizar, viendo cómo la penumbra invadía la ciudad. Esperaba, al fin, sentir deseos de dormir, pero mientras más se acercaba el día de la partida, más terrible le resultaba volver a la habitación. Los cinco años pasados en Shanghai, Cantón y Tokio se encarnizaban ahora con un frío interior y una constante sensación de estremecimiento y miedo. Lo mismo le ocurría en la infancia, cuando planeaba con su padre ir a Grenoble y estaba esperando el viaje todo el año como una fiesta a la vez que se preguntaba: «¿Y si luego no hiciéramos el viaje?» Esperaba sin cesar tener ganas de acostarse y de estirarse hasta que los huesos crujieran, con los brazos debajo de la cabeza, viendo la cara de Sashenka cerca, muy cerca, y dormirse después, y despertarse cuando sólo faltaran cinco días para la partida.

—Te quiero mucho, Maxim; tal vez sólo ahora he llegado a comprender cuánto te quiero...

—¿Por qué sólo ahora?

—Porque se espera lo soñado, pero se quiere lo nuestro.

—¿No es al contrario?

—Tal vez sea al contrario. Ahora no tenemos por qué hablar, querido. Estamos diciendo tonterías como si jugáramos al escondite. Déjame quitarte la corbata, agáchate.

«Antes no sabía quitarme la corbata», pensó Isaiev, y tomó entre sus manos los dedos helados de ella y se los apretó.

Llamaron a la puerta suave y cautelosamente; pero como el pasillo estaba cubierto por una gruesa alfombra que ahogaba los pasos, la suave llamada se oyó como un trueno. Maxim Maximovich, llevándose la pistola al bolsillo de la chaqueta, dijo: —Adelante.

Walter vestía un traje de dril blanco, manchado con gotas de vino tinto.

—Toma —dijo alargando el sobre—, para ti. —Su resonante dialecto bávaro resultaba hoy especialmente brusco.

En el sobre estaba el pasaporte alemán a nombre de Max Otto von Stirlitz y el billete de primera clase para Sidney.

Walter cerró los ojos y empezó a hablar. Memorizaba fácilmente los datos cifrados después de apuntarlos dos veces en varias hojitas de papel.

Camarada Vladimorov: entiendo la magnitud de sus dificultades, pero la situación es tal que no tenemos derecho a aplazar para mañana lo que podemos hacer hoy. La documentación que le

enviamos «para Stirlitz» es totalmente segura y le ofrece la posibilidad, dentro de dos o tres años, de infiltrarse en las filas de los nacionalsocialistas de Hitler, quien ha publicado hace poco su programa de acción: Mein Kampf. Nuestros hombres le encontrarán en Hong-Kong, "Hotel Londres», habitación 96, reservada a nombre de Stirlitz, y le entregarán fotografías, álbumes familiares y cartas para usted, de Stirlitz padre. El trabajo de aprenderse la historia le llevará diez días. Menzhinski.

—Ahora vete —dijo Isaiev—. Vete, Walter, porque tengo mucho sueño. Quiero dormir mucho.

Walter vio la cajita del «preparado del sueño» y sonrió. —La psicoterapia es una gran cosa —comentó—. Rudnik hace este preparado con aspirina y valeriana. Es una engañifa.

—Es posible —convino Isaiev—. Pero ahora quiero dormir, no por Rudnik ni su preparado. Todo ha vuelto a su cauce y hasta estoy contento, porque un hombre liberado del presidio teme la libertad.

—Debes dormir, Maxim.

—No puedo.

—Por favor, duérmete, querido.

—No puedo ni tengo deseos de dormir.

—Te suplico que duermas... Cuando despiertes, será de noche, volverán a pasar estos cinco años y será como si nunca nos hubiéramos separado.

—¿A qué olía la casa de Timoja?

—A miel y estopa.

—¿A qué más?

—No me acuerdo.

—A nieve. A nieve de marzo.

—Por favor, por favor, duérmete, Maximushka.

—No me gusta engañarte.

—Vuélvete, te acariciaré y te dormirás.

—¿Me has querido siempre?

—Sí.

—¿Siempre, siempre?

—Sí.

—¿Y...?

—¡Sí, sí, sí, duerme!

—¿Por qué lo dices tan rudamente?

—Porque tú me lo has preguntado así.

—¿No tengo nada que preguntar?

—Nada. Duerme, querido, por favor, te lo suplico, duerme... Ya ha pasado todo y estás en casa... Duerme...

—Desde Berlín es más fácil regresar a casa que desde aquí.

—Sí. Tienes razón. Lo entiendo todo. Pero ahora vete, me acostaré y me dormiré. Me siento como un perro que se ha cansado de ladrarle a un hueso. Y no sé bien lo que digo. Puedo decir alguna inconveniencia y te ofenderías. Vete, vete, Walter...

Él volvió a casa en junio de 1946: diecinueve años, siete meses y cinco días después de su encuentro con Walter en Shanghai, en el piso 12 del «Hotel Británico».

Moscú.



A la memoria de mi padre

¿Quién es quién?

Al principio, Stirlitz no podía creerlo: en el parque cantaba un ruiseñor. El aire estaba helado, y aunque por los alrededores se advertían tímidos signos primaverales como en una acuarela fina, la nieve aún permanecía compacta, sin ese tímido azul interno que precede siempre al deshielo nocturno.

Los viejos y poderosos troncos de los árboles eran negros; el parque olía a pescado recién congelado. Aún no se percibía el intenso olor a pino y a álamo temblón, podridos desde el año anterior, que acompaña a la primavera; pero el ruiseñor cantaba con todas sus fuerzas: un torrente de trinos y cadencias, frágiles e indefensos en aquel parque sombrío y tranquilo.

Stirlitz recordó a su abuelo. Aquel viejo barbudo de cejas espesas sabía hablar con los pájaros. Llamaba a los estorninos y se sentaba bajo un árbol para contemplarlos durante largo rato, hasta que sus ojos empezaban a parecerse a los móviles ojos de los pájaros, y éstos no le tenían ya miedo alguno.

—Fiu, fiu, fiu —les silbaba su abuelo.

Ellos le respondían confiados, alegremente.

Con la puesta del sol, los negros troncos de los árboles volcaron sus sombras uniformes y lilas sobre la nieve blanca. «Se helará, pobrecito —pensó Stirlitz y, envolviéndose en el capote, regresó a la casa—. No es posible ayudarle: sólo hay un pájaro que desconfía de la gente: el ruiseñor».

Consultó el reloj: las siete en punto.

«Ahora vendrá —se dijo—. Siempre ha sido puntual. Le dije que viniera de la estación a través del bosque, para que no se encontrara con nadie. Esperaré. Es agradable esperar rodeado de tanta hermosura».

Stirlitz recibía siempre a aquel agente allí, en la pequeña villa junto al lago. Aquella vivienda clandestina resultaba cómoda y tranquila, alejada de las miradas indiscretas, en medio de un bosque de robles. Durante tres meses estuvo pidiendo a Pohl, *Obergruppenführer* de la SS, la suma para comprarles la villa a los hijos de los bailarines de la ópera, muertos durante un bombardeo. Pedían mucho por ella, y Pohl, responsable de la política económica de la SS y SD, se negaba categóricamente.

—¡Se ha vuelto usted loco! —decía—. Puede alquilar algo más modesto. ¿Por qué este afán de lujo? ¡No podemos despilfarrar dinero a tontas y a locas! ¡Es deshonesto actuar así con la nación que soporta el peso de la guerra!

Stirlitz tuvo que hacer venir a su jefe, Walter Schellenberg, dirigente del espionaje político del servicio de seguridad, *Brigadeführer* de la SS. De treinta y cuatro años, fino conocedor de la belleza, intelectual y hombre perspicaz, Schellenberg comprendía perfectamente que era imposible encontrar otro sitio mejor para entrevistarse con agentes de alto nivel. La compra se había realizado a través de testaferros, y un tal Bolsen, ingeniero jefe de Robert Ley, planta química del pueblo, obtuvo la autorización para utilizar la villa. Él mismo contrató a un guardián por un sueldo alto y buenas raciones extras. Bolsen era el *Standartenführer* de la SS Von Stirlitz.

... Después de poner la mesa, Stirlitz conectó la radio. Londres transmitía una música alegre. La orquesta del norteamericano Glenn Miller ejecutaba una pieza de la *Sun Valley Serenade*. Esa película le había gustado tanto a Himmler, que se compró una copia en Suecia. A partir de entonces la proyectaban con frecuencia en el sótano de Prinz-Albrechtstrasse, sobre todo durante los bombardeos nocturnos, cuando resultaba imposible interrogar a los detenidos.

Stirlitz llamó al guardián.

—Hoy puede irse a la ciudad a ver a sus hijos —le dijo—. Venga mañana a las seis de la mañana, y si aún no me he marchado, hágame un café fuerte, lo más fuerte que pueda...

De Justas a Alex. Desde Berlín.

Información sobre fuerzas y efectivos de los grupos de Ejércitos en el Frente Oriental durante el mes de febrero.

1. Grupo de ejércitos Curlandia 20 divisiones

Total 232.000

Efectivos 110.000

2. Grupo de ejércitos Norte 28 divisiones

Total 384.000

Efectivos 141.000

3. Grupo de ejércitos Vístula 37 divisiones

Total 527.000

Efectivos 280.000

4. Grupo de ejércitos Centro 43 divisiones

Total 413.000

Efectivos 191.000

5. Grupo de ejércitos Sur 35 divisiones

Total 449.000

Efectivos 143.000

Total de fuerzas 2.005.000

Total de efectivos 865.000

Fuente: Teniente coronel del Ejército de la reserva, Justas.

Dt Schwarz a Alex. Desde Viena.

Contenido: Fuerzas del Ejército de reserva, con fecha de 2 enero de 1945:

personal de reserva, incluidos los convalecientes 546.000

personal permanente en las

unidades de entrenamiento 147.000

cadetes de las escuelas y cursos militares 113.000

en los hospitales 650.000

milicias populares 205.000

unidades de guarnición 18.500

otros servicios y unidades 143.000

h) personal no clasificado 310.000

Total 2.132.500

Fuente: Documentos taquigráficos del Estado Mayor.

Schwarz.

De Greta a Alex.

Documentos obtenidos permiten calcular que, en enero de 1945, la industria de Alemania producía:

Municiones 3 veces más que en 1941

Armamentos 2 veces más que en 1941

Tanques 7 veces más que en 1941

Aviones 3 veces más que en 1941

Buques 1 1/2 veces más que en 1941

Fuente: Secretario del asesor de Speer, ministro de Planificación y Armamento del Reich.

Greta.

De Siegfried a Alex. Desde Copenhague.

Ayer, dos altos oficiales del SD subieron a bordo de un yate con bandera española. El yate, Azul del cielo, zarpó rumbo a Estocolmo. Los oficiales del SD, provistos con documentos de ingenieros-hidrólogos, embarcaron en él. Fueron despedidos por Schellenberg, jefe del espionaje político.

Fuente: funcionarios portuarios de cuarentena.

Siegfried.

Gisela a Alex. Desde Munich.

A la sección local de seguridad llegan autos de altos oficiales de la SS. Aquí toman otros automóviles, casi siempre de marcas francesas o norteamericanas, y se van a Suiza.

Cinco de estos coches partieron ayer para Suiza.

Fuente: Mecánico del servicio técnico de la zona fronteriza.

Gisela.

De Thomas a Alex. Desde Leipzig.

El Banco del Comercio transfiere cada día considerables sumas de dinero a los Bancos españoles (no se ha podido averiguar aún a cuáles). De 100.000 a 400.000 marcos depositan los miembros del partido o sus esposas. Según los datos obtenidos, este dinero no puede pertenecerles.

Fuente: Cajero del Banco.

Thomas.

Todos estos datos, enviados a Alex, jefe del espionaje soviético, fueron verificados minuciosamente hasta donde fue posible. El triple control confirmó la veracidad de las Comunicaciones recibidas. Después fueron enviadas a todos los miembros del Comité Estatal de Defensa.

El jefe del espionaje suponía, con razón, que en los próximos días tendría una tarea sumamente compleja, porque la situación se presentaba interesante, bastante complicada y con muchos interrogantes.

—Para cualquier imprevisto, póngase en contacto con la sección de radio —dijo a su secretario—. Que preparen una transmisión especial para Justas. Nada concreto: que espere una misión. Hay indicios que me hacen suponer que la cumplirá. Tengo muchas esperanzas de que será así y de que será la última.

(Del expediente del miembro del NSDAP¹, iniciado en 1930, *Brigadeführer SS* Krüger: «Ario genuino, fiel al Führer. Carácter nórdico, duro, sociable, trata bien a los amigos. Implacable con los enemigos del Reich. Hogareño. No ha tenido relaciones comprometedoras. En el trabajo es maestro insustituible en su oficio...»)

Después de que los rusos irrumpieron en Cracovia en enero de 1945 y la ciudad, tan cuidadosamente minada, quedó intacta, Kaltenbrunner mandó llamar a Krüger, jefe de la Sección Oriental de la Gestapo.

—¿Tiene usted alguna justificación lo suficientemente objetiva como para que el Führer pueda creerlo? —le preguntó Kaltenbrunner.

Aunque simplón y cándido en apariencia, Krüger esperaba aquella pregunta y tenía preparada su respuesta. Pero debía mostrar toda una gama de reacciones: quince años de desempeño en la SS y el partido le habían enseñado a actuar. Sabía que era tan inconveniente contestar en seguida como negar por completo su culpabilidad. Había aprendido la exactitud y el control que debía demostrar en todos los lugares y circunstancias. Hasta en su propia casa se descubría transformado en un hombre

completamente distinto. Al despertarse por la noche permanecía a veces durante largo rato con los ojos abiertos, escuchando el silencio: le parecía que incluso allí, en un cuarto oscuro, alguien de ojos fríos y serenos continuaba observando. Al principio hablaba con su mujer por la noche, en un susurro pero, a medida que iban desarrollándose técnicas especiales —y Krüger mejor que nadie conocía sus éxitos—, dejó de decir en voz alta lo que a veces se permitía pensar. Hasta en el bosque, paseando con su mujer, callaba o le hablaba de nimiedades, porque le parecía que en el Centro ya habían inventado un aparato capaz de grabar a grandes distancias.

Así, paulatinamente, se había operado la transformación. El Krüger de antaño había desaparecido; en su lugar, y dentro de la envoltura de un hombre conocido por todos, sin ningún cambio externo, existía otro, creado por el anterior, desconocido para todos, que no sólo tenía miedo a decir las verdades, sino que temía incluso pensar estas verdades.

—No —dijo Kriiger con sentimiento, frunciendo el ceño y ahogando a duras penas un suspiro—, no tengo una justificación suficiente... Soy soldado, la guerra es la guerra y no espero indulgencia alguna.

Jugaba con precisión. Sabía que mientras más severo fuera consigo mismo, más posibilidades tendría de desarmar a Kaltenbrunner. Nada hace rabiarse tanto a un galgo como la huida de una liebre. Claro que Krüger ignoraba el comportamiento de un galgo ante una liebre cuando ésta se detiene en su carrera y levanta las patitas; pero conocía bien las relaciones dentro de la SS: cuanto mayor fuese el rigor con que se castigase a sí mismo, tanto más suave sería Kaltenbrunner o cualquier otro en su lugar.

—No se comporte como una mujer —replicó Kaltenbrunner, encendiendo un cigarro. Krüger comprendió que su línea de conducta había sido acertada: se había salvado. Había que analizar el fracaso para que no se repitiera jamás.

Krüger dijo:

—*Obergruppenführer*, sé que mi culpa es enorme. Pero quisiera que escuchara usted al *Standartenführer* Stirlitz. Estaba al tanto de nuestra operación, y puede confirmar que todo fue preparado a conciencia. A él lo ascendieron, mientras que a mí...

—¿Qué tenía que ver Stirlitz con esta operación? — Kaltenbrunner se encogió de hombros—. Trabajaba en el servicio de espionaje y se ocupaba de otros asuntos en Cracovia.

—Sé que se ocupaba de un V-2 perdido, pero consideré que mi deber era informarle de todos los detalles de nuestra operación. Pensé que a su regreso le comunicaría al

Reichsführer o a usted cómo habíamos organizado todo el asunto. Esperaba instrucciones adicionales de usted, pero nunca recibí nada.

—¿Estaba incluido Stirlitz en la lista de personas que debían conocer esta operación?

—No lo sé.

Kaltenbrunner llamó al secretario:

—Averigüe, por favor, si Stirlitz, de la sexta sección, estaba incluido en la lista de personas elegidas para llevar a cabo la «Operación Schwarzfeuer».

Cuando el secretario hubo salido, Krüger comprendió que había desviado demasiado pronto el golpe hacia Stirlitz y dio marcha atrás.

—Toda la culpa es mía —continuó, inclinando la cabeza, hablando en voz baja y con dificultad—. Para mí sería terrible que castigara usted a Stirlitz. Lo respeto profundamente como a un luchador fiel. No tengo justificación, y sólo podré expiar mi culpa con mi propia sangre en el campo de batalla.

—¿Y quién va a luchar contra los enemigos aquí? ¿Yo? ¿Solo? Es demasiado sencillo morir en el frente por la patria y por el Führer. Mucho más difícil es vivir aquí, bajo las bombas, y eliminar las inmundicias con hierro candente. ¡Aquí no sólo se necesita valor, sino cabeza! ¡Y una cabeza inteligente, Krüger!

Krüger comprendió que no lo enviarían al frente, que era el castigo más terrible. Terrible no por las balas rusas —por supuesto, él sería un gran jefe en el frente—, sino simplemente porque conocía el odio feroz que los oficiales del Ejército alimentaban hacia los antiguos funcionarios del SD. Siempre buscaban un pretexto para someter a la gente del SD a los procesos del partido o a un tribunal militar, y allí no se podía esperar misericordia; las leyes del frente son las de la muerte...

El secretario abrió sigilosamente la puerta y puso sobre la mesa de Kaltenbrunner varias carpetas delgadas. Kaltenbrunner las ojeó y, tras una exclamación de asombro, dijo:

—Gracias. Averigüe, por favor, si Stirlitz visitó a los jefes después de su regreso de Cracovia y, si lo hizo, con quién se entrevistó. Averigüe, además, qué problemas se discutieron.

—Ya lo he hecho —dijo el secretario—, por si acaso. A su regreso, Stirlitz comenzó a trabajar inmediatamente en el asunto del transmisor estratégico que envía informaciones a Moscú...

Krüger se acordó de cuando había escuchado en Cracovia la conversación grabada que había sostenido el coronel del Ejército, Berg, con el general Neubuth, en la cual el coronel pedía que lo mandaran al frente. Krüger decidió imitarlo: imaginó que, como todas las personas crueles, Kaltenbrunner se mostraría muy sentimental.

—Sin embargo, *Obergruppenführer*, pido su permiso para ir a la primera línea de combate.

—Siéntese —dijo Kaltenbrunner— y no se comporte como una Gretchen⁴. Hoy puede descansar, pero mañana escíbame detalladamente, paso a paso, todo lo relativo a la operación. Ya pensaremos después dónde mandarlo. Hay poca gente y mucho trabajo, Krüger. Mucho trabajo.

Cuando Krüger se hubo retirado, Kaltenbrunner llamó a su secretario:

—Revise todo lo concerniente a Stirlitz en los últimos dos años, pero hágalo de modo tal que no se entere Schellenberg. No hay por qué alarmarse: Stirlitz es un funcionario valioso y un hombre valiente, no debemos arrojar sobre él ninguna sombra de sospecha. Simplemente es un chequeo mutuo y de rutina entre compañeros... Prepare también una orden para Krüger: lo mandaremos como segundo jefe de la Gestapo a Praga, que ahora es un lugar caliente.



Adolf Hitler
Führer

Presidente de Alemania.



Martin Bormann
Reichsleiter

Secretario personal de Adolf Hitler.



Joseph Goebbels
Reichsleiter

Ministro de Ilustración Pública y Propaganda.



Heinrich Himmler
SS-Reichsführer

Comandante en Jefe de las SS.



Hermann Göring
Reichsmarschall

Mariscal del Reich.



Ernst Kaltenbrunner

Director de la Oficina Central de Seguridad del Reich.
Presidente de Interpol.



Walter Schellenberg
SS-Brigadeführer

General de Brigada de las SS.



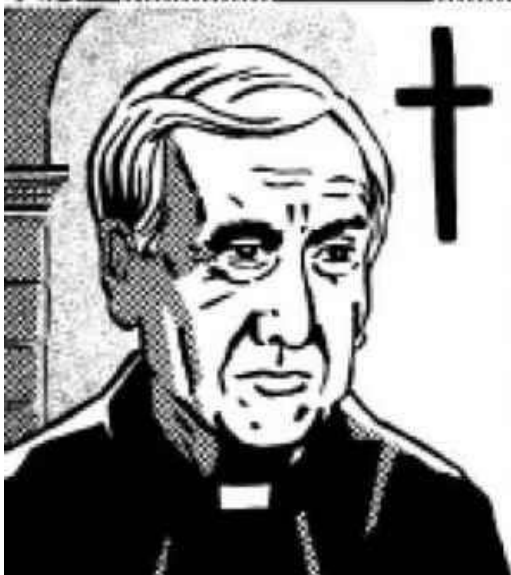
Heinrich Müller
SS-Gruppenführer

Jefe de la Gestapo.



Kurt Eismann
SS-Obersturmbannführer

4to departamento de la seguridad del Reich.



¹ Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. N. del traductor.

² Proyecto teledirigido. N. del T.

³ Fuego negro. N. del T.

⁴ Sinónimo de muchacha tímida y recatada. N. del T.

12-II-1945 (18 h 38 min)

»—Pastor ¿qué cree usted que predomina en el ser humano, el hombre o la bestia?

»—Creo que en el hombre están equilibrados en partes iguales.

»—No puede ser.

»—Sólo puede ser así.

»—No.

»—De lo contrario, uno de los dos ya habría vencido al otro hace mucho tiempo.

»—Ustedes nos reprochan que apelamos a los bajos instintos y relegamos lo espiritual a un plano secundario. Lo espiritual es verdaderamente secundario. Lo espiritual crece como la masa de los panes con levadura.

»—¿Qué levadura es ésa?

»—La ambición. Lo que ustedes llaman lujuria, yo lo llamo un deseo sano de acostarse con una mujer y hacerle el amor. Ser el primero en el trabajo es una sana aspiración. Sin estas aspiraciones no habría sido posible el desarrollo de la Humanidad. La Iglesia ha hecho muchos esfuerzos para frenar ese desarrollo ¿Comprende usted a qué período de la Iglesia me refiero?

»—Sí, sí, por supuesto, lo conozco. Conozco perfectamente ese período, pero también conozco otras cosas. No veo la diferencia entre sus opiniones sobre el hombre y las que tiene el Führer.

»—¿De veras?

»—Sí. Él ve en el hombre una bestia ambiciosa. Sana, fuerte y ansiosa de ganarse el espacio vital.

»—No se imagina hasta qué punto está equivocado, porque el Führer no ve en cada alemán simplemente una bestia, sino una bestia rubia.

»—Pero usted ve en cada hombre una bestia en general.

»—Veo en cada hombre su procedencia. Y el hombre procede del mono. El mono es una bestia.

»—Aquí es donde divergen nuestras ideas. Usted cree que el hombre procede del mono, pero no ha visto el mono del que surgió el hombre, ni ese mono le ha dicho nada sobre el asunto. No lo ha palpado, no puede palparlo. Usted lo cree, porque esa creencia corresponde a su formación espiritual.

»—¿Acaso Dios le ha dicho que creó al hombre?

»—Por supuesto que no, nadie me ha dicho nada y no puedo demostrar la existencia de Dios. Es imposible de demostrar; sólo se puede creer en él. Usted cree en el mono, yo creo en Dios. Usted cree en el mono, porque ello se corresponde con su formación espiritual; yo creo en Dios, porque ello se corresponde con la mía.

»—Está usted tergiversando un poco las cosas. No creo en el mono. Creo en el hombre.

»—Que procede del mono. Usted cree en el mono, en el hombre. Yo creo en Dios, en el hombre.

»—Y ese Dios ¿está en cada hombre?

»—Por supuesto.

»—Pero ¿dónde está en el Führer? ¿Dónde está en Goering? ¿Dónde está en Himmler?

»—Es una pregunta difícil. Estamos hablando sobre la naturaleza humana. Claro que en cada uno de esos villanos se pueden encontrar las huellas del ángel caído. Pero, desgraciadamente, toda su naturaleza se sometió hasta tal punto a las leyes de la crueldad, necesidad, mentira, bajeza y violencia, que en ellos prácticamente no queda ya nada humano. Pero, en principio, no creo que el hombre, al nacer, traiga necesariamente consigo la maldición de su descendencia del mono.

»—¿Por qué la maldición de la descendencia del mono?

»—Hablo mi propio idioma.

»—Entonces ¿se puede aprobar la ley de Dios de aniquilar a los monos?

»—Probablemente no.

»—Constantemente evita usted, de una manera muy moral, contestar las preguntas que me atormentan. No me dice ni “sí” ni “no”, pero a todo hombre que busca la fe le gusta lo concreto: un solo “sí” y un solo “no”. Usted siempre ofrece “sí-no”, “mejor dicho, no”, y

todos los matices semánticos del “sí”. Y esto es lo que odio profundamente; no tanto su método, como su práctica.

»—Usted desaprueba mi práctica. Está claro... Sin embargo, usted, de hecho, al fugarse del campo de concentración, se dirigió precisamente a mí. Sería interesante saber cómo lo explica.

»—Eso simplemente demuestra una vez más que en cada hombre, como usted dice, conviven lo divino y lo simiesco. Si en mí hubiera predominado lo divino, no me habría dirigido a usted. No me habría escapado, habría aceptado morir a manos de los verdugos de la SS y les habría ofrecido mi otra mejilla para despertar en ellos algo humano. Ahora bien, si usted hubiera caído en sus manos, me pregunto si habría ofrecido la otra mejilla o tratado de evitar el golpe.

»—¿Qué significa ofrecer la otra mejilla? De nuevo proyecta usted la alegoría bíblica sobre la maquinaria real del Estado nazi. Una cosa es poner la mejilla en la parábola que, como ya le he dicho, expresa una alegoría de la conciencia humana, y otra cosa es caer en manos de la maquinaria, que no te pregunta si ofreces o no la otra mejilla. Significa caer en una maquinaria que por principio, por su misma idea, carece de conciencia. Naturalmente que a una máquina, a una piedra en el camino o a una pared contra la que uno choca, no se les puede tratar como si se fuesen seres vivientes.

»—Pastor, me resulta embarazoso preguntárselo. Tal vez robe un secreto suyo, pero la señora Eisenstadt me dijo... Quizá lo dejó escapar sin darse cuenta, y no me atrevo a hacerle la pregunta... ¿Es cierto que, en una ocasión, fue detenido usted por la Gestapo?

»—¿Qué puedo responderle? Sí, estuve allí...

»—Comprendo. No quiere abordar el tema, porque es un problema delicado. Pero ¿no cree usted, pastor, que, después de la guerra, sus feligreses no le tendrán confianza?

»—Tantas personas han sido detenidas y encerradas en las cárceles de la Gestapo...

»—¿Y si alguien les dijera que su pastor era enviado como provocador a las celdas de los otros presos, que no regresaron? Los que sí volvieron, como usted, son pocos entre millones... Sus feligreses no lo creerán ¿A quién, entonces, predicará la verdad?

»—Por supuesto que empleando esos métodos se puede aniquilar a cualquiera. En ese caso, nada podría mejorar mi situación.

»—Entonces ¿qué?

»—Pues lo negaría. Lo negaría hasta más no poder, lo negaría hasta que me oyeran. Y si no me oyeran, me moriría interiormente.

»—Interiormente. O sea, que seguiría siendo un hombre vivo, de carne y hueso ¿no?

»—El Señor juzga. Si he de seguir así, seguiré siéndolo.

»—Su religión ¿se opone al suicidio?

»—Eso me impediría suicidarme.

»—¿Qué hará sin la posibilidad de predicar?

»—Creeré sin predicar.

»—¿No ve usted otra salida: trabajar junto a todos?

»—¿Qué entiende por la palabra “trabajar”?

»—Cargar piedras para construir los templos de la Ciencia, por ejemplo.

»—Si un hombre que se ha graduado en Teología sólo puede servir a la sociedad cargando piedras, no tengo nada más que decirle. En ese caso, lo mejor es volver al campo de concentración e incinerarse en el crematorio...

»—Solamente le digo “en caso de”. Me interesa oír sus conjeturas, es decir, la proyección de sus ideas hacia el futuro.

»—¿Le parece a usted que un hombre que se dirige a los feligreses con un mensaje espiritual es sólo un vago y un charlatán? ¿No cree que realiza un trabajo? Para usted, el trabajo es cargar piedras, pero yo creo que el trabajo espiritual no sólo debe ser considerado como cualquier otro trabajo, sino que es particularmente importante.

»—Soy periodista, y mis artículos fueron sometidos al ostracismo por los nazis y por la Iglesia ortodoxa.

»—Fueron condenados por la Iglesia ortodoxa por la sencilla razón de que usted interpretaba al hombre de manera incorrecta.

»—Yo no interpretaba al hombre. Mostraba el mundo de ladrones y prostitutas que vivían en los tugurios de Bremen y Hamburgo. El Estado de Hitler lo calificó de calumnia vil a la raza superior, mientras que la Iglesia lo calificó de calumnia al hombre mismo.

»—No les tenemos miedo a las verdades de la vida.

»—¡Sí que les tienen! Yo mostraba cómo esa gente trataba de acudir a la Iglesia y cómo la Iglesia los rechazaba. Hasta los feligreses los rechazaban, y el pastor no podía oponerse a ello.

»—Por supuesto que no. No lo critico a usted por decir la verdad. No lo critico porque haya mostrado esa verdad. Tenemos opiniones distintas en lo que respecta a los pronósticos del futuro del hombre.

»—Pastor ¿no le parece que sus respuestas no son las de un pastor, sino las de un político?

»—Lo que pasa es que usted me juzga según sus propios patrones. Me ve en una sola dimensión política. De igual modo se podría ver en la regla logarítmica un objeto para clavar clavos. Con la regla es posible hacerlo, porque tiene longitud y una masa conocida. Pero esa es su décima o vigésima función. Lo que importa es que con su ayuda se pueden hacer cálculos y no sólo clavar clavos.

»—Pastor, le estoy haciendo preguntas, pero usted me clava a mí los clavos sin contestarme. Muy hábilmente, me hace pasar de ser quien plantea las preguntas a ser quien las contesta. ¿Por qué dice usted que está fuera del combate cuando participa en él?

»—Es cierto. Estoy en el combate y, efectivamente, estoy en guerra, pero yo lucho contra la guerra misma.

»—Usted discute de modo muy materialista.

»—Discuto con un materialista.

»—Entonces ¿puede usted combatirme con mis propias armas?

»—Me veo obligado a hacerlo.

»—Escuche... En nombre del bien de sus feligreses, necesito que se ponga en contacto con mis amigos. Le daré sus direcciones. Le confiaré la dirección de mis camaradas... Pastor, usted no traicionará a los inocentes...»

Cuando acabó de oír la grabación, Stirlitz se levantó rápidamente y se alejó hacia la ventana para no enfrentar la mirada del que ayer había pedido ayuda al pastor y ahora sonreía maliciosamente escuchando su voz, tomando coñac y fumando ávidamente.

—¿No tenía cigarros el pastor? —preguntó Stirlitz sin volver la cabeza.

Estaba junto a la enorme ventana, que ocupaba toda la pared, y veía cómo los cuervos se peleaban en la nieve disputándose el pan. El guardián recibía ración doble de comida, y le gustaban mucho las aves. No sabía que Stirlitz pertenecía al SD, y estaba completamente convencido de que la villa era propiedad de homosexuales o magnates financieros: nunca había estado en ella una sola mujer, y cuando se reunían hombres, hablaban en voz baja, y sus comidas y bebidas eran exquisitas. Casi siempre norteamericanas y de primera calidad.

—Sí, allí sufría mucho por falta de tabaco... El viejo hablaba en exceso, y estuve a punto de ahorcarme por no poder fumar.

El agente se llamaba Klaus. Lo habían reclutado dos años antes. Él mismo lo había pedido: el ex-corrector ansiaba sensaciones fuertes. Trabajaba artísticamente, desarmando a sus interlocutores con la sinceridad y brusquedad de sus opiniones. Se le permitía hablar de todo, pero su trabajo debía dar resultados y ser rápido. Stirlitz, que había estudiado bien a Klaus, le tenía más miedo en cada nueva entrevista.

«¿No estará enfermo? —pensó una vez—. La sed de traición es también una especie de enfermedad. Es curioso: Klaus de ninguna manera se ajusta a Lombroso⁵. Es más terrible que todos los criminales que he visto, pero parece tan decente y encantador...»

Stirlitz volvió a la mesa, se sentó frente a Klaus y le sonrió.

—Bien —dijo—, entonces ¿está usted seguro de que el viejo le arreglará los contactos?

—Sí, ese problema está resuelto. Me encanta trabajar con intelectuales y curas ¿Sabe? es tremendo ver cómo un hombre va a la muerte. A veces me gustaría decirle a alguno: «¡Detente, tonto! ¿A dónde vas?»

—Creo que no vale la pena hacerlo —dijo Stirlitz—. Sería poco razonable.

—¿No tendrá usted conservas de pescado? Me vuelvo loco si no como pescado. Es el fósforo ¿sabe? Las células nerviosas lo exigen...

—Le conseguiré buenas conservas de pescado ¿Cuáles quiere?

—Me gustan en aceite.

—Entiendo... ¿De qué producción? ¿Nuestra o...?

—«O» —se rió Klaus—. Aunque no sea patriótico, me gustan mucho las comidas y bebidas de Norteamérica y Francia...

—Le conseguiré una caja de genuinas sardinas francesas. El aceite es de oliva, muy picante... Un montón de fósforo... ¿Sabe? ayer examiné su expediente...

—Pagaría lo que fuera por verlo, aunque fuese con un solo ojo...

—No crea que es tan interesante... Cuando usted habla, se ríe o se queja de dolor de hígado, es impresionante si tenemos en cuenta que ha llevado a cabo hace poco una ardua operación... Sin embargo, su expediente es aburrido: informes y más informes. Todo se ha mezclado: sus denuncias, las denuncias contra usted. No, no es interesante... Lo curioso es otra cosa: calculé que, según sus informes, y gracias a mi iniciativa, fueron arrestadas noventa y siete personas... Nadie dijo nunca nada sobre usted. Nadie. Y en la Gestapo los «trabajan» con bastante dureza...

—¿Por qué me habla de eso?

—No lo sé... Trato de analizar... ¿Le dolió alguna vez cuando era detenida la gente que albergaba?

—¿Usted qué cree?

—No lo sé.

—Tampoco yo... Creo que me sentía fuerte al enfrentarme a ellos... Me interesaba la lucha... Lo que les ocurría después, no lo sé... ¿Qué nos ocurriría después a nosotros, a todos nosotros?

—Es verdad —convino Stirlitz.

—Después de nosotros, el diluvio... Además, nuestra gente es cobarde, baja, ávida, delatora. Todos son así. Es imposible ser libre entre esclavos... Entonces ¿no es mejor ser el más libre entre los esclavos? Todos estos años he gozado de total libertad espiritual...

Stirlitz preguntó:

—Dígame ¿quién visitó al pastor anteayer por la noche?

—Nadie...

—Alrededor de las nueve...

—Se equivoca —dijo Klaus—. En todo caso, de los suyos no vino nadie. Yo estaba allí completamente solo.

—Tal vez visitaron al pastor... Mis hombres no pudieron ver sus caras.

—¿Vigilaban ustedes la casa?

—Por supuesto. Todo el tiempo... Entonces ¿está usted seguro de que el viejo trabajará para usted?

—Sí, en general tengo vocación de opositor, de tribuno, de líder. La gente se somete a mi empuje y a la lógica del razonamiento...

—Bien. Es usted estupendo, Klaus. Pero no se jacte en exceso. Ahora, vayamos al trabajo... Durante varios días vivirá usted en una de nuestras casas... Después le espera un trabajo serio, que no tiene relación conmigo...

Stirlitz decía la verdad. Los colegas de la Gestapo habían pedido prestado a Klaus por una semana. En Colonia habían sido capturados dos «pianistas» rusos en pleno trabajo, junto al receptor. Como no hablaban, había que mandar a la celda de ellos a un hombre adecuado. Imposible encontrar uno mejor que Klaus. Stirlitz había prometido buscarlo.

—Tome una hoja de papel de la carpeta gris —dijo Stirlitz— y escriba lo siguiente: *¡Standartenführer! Estoy terriblemente cansado. Mis fuerzas están al borde del agotamiento. He trabajado honradamente, pero no puedo más. Quiero descansar...*

—¿Para qué todo eso? —preguntó Klaus, firmando la carta.

—Creo que no le vendría mal irse por una semana a Innsbruck —contestó Stirlitz, alargándole un fajo de billetes—. Allí funciona un casino, y las jóvenes esquiadoras, como siempre, se deslizan por las montañas. Sin esta carta no podré conseguirle una semana de felicidad.

—Gracias —respondió Klaus—, pero tengo bastante dinero...

—Nunca está de más ¿Sí o no?

—Claro que no —convino Klaus, guardándose el dinero en el bolsillo trasero del pantalón—. Dicen que ahora cuesta mucho curar la gonorrea... —Se rió.

—Trate de recordarlo otra vez: ¿no lo vio nadie en casa del pastor?

—No tengo nada que recordar. Nadie me vio...

—Me refiero incluso a nuestra gente.

—Es posible que me hayan visto *si* vigilaban la casa, pero no lo creo... No vi a nadie...

Stirlitz recordó que, una semana antes, él mismo lo había vestido de presidiario, antes de fabricar el espectáculo de hacer desfilar a los presos a través de la aldea donde ahora vivía el pastor Schlag. Recordó la cara de Klaus en aquella ocasión: sus ojos eran un poema de bondad y valor; se había hecho cargo del papel que debía desempeñar. Entonces, Stirlitz le había hablado de modo diferente; era un santo el que estaba sentado junto a él en el automóvil: la cara luminosa, la voz afligida y precisa que usaba para pronunciar cada una de sus palabras.

—Esta carta la echaremos mientras nos dirigimos hacia su nueva casa —dijo Stirlitz—. Escriba otra al pastor, para no despertar sospechas. Intente escribirla usted mismo. No le molestaré, voy a hacer más café.

Klaus cogió una hoja de papel.

—*La honradez supone la acción* —comenzó a leer, sonriendo—. *La fe está basada en la lucha. La plática de la honradez, unida a la inacción total, es una traición a los feligreses y a sí mismo. El hombre puede perdonarse su propia falta de acción, pero la posteridad, jamás. Por eso no puedo perdonarme mi inacción. Es peor que la traición. Me voy. Justifíquese si puede. Que Dios le ayude.*

— ¿Qué tal está? ¿Bien?

—Magnífico. Dígame ¿juega usted a sí mismo?

—Naturalmente. Vivo miles de años, pues trabajando con uno y otro hombre, juego a mí mismo; no al que está sentado delante de usted, sino a uno distinto, desconocido para mí mismo, sorpresivo, guapo, valiente, fuerte...

—¿Nunca ha intentado escribir?

—No. Si pudiera, tal vez me habría convertido... —Klaus calló de pronto y miró furtivamente a Stirlitz.

—Continúe, muchacho... Hablamos con sinceridad ¿no es cierto? ¿Ha querido usted decir que si pudiera escribir tal vez empezaría a trabajar para nosotros?

—Algo por el estilo.

—No por el estilo —rectificó Stirlitz—, sino precisamente ¿no es así?

—Sí.

—¡Muy bien! ¿Qué sentido tiene mentirme? No tiene sentido alguno. Tome su whisky y vayámonos. Ya ha oscurecido y creo que pronto empezarán los bombardeos.

—¿Está lejos la casa?

—En el bosque, a diez kilómetros. Allí hay tranquilidad, dormirá hasta mañana...

Ya en el automóvil, Stirlitz preguntó:

—¿Dijo algo sobre el ex canciller Brüning?

—Lo puse en mi informe. —En seguida se encerró en sí mismo—. Temí apretar demasiado...

—Actuó bien... ¿Tampoco habló de Suiza?

—Tampoco.

—Bien. Lo abordaremos por otro lado. Lo importante es que estuviera de acuerdo en ayudar a un comunista ¡Vaya un pastor!

Stirlitz mató a Klaus de un tiro en la sien. No le dijo —como suele ocurrir en las películas— por qué lo mataba ni en nombre de quién. Estaban en la orilla del lago cuando la aviación aliada comenzó el bombardeo. Era una zona prohibida, pero Stirlitz sabía exactamente que se encontraba a dos kilómetros de un puesto de guardia. Durante el bombardeo no se oyó el golpe seco del disparo de pistola. Calculó que Klaus caería directamente al agua, desde una plataforma de hormigón donde antes se pescaba, y que no quedarían huellas de sangre en el lugar. De todos modos, esto no era importante: por la noche llovía y nevaba, y no era comprometedor que, de momento, hubieran rastros de sangre.

Klaus cayó al agua como un saco. Stirlitz arrojó la pistola al lugar donde había caído el cuerpo. La versión del suicidio por agotamiento nervioso había sido elaborada de modo convincente (las cartas fueron escritas por el mismo Klaus). Luego se quitó los guantes y se dirigió a su automóvil a través del bosque. Estaba a cuarenta kilómetros de Am Dorf. Allí vivía el pastor Schlag. Stirlitz calculó que estaría en su casa dentro de una hora. Lo había previsto todo, incluyendo la posibilidad de la coartada del tiempo...

Del Centro a Justas:

¿Sabe algo de los contactos nazis con los diplomáticos occidentales en Estocolmo? Si lo sabe, ¿de qué se trata? ¿Qué puede decirnos de Kleist, colaborador de Ribbentrop?

De Justas al Centro:

En mi opinión, por ahora son imposibles los contactos serios de los nazis con el Occidente. Según orden de Hitler, el Reichsführer SS Himmler declaró que castigaría con la pena de muerte a todos los traidores que trataran de establecer contacto con los aliados. El doctor Kleist es un confidente de la Gestapo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como se ha podido averiguar, en el pasado no tuvo ninguna relación seria con Occidente. Su misión en Estocolmo estaba relacionada con problemas de protocolo, y, de acuerdo con mis datos, no se le ha ordenado establecer relaciones con los aliados.

Justas.

Ernst Kaltenbrunner, jefe del Servicio de Seguridad del Reich (SD), hablaba con fuerte acento vienés, lo cual, y él lo sabía, irritaba al Führer y a Himmler. Por ello, durante algún tiempo recibió clases de un famoso fonetista, para aprender el genuino Hochdeutsch, pero sin éxito: amaba a Viena, vivía de Viena y no lograba imponerse hablar en Hochdeutsch ni siquiera una hora al día, para sustituir su dialecto vienés alegre, aunque en verdad, algo vulgar. Últimamente, Kaltenbrunner había dejado de imitar a los alemanes y hablaba con todos del modo en que debía hablar: en vienés. Con los subordinados ni siquiera hablaba el vienés, sino un dialecto de Innsbruck. Los austríacos de las montañas hablaban de una manera totalmente distinta y a veces le gustaba a Kaltenbrunner desconcertar a sus colaboradores, quienes temían preguntar el significado de una palabra incomprensible para ellos y se sentían extremadamente confusos, desorientados.

—No Siblitz, sino Stirlitz —rió, al teléfono, Kaltenbrunner—. Creo que en el personal no hay ningún Siblitz, y sus agentes no me interesan. Sí, por favor, y, de ser posible, rápido. Gracias. Lo espero.

Miró al *Gruppenführer* SS Müller, jefe de la Gestapo, y dijo:

—No quisiera despertar en usted la maligna quimera de las sospechas en relación a unos compañeros de partido y lucha común, pero los hechos dicen lo siguiente: Primero: Stirlitz, aunque de manera indirecta, tiene algo que ver con el fracaso de la operación en Cracovia. Estaba allí, pero la ciudad, por una extraña conjunción de circunstancias, quedó intacta, cuando debió haber estallado. Segundo: investigaba la desaparición de una V-2, pero no la encontró; lo cierto es que desapareció, y ruego a Dios que se haya hundido en los pantanos de Vístula y Visloca... Tercero: también ahora se ocupa de varios problemas relacionados con el arma de la venganza, y aunque por ahora no se puede hablar de fracasos, tampoco vemos éxitos, ni avances, ni evidentes victorias. Ocuparse de los problemas no sólo significa detener a los descontentos. También significa ayudar a los que razonan con precisión y con vistas al futuro... Cuarto: el transmisor portátil que, a juzgar por la clave, trabajaba para el servicio de espionaje estratégico de los bolcheviques, y del que se ocupaba Stirlitz, sigue

funcionando en los alrededores de Berlín. Me sentiría feliz, Müller, si usted de inmediato, sin esperar a que nos traigan sus papeles, pudiera refutar mis sospechas. Simpatizo con Stirlitz, y me gustaría que usted desmintiera con pruebas documentadas estas sospechas que me han surgido de improviso.

Müller había trabajado toda la noche, le zumbaba la cabeza, y respondió sin sus toscas bromas habituales.

—Nunca he recibido información negativa sobre él. En nuestro trabajo nadie está asegurado contra errores y fracasos.

—O sea ¿le parece que mi error es enorme?

En la pregunta de Kaltenbrunner había acentos duros, que Müller, a pesar del cansancio, supo captar.

—Bueno... —replicó, titubeando— Cuando aparece una sospecha, debe analizarse desde todos los ángulos, si no, ¿para qué sirve mi departamento? Podrían considerarnos vagos, que intentan evadir el frente ¿Tiene algunos hechos más? —preguntó Müller.

Kaltenbrunner tosía y se tapaba la boca con la mano. El tabaco le hizo toser durante largo rato, su cara se tornó azul, y las venas del cuello se le hincharon y amarataron.

—¿Qué quiere que le diga? —dijo, secándose las lágrimas—. No sé qué decirle... Pedí que se grabaran sus conversaciones con mi gente durante varios días. Los que gozan de mi plena confianza hablan abiertamente sobre lo trágico de la situación, la estupidez de nuestros militares, el cretinismo de Ribbentrop, el idiota de Goering y la terrible suerte que nos espera a todos si los rusos entran en Berlín... En cambio, Stirlitz responde: «Tonterías, todo va bien, la situación es normal...». El amor a la patria y al Führer no consiste en mentir ciegamente a los compañeros de trabajo... Me pregunto si no será un idiota. Tenemos a muchos estúpidos que repiten sin pensar los galimatías de Goebbels. Pero no, no es un idiota ¿Por qué, entonces, no es sincero? Desconfía de todos, o teme o planea algo y quiere que lo vean inmaculadamente puro ¿Qué es lo que planea? Todas sus operaciones deben tener una salida al extranjero, hacia los neutrales... Me pregunto: ¿regresaría de allí? Y si volviera ¿no se ligaría allá con la oposición o con otros canallas? Y no puedo contestarme exactamente en sentido positivo o negativo...

Müller preguntó:

—¿Quiere ver su expediente o me lo llevo?

—Lléveselo —respondió Kaltenbrunner con astucia, pues ya había tenido tiempo de estudiar todos los materiales—. Tengo que ir a ver al Führer en seguida. Müller miró a Kaltenbrunner interrogativamente. Esperaba que le diera noticias frescas del Bunker, pero Kaltenbrunner no dijo nada. Tiró de la gaveta inferior de la mesa, sacó una botella de «Napoleón», acercó la copa a Müller y le preguntó:

—¿Ha bebido mucho?

—Nada en absoluto.

—¿Y por qué tiene los ojos enrojecidos?

—No he dormido. Mucho trabajo en Praga. Nuestros hombres están vigilando a las organizaciones clandestinas. En las próximas semanas ocurrirán allí cosas interesantes.

—Krüger será una gran ayuda para usted. Es un magnífico funcionario, aunque de poca imaginación. Tome el coñac, esto le levantará el ánimo.

—Al contrario, el coñac me deprime. Me gusta el vodka.

—Este no lo deprimirá —sonrió Kaltenbrunner— *Prosit*

Se lo bebió de un golpe, y la nuez de Adán le subió rápidamente, como la de un alcohólico.

«Lo hace bien —pensó Müller, bebiéndose lentamente su coñac—. Seguro que ahora se servirá la segunda copa».

Kaltenbrunner encendió los fuertes y baratos «Karo» y preguntó:

—¿Otra?

—Gracias —dijo Müller—. Con mucho gusto. Es bueno de verdad este coñac.



⁵ Cesare Lombroso (1835-1909): psiquiatra y criminalista italiano, precursor de la llamada corriente antropológica en el Derecho criminal burgués. N. del T.

⁶ Radioescuchas. N. del T.

⁷ Alemán literario. N. del T.

⁸ Refugio subterráneo de Hitler. N. del T.

⁹ ¡Salud!. N. del T.

15-II-1945 (20 h 30 min)

(Del expediente del miembro del NSDAP desde 1938, *Obersturmbannführer SS* Holtoff, Sección IV de la Dirección de Seguridad: «Ario genuino. El carácter se acerca al nórdico, fuerte. Mantiene buenas relaciones con los compañeros. Buenos índices en el trabajo. Deportista. Implacable con los enemigos del Reich. Soltero. No ha tenido relaciones comprometedoras. Fue condecorado con órdenes del Führer y felicitado por el *Reichsführer SS...*»)

Stirlitz había decidido terminar hoy más temprano, para trasladarse de Printz-Albrechtstrasse a Nauen. Allí, en el bosque, en la bifurcación de los caminos, se encontraba el pequeño restaurante de Paul y, lo mismo que uno o cinco años atrás, el hijo de Paul, Thomas *el Cojo*, conseguía milagrosamente la carne de puerco y ofrecía a sus habituales clientes el verdadero *Eisbein* con col o, en el peor de los casos, conejo fresco con remolacha encurtida.

Cuando cesaban los bombardeos, era como si la guerra no existiera. Igual que antes, se oía en el tocadiscos la voz grave de Bruno Warnke, cantando: *¡Oh, qué maravilloso era estar allí, en Mogelsee...!*

Pero Stirlitz no había logrado aún salir. Entró Holtoff y dijo:

—Estoy confundido por completo. O mi detenido está psíquicamente enfermo, o tenemos que mandárselo a ustedes, a los de espionaje, porque habla igual que esos cerdos ingleses por radio.

Stirlitz fue al despacho de Holtoff y estuvo sentado allí hasta las siete, escuchando los histéricos gritos de un astrónomo detenido dos días antes en Wansee. Distribuía octavillas escritas por él mismo. El texto difería en cada caso. Holtoff alargó a Stirlitz una carpeta. Stirlitz empezó a revisar las hojas arrancadas de una libreta escolar: «¡Alemanes, abrid los ojos! ¡Nuestros locos líderes nos llevan al desastre! ¡El mundo nos maldice! ¡Poned fin a la guerra, rendíos!» Eran de este tenor en su mayor parte. Las había más cortas: «¡Nos dirigen maniáticos! ¡NO a Hitler! ¡SI a la paz!»

Y ahora, sentado en un taburete atornillado al piso, el astrónomo gritaba por enésima vez:

— ¡No puedo más! ¡No puedo, no puedo! ¡Quiero vivir, simplemente vivir! ¿Entiende usted esto? ¡En la monarquía, en el capitalismo, en el bolchevismo! ¡No puedo más! ¡Me ahogan su ceguera, estupidez y locura!

—¿Quién te ordenaba escribir las proclamas? —Metódicamente, en voz baja, Holtoff repetía—: Esa porquería no se te puede haber ocurrido a ti. ¿Quién te transmitía los textos?

Tu mano era dirigida por una voluntad ajena, enemiga ¿verdad? ¿Con qué enemigos te has puesto en contacto, dónde y cuándo?

—¡Nunca me he puesto en contacto con nadie! ¡Tengo miedo de hablar hasta conmigo mismo! ¡Tengo miedo de todo! —gritaba el astrónomo—. ¿Acaso ustedes no tienen ojos? ¿Acaso no entienden que todo está perdido? ¡Estamos perdidos! ¿Acaso no entienden que cada nueva víctima es ya un vandalismo? ¡Ustedes repetían constantemente que vivían en nombre de la nación! ¡Váyanse entonces! ¡Ayuden al resto de la nación! ¡Están condenando a morir niños desgraciados! ¡Son fanáticos, fanáticos ávidos que conquistaron el poder! ¡Están bien alimentados, fuman cigarros caros y beben café! ¡Déjennos vivir como personas y no como esclavos enmudecidos! —De pronto, el astrónomo quedó inmóvil, se secó el sudor de la frente y concluyó en voz baja—: O, mejor, mátenme aquí rápidamente. Es preferible volverse loco a comprender nuestra impotencia, y la estupidez de una nación a la que ustedes han convertido en un cobarde rebaño...

—Espere —dijo Stirlitz—. Un grito no es un argumento. ¿Tiene algunas propuestas concretas?

—¿Cómo? —preguntó el astrónomo, asustado.

La voz tranquila de Stirlitz, su manera de hablar sin prisa y sonriendo ligeramente, causaron en el astrónomo una impresión contraria: en la cárcel se había acostumbrado a los gritos y a los puñetazos en la cara. Uno se acostumbra con rapidez y pierde la costumbre lentamente.

—Yo le pregunto: ¿Cuáles son sus propuestas concretas? ¿Cómo debemos salvar a los niños, mujeres y ancianos? ¿Qué propone usted? Siempre es más fácil criticar y renegar. Mucho más difícil resulta proponer un programa razonable de acción.

—Rechazo la astrología —tras quedar pensativo durante largo rato, el astrónomo continuó lentamente—, pero admiro la astronomía. Me quitaron la cátedra en Kiel...

—¿Por eso eres tan rencoroso, perro? —gritó Holtoff.

—Espere —dijo Stirlitz, frunciendo el ceño con irritación—. No hay que gritar... Continúe, por favor...

—Vivimos en el año del Sol intranquilo. Las explosiones de las protuberancias, la transmisión de una energía solar excesiva influye en los cuerpos celestes, y los planetas y estrellas influyen, a su vez, en nuestra pequeña Humanidad...

—Por lo que veo —le interrumpió Stirlitz—, usted ha elaborado algún horóscopo. ¿Por eso está tan nervioso?

—Un horóscopo es un fenómeno intuitivo, tal vez hasta genial, pero no convincente. No, me baso en una hipótesis corriente y nada genial que intenté presentar: las relaciones recíprocas de cada habitante de la Tierra con el cielo y el sol... Esta correlación me permite evaluar con mayor exactitud y sensatez lo que está ocurriendo en mi patria...

—Me gustaría que tratásemos el tema más detalladamente —dijo Stirlitz—. Creo que ahora mi compañero le permitirá volver a su celda para que descanse un par de días. Después, reanudaremos nuestra conversación.

Cuando se llevaron al astrónomo, Stirlitz dijo:

—Hasta cierto punto es irresponsable de sus actos ¿no lo ves? Todos los científicos, escritores y artistas son irresponsables a su modo. Hay que tratarlos de manera distinta, porque viven una vida propia inventada por ellos. Manda a este tonto a nuestro hospital para que lo examinen. Tenemos demasiado trabajo serio como para perder tiempo con charlatanes irresponsables aunque, tal vez, de talento. Si hubiera paz, lo mandaríamos a un campo de concentración. Allí podrían reeducarlo y luego sería útil al Reich y a la nación trabajando en un instituto o en una cátedra. Pero ahora...

—Habla como un verdadero inglés de la radio londinense... O como un maldito socialdemócrata ligado a Moscú.

—Los hombres inventaron la radio para escucharla. Bueno, él la ha escuchado demasiado. No, esto no es serio. A nosotros, la inteligencia, no nos interesa. Sería bueno verlo dentro de varios días, simplemente para tantearlo y saber si es un científico de verdad o sólo un loco. Si es un científico serio, veremos a Müller, o a Kaltenbrunner, para pedirles que le den buenas raciones de comida y lo manden a las montañas donde ahora está la flor y nata de nuestra ciencia. Que trabaje allí. En seguida dejará de hablar, cuando no haya bombardeos, sino mucho pan con mantequilla y tenga su casita cómoda en las montañas, en un bosque de pinos... ¿No cree?

Holtoff sonrió.

—Con una casita en las montañas, mucho pan con mantequilla y ni un solo bombardeo, nadie protestaría.

Stirlitz miró a Holtoff con atención, hasta que éste no pudo soportar su mirada y comenzó a cambiar apresuradamente los papeles de su mesa de un lugar otro. Después dirigió a su subordinado una sonrisa franca y amistosa...

«Documento taquígráfico de una reunión con el Führer:

»Estaban presentes Keitel, Jodl, Havel, enviado del Ministerio de Relaciones Exteriores, Reichsleiter Bormann, Obergruppenführer SS Fegelein, representante del Cuartel General del Reichsführer SS, el ministro de industria Speer, también el almirante Foss, el capitán de corbeta Ludde-Neurat, el almirante Von Putkammer, ayudantes y taquígrafas.

»*Bormann*: ¿Quién anda por ahí todo el tiempo? ¡Molesta! Silencio por favor, señores militares.

»*Putkammer*: Pedí al coronel Von Belof que me diera datos acerca de la situación de la Luftwaffe en Italia.

»*Bormann*: No se trata de esto. Todos hablan al mismo tiempo y hacen un ruido constante y fastidioso.

»*Hitler*: A mí no me molesta. Señor general, en el mapa aún no se han marcado los cambios recientes en Curlandia.

»*Jodl*: Mi Führer, usted no se ha fijado; aquí están las correcciones de la mañana de hoy.

»*Hitler*: El mapa tiene letras demasiado pequeñas. Gracias, ahora veo.

»*Keitel*: El general Guderian insiste de nuevo en evacuar nuestras divisiones de Curlandia.

»*Hitler*: Es un plan insensato. Ahora las tropas del general Rendulitsch que se quedaron en la retaguardia de los rusos, a cuatrocientos kilómetros de Leningrado, atraen de cuarenta a setenta divisiones rusas. Si retiramos nuestras tropas de allí, cambiará en seguida la correlación de fuerzas alrededor de Berlín y no a favor nuestro, como cree Guderian. En caso de retirar nuestras tropas de Curlandia, por cada división alemana en Berlín tendremos por lo menos tres divisiones rusas.

»*Borman*: Hay que ser un político sensato, señor mariscal de campo...

»*Keitel*: Soy militar y no político.

»*Bormann*: En este siglo de guerra total son nociones inseparables.

»*Hitler*: Para evacuar las tropas que se encuentran ahora en Curlandia, necesitamos por lo menos seis meses, teniendo en cuenta las experiencias de la operación en Libau. Es ridículo. Tenemos horas, precisamente horas para conquistar la victoria, basándonos en hechos reales y no en invenciones quiméricas. Todo el que pueda ver, analizar y sacar conclusiones

debe responderse una sola pregunta: "¿es posible una victoria cercana?" No pido que la respuesta sea ciega y categórica. No me convence una fe ciega; busco una fe que vea. Jamás el mundo ha conocido una unión tan paradójica y contradictoria como la coalición de los aliados. Las ideas raras, las aspiraciones, elementos y caracteres diferentes sólo pueden coexistir sin perjuicio en una situación sin salida. Me refiero a un campo de concentración donde, como se dice, viven perfectamente en una barraca, por ejemplo, nuncios papales, ateos comunistas y radicales franceses junto a conservadores británicos. Una situación sin salida engendra unión. Es una unión de desesperados, una unión sin esperanzas y sin objetivos. Mientras que los objetivos de Rusia, Inglaterra y América son diametralmente opuestos, nuestro objetivo está claro para todos nosotros. Mientras ellos se mueven dirigidos por las diferencias de sus aspiraciones ideológicas, a nosotros nos mueve una sola aspiración, a la que hemos subordinado nuestra vida. Mientras que las contradicciones de ellos aumentarán cada día más, nuestra unidad tiene ahora, como nunca antes, aquella solidez por la que luché durante muchos años en esta campaña difícil y grande. Sería utópico ayudar a destruir la alianza de nuestros enemigos por vías diplomáticas o por otras. Utópico en el mejor caso, si no es logrando que manifiesten pánico y pierdan toda perspectiva. Solamente asestándoles golpes militares, demostrando la fortaleza de nuestro espíritu y nuestro poderío inagotable, aceleraremos el término de esta coalición, que se derrumbará con el estampido de nuestros cañones victoriosos. Nada impresiona tanto a las democracias occidentales como la demostración de fuerza. Nada disipa tanto la embriaguez de Stalin como la confusión de occidente por un lado y nuestros golpes por el otro. Tengan en cuenta que ahora Stalin tiene que hacer la guerra no en los bosques de Briansk o en los campos de Ucrania. Ahora tiene sus tropas en los territorios de Polonia, Rumania, Hungría. Al establecer contacto directo con "la no patria", los rusos ya están debilitados y, hasta cierto punto, desmoralizados. Pero mi máxima atención no está dirigida actualmente a los rusos ni a los americanos. ¡Dirijo mi mirada a los alemanes! ¡Sólo nuestra nación puede y debe alcanzar la victoria! En estos momentos todo el país se ha convertido en un campamento militar. Todo el país: hablo de Alemania, Austria, Noruega, parte de Hungría e Italia, un territorio considerable de los protectorados de Bohemia y Moravia, Dinamarca y parte de Holanda. Este es el corazón de la civilización europea. Es la concentración del poderío material y espiritual. En nuestras manos ha recaído el material de la victoria. De nosotros, los militares, depende ahora en qué medida y con qué rapidez se utilice este material en nombre de nuestra victoria. Créanme: después de los primeros golpes demoledores de nuestros ejércitos, la coalición de los aliados se derrumbará. Los intereses egoístas de cada uno de ellos prevalecerán sobre el análisis estratégico del problema. Propongo lo siguiente para acercar la hora de nuestra victoria: que el VI ejército de tanques SS comience la contraofensiva en Budapest, protegiendo de esta manera la seguridad del baluarte sur del nacionalsocialismo de Austria y Hungría, por un lado, y preparando la salida a los flancos rusos por el otro. Recuerden que precisamente allí, en el sur, en Nagykanitza, tenemos setenta mil toneladas de petróleo. El petróleo es la sangre que corre por las arterias de la guerra. Prefiero entregar Berlín que perder este petróleo que me

garantiza la inexpugnabilidad de Austria y su unidad con la agrupación italiana de millones de hombres de Kesselring. Continúo: el grupo de ejércitos Vístula, reuniendo las reservas, llevará a cabo una contraofensiva determinante en los flancos rusos utilizando para esto el campo de operaciones de Pomerania. Al romper la defensa de los rusos, las tropas del *Reichsführer SS* llegarán a su retaguardia y tomarán la iniciativa. Apoyados por la agrupación de Stettin, cortarán en dos el frente de los rusos. Para Stalin el problema del transporte de las reservas es un problema grave. Las distancias están en contra suya y a favor nuestro. Siete líneas de defensa que protegen a Berlín —y prácticamente lo hacen inaccesible— nos permiten alterar los cánones del arte militar y transportar al occidente un grupo considerable de tropas desde el sur y desde el norte. Tendremos una reserva de tiempo. Stalin necesitará dos o tres meses para reagrupar las reservas, nosotros necesitaremos cinco días para trasladar los ejércitos. Las distancias en Alemania nos permiten hacerlo, desafiando las tradiciones de la estrategia.

»*Jodl*: De todas maneras, sería deseable coordinar este problema con las tradiciones de la estrategia...

»*Hitler*: ¿Qué quiere decir con eso, Jodl?

»*Jodl*: Creo que todo esto es muy sabio y perspicaz, pero me permito expresar mi desacuerdo sólo en lo siguiente: que no deben coordinarse los detalles de este plan con las tradiciones de la ciencia militar.

»*Hitler*: No se trata de detalles, sino del conjunto. Al fin y al cabo, los problemas particulares siempre pueden resolverse en los estados mayores por grupos limitados de especialistas. Los militares tienen más de cuatro millones de personas organizadas en un poderoso puño de resistencia. La tarea consiste en convertir ese poderoso puño de resistencia en el golpe demoledor de la victoria. Estamos ahora en las fronteras de agosto de 1938. Nuestra industria militar produce cuatro veces más armamentos que en 1939. Nuestro ejército es dos veces mayor que en 1939. Nuestro odio es terrible y la voluntad de vencer inmensa. Les pregunto: ¿Acaso no ganaremos la paz a través de la guerra? ¿Acaso el éxito militar no engendra el éxito político? Les ruego que me preparen para mañana proposiciones concretas, señor mariscal de campo.

»*Keitel*: Sí, mi Führer. Prepararemos el plan general y, si usted lo aprueba, comenzaremos a precisar todos los detalles».

Al llegar al estado mayor de Himmler, el Obergruppenführer SS Fegelein, cuñado de Hitler, le informó sobre la reunión en el Bunker.

—Cualquier solución política del problema —dijo— está rechazada categóricamente por el Führer.

—¿Cómo aceptaron su plan los militares? —preguntó Himmler.

—Con ironía. Aunque parezca raro, precisamente los militares han llegado ahora a la firme convicción de que el resultado de la guerra no puede decidirse por más caminos que los políticos.

—¿Capitulación? —preguntó Himmler pensativo.

—¿Por qué necesariamente capitulación? Negociaciones...

[10](#) Patas de cerdo. N. del T.

«¿Por quién me toman ellos?»

(La misión)

(Del expediente del partido del miembro del NSDAP desde 1933, Standartenführer SS Von Stirlitz, VI Sección de la Dirección de Seguridad: «Ario genuino. Carácter nórdico, sólido. Buenas relaciones con los compañeros de trabajo. Cumple su deber de forma intachable. Implacable con los enemigos del Reich. Excelente deportista: campeón de tenis de Berlín. Soltero; no tuvo relaciones comprometedoras. Condecorado por el Führer. Obtuvo felicitaciones por parte del Reichsführer SS...»)

Stirlitz llegó a su casa a las siete cuando apenas había empezado a oscurecer. Le gustaba esa época del año: casi no había nieve y, por las montañas, el sol alumbraba las cumbres de los pinos como si hubiera llegado el verano y fuera posible irse a Mogelsse y permanecer allí todo el día pescando o durmiendo en una silla plegable.

Aquí, en Babelsberg, muy cerca de Potsdam, vivía ahora solo en su pequeña villa. Su ama de llaves se había marchado la semana antes a Turingia, a las montañas, a la casa de su sobrina. La mujer no pudo soportar más las interminables incursiones aéreas: los nervios le fallaban.

La hija del dueño de la taberna «El Cazador» hacía ahora la limpieza. Era jovencita, muy despabilada y bella. «Debe ser de Sajonia —pensaba Stirlitz observando cómo la muchacha manejaba una gran aspiradora para limpiar la alfombra de la sala—. Tiene el cabello negro y ojos azules. Habla con acento berlinés, pero seguro que es de Sajonia».

Stirlitz miró su reloj pasado de moda y pensó: «Ya hay que cambiarlo. Si este 'Longines' se adelantara o atrasara, podría adaptarme a ello; pero a veces se atrasa y otras se adelanta. Muy mal, no sirve para nada».

—¿Qué hora es? —preguntó Stirlitz.

—Cerca de las siete...

Stirlitz sonrió: «Una niña feliz... Puede permitirse decir "cerca de las siete". La gente más feliz de la tierra es la que puede manejar su tiempo sin temor a las consecuencias... Pero ella habla con acento berlinés, estoy seguro. Incluso con un poco del dialecto de Mecklemburgo...»

Al oír el ruido del automóvil que se acercaba, gritó:

—Niña, vete a ver quién ha llegado.

Oyó el sonido de la puerta al abrirse. La muchacha se asomó al pequeño despacho donde él estaba sentado junto a la chimenea, y dijo:

—Es un señor de la Policía.

Stirlitz se levantó, se estiró y fue a la antesala. Allí estaba el Unterscharführer SS con una gran cesta en la mano.

—Señor Standartenführer, su chofer ha enfermado y yo he venido a traerle su ración...

—Gracias —dijo Stirlitz—. Póngala en el refrigerador. La muchacha le ayudará.

No acompañó al Unterscharführer cuando abandonó la casa. No abrió los ojos hasta que la muchacha, que había vuelto al despacho silenciosamente, le dijo en voz baja desde la puerta:

—Si Herr Stirlitz desea, puedo quedarme también por la noche.

«Es la primera vez que la niña ve tanta comida —pensó—. Pobre niña».

Stirlitz se estiró de nuevo y contestó:

—No hace falta... Puedes coger la mitad del salchichón y el queso sin necesidad de eso...

—Oh, no, Herr Stirlitz —contestó ella—. No es por la comida...

—¿Estás enamorada, estás loca por mí? Sueñas con mi pelo canoso ¿verdad?

—Los hombres canosos son los que más me gustan en el mundo...

—Está bien, niña, seguiremos hablando de las canas... Después de que te cases. ¿Cómo te llamas?

—Marie. Ya le dije: Marie.

—Sí, sí, perdóname, Marie. María Magdalena. Todas vosotras, las pequeñas Marie, sois pecadoras ¿no? Coge el salchichón y deja de coquetear ¿Qué edad tienes?

—Diecinueve.

—Oh, una muchacha ya adulta ¿Hace mucho que llegaste de Sajonia?

—Sí. Desde que mis padres se mudaron para acá.

—Bien, Marie, vete a descansar. Temo que empezará el bombardeo y tendrás miedo de caminar cuando haya comenzado.

La muchacha se fue. Stirlitz cubrió las ventanas con cortinas peladas para que no se vieran las luces y encendió la lámpara de mesa. Se agachó junto a la chimenea y notó de repente que los leños habían sido colocados precisamente como a él le gustaba: formando un pocito, y la corteza de abedul estaba lista en un rústico platillo azul.

«No le hablé nunca de esto... O sí... Se lo dije. De todos modos la niña tiene memoria — pensó encendiendo la corteza—. Todos nosotros pensamos sobre los jóvenes como los maestros viejos. Visto desde fuera debe de ser muy ridículo. Yo mismo me he acostumbrado a considerarme un viejo: «cuarenta y cinco años...»

Esperó a que el fuego empezara a lamer con avidez los leños de abedul, se acercó a la radio y la encendió. Era una emisora de Moscú: estaban transmitiendo viejas romanzas. Stirlitz recordó la vez que Goering les había dicho a sus hombres del estado mayor: «No es patriótico escuchar la radio enemiga, pero a veces me gustaría tanto oír las tonterías que dicen de nosotros». Entonces fue cuando Stirlitz comprendió que Goering era un cobarde estúpido: la información de que él escuchaba la radio enemiga provenía de sus criados y de su chofer, reclutado por Müller. Si el «Nazi número 2» trataba de fabricar su coartada de esta manera, expresaba así su cobardía y su total inseguridad en el día de mañana. Stirlitz pensaba que no valía la pena ocultar que se escucha la radio enemiga. Al contrario, debería simplemente comentar adecuadamente las transmisiones del enemigo, ridiculizarlas y hacer bromas groseras. De seguro esto impresionaría más a Himmler, quien no se distinguía por ninguna sutileza excesiva de razonamiento.

La romanza terminó con una suave música de piano. La voz lejana del locutor moscovita (por lo visto, un alemán) comenzó a decir las frecuencias en que se transmitía la emisora los viernes y los miércoles. Stirlitz anotó las cifras: eran una clave para él. Lo había esperado ya durante seis días. Apuntaba las cifras en una columna alineada. Eran muchas, y el locutor, tal vez temiendo que no tuviera tiempo de anotarlas, las leyó nuevamente.

Y otra vez volvieron a escucharse las maravillosas romanzas rusas.

Stirlitz sacó del armario un tomito de Montaigne, tradujo las cifras en palabras y las relacionó con el código oculto entre las sabias verdades del grande y sereno pensador francés.

Después de descifrar el radiograma, quemó la hojita llena de cifras y palabras, mezcló la ceniza con las de la chimenea y tomó un poco más de coñac.

«¿Por quién me toman ellos? —pensó— ¿Por un genio o un todopoderoso? Es imposible...»

Le sobraban razones para pensar así. La orden que le habían transmitido a través de la radio moscovita decía:

«De Alex a Justas:

»De acuerdo con nuestros datos, en Suecia y Suiza fueron vistos altos oficiales del SD y la SS tratando de entrar en contacto con los agentes de los aliados. Particularmente en Berna los hombres del SD trataron de establecer contacto con la gente de Allen Dulles. Usted debe averiguar lo siguiente: qué significan estos esfuerzos 1) una desinformación, 2) una iniciativa personal de los altos jefes del SD, 3) el cumplimiento de una misión del centro.

»En caso de que estos funcionarios del SD y la SS cumplan una misión de Berlín, es necesario aclarar quién les encomendó esta misión. Más concretamente: quién, de entre los dirigentes máximos del Reich, busca contactos con Occidente.

»Alex».

...Seis días antes de que Stirlitz recibiera este mensaje cifrado, Stalin había leído los últimos informes de los agentes soviéticos. Llamó a su casa de campo al jefe de la inteligencia y le dijo:

—Solamente los principiantes en política pueden considerar que Alemania está definitivamente agotada y que, por lo tanto, no es peligrosa... Alemania es un resorte contraído hasta el límite, que debe y sólo puede ser vencida aplicando por ambos lados esfuerzos igualmente poderosos. En caso contrario, si la presión por un lado se convierte en apoyo, el resorte, al soltarse, puede asestar un golpe en dirección contraria. Será un golpe fuerte: primero, porque el fanatismo de los hitlerianos continúa siendo enorme, y segundo, porque el potencial militar de Alemania está lejos de agotarse. Por esta razón, todos los esfuerzos de un acuerdo entre los fascistas con los posibles antisoviéticos de occidente deben ser analizados por usted como tarea número uno. Naturalmente —continuó Stalin—, usted debe darse cuenta de que lo más probable es que las principales figuras que llevarían a cabo estas posibles negociaciones por separado serían los más cercanos colaboradores de Hitler que tengan autoridad en el aparato del partido y frente al pueblo. Estos colaboradores cercanos deben convertirse en objeto de su observación más atenta. Sin duda alguna, los colaboradores del tirano que está al borde de una derrota, van a traicionarlo para salvar sus vidas. Es un axioma en cualquier juego político. Si usted pierde de vista estos eventuales procesos, cargará con la culpa. La Checa es implacable —agregó Stalin, empezando a fumar sin prisa—. No sólo con los enemigos, sino también con quienes ofrecen a los enemigos una oportunidad para la victoria, con intenciones o sin ellas.

En algún sitio lejano comenzaron los aullidos de las sirenas de alarma aérea y en seguida los ladridos de los cañones antiaéreos. La planta eléctrica interrumpió el suministro de luz. Stirlitz permaneció durante largo rato junto a la chimenea observando cómo serpenteaban las llamas azules sobre los tizones negros y rojos.

«Si cierro la chimenea —pensó perezosamente—, dentro de tres horas estaré dormido para siempre... Expiraré, por así decirlo, en paz...»

Esperó hasta que los tizones se pusieron totalmente negros, sin las serpenteantes llamas azules. Después cerró el tiro de la chimenea, encendió la gran vela colocada en el cuello de una botella de champán y le maravilló el dibujo extraño de la cera en torno a la botella. Había encendido tantas velas ahí que la botella se había convertido en un recipiente raro, lleno de protuberancias, como las ánforas antiguas, pero blanco y rojo. Stirlitz encargaba especialmente velas de colores a sus amigos que viajaban a España, luego les regalaba estas extraordinarias botellas de cera.

Se oyeron cerca dos fuertes estampidos consecutivos.

«Bombas de explosión —determinó—. Buenas bombas. Los muchachos bombardean bien. Pero muy bien. Sería terrible que me mataran en los últimos días. Los nuestros no encontrarían ni las huellas. En general es asqueroso morir en el anonimato. Sashenka —vio de pronto la cara de su mujer—. Sashenka madre y Sashenka hijo... Ahora no puedo morirme. Hay que salir vivo a toda costa. Es más fácil vivir solo, porque no es tan terrible morir. Y después de ver a mi hijo, es monstruoso morir. Los idiotas escriben en sus novelas: 'murió tranquilo en los brazos de sus seres queridos'. Nada hay más horrendo que morir en brazos de los hijos, verlos por última vez, sentirlos cerca y saber que uno se va para siempre, que es el final para uno y la oscuridad y la desgracia para ellos...»

Una vez, en una recepción de la Embajada soviética, en Unter den Linden, él y Schellenberg conversaron con un joven diplomático soviético. Sombriamente, como era habitual en él, escuchaba la discusión del ruso con el jefe de los servicios secretos políticos sobre el derecho del hombre a creer en amuletos, palabras mágicas u otras supersticiones, lo cual, según la expresión del secretario de la Embajada, eran «necedades de los salvajes». En esta alegre discusión, Schellenberg, como siempre, obraba con tacto, inteligencia y suavidad. Stirlitz se enfureció viendo cómo arrastraba al ruso a la disputa. «Lo ha provocado —pensó—. Quiere conocer al enemigo. Donde mejor se conoce el carácter de un hombre es en la discusión y Schellenberg sabe hacerlo como nadie».

—Si en este mundo todo está claro para usted —continuó Schellenberg— entonces, por supuesto, tiene derecho a rechazar la fe del hombre en la fuerza de un amuleto. Pero ¿resulta todo tan claro para usted? No es cuestión de ideología, sino de física, de química, de matemática...

—¿Qué físicos y qué matemáticos comienzan a solucionar un problema colgándose un amuleto en el cuello? —se acaloraba el secretario de la Embajada—. Eso no tiene sentido.

«Debió terminar con la pregunta —se dijo Stirlitz— pero no resistió y se contestó a sí mismo. En la discusión es importante preguntar, es ahí donde se ve al contra-agente. Además, siempre es más complicado responder que preguntar...»

—¿Y si el físico o el matemático se pone el amuleto, pero no lo dice? —preguntó Schellenberg— ¿O usted rechaza esa posibilidad?

—Sería ingenuo rechazarla. La categoría de posibilidad es la paráfrasis de la noción de perspectiva.

«Bien contestado —se dijo Stirlitz—. Ahora debería responder al golpe... Preguntar, por ejemplo: ¿No está usted de acuerdo? Pero no preguntó y otra vez ofreció la posibilidad de ser golpeado».

—¿Entonces es probable que el amuleto entre también en la categoría de la posibilidad? ¿O está usted en contra? —sonrió Schellenberg.

Stirlitz acudió en su ayuda.

—La parte alemana ha vencido en la discusión —afirmó—. Sin embargo, en aras de la verdad, debo decir que a las preguntas brillantes de Alemania, Rusia daba respuestas no menos brillantes. Hemos agotado el tema, pero no sé qué hubiéramos hecho si la parte rusa hubiese tomado la iniciativa en el ataque, haciendo preguntas...

«¿Entendiste, hermanito?» preguntaban los ojos de Stirlitz, y al ver cómo se hinchaban de repente los músculos faciales del diplomático ruso, se percató de que su lección había sido comprendida.

«No te irrites, querido amigo —pensó, mirando al muchacho que se alejaba—. Mejor que lo hiciera yo y no otro. Pero no tienes razón al hablar así de los amuletos. Cuando estoy muy mal y me lanzo al peligro con los ojos abiertos -y mis riesgos siempre son mortales-me pongo en el pecho un amuleto: el medallón donde guardo un mechón de pelo de Sashenka. Tuve que tirarlo porque era demasiado ruso y compré uno alemán, pesado, intencionalmente ostentoso, pero el mechón de pelo dorado y blanco de Sashenka está conmigo y es mi amuleto...»

Hacia veintitrés años, en Vladivostok, había visto a Sashenka por última vez, cuando fue a cumplir una tarea de Dzerzhinski dentro de la emigración blanca, primero a Shanghai y

después a París. Pero, desde aquel día terrible, lejano y ventoso, su imagen vivía en él, convertida ya en parte de sí mismo, se había disuelto en él, era una parte de su propio *yo*...

Se acordó del inesperado encuentro con su hijo en Cracovia, ya casi de noche. Se acordó de la llegada de «Grishanchikov» a su hotel y de cómo hablaban en un susurro, con la radio puesta, y de lo atormentador que había sido alejarse del lado de su hijo que por la voluntad del destino había escogido también su camino. Stirlitz sabía que su hijo estaba ahora en Praga y que debía salvar esa ciudad de la explosión, de la misma forma en que él y el mayor *Torbellino* habían salvado Cracovia. Sabía lo sumamente difícil que le resultaba ahora llevar a cabo su tarea, pero comprendía también que cualquier esfuerzo por ver a su hijo —el viaje de Berlín a Praga sólo duraba seis horas— podía exponerlo al peligro...

Se levantó, y cogiendo la vela, se acercó a la mesa. Sacó varias hojas de papel y las extendió como los naipes de un solitario. En una de ellas dibujó un hombre gordo y alto. Quiso escribir abajo «Goering», pero se abstuvo. En la segunda hoja dibujó la cara de Goebbels, en la tercera un rostro duro con una cicatriz: Bormann. Después de reflexionar unos instantes, escribió en la cuarta hoja «Reichsführer SS». Era el cargo de su jefe, Heinrich Himmler.

Apartando las otras, Stirlitz acercó la hoja en que había dibujado a Goering y comenzó a trazar círculos y cuadrados sólo comprensibles para él. Los unió con líneas: dos gruesas, una fina y otra intermitente apenas visible.

...Si un agente se encuentra en el centro de acontecimientos importantísimos, debe ser un hombre infinitamente emocional, hasta sensitivo como un actor; pero tiene que cubrir por completo esta desnudez emocional con sangre fría y una lógica implacable.

En las noches en que, muy raras veces, Stirlitz se permitía sentirse como Isaiev, se entregaba a este tipo de razonamientos: ¿Qué significa ser un verdadero agente? ¿Reunir la información, procesar los datos objetivos y transmitirlos al centro para que se saquen conclusiones generales y se tomen decisiones? ¿O sacar *sus* propias conclusiones, ofrecer *sus* puntos de vista, proponer *sus* cálculos? Considerando que eres precisamente tú, tú el que siente exactamente lo que hay que esperar en el futuro, ¿tienes derecho tú, Maxim Isaiev, a influir en este futuro? La desgracia de la inteligencia, pensaba Isaiev, consiste en que la excesiva abundancia de información corriente oculta la perspectiva, la encubre, determina que las decisiones sean subjetivas, y no las consecuencias objetivas del análisis de la verdad, sea ésta siniestra o satisfactoria. Isaiev pensaba que si se le permitiera a la inteligencia ocuparse de la planificación de la política, podría resultar entonces que hubiera muchas recomendaciones y pocos datos. Isaiev creía que él, el agente, debía ser, ante todo, objetivo. Da malos resultados que la inteligencia esté totalmente subordinada a la línea política trazada de antemano: así le pasó a Hitler. Creía que la Unión Soviética era débil y no prestaba atención a las cautelosas opiniones de los militares: «Rusia no es tan débil como parece». Del mismo modo, está mal que la inteligencia se esfuerce por dominar la política.

Lo ideal es que el agente entienda la perspectiva del desarrollo de los acontecimientos y ofrezca a los políticos varias soluciones posibles y, desde su punto de vista, razonables.

Un agente, pensaba Isaiev, tiene derecho a dudar de la infalibilidad de sus predicciones, pero hay algo a lo que no tiene derecho: a alejarse del método objetivo de investigación de la realidad.

Comenzando ahora el último análisis de aquel material que había podido reunir en todos estos años, Stirlitz debía sopesar todos sus «pro» y sus «contra». Se trataba del destino de millones de personas y de ningún modo podía equivocarse en ese análisis.



▮ Alexandr Isaiev, hijo de Stirlitz

Información para un análisis (Goering)

...Stirlitz empezó a fijarse por primera vez en Goering después de una incursión de «fortalezas volantes» norteamericanas en Kiel. La ciudad había sido quemada y destruida. Goering comunicó al Führer que en el raid habían participado trescientos aviones enemigos. El Gauleiter de Kiel, Groche, que encaneció en aquellas veinticuatro horas, había refutado a Goering: dijo que en la incursión habían tomado parte ochocientos aviones y la Luftwaffe nada había podido hacer para salvar la ciudad.

Hitler miraba a Goering en silencio. Una mueca de asco recorría su cara. Movía su mano izquierda con inquietud. Parecía que el Führer se rascaba como un enfermo de psoriasis. Después estalló:

—Ni una sola bomba enemiga caerá sobre las ciudades de Alemania —empezó a hablar nervioso, dolido, sin mirar a Goering— ¿Quién decía esto a la nación? ¿Quién lo hizo creer a nuestro partido? ¡He leído libros sobre juegos de azar y sé lo que es el *bluff*! ¡Alemania no es el paño verde de una mesa de juegos! —Hitler miró a Goering gravemente y continuó—: ¡Usted está hundido en la abundancia y el lujo, Goering! ¡Usted está viviendo en los días de la guerra como un emperador o un plutócrata judío! ¡Usted tira con el arco a los venados, mientras que mi nación es asesinada por la metralla de los aviones enemigos! ¡La vocación del líder es la grandeza de la nación! ¡El destino del líder es la modestia! ¡La profesión de un líder es la correlación exacta entre las promesas y su cumplimiento!

Más tarde se supo que, al escuchar estas palabras de Hitler, Goering volvió a su casa y se acostó con fiebre y un fortísimo ataque de nervios. Iba constantemente a las ciudades bombardeadas, allí se reunía con el pueblo, exigía la ayuda inmediata para las víctimas, organizaba de nuevo la defensa antiaérea de la ciudad y después se acostaba con fiebre: la presión le subía y bajaba, los dedos se le ponían helados, la cabeza se le partía en dos y sentía las sienes y la frente oprimidas por un aro de dolor. Himmler, que trataba de obtener materiales comprometedores para el expediente de Goering —¿y si todo esto fuese teatro?—, le pidió que consiguiera un diagnóstico médico. Sin embargo, los datos de las investigaciones médicas confirmaron que, efectivamente, la presión de Goering subía de un modo brusco.

Así, por primera vez, en 1942, Goering, sucesor oficial de Hitler, fue sometido a tan humillante crítica y en presencia, además, de la cohorte del Führer. Esto llegó de inmediato al expediente de Himmler y al día siguiente, sin pedir permiso a Hitler, el Reichsführer SS dio la orden de empezar a escuchar todas las conversaciones telefónicas del «compañero de lucha más íntimo del Führer».

Por primera vez, pero con permiso del Führer, Himmler escuchó durante una semana las conversaciones de Goering después del escándalo de su hermano Albert. Goering lo había trasladado de Viena a Praga con el cargo de jefe de exportación de las fábricas Skoda. Albert, que tenía fama de defensor de los desgraciados, escribió en papel timbrado del hermano una carta al comandante del campo de Mauthausen: «Libere inmediatamente al profesor Kisch. No hay pruebas serias contra él. Firmado: Goering». Sin el nombre. El comandante del campo de concentración, asustado, liberó a dos Kisch a la vez: uno era profesor y el otro, miembro de una organización clandestina. A Goering le costó mucho trabajo salvar a su hermano: lo protegió del golpe, contándoselo al Führer como si se tratase de una anécdota divertida. Esto salvó la situación y Himmler se retiró inmediatamente, haciendo todo el relato en el mismo tono jocoso del Führer.

Lo principal, como pensó Isaiev, era lo que el Führer imputó a Goering después del bombardeo de Kiel: su lujo y aires de gran señor. Precisamente aquello que durante años trataron de utilizar los demás compañeros de lucha del Führer sin que éste lo admitiera, ahora el propio Hitler se lo echaba en cara a su sucesor.

Sin embargo, aún después de lo ocurrido, Hitler le repetía a Bormann:

—Nadie más puede ser mi sucesor. Sólo Goering. Primero, porque nunca se metió a hacer política por su cuenta; segundo, porque es popular, y tercero, porque es el objetivo principal de las caricaturas en la prensa enemiga.

Hitler hablaba del hombre que había llevado a cabo todo el trabajo práctico para conquistar el poder, el hombre que había dicho con toda sinceridad -no a cualquiera, sino a su propia esposa-: «Yo no vivo, el Führer vive en mí...» Y no lo había dicho para las grabadoras, pues no imaginaba en aquel momento que algún día lo escucharían sus «hermanos de lucha», sino a ella, de noche, en su cama.

El piloto combatiente de la Primera Guerra Mundial, el héroe de la Alemania del Kaiser, después del fracaso de la primera intentona nazi se escapó a Suecia. Allí comenzó a trabajar en la aviación civil. En una ocasión en que llevaba a bordo al conde Rosen, durante una terrible tempestad, aterrizó milagrosamente en el castillo Rocklstadt, donde conoció a Karina von Katzov, hija del coronel Von Fock. Se la quitó al marido y se fue a Alemania, encontró al Führer y participó en la manifestación de los nacionalsocialistas el 9 de noviembre de 1923; fue herido, se salvó milagrosamente del arresto, emigró a Innsbruck, donde ya lo esperaba Karina. No tenían dinero, pero el dueño del hotel les dio alojamiento gratuito. Era como Goering, un nacionalsocialista que sufría la tiranía de los judíos propietarios del setenta por ciento de los hoteles de Innsbruck. El dueño del hotel «Britania» invitó posteriormente a los Goering a Venecia, donde vivieron hasta 1927, cuando fue declarada la amnistía en Alemania. En medio año se convirtió en diputado del

Reichstag junto con once nazis más. Hitler no había podido presentar su candidatura: era austríaco.

Como debía prepararse para las nuevas elecciones, el Führer decidió que Goering dejase el trabajo en el partido y sólo fuese un miembro del Reichstag. En aquel momento su misión consistió en establecer contactos con los omnipotentes. El partido que se proponga conquistar el poder debe tener un amplio círculo de relaciones. Según decisión del partido, Goering alquiló una lujosa villa en Badenstrasse. Allí empezaron a visitarlo los príncipes Hohenzollern y Koburg, los magnates. El alma de la casa era Karina, una mujer encantadora, aristocrática, que cautivaba a todos. Era la hija de un alto funcionario sueco, convertida en esposa de un héroe de guerra proscrito, luchador, enemigo de la podrida democracia occidental que carecía de fuerzas para oponerse al vandalismo bolchevique.

Cada vez que daba una recepción, llegaba temprano por la mañana el Parteileiter de la organización berlinesa de los nacionalsocialistas, Goebbels. Era un enlace entre el partido y Goering. Goebbels se sentaba al piano y Goering, Karina y Thomas, hijo del primer matrimonio, cantaban canciones populares. En la casa del líder nazi del Reichstag no soportaban los ritmos desenfrenados del jazz norteamericano o francés.

Precisamente a esta villa, alquilada con dinero del partido, llegaron Hitler, Schacht y Tissen el 5 de enero de 1931. Precisamente en esta villa lujosa se pudieron oír las palabras de la conspiración entre magnates financieros e industriales y el líder de los nacionalsocialistas, Hitler.

Después Hitler triunfó. Karina regresó a Suecia en avión donde murió de un ataque epiléptico. Su último deseo fue que Herman hiciese todo lo posible para convertirse él también en el futuro en un «obrero del Führer».

A raíz del *putsch* de Rohm, muchos veteranos se opusieron al Führer aduciendo que había traicionado la causa porque había suscrito un pacto con el capital. En las organizaciones de base del partido se decía:

—Goering ha dejado de ser Herman. Se ha convertido en un presidente. No recibe a sus compañeros de partido. Los obliga humillantemente a hacer cola en su oficina. Está rodeado de lujos...

Al principio, sólo los miembros de fila del partido lo comentaban en voz baja. Pero en 1935, cuando Goering se construyó el castillo Karinhalle, en las afueras de Berlín, se quejaron a Hitler, no los nacionalsocialistas corrientes, sino los cabecillas Ley y Saukel. Goebbels consideraba que ya desde su estancia en la villa Goering había empezado a echarse a perder.

—El lujo corrompe —decía—. Hay que ayudar a Goering. Nos es demasiado querido.

Hitler fue a Karinhalle, examinó el castillo y dijo:

—Dejen en paz a Goering. Al fin y al cabo sólo él sabe cómo tratar a los diplomáticos de Occidente. Que Karinhalle sea una residencia para recibir a huéspedes extranjeros... ¡Que lo sea! Herman lo merece. Debemos considerar que Karinhalle pertenece al pueblo y que Goering sólo vive aquí...

Durante el día se dedicaba a cazar venados domesticados y por la noche pasaba largas horas en la sala de proyecciones. Podía ver cinco películas de aventuras seguidas. Durante la función tranquilizaba a sus visitantes.

—No se preocupen —les decía—. El final es bueno...

Información para un análisis (Goebbels)

Stirlitz echó a un lado el papel con la gruesa figura de Goering y tomó la hoja con el perfil de Goebbels. Por sus aventuras en Babelsberg, donde estaban los estudios cinematográficos del Reich y donde vivían todas las artistas, era llamado «el torito de Babelsberg». En su expediente se conservaba la grabación de la conversación entre la esposa de Goebbels y Goering a propósito de las relaciones de aquél con la actriz checa Lida Baarova.

—¡Se perderá a causa de las mujeres! ¡Qué vergüenza! ¡El hombre que responde por nuestra ideología, se deshonra por aventuras casuales! — le había dicho Goering a su mujer.

El Führer le recomendó el divorcio.

—A usted la voy a apoyar —dijo—, pero hasta que su esposo no aprenda a comportarse como un verdadero nacionalsocialista, hombre de alta moral y abocado al estricto cumplimiento del deber sagrado ante la familia, leregaré todas las entrevistas personales...

Ahora todo esto había quedado relegado a un segundo plano. En enero de ese año, Hitler visitó la casa de Goebbels el día de su cumpleaños. Le llevó a su esposa un ramito de flores y le dijo:

—Le pido perdón por mi retraso, pero recorrí todo Berlín hasta encontrar este ramo. El *Gauleiter* de Berlín, *Parteigenosse* Goebbels, ha cerrado todas las floristerías: la guerra total no necesita flores...

Cuando cuarenta minutos después Hitler se hubo marchado, Magda Goebbels dijo:

—El Führer no hubiera visitado jamás a los Goering...

Berlín estaba en ruinas, el frente pasaba a ciento cuarenta kilómetros de la capital del milenarío Reich, pero la resplandeciente Magda Goebbels celebraba su victoria. Su esposo estaba junto a ella, su cara se había puesto pálida de felicidad. Tras una pausa de seis años, el Führer visitaba su casa...

«Ahora esto carece de importancia —continuaba analizando Stirlitz—. Ahora todo esto es vanidad de vanidades...»

Dibujó un gran círculo y comenzó a sombreadarlo despacio con líneas precisas y muy rectas. Ahora recordaba todo lo relacionado con los Diarios de Goebbels. Sabía que el Reichsführer se interesaba por ellos y en su momento había hecho el máximo esfuerzo por leerlos de algún modo. Sólo pudo ver la fotocopia de varias páginas. La memoria de Stirlitz era

fenomenal: fotografiaba visualmente el texto y lo memorizaba casi mecánicamente, sin esfuerzo alguno.

«9 de diciembre de 1943. Epidemia de gripe en Inglaterra —apuntaba Goebbels—. Hasta el rey está enfermo. Sería maravilloso que esta epidemia fuera fatal para Inglaterra, pero es demasiado bueno para ser verdad.

»2 de marzo de 1943. No descansaré hasta que todos los judíos sean sacados de Berlín. Después de la conversación con Speer en Obersalzberg fui a visitar a Goering. Este nacionalsocialista tiene en sus bodegas veinticinco mil botellas de champaña. Estaba vestido con una túnica y su color me produjo alergia. Pero qué le vamos a hacer, hay que aceptarlo como es».

Stirlitz sonrió. Recordó que en 1942 Himmler había dicho lo mismo, palabra por palabra, sobre Goebbels. Este no vivía en una gran casa de campo con su familia, sino en una pequeña y modesta villa construida «para el trabajo». Estaba junto a un lago y se podía llegar a ella a través del mismo, pues el agua sólo llegaba a los tobillos y el puesto de guardia de la SS se encontraba apartado. Hasta ahí llegaban las actrices en un tren eléctrico y después continuaban el trayecto a pie atravesando el bosque. Goebbels consideraba un lujo excesivo e indigno de un nacionalsocialista traer a las mujeres en automóvil. Él mismo las acompañaba a través de los juncos y al día siguiente, por la mañana, cuando los hombres de la SS aún estaban durmiendo, las sacaba de allí. Por supuesto que Himmler lo supo en seguida. En aquel momento dijo: «Hay que aceptarlo como es...»

Stirlitz arrugó las hojas con los dibujos de Goering y Goebbels, las colocó sobre la llama de la vela y esperó a que la llama comenzara a quemarle los dedos para tirar las hojas a la estufa. Las removió con un bello atizador de hierro fundido, volvió a la mesa y comenzó a fumar.

Después acercó las dos hojas restantes: Himmler y Bormann. «Excluyo a Goering y Goebbels. Nadie va a apostar por ellos. Ni por uno ni por otro. Tal vez Goering se atreva a negociar, pero ha caído en desgracia y no cree en nadie. ¿Goebbels? No. No lo haría. Es fanático, luchará hasta el final, pero es posible apoyarse en él, porque en seguida comenzará a buscar una alianza. Uno de los dos: Himmler o Bormann. Si puedo obtener garantías de uno de ellos para trabajar contra los demás, ganaré. Si fallo en mis cálculos, seré un cadáver. Inmediatamente. ¿Por quién apostar? Creo que por Himmler. Nunca podrá decidirse a negociar. Sabe el odio que rodea su nombre... Sí, por lo visto, es Himmler...»

Precisamente en ese momento Goering, adelgazado, pálido, con un dolor que le partía la cabeza, regresaba a Karinhalle desde el Bunker del Führer. Esa mañana había viajado en su automóvil al frente, hacia el lugar donde se habían abierto paso los tanques rusos. De allí corrió en seguida a ver a Hitler.

—No hay ninguna organización en el frente —le dijo—. El caos es total. Los soldados tienen ojos inexpresivos. He visto a los oficiales borrachos. La ofensiva de los bolcheviques infunde espanto en el Ejército, un espanto animal... Creo...

Hitler lo escuchaba con los ojos semicerrados y sosteniendo con la derecha el codo de su brazo izquierdo que no dejaba de temblar.

—Creo... — volvió a decir Goering, pero Hitler lo interrumpió.

Se levantó pesadamente. Sus ojos enrojecidos se abrieron de par en par, su bigotito se estremeció con desdén.

—¡Le prohibo que, en lo sucesivo, vaya al frente! —exclamó con su voz de antaño, fuerte—. ¡Le prohibo difundir el pánico!

—No es pánico, es la verdad —Por primera vez en su vida, Goering rebatía a su Führer y sintió que, de pronto, se le helaban los dedos de los pies y las manos—. ¡Es la verdad, mi Führer, y mi deber es decirle esta verdad!

—¡Cállese! ¡Será mejor que se ocupe de la aviación, Goering! No se meta donde hay que tener una mente tranquila, previsión y fuerza. Veo que no es tarea para usted. Le prohibo que vaya al frente. Ni ahora ni nunca.

Aplastado y humillado, Goering adivinaba cómo a sus espaldas, por detrás, sonreían los ayudantes del Führer: Schmudt y Burgdorf, dos nulidades.

En Karinhalle ya lo estaban esperando los oficiales del estado mayor de la Luftwaffe: los había mandado llamar al salir del Bunker. Pero no pudo comenzar la reunión. Su ayudante le informó que había llegado el Reichsführer SS Himmler.

—Quiere hablarle a solas —dijo el ayudante con aquella dosis de importancia que hacía que su trabajo resultara tan misterioso a los que le rodeaban.

Goering recibió al Reichsführer en su biblioteca. Himmler, como siempre sonriente y tranquilo, tenía en las manos una gruesa carpeta de cuero negro. Se sentó en la butaca, se quitó los lentes, limpió los cristales durante largo rato con un pedazo de gamuza y seguidamente, sin ningún preámbulo, dijo:

—El Führer ya no puede ser el líder de la nación.

—¿Y qué debe hacerse? —le preguntó maquinalmente Goering, sin tiempo de asustarse por las palabras del líder de la SS.

—Bueno, en el Bunker se encuentran las tropas de la SS —continuó Himmler en el mismo tono sereno y con su voz habitual—. Pero no se trata de eso, al fin y al cabo. La voluntad del Führer está paralizada. No puede tomar decisiones. Debemos dirigirnos al pueblo.

Goering miró la gruesa carpeta negra que estaba sobre las rodillas de Himmler. Recordó lo que en 1944 había dicho por teléfono su esposa a una amiga: «Será mejor que vengas. Es arriesgado hablar por teléfono, nos escuchan». Goering recordó que él había dado unos golpes con los dedos sobre la mesa, que le había hecho una seña a Emmy: «No digas eso, es una locura». Ahora miraba la carpeta negra y pensaba que allí podía estar una grabadora y que esta conversación sería escuchada dos horas después por el Führer. Y entonces sería el fin.

«Éste puede decir cualquier cosa —pensaba Goering de Himmler—. El padre de los provocadores no puede ser una persona honesta. Ya se habrá enterado de mi desgracia de hoy con el Führer. Ha venido para llevar su misión hasta el final».

Himmler, a su vez, sabía lo que pensaba el «Nazi número 2». Por eso, lanzando un suspiro, se decidió a ayudarlo. Dijo:

—Usted es el sucesor; por lo tanto, es usted el presidente. De modo que yo seré el canciller del Reich.

Se daba cuenta de que la nación no lo seguiría como líder de la SS. Necesitaba una cobertura. No había mejor cobertura que Goering.

Goering contestó también automáticamente.

—Es imposible... —tardó un segundo y agregó, muy bajo, calculando que el susurro no podría ser registrado por la grabadora, si estaba oculta en la carpeta negra—. Es imposible. Una sola persona debe ser presidente y canciller.

Himmler sonrió imperceptiblemente, permaneció en silencio durante un rato, después se levantó con elasticidad, intercambió con Goering el saludo del partido y salió de la biblioteca sigilosamente.

¹² Compañero del partido. N. del T.

15-II-1945 (23 h 54 min) Stirlitz bajó al garaje. El bombardeo proseguía, pero sólo en algún lugar de Zossen. Por lo menos así le parecía. Abrió las puertas, se sentó al volante y puso en marcha el motor. El potente motor de su «Horch» gruñó de modo uniforme y sonoro. Stirlitz salió del garaje, cerró las puertas y arrancó nuevamente con fuerza. Se permitía arrancar así el coche cuando estaba solo, por la noche, durante los bombardeos. Los choferes alemanes eran muy ordenados. Sólo un extranjero era capaz de arrancar así el vehículo: un eslavo o un norteamericano.

«Vamos, motorcito», dijo en ruso, después de haber encendido la radio. Transmitían música popular. Durante los bombardeos se transmitían siempre canciones alegres. Se había hecho un hábito. Cuando los golpes en el frente eran terribles o caían bombas del cielo, la radio transmitía programas alegres y cómicos. «Vamos, motorcito. Rápido para que las bombas no nos cojan. Las bombas caen más a menudo sobre un objetivo inmóvil, y la probabilidad del impacto disminuye si el objetivo se mueve. Iremos a cincuenta kilómetros, de modo que la probabilidad del impacto disminuirá exactamente cincuenta veces...»

Le gustaba correr en su automóvil. Cuando tenía que cumplir una tarea y no sabía cómo hacerlo montaba en su «Horch» y durante horas viajaba por las carreteras alrededor de Berlín. Al principio simplemente miraba hacia delante, apretando con toda su fuerza el acelerador. La velocidad lo obligaba a estar atento y tenía que sentirse fundido con la máquina. Así la cabeza se liberaba de ideas pequeñas y grandes, que se excluían o completaban. La velocidad es auxiliar de la razón. Ofrece la posibilidad de una abstracción total. Después, cuando la carrera arriesgada y tempestuosa terminaba en algún sitio cerca de una pequeña taberna —el coñac se vendía sin los cupones de racionamiento en los días más difíciles de la guerra— podía sentarse en una mesita junto a una ventana y escuchar el rumor agitado del bosque, tomar un yacoby doble y comenzar a pensar, sin prisa, todo lo que debía decidir. Después de haber corrido a la máxima velocidad, los pensamientos discurrían lentamente. El riesgo vivido ayudaba a serenar el razonamiento. Por lo menos así le ocurría a Stirlitz.

Sus radiofonistas —Erwin y Katy— vivían en Kopenick, a orillas del Spree. Ya estaban durmiendo. Últimamente se acostaban muy temprano porque Katy esperaba un niño.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Stirlitz—. Pertenece a ese raro tipo de mujeres a quienes el embarazo vuelve irresistibles.

—El embarazo embellece a cualquier mujer —contestó Katy—. Lo que pasa es que no has tenido posibilidad de verlo por ti mismo...

—No he tenido la posibilidad —sonrió Stirlitz—. Lo dijiste bien.

—¿Quieres café con leche? —preguntó Katy.

—¿Dónde habéis conseguido la leche? Se me olvidó traerla... ¡Diablos...!

—Cambié un traje —contestó Erwin—. Ella necesita tomar por lo menos un poco de leche. La comida se ha convertido en un problema grave para las mujeres embarazadas.

Stirlitz acarició la mejilla de Katy y preguntó:

—¿Nos tocarás algo?

Katy se sentó al piano y escogió la música. Seleccionó a Bach. Stirlitz se acercó a la ventana y preguntó a Erwin en voz baja: —¿Revisaste si no te han puesto algo en el hueco de la ventilación?

—Sí, lo he revisado. Creo que no hay nada ¿Por qué?

—Por nada. Simplemente para asegurarme.

—¿Han inventado alguna porquería nueva tus hermanos del SD?

—El diablo lo sabrá. Seguramente. Lo que más gusta a la Humanidad son los secretos ajenos.

—Y bien —dijo Erwin— ¿Qué pasa?

—Hum... —dijo Stirlitz y meneó la cabeza—. ¿Sabes? —empezó a decir lentamente—. Me han encomendado una misión... Tengo que averiguar cuál de los *Bonzas*¹³ trata de entrar en negociaciones por separado con Occidente... Se trata, nada menos, que de los jefes hitlerianos ¿Qué te parece la tarea? Por lo que veo, allí creen que si no he fracasado en estos veinte años es porque soy omnipotente. En este caso no estaría mal que me convirtiese en el vice de Himmler. O tratar de llegar a ser el Führer ¡Heil Stirlitz! ¿Qué te parece? Me he convertido en un misántropo ¿no lo crees?

—A ti te sienta —contestó Erwin.

—¿Cómo piensas parir, pequeña? —preguntó Stirlitz, cuando Katy dejó de tocar.

—Creo que todavía no han inventado un método nuevo —contestó ella.

—Anteayer hablé con un partero... No quiero asustaros, muchachos.

Se acercó a Katy.

—Toca, pequeña, toca. No quiero asustaros, aunque yo mismo me he asustado bastante. El viejo médico me dijo que durante el parto se puede determinar el origen de cualquier mujer.

—No entiendo —dijo Erwin.

Katy interrumpió la música.

—Toca, pequeña, toca —insistió Stirlitz— y no te asustes. Escucha primero y después pensaremos cómo salir de este embrollo ¿Sabes? Las mujeres gritan cuando dan a luz.

—Gracias —sonrió Katy—, pensé que cantaban canciones.

Stirlitz meneó la cabeza y suspiró.

—¿Sabes, pequeña? Gritan en su idioma materno. En el dialecto del lugar donde nacieron. Quiere decir que tú gritarás «mamita» en tu bellissimo lenguaje de Riazán...

Katy continuó tocando, pero Stirlitz vio que sus ojos se habían llenado súbitamente de lágrimas.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Erwin.

—¿Quieren marcharse a Suecia? Creo que podría lograrlo.

—¿Y te quedarás sin el último enlace? —preguntó Katy.

—Aquí estaré yo —dijo Erwin.

Stirlitz meneó la cabeza negativamente.

—No te dejarán ir sola. Con él, sí. Es inválido de guerra y necesita curarse en un sanatorio, existe una invitación de los familiares alemanes en Estocolmo... No te dejarían ir sola... El tío de Erwin figura como un nazi sueco, pero no el tuyo...

—Nos quedaremos aquí —dijo Katy—. No importa. Gritaré en alemán.

—Puedes agregar algunos juramentos en ruso, pero obligatoriamente con acento berlinés — bromeó Stirlitz—. Dejaremos la solución de este asunto para mañana. Lo pensaremos sin prisa y sin emociones heroicas. Vamos, Erwin, tenemos que trabajar. Tomaremos la decisión de acuerdo con lo que me contesten mañana.

Cinco minutos después, ambos salieron de la casa. Erwin llevaba en la mano una maleta donde estaba el aparato de radio. Se alejaron 15 km hacia Ransdorf y allí, adentrándose en el bosque, Stirlitz apagó el motor. Continuaba aún el bombardeo. Erwin consulto el reloj y dijo: —¿ Comenzamos ?

—Comencemos —contestó Stirlitz.

«De Justas a Alex:

»Sigo convencido de que ningún político serio de Occidente iniciaría negociaciones con la SS o el SD. Sin embargo, como me han encomendado esta misión, empiezo a realizarla.

»Creo que podría cumplirla si me autorizan a comunicar a Himmler parte de los datos que he obtenido de usted. Contando con el apoyo de él, podría comenzar a observar directamente a los que usted cree que tantean los canales de las posibles conversaciones. Mi “denuncia” a Himmler —los detalles los organizaré aquí sin consultar con ustedes— me ayudará a informarlos sobre todas las novedades, tanto las que confirmen su hipótesis como las que las refuten. No veo otra salida en estos momentos. En caso de apobación, ruego me lo transmitan vía Erwin.

»Justas».

—Está al borde del fracaso —dijo el jefe del centro cuando el cifrado llegó a Moscú—. Si acude directamente a Himmler, fracasará en seguida y nada lo salvará. Suponiendo incluso que Himmler decida jugar con él. Aunque es improbable. Stirlitz no es la clase de persona con la que el Reichsführer de la SS jugaría. Transmitan mañana por la mañana la prohibición inmediata y categórica.

Isaiev no podía saber lo que ya sabía el centro, porque los datos reunidos en los últimos meses les daban la clave para entender al hombre cuyo apellido era Himmler.

¹³ Máximos dirigentes del Reich. N. del T.

Información para un análisis (Himmler)

...Se despertó en seguida, como si le hubieran golpeado el hombro. Se sentó en la cama y echó una mirada a su alrededor. Todo estaba en silencio. Las manecillas fosforescentes de un pequeño despertador marcaban las cinco.

«Es temprano —pensó Himmler—. Tengo que dormir un rato más».

Bostezó, se recostó sobre las almohadas y se volvió hacia la pared. A través de la ventana abierta llegaba el rumor del bosque. Había estado nevando y Himmler imaginó la belleza que reinaría ahora en ese bosque tranquilo, vacío e invernal. Pensó de repente en lo terrible que sería irse solo al bosque, tan terrible como en la infancia.

«No —se dijo inesperadamente—. No, no y no».

Se levantó, se puso una bata y se acercó a la mesa. Sin encender la luz, se sentó al borde de un sillón de madera y extendió la mano hacia el auricular del teléfono negro.

«Tengo que llamar a mi hija —pensó—. Eso la alegrará; y ella tiene pocas alegrías».

Debajo del cristal del gran escritorio se veía vagamente el contorno de dos caras de muchachos.

Himmler imaginó a Bormann con súbita claridad. Este canalla era el culpable de que ahora no pudiese llamar a su hija y decirle: «Salud, gatita, te habla tu papá. ¿Qué sueño tuviste anoche, mi sol?» Tampoco podía llamar a los muchachos que eran hijos naturales. Recordó el silencio de Bormann cuando en el 43 él, Himmler, pidió un préstamo de 80.000 marcos a la caja del partido para construir una pequeña villa en Baviera, lejos de los bombardeos, destinada a Marthe, madre de sus dos hijos. Recordó cómo el Führer, informado por Bormann, lo contemplaba perplejo durante los numerosos almuerzos que compartían en su casa. Por esta razón no pudo divorciarse de su mujer, aunque no convivían en la misma casa desde hacía seis años. Tenía que asistir con ella a las recepciones.

«La culpa no es de Bormann —continuaba pensando Himmler—. No tengo por qué echarle la culpa. Esa bestia gorda no tiene nada que ver con mi desgracia. Yo afrontaría todas las humillaciones que me produjera el divorcio, pero nunca sería capaz de traumatizar a la niña».

Himmler sonrió recordando los tiempos cuando, en compañía de su esposa y la niña pequeña, pasaba hambre en un frío cuarto de Nüremberg. Dios mío, qué lejos estaba todo aquello y, al mismo tiempo, qué cerca. Sólo hacía dieciocho años. Entonces era secretario de Gregor Strasser, «hermano» del Führer. Recorría toda Alemania, dormía en las estaciones

de ferrocarriles, se alimentaba de pan y un brebaje que llamaban café, estableciendo relaciones entre las distintas organizaciones del partido. En aquel 1926, no sospechaba que la idea de Strasser de formar los destacamentos de protección SS no había surgido por una verdadera necesidad, sino como producto de la lucha contra Rohm, el líder de la SA, que comenzaba a establecerse. Himmler creía entonces como algo sagrado que la creación de la SS era fundamental para proteger a los líderes del partido de los rojos. Creía al pie de la letra que el objetivo principal de los rojos consistía en aniquilar al gran líder, el único amigo de los trabajadores alemanes, Adolf Hitler. Colgó sobre su mesa un gran retrato de Hitler. En una ocasión en que Hitler visitó a Strasser y vio, debajo de su enorme retrato, a un joven pecoso y degadito, preguntó:

—¿Acaso vale la pena elevar tan alto sobre los demás nacionalsocialistas a uno de los líderes del partido?

Himmler contestó:

—Si usted fuera simplemente un líder, yo no estaría entre las filas del partido ¡Estoy en las filas del partido que no tiene un líder, sino un Führer!

Hitler lo guardó en su memoria. También Strasser se mostró contento con la respuesta del secretario técnico de la organización del NSDAP en Baviera, pero en el fondo de su alma lamentaba la ingratitud del hombre a quien él había sacado de la nada pequeñoburguesa. Al proponer al Führer que nombrara a Himmler Reichsführer de los recién creados destacamentos SS, Strasser calculaba, sin embargo, que la SS le serviría en primer lugar a él, en su lucha contra Rohm por ganar influencia en el partido y sobre el Führer. Bajo su mando se reunieron los primeros doscientos SS, sólo doscientos. Pero sin ellos no habría sido posible la victoria del Führer en 1933. Himmler lo comprendía perfectamente. No obstante, después de la victoria, el Führer lo nombró jefe de la policía criminal de Munich. Himmler recibió la visita de Gregor Strasser, el hombre que lo había admitido en el partido, el teórico e ideólogo que había propuesto crear los destacamentos de la SS. En aquellos momentos Strasser se oponía al Führer, diciendo abiertamente a los veteranos del partido que Hitler se había vendido a los magnates financieros.

En aquella ocasión, Himmler interrumpió a Strasser diciéndole que la fidelidad al Führer era el deber de cada miembro del NSDAP.

—Usted puede expresar sus dudas en el congreso, pero no tiene ningún derecho a utilizar su autoridad en una lucha de oposición. Esto daña la unidad del partido.

Esa misma noche en una alegre reunión familiar, sabiendo que lo que se hablaba en su apartamento era escuchado en la sede central de la Policía, que estaba entonces subordinada a Goering, Himmler dijo:

—Yo soñaba con crear la élite de la nación organizando matrimonios de mis muchachos de la SS con aristócratas, y ahora tengo que tratar con los enemigos de la nación: comunistas, judíos y curas. Pero, si lo quiere el Führer, así será.

Himmler observaba con atención todo cuanto ocurría en el centro. Observaba cómo la embriaguez de la victoria hasta cierto punto había relegado el trabajo práctico a un segundo plano. Le parecía —y no sin fundamento— que los líderes del partido en Berlín no hacían otra cosa que hablar en los mítines y pasar las noches en recepciones diplomáticas. Es decir, cosechando los dulces frutos del triunfo del nacionalsocialismo. Himmler consideraba que todo esto era prematuro. En sólo un mes organizó en Dachau el primer campo de concentración ejemplar.

—Es una buena escuela de educación laboral de la genuina conciencia alemana para los ocho millones que votaron por los comunistas. Sería ilógico meter a los ocho millones en campos de concentración. Hay que crear primero la atmósfera del terror en un campo y liberar paulatinamente a los que se han doblegado. Ellos serán los mejores propagandistas de la práctica del nacionalsocialismo. Así podrán inculcar a sus hijos y amigos la obediencia religiosa a nuestro régimen.

El representante personal de Goering fue a visitarlo y permaneció largas horas en Dachau. Al final le preguntó:

—¿No le parece que este campo de concentración provocará una fuerte reprobación en Europa y América, aunque no sea más que por el hecho de que esta medida es anticonstitucional?

—¿Por qué considera usted que la detención de los enemigos del régimen es anticonstitucional?

—Porque la mayoría de los detenidos por ustedes ni siquiera han visto el edificio de un juzgado. Ningún veredicto acusatorio, ningún vestigio de legalidad...

Himmler prometió que lo pensaría. Y cuando el representante de Goering partió, le escribió una carta personal a Hitler en la que fundamentaba brillantemente la necesidad de las detenciones y la reclusión en los campos de concentración sin juicio ni sumario judicial.

«Esto —escribía al Führer— es sólo una medida de humanidad para salvar a los enemigos del nacionalsocialismo de la ira popular. Si no hubiéramos metido a los enemigos de la nación en los campos de concentración no podríamos responder por sus vidas: el pueblo los hubiera linchado».

Para que esta carta no cayera en manos de cualquiera de los que rodeaban al Führer, Himmler organizó el mismo día un mitin grandioso y lo dijo todo allí, palabra por palabra. Al día siguiente su discurso aparecía en todos los periódicos.

A finales de 1933, cuando estalló un escándalo en la Policía de Berlín, subordinada directamente a Goering, Himmler salió por la noche de Munich y, a la mañana siguiente, obtuvo audiencia con el Führer. Le rogó que pusiera a la «policía corrupta del viejo régimen» bajo el control de los «mejores hijos del pueblo», los SS.

Hitler no podía ofender a Goering. No contestó a Himmler nada en concreto. Simplemente le estrechó fuertemente la mano, lo acompañó hasta la puerta de su despacho, y entonces le miró a los ojos de cerca e inquisitivamente, y con una alegre sonrisa le dijo:

—En el futuro envíeme sus inteligentes proposiciones un día antes: me refiero a la carta dirigida a mí y a su intervención idéntica en el mitin de Munich.

Himmler partió desolado. Pero al mes siguiente, sin ser llamado a Berlín, se le designó jefe de la Policía política de Mecklemburgo y Lübeck, y al otro mes, el 20 de diciembre, jefe de la Policía política de Baden; el 21 de diciembre, de Hessen; el 24, de Bremen; el 25, de Sajonia y Turingia y el 27 de Hamburgo. En una semana se había convertido en jefe de la Policía de Alemania, con excepción de Prusia, que seguía subordinada a Goering.

Hitler propuso un compromiso a Goering: nombrar a Himmler jefe de la Policía secreta de todo el Reich, pero subordinándolo a Goering. El mariscal del Reich aceptó la proposición del Führer. La aceptó sin ningún entusiasmo especial, comprendiendo claramente que, en todo régimen totalitario, el vencedor sería el que tuviera el dominio de la Policía secreta. Para un hombre en la posición de Goering resultaba humillante encabezar la Policía. Poseía los títulos de mariscal, primer ministro de Prusia, presidente del Reichstag. Convertirse además en el «policía número uno» le parecía indigno e intrascendente. Sólo podía escoger dos caminos: convertir a Himmler en uno de sus amigos, o dominarlo por completo. Goering no escogió el primer camino. Himmler, silencioso, tartamudo y trivial, le parecía demasiado insignificante. Escogió el segundo camino. Dio instrucciones a su secretario de resolver a través de la oficina del Führer la aprobación de un decreto adjudicando a Himmler el título de viceministro del Interior y jefe de la Policía secreta «con el derecho a participar en las sesiones del gabinete cuando se discutan los problemas de la Policía». La frase «y de la seguridad del Reich» la tachó con su propia mano. Sería demasiado para Himmler. Una vez que el proyecto hubo pasado por la oficina del Führer, Goering dio la orden de publicarlo en los periódicos.

Tan pronto como Himmler lo vio publicado, llamó a dos de sus colaboradores a cargo de la Prensa. Eran los que reunían materiales comprometedores sobre los periodistas. Les pidió que comentasen su designación de modo distinto a como lo había hecho la Prensa oficial.

Goering había cometido un grave error aceptando el compromiso. Había olvidado que todavía nadie había invalidado el título principal de Himmler: el *Reichsführer SS*. Al día siguiente todos los periódicos importantes —especialmente los escandalosos— aparecieron con este comentario: «Una gran victoria de la jurisprudencia nacionalsocialista: la unificación, en manos del *Reichsführer SS* Himmler, de la Policía criminal, política, la Gestapo y gendarmería. Se trata de una advertencia a todos los enemigos del Reich. El brazo castigador del nacionalsocialismo está levantado sobre cada opositor, sobre cada enemigo interno y externo».

Se trasladó a Berlín, a la lujosa villa Am Donnerstag, al lado de Ribbentrop. Mientras continuaba la alegría por la victoria sobre los comunistas, Himmler y su ayudante Heydrich comenzaron a reunir los expedientes de los enemigos, pero principalmente de los amigos. Al de su antiguo jefe Gregor Strasser lo examinaba Himmler mismo. Comprendió que sólo podía limpiarse totalmente con la sangre de Strasser, su maestro y primer mentor. Por eso reunía escrupulosamente y a conciencia todo cuanto pudiera conducir a Strasser al fusilamiento.

El 20 de junio de 1934, Hitler llamó a Himmler para conversar sobre las futuras acciones contra Rohm. Himmler lo esperaba. Todavía no comprendía la forma en que se llevarían a cabo las acciones del Führer, pero estaba claro que eran necesarias: las miles de páginas de los informes de los agentes y los datos de las grabaciones telefónicas que él revisaba diariamente se lo indicaban.

Himmler comprendía que la acción contra Rohm era un mero pretexto para aniquilar a todos aquellos que habían estado junto a Hitler en los primeros años. Para aquellos con quienes había comenzado, Hitler era un hombre, un hermano de partido, mientras que ahora Hitler tenía que transformarse para todos los alemanes en un Führer y un dios. Los veteranos del partido se convirtieron en un estorbo para él.

Himmler lo entendía claramente, oyendo a Hitler lanzar rayos y centellas contra el grupo de veteranos, totalmente insignificante por supuesto, que había caído bajo la influencia de la propaganda enemiga. Hitler no podía decir toda la verdad a nadie, ni a sus amigos más íntimos. Himmler comprendía también esto y ayudó al Führer colocando sobre su mesa los expedientes de cuatro mil veteranos, prácticamente todos aquellos con quienes Hitler había comenzado a organizar el partido nacionalsocialista. Calculó, de modo psicológicamente exacto, que Hitler no olvidaría este favor. Nada se aprecia tanto como la ayuda para auto-justificar crímenes.

Pero Himmler fue más lejos aún: al percatarse de las intenciones del Führer, decidió volverse indispensable para él, no sólo para evitar ser víctima de las futuras depuraciones, sino para que todas las depuraciones subsiguientes se llevaran a cabo bajo su control.

«Yo también soy un veterano como Strasser —pensaba Himmler—. Pero sería un veterano eterno si demostrase a la nación que Strasser nunca fue un veterano, sino un arribista y un opositor rabioso».

Cuando Hitler invitó a Himmler a la casa de campo de Goering, en Schorfheide, Himmler organizó un espectáculo para la ocasión. Un agente provocador, vestido con uniforme de los SA de Rohm, disparó sobre el automóvil convertible del Führer. Himmler protegió al líder con su cuerpo y gritó:

— ¡MI FÜHRER, qué feliz me siento de poder ofrecer mi sangre por su vida!

Era la primera vez que alguien del partido decía «mi Führer». Himmler se convirtió en el autor de la invocación al «dios», a «su dios».

—Desde este momento es usted mi hermano de sangre, Heinrich —dijo Hitler—, y estas palabras fueron oídas por todos los que estaban alrededor.

Tras llevar a cabo la operación para aniquilar a Rohm, después de que fueran fusilados su maestro Strasser y cuatro mil veteranos del partido más, los escritorzuelos inventaron de inmediato el mito de que era precisamente Himmler el que había estado junto al Führer desde el inicio del movimiento.

Después de haber dicho «a», había que pensar seriamente en decir «b». Heydrich sugirió una idea: crear las divisiones SS, baluarte de la fuerza en el aparato estatal. Goering tenía la Luftwaffe, el Estado Mayor tenía el Ejército, mientras que Himmler sólo tenía a los detectives, agentes y provocadores. También necesitaba unidades militares. Las divisiones de la SS. A. Hitler en Hamburgo y Deutschland en Munich se convirtieron en tales unidades.

El 7 de octubre de 1935 el Führer le envió un telegrama de felicitación: «¡Mi querido compañero de partido, Himmler! Con motivo de su cumpleaños le envío mis mejores deseos de éxito en su trabajo ulterior para fortalecer el nacionalsocialismo. A. Hitler».

En 1936 Himmler, aconsejado por Heydrich, le propuso a Hitler que la maquinaria propagandística de Goebbels debía explicar al mundo que la ocupación de la región del Rin no era un reto a París ni a Londres, sino una medida inevitable para preparar la contraofensiva armada a Moscú. Luego de esto, fue invitado por primera vez a los *Tafelrunde*^u en la casa del Führer, donde sólo se reunían los amigos más íntimos de Hitler.

A la vez que intercambiaba amistosos apretones de manos con Goering y Hess, Himmler ni por un minuto dejaba de reunir material sobre sus «amigos de lucha».

¹⁴ Mesa redonda: encuentros vespertinos en la casa de Hitler. N. del T.

16-II-1945 (03 h 12 min)

Después de dejar a Erwin en su casa, Stirlitz conducía ahora lentamente, porque después de cada transmisión al Centro quedaba exhausto, los nervios tensos hasta el límite de lo soportable e invadido por un tremendo cansancio físico.

El camino atravesaba el bosque. El viento había cesado, el cielo estaba despejado y tachonado de estrellas. Stirlitz continuaba pensando: «Moscú tiene razón al admitir la posibilidad de estas negociaciones. Aunque no posean datos concretos, existen amplios motivos para esta suposición. En Moscú conocen las querellas internas que se desarrollan aquí en la oficina del Reich, alrededor del Führer. Estas querellas tenían antes un solo fin: estar más cerca del Führer. Ahora es probable que ocurra lo contrario. Todos ellos: Goering, Bormann, Himmler y Ribbentrop— están unidos al Reich hasta la muerte. Para cada uno de ellos, la paz por separado —si alguien pudiera lograrla— significaría la salvación personal. No piensan en el pueblo desgraciado ni en sus sufrimientos; tampoco les preocupa la existencia de Alemania como Estado. Cada uno de ellos piensa en sí mismo, en su persona, no en los destinos de Alemania ni de los alemanes. En esta situación, cincuenta millones de alemanes no son más que una carta en su jugada para salvarse. Mientras ellos mantengan bajo su control al Ejército, la Policía y la SS, podrán arrastrar al Reich hacia donde quieran, obteniendo a cambio nada más que garantías de seguridad personal...»

Un brusco rayo de luz hirió los ojos de Stirlitz. Automáticamente, pisó el pedal del freno. Desde los arbustos salieron dos motocicletas de la SS cerrándole el paso. Uno de ellos apuntó con su metralleta al automóvil de Stirlitz.

Información para un análisis (Himmler)

...Himmler se levantó del sillón y se acercó a la ventana. El bosque invernal era sorprendentemente bello. Las ramas nevadas tenían un brillo plateado bajo la luz de la luna y reinaba el silencio mientras las estrellas luminosas y bajas centelleaban en el pozo violeta del cielo.

Himmler se acordó de repente de cómo, sin que él mismo lo esperase, había logrado llevar a cabo una operación contra el hombre más cercano al Führer, contra Hess. En verdad, Himmler estuvo en aquel momento al borde del desastre, pero Hitler era un hombre de soluciones paradójicas. Himmler había recibido de sus hombres una película en la que aparecía Hess en su baño, masturbándose. Himmler fue en seguida a llevársela a Hitler, quien ordenó proyectarla.

El Führer se enfureció. Aunque era ya muy tarde por la noche, mandó a llamar a Goering y Goebbels. A Hess se le ordenó esperar en la antesala. Goering llegó primero, muy pálido. Himmler sabía por qué se encontraba tan asustado el mariscal del Reich: estaba en pleno y tempestuoso romance con una bailarina vienesa (Himmler había notado que al mariscal siempre le habían atraído las bailarinas flacas; había visto ocho películas en las que se mostraban los pecados de Goering y siempre se trataba de mujeres cada vez más flacas.) Hitler pidió a sus amigos que vieran «esta porquería de Hess». Goering reía a carcajadas. Hitler lo interrumpió: «¡No sea un hombre sin corazón!» Invitó a Hess a su despacho, corrió hacia él y gritó:

—¡Es usted un canalla sucio y maloliente! ¡Peca de onanismo!

Himmler, Goering y Goebbels comprendieron que estaban presenciando la caída de un titán, el segundo hombre del partido.

—Sí —contestó Hess con una calma que ninguno esperaba— ¡Sí, mi Führer! ¡No lo voy a negar! ¿Por qué lo hago? ¿Por qué no me acuesto con actrices? —No miró a Goebbels, pero aquel se hundió aún más en su asiento— ¿Por qué no voy una noche a Viena para ver las funciones de ballet? Porque vivo para una sola cosa: ¡el partido! ¡Y el partido y usted, mi Führer, son para mí lo mismo! No tengo tiempo para mi vida íntima ¡Vivo solo!

Hitler se ablandó, se acercó a Hess, lo abrazó torpemente y le dio unas palmaditas en la nuca.

Hess había ganado la batalla y Himmler ni siquiera respiraba. Sabía que Hess podría vengarse. Cuando Hess se hubo marchado, Hitler dijo:

—Himmler, escójale una esposa. Comprendo a este hombre maravilloso y fiel al movimiento. Muéstreme las fotografías de las candidatas, elegiré alguna. Él aceptará mi recomendación.

Himmler comprendió que un minuto podría decidirlo todo. Esperó a que Goering y Goebbels se hubieran retirado y dijo:

—Mi Führer, usted ha salvado para el nacionalsocialismo a un luchador fiel. Todos nosotros apreciamos la devoción de Hess. Nadie podría decidir tan sabiamente su destino. Por eso permítame ahora mismo, sin demora, traerle algunos materiales más. Hay que ayudar a nuestros soldados del modo en que usted ha ayudado a Hess.

Le entregó a Hitler el expediente de Ley, dirigente del frente del trabajo. Era un alcohólico y sus escándalos y borracheras no eran secreto para nadie, excepto para Hitler. Himmler le mostró también el expediente del «torito de Babelsberg», seudónimo con que calificaban en sus informes los agentes al ministro del Reich Goebbels, porque sus locas aventuras con mujeres cuya sangre distaba mucho de ser pura, irritaban a los verdaderos nacionalsocialistas. Aquella noche en la mesa de Hitler apareció también un dato comprometedor sobre Bormann: Himmler sospechaba que mantenía relaciones homosexuales con Hess.

—No, no —dijo Hitler defendiendo a Bormann—. Tiene nueve hijos. Los homosexuales no pueden tener hijos. Es un chisme.

Himmler no trató de persuadir al Führer, pero advirtió la curiosidad malsana con que el Führer hojeaba los materiales y cómo leía una y otra vez los informes de los agentes. Himmler se dio cuenta de que ya se había ganado al Führer para siempre.

Y tenía razón. El décimo aniversario de Himmler como jefe de la SS lo mandó celebrar Hitler en toda Alemania con una fiesta general. Desde entonces todos los *Gauleiter-jefes* del partido en las provincias comprendieron que el único hombre después de Hitler que poseía plenos poderes no era nadie más que Himmler. Así, todas las provincias y las organizaciones locales del partido comenzaron a enviar sus principales informaciones, no a Hess en el cuartel general del partido, sino a la oficina de Himmler. Los materiales principales que llegaban a Himmler a través de un grupo de agentes especiales de toda confianza, no pasaban a través de los departamentos, sino que se depositaban de inmediato en sus archivos personales a prueba de incendios. Eran datos comprometedores sobre líderes del partido. En 1942, por primera vez Himmler guardó en su caja fuerte documentos sobre el Führer: «Historia clínica de A. Schicklgruber¹⁵». El diagnóstico era: sífilis, alucinaciones, síntomas de esquizofrenia.

Una mañana de agosto de 1942, Schellenberg se dirigió en avión al cuartel general del *Reichsführer* en las afueras de Zhitomir. En el frente oriental la ofensiva había sido victoriosa. En África resonaban las victorias de Rommel.

—*Reichsführer*, tengo una idea —dijo Schellenberg.

Himmler le preguntó con preocupación:

—¿Algo personal contra alguien? ¿Dificultades?

—Nada de eso. Es que me acuerdo de las lecciones de Bismarck: nunca planifiques nada sin tener una alternativa en la gaveta inferior del escritorio. ¿Puedo preguntarle, *Reichsführer*, en qué gaveta de su escritorio esconde usted la alternativa a esta guerra?

Himmler puso la radio para evitar que la conversación fuese grabada por casualidad.

—Le doy cinco semanas de vacaciones —le contestó—. Sus nervios están arruinados. Usted se siente mal, Schellenberg ¿Me entiende? Además ¿quién le ha dado derecho a hablarme de esa forma?

—Somos tan fuertes ahora —continuó Schellenberg— que podemos dictar las condiciones de la paz. Estamos en el pináculo de la gloria y Bismarck siempre optaba por la paz en el pináculo de su gloria.

Himmler recordaba ahora hasta los ínfimos detalles de aquel encuentro. Estaba tumbado en un sofá y empezó a palparse el vientre (tenía acidez gástrica y le tenía mucho miedo al cáncer). Después dijo:

—Mientras ese idiota de Ribbentrop aconseje la política exterior del Führer, la paz es imposible.

—Ribbentrop está en pugna con Goering. Podemos ayudar a Goering y derribar a Ribbentrop. Podemos nombrarlo *Gauleiter* no sólo de Borgoña, donde hay mucho vino, sino también de Brabante, donde se produce coñac. Nuestro borracho aceptará el cambio.

Himmler tomó de una mesita el atlas geográfico de Brockhaus y, pasando las páginas, empezó a indicar con el dedo.

—¿Cómo lo ve usted en la práctica? ¿Qué hacer con Bélgica, o con Holanda o Ucrania?

—Hay que analizar el problema por partes —dijo Schellenberg—. Rusia está vencida y, por lo tanto, Ucrania ya no es un problema. Bélgica y Holanda son puntos para negociar con Inglaterra y Norteamérica. Lo único que me preocupa es Norteamérica y Bormann.

Himmler sonrió ligeramente.

—Bien —dijo— ¿Y Francia?

—Debemos buscar una alianza con ella. Sus colonias nos darán un poder verdadero.

—¿Pretende usted sondear a los aliados a través de Fritzchen? —preguntó Himmler, aunque su pregunta parecía más bien una recomendación—. Todo ello será responsabilidad de usted. No me meta a mí en este juego.

Entonces Schellenberg comenzó a actuar. No se dio prisa en iniciar contactos con la gente de Dulles en Berna. Tampoco utilizó a Fritzchen; es decir, Von Papen. Lo primero era apartar del camino a Ribbentrop. Schellenberg encontró al hombre de su aparato que estaba dispuesto a atacar a Ribbentrop abiertamente. Este hombre era el secretario de Estado Luther. En una de las recepciones, alentado por las conversaciones previas con Schellenberg, Luther se acercó a Himmler y, en presencia de todos, sostuvo con él un diálogo amistoso. Más tarde, escribió tres denuncias contra Ribbentrop dirigidas a Bormann, Himmler y Goering. Pero Ribbentrop era un *Gruppenführer* de la SS y Himmler aprovechó la ocasión para atacarlo; el reglamento del partido se lo impedía. Antes de que Ribbentrop fuese sustituido debía celebrarse un juicio del partido, otro en la SS y solamente entonces se le podría sustituir como ministro.

Himmler vacilaba, temiendo asestar el golpe. Mientras tanto, comenzó a funcionar el aparato policial. El jefe de la Gestapo, de acuerdo con los documentos procurados por los agentes de la inteligencia de Ribbentrop, arrestó a Luther. El hombre que había tratado de comprometer a Ribbentrop se comprometía a sí mismo, y aún más, Müller, que ya lo había obtenido todo de Luther, envió un informe a Bormann diciéndole que alguien planeaba entrar en negociaciones por separado con Occidente. Bormann informó al Führer. El Führer ordenó a Ribbentrop que publicara un decreto estableciendo que las negociaciones con las potencias en guerra constituían una traición que sería castigada con la muerte.

Fue entonces cuando Himmler comprendió por primera vez que había perdido tiempo y que Ribbentrop había ganado.

—Estoy harto de luchar contra el Führer por el Führer —le dijo a Schellenberg con una queja fatigada.

—Documentos —dijo el motociclista.

Stirlitz le tendió su carnet.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

El motociclista examinó el carnet, se cuadró y contestó:

—Nos levantaron con alarma de combate. Buscamos a los radiofonistas.

—¿Y qué —preguntó Stirlitz, guardando el carnet en el bolsillo—, no han encontrado nada?

—Su auto es el primero que pasa.

—¿Quiere ver el maletero? —sonrió Stirlitz.

Los motociclistas rieron también.

—Tenga cuidado, *Standartenführer*, más adelante hay dos baches.

—Gracias —dijo Stirlitz—. Siempre tengo mucho cuidado...

«Después de la transmisión de Erwin —se dijo—, ellos cierran las carreteras en el Este y el Sur. En general es bastante ingenuo, aunque en principio correcto si se tratara de un aficionado que desconociera Alemania».

Stirlitz evitó los baches que eran recientes y sintió un ligero olor a quemado.

«Volvamos a nuestros carneros —continuó pensando—. Tampoco son tan carneros como los pintan Kukriniksi y Efimov⁴. De modo que la clave que yo mismo establezco es el interés personal de lograr la paz por parte de Ribbentrop, Goering, Bormann o el mariscal de campo Kluge. Este es el punto fundamental que me ayudará a comprender las preocupaciones centrales. Pero ¿quién comenzará las negociaciones por separado con ellos? ¿Roosevelt? ¡Claro que no! ¿La opinión pública de Gran Bretaña? ¡Jamás en la vida! Pero, por otro lado, la capitulación de Alemania ante Occidente sólo podría ser provechosa para el capital monopolista que también está representado por individuos. Por lo tanto, una vez que haya «trabajado» las altas esferas del Reich, es necesario analizar detalladamente a Speer. El hombre que maneja la industria de Alemania no es sólo un ingeniero de talento, seguro debe ser también un político serio. Todavía no me he ocupado nunca de esta figura que mantiene estrechas relaciones con las personalidades del mundo de los negocios en Occidente».

Stirlitz no guardó el coche en el garaje, pues el frío esa noche no era extremo, entre dos y tres grados

«De todos modos, mañana me levantaré temprano —decidió—. El agua del radiador no se congelará. Mañana será un día difícil. Nada menos que un oficial del SD tratando de que Himmler en persona lo reclute... Supongo que esto y todo lo demás constituyen la paradoja del fin que se aproxima. Antes guardaba fidelidad a Himmler de acuerdo con el juramento. Ahora no es suficiente. Debo ser fiel personalmente a él, *Reichsführer* de la SS, fiel al hombre que se apellida Himmler...»

Después de 1942, cuando Heydrich había sido aniquilado en Praga, Schellenberg se convirtió en la persona de más confianza de Himmler. El sucesor de Heydrich, Kaltenbrunner no le simpatizaba, le molestaba su extrema incapacidad intelectual y sus maneras rígidas. Bebía mucho, se fumaba hasta cien cigarrillos al día, pero lo que más le irritaba a Himmler era que hablaba con un terrible acento austríaco y, además, que sus dientes postizos entorpecían su dicción.

—Vaya al dentista —le aconsejó una vez a Kaltenbrunner—. No puedo entenderle nada, sobre todo cuando habla usted de prisa.

Kaltenbrunner se enojó mucho. Himmler se dio cuenta. «Menos mal que es un idiota —pensó—, siempre tendremos a mano a quien culpar, pero hay que mantenerlo a distancia. La estupidez es contagiosa».

Bormann... Oh, cómo lo odiaba Himmler...

Bormann había dicho al Führer: —Nos hemos convencido con bastante claridad de que las esperanzas en el Ejército son sumamente dudosas. Es una gran felicidad para la nación tener las divisiones de la SS, esperanza del partido y del nacionalsocialismo. Sólo el líder de la SS, mi amigo Himmler, puede asumir el mando del frente oriental y del grupo de los ejércitos Vístula. Bajo su dirección, los SS y sus ejércitos subordinados rechazarán a los rusos y los vencerán.

Al otro día, Himmler llegó al cuartel general del Führer sin saber nada sobre su designación, decidida previamente. De este modo, Hitler aprobó fácilmente el decreto presentado por Himmler. Todos los *Gauleiters* de Alemania subordinados a Bormann deberían someterse ahora también a la autoridad del *Reichsführer* de la SS. Himmler había preparado un golpe mortal a Bormann. Asombrado de la facilidad con que el Führer había aprobado esta decisión, lo comprendió todo en un minuto, tan pronto como el Führer firmó el documento.

—Lo felicito, Himmler. Usted ha sido designado comandante supremo del grupo del ejército del Vístula. Usted es el único hombre que puede derrotar a las hordas bolcheviques ¡Usted y únicamente usted puede derrotar a Stalin y dictarle mis condiciones de paz!

Esto fue el fin. Himmler lo comprendió así. Había perdido todo lo que se podía perder. Era en enero de 1945 y no había ninguna esperanza de victoria ¡Al diablo con todas las ilusiones sentimentales! Solamente quedaba esto: una paz inmediata con el Occidente y la lucha en común contra las hordas bolcheviques.

Himmler agradeció al Führer por tan alto honor y se marchó. Después fue a ver a Goering, pero su conversación no tuvo éxito.

...Y ahora se había despertado a las cinco de la mañana y, sin poder conciliar el sueño, yacía despierto atento al silencio de los pinares, con temor de telefonar a su hija porque Bormann podría enterarse, o de llamar a sus hijos y a la madre de éstos, a la que aún amaba, porque temía un escándalo: el Führer no perdonaba lo que solía calificar de «debilidades morales». Maldito sifilítico... Así que «debilidades morales...» Himmler echó una mirada de odio al teléfono: la maquinaria que él había perfeccionado durante dieciocho años, ahora funcionaba en su contra.

«Eso es todo —se dijo—, todo. Si no empiezo a luchar por mí mismo ahora, estoy perdido».

A la luz de los informes de los agentes, Himmler pudo suponer que el comandante del grupo de tropas en Italia, mariscal de campo Kesselring, no protestaría contra las negociaciones con Occidente. Sólo Schellenberg y Himmler lo sabían. Los dos agentes que se lo habían comunicado perecieron en el accidente aéreo que les fue preparado cuando regresaban de Alemania al Estado Mayor de Kesselring. El monopolio del secreto era la base del éxito. Desde Italia había un camino que conducía directamente a Suiza. En Suiza estaba el jefe de los servicios secretos norteamericanos en Europa, Allen Dulles. Y esto era ya un asunto serio. Sería el contacto directo con las personas con las que contaban, ya que el amigo de Kesselring, el jefe de la SS en Italia, el general Karl Wolff, era un hombre fiel a Himmler.

Himmler tomó el teléfono y dijo:

—Por favor, mande llamar urgentemente al general Karl Wolff.

Confiaba en el veterano de la SS, Wolff. Él iniciaría negociaciones serias con Occidente en su nombre, en nombre de Himmler...

Disposición de fuerzas

En ningún momento Stirlitz pensó en crear intriga alguna con el pastor Schlag cuando lo trajeron para el primer interrogatorio. Cumplía órdenes de Schellenberg. Después de conversar con él durante tres días, empezó a interesarse por este hombre viejo que se portaba con una dignidad asombrosa y la ingenuidad de un niño. Stirlitz sabía que de haber

caído en manos de los hombres de la Gestapo de Müller, estos rápidamente hubieran convertido al viejo en un animal.

Cada vez que le era posible, Stirlitz trataba de ayudar a detenidos sin pruebas suficientes y por causas insignificantes. Claro que trataba de no poner en peligro el éxito de sus objetivos principales, pero los destinos humanos no podían pasarle inadvertidos. Inventó una determinada forma de salvarlos: «reclutaba» a los detenidos para tareas menores y lograba su liberación inmediata, o que permanecieran poco tiempo en un campo de concentración. Una vez liberados, estos hombres eran enviados a trabajar a sitios de interés para los servicios de Schellenberg y, por supuesto, para Stirlitz. Les pedía que buscaran material sobre prominentes miembros del partido con la intención de comprometer a los hitlerianos más celosos en la especulación, indiscreciones verbales y ligereza moral. De este modo obtenía una «ventaja triple». Salvaba a la gente que de una u otra forma expresaba su antihitlerianismo, obtenía datos secretos de sus agentes sobre los lugares a los que habían sido enviados a trabajar y, finalmente, utilizaba esos materiales para destruir a los nazis fieles al régimen.

Después de haber conversado con el pastor y leído su expediente, Stirlitz pensaba cada vez con más frecuencia que éste podría serle útil en el futuro.

Convencido ya de que el pastor no sólo odiaba al nazismo, sino que estaba dispuesto a prestar ayuda al movimiento clandestino —se había asegurado de ello después de escuchar su conversación con el provocador Klaus—, Stirlitz le reservaba un papel a Schlag, aunque aún no había decidido el mejor modo de utilizarlo.

Stirlitz nunca trataba de adivinar cómo se desarrollarían los acontecimientos en el futuro, aunque siempre vislumbraba con mucha exactitud las líneas generales de la próxima operación. Se reía de las novelas policíacas en las que un sabueso previsor sabía desde el principio cómo descubrir y capturar al criminal. A menudo se acordaba de un episodio leído en el tren cuando atravesaba Europa rumbo a Ankara y que tenía grabado en la memoria. Un sabio crítico literario escribió que una vez le preguntaron a Pushkin cuál sería el destino de la encantadora Tatiana¹⁷. «Pregúntenselo a ella. No lo sé», contestó Pushkin irritado. Stirlitz conversaba con los matemáticos y físicos, sobre todo después de que la Gestapo había detenido al físico atómico Runge. A Stirlitz le interesaba saber en qué medida los teóricos de la ciencia planificaban de antemano sus descubrimientos. «Esto es imposible —le contestaban—. Lo único que hacemos es determinar la dirección de nuestra búsqueda, el resto se determina en el proceso de experimentación».

En el espionaje sucedía lo mismo. Cuando la operación se piensa en términos demasiado exactos, el fracaso es casi inevitable porque la alteración de cualquier nexo determinado previamente puede llevar al derrumbe de lo fundamental.

«El pastor... —se dijo Stirlitz—. Ocupémonos del pastor. Ahora Klaus no existe y no puede traicionar a dos hombres más, a nuestros radiofonistas, y el pastor está prácticamente bajo mi control absoluto. Informé a Schellenberg que no podían encontrarse evidencias de que el pastor hubiera estado en contacto con el ex canciller Brüning y, por lo visto, ha perdido interés en el viejo. Sin embargo, mi interés ha aumentado después de la orden del Centro».

(Del expediente del partido del miembro del NSDAP desde 1939, jefe de la IV Sección de la Dirección de Seguridad (Gestapo) Müller: «Ario genuino. Carácter nórdico, discreto. Sociable. Buen trato con amigos y colegas en el trabajo, implacable con los enemigos del Reich. Hogareño; no tuvo relaciones comprometedoras. En el trabajo se reveló como un organizador excelente...»)

Müller mandó a llamar a *Obersturmbannführer* Eismann. Durmió después de haber tomado el coñac de Kaltenbrunner y se sintió descansado.

«Verdaderamente, este coñac es especial —pensaba, frotándose la nuca con el pulgar y el índice de la mano derecha. El nuestro siempre da dolor de cabeza, pero este alivia».

Eismann miró a Müller con ojos enrojecidos y le dirigió su sonrisa infantil y desarmante.

También a mí se me parte el cráneo en dos —dijo—. Sueño con tener siete horas para dormir como un don divino. Nunca pensé que la tortura del insomnio fuese la más terrible.

—Escúcheme —empezó a decir Müller—, aquí se está empezando a cocinar un potaje raro. Hoy me ha llamado el jefe. Estos jefes nuestros son todos unos soñadores... Pueden serlo: no tienen ningún trabajo concreto, porque directrices las puede dar hasta un chimpancé en el circo... ¿Sabe? tiene algo grave contra Stirlitz...

—¿Contra quién?

—Sí, sí, contra Stirlitz. El único hombre de los servicios de Schellenberg al que yo trataba con simpatía. No es un tipo rastrero; es tranquilo, sin histerias ni celos ostentosos. No creo en los que giran alrededor de los jefes y hablan en nuestros mitines sin necesidad alguna... Idiotas, vagos, charlatanes... Este es callado. Me gusta la gente callada... Un amigo que no habla demasiado es un amigo. Y si es un enemigo lo es de verdad. Respeto a estos enemigos. Siempre se puede aprender algo de ellos...

—Conozco a Stirlitz desde hace ocho años —dijo Eismann—. Estuvimos juntos en Smolensko y lo vi bajo las bombas: es un hombre tallado en piedra y acero.

Müller frunció el ceño:

—¿Por qué habla usted en metáforas, súbitamente? ¿Está cansado? Deje las metáforas para nuestros jefazos del partido. Nosotros, los sabuesos, debemos pensar con sustantivos y verbos: «él se encontró», «ella dijo», «él transmitió»... De modo que usted ni siquiera supone...

—No —dijo Eismann—. No puedo creer en la deshonestidad de Stirlitz.

—Tampoco yo.

—Probablemente tengamos que decírselo a Kaltenbrunner con mucho tacto.

—¿Por qué? —preguntó Müller después de una pausa. ¿Y si él quiere que Stirlitz sea deshonesto? ¿Por qué quitarle esto de la cabeza? Al fin y al cabo, Stirlitz no pertenece a nuestra sección. Es de la VI. Que se preocupe Schellenberg...

—Schellenberg exigirá pruebas... Y usted sabe que él tendrá el apoyo del *Reichsführer* en este asunto.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Me es difícil demostrarlo... Estoy seguro, *Obergruppenführer*.

Müller comenzó a frotarse otra vez la nuca con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—¿Qué haremos entonces?

Eismann se encogió de hombros.

—Yo creo personalmente que debemos ser honestos con nosotros mismos hasta el final. Esto nos ayudará a determinar el curso de todas las acciones y actos subsiguientes.

—Las acciones y actos son la misma cosa —replicó Müller—. Cómo envidio a los que cumplen la orden ¡y nada más! ¡Cómo me gustaría cumplir órdenes simplemente! ¡Ser honesto! Podría creerse que me paso todo el tiempo pensando en cómo ser deshonesto. Vamos, le ofrezco la oportunidad de ser absolutamente honesto. Tome estos materiales —Müller acercó a Eismann varias carpetas con hojas escritas a máquina—. Saque sus conclusiones, honestas hasta el final. Las utilizaré cuando informe al jefe los resultados de la inspección.

—¿Por qué debo ser yo precisamente quien lo haga, *Obergruppenführer*? —preguntó Eismann.

Müller sonrió.

—¿Dónde está, pues, su honor, amigo mío? ¿Dónde? Siempre es más fácil aconsejar a los demás: sea honesto. Cuando llega la hora todo el mundo se preocupa en hacer parecer su deshonestidad como honestidad... en justificar sus propias acciones ¿Tengo razón o no?

—Estoy dispuesto a escribir el informe.

—¿Cómo?

—Escribiré que conozco a Stirlitz desde hace muchos años y puedo responder por él.

Müller guardó silencio, se movió inquieto en su sillón y acercó luego a Eismann una hoja de papel.

—Escríbalo —dijo—. Vamos.

Eismann sacó una pluma, reflexionó durante un rato la primera frase y después escribió con su perfecta caligrafía: «Al jefe de la IV Sección, *Obergruppenführer SS Müller*: Considerando al *Standartenführer SS Von Stirlitz* un ario genuino, fiel a los ideales del Führer y del NSDAP, ruego me releve del trabajo de la inspección de sus asuntos. *Obersturmbannführer SS Eismann*».

Müller secó el papel, lo leyó dos veces y dijo en voz baja:

—Bien... Muy bien... Siempre lo he tratado a usted con respeto y confianza absoluta. Ahora he tenido la oportunidad de convencerme una vez más de su alta honradez, Eismann.

—Gracias, *Obergruppenführer*.

—No tiene por qué darme las gracias. Soy yo quien debo dárselas. Aquí tiene estas tres carpetas: haga un informe favorable sobre el trabajo de Stirlitz. No tengo que enseñarle cómo: el arte de un agente, la sutileza de un investigador, el coraje de un verdadero nacionalsocialista. ¿Cuánto tiempo necesita para esto?

Eismann hojeó las carpetas y contestó:

—Para que todo salga bien y confirmado con documentos, le pediría una semana.

—Cinco días como máximo.

—Bien.

—Trate de mostrar de manera especial el trabajo del Stirlitz con este pastor —Müller indicó con el dedo una de las carpetas—. Kaltenbrunner cree que alguien trata ahora de establecer contacto con Occidente a través de los curas: el Vaticano, etcétera...

—Bien.

—Le deseo éxitos. Ahora vaya a dormir un rato.

Cuando Eismann hubo partido, Müller puso su carta en una carpeta separada y permaneció largo rato sentado y pensativo. Luego llamó a otro de sus colaboradores, el *Obersturmbannführer* Holtoff.

—Escuche —le dijo sin siquiera ofrecerle asiento; Holtoff era joven—. Le encomiendo una tarea sumamente confidencial e importante...

—A sus órdenes, *Obergruppenführer*.

«Éste hará de todo —pensó Müller—, Sacude la cabeza como un caballo. Todavía le gustan nuestros juegos y se siente en ellos como un pez en el agua. Hará disparates que sólo el diablo sabrá... Y bien... Tendremos con qué regatear con Schellenberg».

—Mire —continuó Müller—, Debe estudiar estos asuntos. Aquí está el trabajo del *Standartenführer* Stirlitz en el último año. Éste se refiere al arma de la venganza... es decir, a las armas atómicas y al físico Runge... En general, el asunto está podrido, pero trate de escarbar algo... Y dígame si surge algún problema.

Cuando Holtoff, tratando de ocultar su desaliento, salía del despacho del jefe de la Gestapo, Müller lo detuvo:

—Llévese algunas carpetas más donde están sus trabajos iniciales y compruebe si los caminos de Stirlitz y de Eismann se han cruzado alguna vez.

¹⁵ Apellido verdadero de Hitler. N. del T.

¹⁶ Famosos caricaturistas soviéticos. N. del T.

¹⁷ Heroína de la obra *Eugenio Onieguin*, de Pushkin. N. del T.

Información para un análisis (Dulles)

La Gestapo, la Abwehr y el contraespionaje de Vichy sabían que durante esos inquietos días del verano de 1942 debía pasar por Francia un americano misterioso. El contraespionaje francés, la Gestapo y los servicios de Canaris comenzaron la caza de este individuo.

En las estaciones de ferrocarril y en los aeropuertos los agentes montaban guardia, clavando los ojos en todo aquel que pudiera parecerse al norteamericano. Pero no lo pudieron capturar. Sabía desaparecer en los restaurantes y reaparecer inesperadamente en los aviones. Lúcido, calculador, tranquilo y valiente, engañó al servicio de seguridad y al contraespionaje de Vichy, y a finales de 1942 penetró milagrosamente en la Suiza neutral.

Era alto. Sus ojos, ocultos detrás de los brillantes cristales de sus lentes, miraban el mundo con indulgencia, bondad y, al mismo tiempo, con rigor. Llevaba siempre en la boca una recta pipa inglesa. Era de pocas palabras, sonreía a menudo y subyugaba a sus interlocutores con su manera benévola de escuchar atentamente, bromear con agudeza y reconocer sus errores rápida y abiertamente.

Si los servicios de Himmler, Canaris y Pétain hubieran sabido quién era este hombre, habrían hecho diez veces más esfuerzos para capturarlo allí en Francia, donde el Ejército alemán había irrumpido a finales de 1942, poniendo fin a la Francia «soberana» con capital en Vichy. Este hombre era Allen Dulles, funcionario de la Dirección de Servicios Estratégicos, enviado a Berna por el general Donovan.

En Suiza pronto empezaron a referirse a él como representante personal del presidente Roosevelt.

Dulles publicó un mentís en la Prensa. Era raro y misterioso. Sabía que esta doble publicidad —el rumor y el extraño mentís— le sería muy útil en un momento dado. No se equivocó. Desde los primeros meses de su estancia en Berna comenzaron a acercarse a él toda clase de personas de distintos países: banqueros, diplomáticos, deportistas, filólogos, príncipes de sangre real, actores; es decir, toda esa gente de entre la cual los organismos de inteligencia del mundo extraen sus agentes y, además, agentes serios.

Antes de comenzar el trabajo para establecer una filial de la Dirección de Servicios Estratégicos en Suiza, Dulles estudió de la manera más minuciosa todos los materiales reunidos sobre sus colaboradores.

—Aquí, en la carpeta azul —le aclaró el hombre del FBI que se ocupaba del control y sistematización de los expedientes de sus colaboradores—, están todos los que tienen familiares y amigos íntimos en los países del eje y neutrales. En esta carpeta están las

personas que nacieron en Alemania y Europa y los de padres alemanes. Y estos son los apellidos de las personas con quienes mantienen correspondencia nuestros hombres... Y aquí...

Dulles le interrumpió con una pregunta sorprendente:

—¿Qué tiene que ver todo esto con nuestra causa?

—Perdone...

—Lo que me interesa es esto: ¿Alguno de los que hoy colabora conmigo fue activista de algún instituto germano-americano o no? ¿Es miembro del partido comunista? ¿Es homosexual? ¿Es lesbiana? ¿Cómo es la familia? ¿Es un matrimonio estable, o la mujer es una histérica y, por lo tanto, el marido se ha convertido en un alcohólico y sueña con mandar al diablo su escandaloso mundo familiar? En cuanto a que tengan familia en Alemania o Italia, debo decir que algunos de mis parientes lejanos fueron a instalarse en Alemania desde el siglo pasado...

Lamentablemente, los anuarios *Who's Who* informaban poco sobre el pasado de este hombre. Su historia debió ser conocida de antemano por servicios de inteligencia de Alemania, pero se pusieron al corriente mucho más tarde.

Cuando la oficina de Himmler pudo introducir en la casa de Dulles a uno de sus agentes (la agradable y cumplidora cocinera de Allen Dulles era un agente de la VI Sección de la Dirección de Seguridad), Himmler, Schellenberg y Müller de la Gestapo -y por consiguiente, Kaltenbrunner-supieron a través de ella muchas cosas importantes o interesantes, a pesar de la apariencia insignificante de los detalles más íntimos.

Por ejemplo, la cocinera informó que el libro de cabecera de Dulles y, por lo visto, el más querido, era el del chino Sun-Tzu *El arte de la guerra*. El teórico chino expuso en este libro los fundamentos del espionaje que se practicaba en China en el año 400 antes de nuestra era.

Allen Dulles le prestaba atención especial a aquella parte del tratado en la que el autor explicaba qué agentes son particularmente valiosos en la inteligencia.

Sun-Tzu los dividía en cinco tipos: nativos, internos, dobles, irrecuperables y vivos.

Los agentes nativos e internos (Dulles lo anotaba en pequeñas hojas de papel que también llegaron a la oficina de Schellenberg) corresponden, escribía Dulles, a los que ahora llamamos agentes locales.

El agente doble es el agente enemigo hecho prisionero: se le recluta y posteriormente se devuelve a los suyos, pero en calidad de agente del país que lo capturó.

Allen Dulles subrayó con lápiz rojo el término «agente irrecuperable». Le fascinaba este refinamiento chino. Sun-Tzu llamaba agentes irrecuperables a los que debían desinformar al enemigo. Sun-Tzu los llamaba irrecuperables porque el enemigo, con toda probabilidad, los mataría al descubrir que estaban suministrando informaciones falsas.

Los agentes vivos, según la expresión de Sun-Tzu, subrayada por Dulles en sus notas, comenzaron a llamarse en nuestros días agentes de infiltración. Van al país enemigo, trabajan allí y regresan vivos.

Sun-Tzu afirmaba que el verdadero jefe de espías debe tener a estos cinco tipos de agentes a la vez. Decía que el jefe que tuviera cinco agentes así poseía la «telaraña divina», una red de pescar compuesta por una gran cantidad de hilos invisibles, pero muy resistentes, unidos por una cuerda común.

Sun-Tzu escribió mucho y Dulles lo anotaba en numerosas hojitas de papel: sobre contraespionaje, desinformación, guerra psicológica y tácticas de seguridad para los agentes.

El espionaje de Sun-Tzu fue un reto para el de la Grecia antigua y el de Roma. Allí se creía mucho en las indicaciones de espíritus y dioses, pero el espionaje, creía Sun-Tzu, no podía fiarse de un espíritu ni de un dios. En el espionaje sólo se debía confiar en el hombre: el enemigo y el amigo.

La agente de la Gestapo pudo fotografiar la *Biblia* con una gran cantidad de anotaciones en las márgenes hechas por Dulles. El agente americano había marcado aquel pasaje en que Josué envió dos hombres a Jericó para que lo observaran todo secretamente y fueran a la casa de la ramera Rahab. Esto fue, como decía Dulles a sus amigos, el primer ejemplo registrado en los anales de la historia de lo que ahora los agentes profesionales llaman *casa de cobertura*. Rahab ocultó a los espías en su casa y después los sacó de la ciudad, y los israelitas, luego de conquistar Jericó, pasaron por las armas a todos salvo a Rahab y su familia. Fue entonces cuando se estableció la tradición de remunerar a los que ayudan al espionaje.

Uno de los libros preferidos de Allen Dulles, según comunicaba la agente a su centro, era el libro de Daniel Defoe *Robinson Crusoe*. También releía a menudo *Moll Flanders* y *El diario del año de la peste*. Estos libros fueron escritos por Daniel Defoe, uno de los espías más brillantes de todos los tiempos. No sólo fue un organizador independiente de una vasta red de información, sino que se convirtió en el primer jefe de los servicios secretos ingleses, cosa de la cual el mundo se enteró muchos años después de su muerte.

Dulles buscaba en las páginas de sus libros un indicio, aunque fuese remoto, de que hubiesen sido escritos por el jefe de los servicios secretos del Imperio británico, pero no lo encontró.

Como informaba la agente de Schellenberg, Allen Dulles estudiaba también atentamente en sus ratos libres la práctica y métodos de las más importantes organizaciones de espionaje del siglo XIX en Europa.

Muchos otros datos más sobre Allen Dulles se acumulaban en los archivos blindados del departamento de Himmler. Sin embargo, los dirigentes del tercer Reich no pudieron reconstruir la biografía completa y exacta de este agente calculador de la mitad del siglo XX.

La biografía de Dulles no era muy notable. A los veintitrés años obtuvo el diploma de profesor de artes. Se desempeñó como misionero en la India y en China y, en mayo de 1916, ocupó su primer puesto diplomático en Viena. Trabajó en París en la delegación que encabezaba Woodrow Wilson. Después se le encargó la tarea especial, en Suiza y Austria, de intentar mantener el Imperio Austro-Húngaro. Allí, en 1918, preparó su primera conspiración, que hubiera podido ser grandiosa si la hubiera podido completar. Sin embargo, la revolución de noviembre en Alemania, encabezada por los comunistas, le impidió llevar a cabo la conspiración. La futura monarquía de los Habsburgo, que debía convertirse en un cordón sanitario, en un poderoso escudo blindado de Occidente contra la propagación del bolchevismo en Europa, había fracasado.

Un año después, en 1919, Dulles fue designado primer secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Alemania. Ahí, trabajando en la Wilhelmplatz 7, Dulles estuvo cara a cara con los hombres que se planteaban como misión principal hacer frente al bolchevismo en Europa. Fue precisamente ahí donde Dulles preparó un encuentro entre el encargado de negocios de los Estados Unidos en Alemania, Mr. Dressel, y el general Hoffmann, que había elaborado el primer plan de la ofensiva alemana contra el Kremlin.

Hoffmann les había dicho en aquella ocasión: «Durante toda mi vida sólo he lamentado una cosa: no haber torpedeado las negociaciones en los tiempos de Brest-Litovsk y no haber marchado sobre Moscú. Entonces hubiera podido hacerlo fácilmente».

Fue en aquel momento y justamente durante la conversación con Dulles, cuando Hoffmann, de manera elegante y convincente, justificó aquella doctrina que después sería formulada como la doctrina del *Drang nach Osten*¹⁸.

De Berlín, Dulles fue enviado a trabajar dos años en Constantinopla, capital de un país que tenía fronteras con la Rusia soviética, y que, por un lado, era la llave al mar Negro y al Mediterráneo y, por otro, un puente hacia las reservas mundiales de petróleo.

De allí Dulles regresó a Washington. Se convirtió en el Jefe de la sección a cargo de los asuntos del Medio Oriente en el Departamento de Estado. El Medio Oriente era entonces uno de los puntos más candentes del globo terráqueo: en Medio Oriente se encontraba el petróleo, alimento de la guerra. Los magnates de la industria norteamericana cuyo negocio era el petróleo, estaban preocupados por los enormes éxitos de sus rivales ingleses en los mercados mundiales.

Mr. Bedford, presidente de la compañía «Standard Oil of New Jersey», había declarado: «Es importante para los Estados Unidos llevar a cabo ahora una política agresiva».

Dulles trabajaba sin tregua. La primera victoria sobre Gran Bretaña fue lograda bajo su dirección. En 1927, la compañía de Rockefeller obtuvo el veinticinco por ciento de las acciones de la «Iraq Petroleum Company», arrebatándoselas a los ingleses.

Ese mismo año la corporación petrolera «Gulf Oil», del grupo de Mellon, adquirió los derechos preferenciales sobre la concesión de las islas de Bahrein.

Después de haber logrado estas victorias, Dulles decidió retirarse. El estudio de los servicios de inteligencia en la casa de los banqueros Rothschild lo condujo a la conclusión de que el trabajo en el Departamento de Estado solamente había sido el primer escalón de su verdadera carrera futura.

Allen Dulles obtuvo un puesto en la firma jurídica «Sullivan and Cromwell», una de las más grandes en Wall Street. La firma mantenía relaciones estrechas con la casa de los Rockefeller y Morgan. En esta firma Allen Dulles llevó a cabo una grandiosa operación que permitió a Estados Unidos apoderarse de las concesiones petroleras en la República de Colombia.

Precisamente la firma «Sullivan and Cromwell» trabajó con el Gobierno de Panamá durante la construcción del canal y fue entonces cuando estableció relaciones más estrechas con Alemania, país donde, después del Tratado de Versalles, los industriales americanos invirtieron una enorme cantidad de dólares.

Allen y su hermano John Foster Dulles establecieron estrechos contactos con el trust de «Tissen I. G. Farbenindustrie» y con el consorcio «Robert Bosch». Allen y John Dulles se convirtieron en los representantes norteamericanos de esas corporaciones alemanas.

Al principio de la guerra, Allen Dulles estuvo al borde del fracaso. El consorcio Robert Bosch, su filial en los Estados Unidos bajo el nombre de «American Bosch Corporation», estuvo amenazado con ser incluido en la lista negra, pero sus propietarios firmaron urgentemente un acuerdo con los banqueros suecos, los hermanos Wallenberg, mediante el cual se otorgaba al Banco sueco un control nominal sobre la «American Bosch

Corporation», con la condición de que la firma fuese devuelta a sus propietarios al finalizar la guerra.

Los Wallenberg estuvieron de acuerdo, pero necesitaban un contratista americano para llenar todas las formalidades necesarias. Y esta tarea fue asignada a los hermanos Dulles. Allen Dulles pudo engañar a las autoridades americanas y ocultar, bajo la bandera sueca, la propiedad nazi. Posteriormente, Allen Dulles no sólo se convirtió en el copropietario de la firma «Sullivan and Cromwell», sino en director de «Schröder Trust Company» y de «J. Henry Schröder Banking Corporation».

¿Quién era Schröder?

Era un ciudadano alemán en Alemania, norteamericano en los Estados Unidos, inglés en Gran Bretaña. En los años treinta, este consorcio estaba encabezado por el barón Kurt von Schröder. Fue en la villa de Schröder en Colonia donde Hitler se entrevistó, el 7 de enero de 1933, con Von Papen. Allí fue elaborado el plan para la toma del poder por los nazis. Kurt von Schröder recibió el rango de *Gruppenführer SS*. También se convirtió en presidente de la organización secreta *Freundenkreis*, que reunía fondos entre los magnates de Ruhr para los destacamentos SS del *Reichsführer* Heinrich Himmler.

La filial inglesa del consorcio de Schröder financiaba en Londres la «sociedad anglogermana», la misma que cumplía las funciones de propagar las ideas del Führer en Gran Bretaña. No era difícil adivinar las actividades de la firma «J. Henry Schröder Banking Corporation» en los Estados Unidos, y el director de esta firma era Allen Dulles.

Este hombre que conocía Europa como nadie, Alemania, el nazismo, los negocios, el petróleo, fue designado jefe de los servicios estratégicos de los Estados Unidos en Europa.

Naturalmente, Dulles no era representante personal de Roosevelt en Berna. La historia de su traslado a la sección de espionaje de la Dirección de los Servicios Estratégicos está relacionada, en particular, con la conversación sostenida entre él y uno de los representantes de las grandes finanzas una semana después de que los japoneses atacaran Pearl Harbor.

—Usted me pregunta sobre las perspectivas —decía pensativamente Dulles, echando bocanadas de humo con su habitual pipa inglesa—. No estoy preparado para darle una respuesta completa. Para eso hay que estudiar las finanzas y los chistes que se cuentan en el país, las nuevas obras que se exhiben en los teatros y los informes sobre los congresos del partido en Nüremberg. Una cosa es evidente para mí: Alemania no permanecerá callada. Me refiero a la Alemania de los financieros serios, como Schacht, que tuvo que retirarse, y la de escritores que están obligados a ganarse la vida como traductores de latín.

—Lo de Schacht es serio, pero, en cuanto a los escritores...

—También es serio —replicó Dulles—, es más serio de lo que usted cree. Ya en 1934 Himmler cometió su primer error grave: metió en un campo de concentración al escritor Von Ossietzky²⁰, laureado con el premio Nobel. Creó la imagen de un mártir. En lugar de meterlo en un campo de concentración, a este mártir se le debió comprar: con la gloria, con dinero, con mujeres... Nadie es tan fácil de comprar como un actor, un escritor, un pintor... Hay que comprarlos con habilidad, porque la compra es el mejor modo de comprometerlos...

—Pero estos son detalles que no nos interesan.

—No son detalles —replicó obstinadamente Dulles—. No son detalles. Hitler educó a setenta millones de personas para una obediencia ciega. Su teatro, cine y pintura han sido creados para educar autómatas ciegos. Esto no nos puede convenir a nosotros. El autómata es ajeno al deseo de comerciar, de tener relaciones, de planear una operación provechosa en la esfera económica. Los autómatas ciegos no necesitan a Schacht. Lo necesitamos nosotros. De modo que todo aquí está muy, pero muy relacionado entre sí... Esto significa que, inevitablemente, hay que llevar intelectuales al Ejército... pero los intelectuales en el Ejército deberán ser personas con grados que vayan desde mayor hasta mariscal de campo, no menos. Más abajo están los autómatas que cumplen cualquier orden ciegamente sin pensarlo...

—Esta es ya una versión interesante —repuso el interlocutor de Dulles—. Y usted dijo, hace un momento, que no podía responder a mi pregunta.

¹⁸ Empuje hacia el Este. N. del T.

¹⁹ Círculo de amigos. N. del T.

²⁰ Ossietzky, Karl (1889-1938), periodista y publicista alemán con ideas progresistas. Premio Nobel de la paz en 1935. N. del T.

17-II-1945 (10 h 03 min)

Cuando Karl Wolff dejó el despacho de Himmler, el *Reichsführer* permaneció sentado largo rato como estupefacto. No le dominaba el miedo, o por lo menos así le parecía. Era la primera vez en su vida que se sentía un renegado. Conocía a los renegados, ni siquiera los molestaba, prefería esperar y ver quién saldría victorioso en julio del 44, pero ahora él mismo cometía un acto de alta traición: a las negociaciones con el enemigo sólo les correspondía un castigo: la muerte. Podría explicar las conversaciones con Goering en caso necesario: comprobaba el estado de ánimo de un hombre que se había alejado de la vida política activa. Si fuese revelado lo que sabía sobre la conspiración de julio del año anterior, podría refutarlo también, aduciendo que todos los conspiradores habían sido arrestados muy rápidamente: «Les hacía el juego, pero a todos los tenía en un puño. Stauffenberg era un extremista, siempre suceden cosas inesperadas; además, yo me encontraba en el Bunker al lado del Führer ¿Acaso no es una coartada?»

Pero ahora Karl Wolff marchaba a Suiza para entrar en contacto directo con Dulles: un alto jefe de la SS se disponía a entrevistarse con el agente principal de los aliados.

Himmler se quitó los lentes según su manera habitual —hoy usaba los lentes sin montura que usan los maestros de escuela— y comenzó a limpiar lentamente los cristales con la gamuza. No acababa de comprender qué había cambiado en él. Después sonrió. «Comencé a actuar. Lo más terrible es este letargo atormentador. Parece una pesadilla».

Llamó a Schellenberg. El jefe de la seguridad política llegó al instante, como si hubiese estado en la antesala y no sentado en su despacho, en el tercer piso.

—Wolff ha salido en avión a establecer contacto con Dulles —dijo Himmler.

—Es una solución sabia...

—Es una locura, Schellenberg, una locura y un aventurerismo.

—¿Se refiere a un posible fracaso?

—Me refiero a todo un conjunto de posibilidades ¡Es usted, todo ha sido obra suya! ¡Usted me ha llevado a este paso!

—Si Wolff fracasa, todos los documentos llegarán a nosotros.

—Pueden caer primero en las manos del vienés...

Schellenberg miró interrogativamente a Himmler, quien aclaró irritado:

—De Kaltenbrunner. Y no sé a dónde enviarían estos papeles después: a Bormann o a mí. Y usted sabe lo que haría Bormann si obtuviese papeles de esta naturaleza. Puede imaginarse la reacción del Führer cuando lo vea todo y aún más, con aclaraciones de Bormann.

—Analice también esa posibilidad.

Himmler frunció el ceño con enfado. Sentía deseo de ordenar a Wolff que regresara y dejarlo ahí, olvidar su conversación con él y borrarlo para siempre de su memoria.

—Analice esta posibilidad —repitió Schellenberg—. Primero, Wolff no debe hablar con Dulles en nombre de él ni de Himmler, sino en nombre del mariscal de campo Kesselring: está subordinado a él. Es el sustituto del mariscal en Italia y no está directamente subordinado a usted.

Himmler echó una rápida mirada a Schellenberg. «Tipo inteligente —pensó— ¡Todo está en la superficie! ¡Y se ajusta perfectamente a mi conversación con Goering!»

El mariscal de campo Kesselring había sido un tiempo ayudante de Goering en la Luftwaffe. Todos lo consideraban hombre de Goering.

—Está bien —dijo Himmler— ¿Lo ha pensado previamente o se le ha ocurrido ahora?

—Desde que me enteré del viaje de Wolff —contestó Schellenberg— ¿Me permite fumar?

—Sí, por favor —contestó Himmler.

Schellenberg encendió un cigarrillo. Desde el 36 fumaba «Camel» y no admitía otra marca. Una vez, en el 42, cuando ya América había entrado en la guerra, le preguntaron: «¿De dónde saca usted los cigarrillos enemigos?» Schellenberg contestó: «Sólo porque uno compra cigarrillos norteamericanos, se apresuran a decir que uno ha vendido la patria...»

—Pensé en todas las posibilidades —continuó—, hasta en las más desagradables.

—¿Qué quiere decir? —Himmler se puso en guardia. Luego se calmó, volvió a ser el mismo; había una perspectiva razonable ¿qué posibilidad desagradable podía existir si todo había sido tan correctamente planeado?

—¿Qué sucedería si Kesselring, o lo que es peor, su protector Goering, pudieran demostrar su coartada llegado el momento?

—No debemos llegar a eso. Téngalo en cuenta de antemano.

—Nosotros sí, pero usted, con toda justeza, ha sacado a su segundo, Kaltenbrunner, de nuestra operación. Él podría admitir esta posibilidad. Él, y también Müller.

—Bueno, bueno —dijo cansadamente Himmler— ¿Que se propone usted?

—Matar dos pájaros de un tiro.

—Esas cosas no ocurren en la realidad —contestó Himmler con una voz aún más cansada y apagada—. Y además, no soy cazador...

—El Führer dice que los aliados están a punto de romper ¿no es así? En consecuencia, la ruptura entre ellos es una de nuestras tareas principales. ¿Qué hará Stalin si se entera de las negociaciones por separado que lleva a cabo el general SS Wolff con los aliados occidentales? No puedo decir precisamente lo que haría, pero que esto lo empujaría a determinadas acciones, no lo dudo ni por un momento. De modo que podemos codificar el viaje de Wolff como una gran desinformación a Stalin. ¿Será beneficioso para el Führer, o no? Las negociaciones deben aparecer como un *bluff* destinado a Stalin. Así se lo explicaríamos al Führer en caso de que la operación fracase.

Himmler se levantó de la silla —no le gustaban los sillones; siempre ocupaba una vieja silla de la oficina—, fue a la ventana y miró durante largo rato las ruinas de Berlín. En algunos sitios ya había crecido la hierba. Los muchachos salían de la escuela y reían alegremente. Dos mujeres empujaban los coches con sus niños. El espectáculo le devolvía la tranquilidad. Pensó de repente: «Con qué alegría me iría al bosque, a dormir al lado de una hoguera. ¡Qué inteligente es Walter, Dios mío...!»

—Pensaré en todo lo que me ha dicho —dijo Himmler sin volver la cabeza.

Quería asumir solo su victoria. Schellenberg se la daría con gusto al Reichsführer. Siempre les regalaba a él y a Heydrich sus victorias. Por eso agregó:

—¿Decidirá usted los pormenores o me ocupo yo de ellos?

—Ocúpese usted —contestó Himmler, pero cuando Schellenberg se dirigió a la puerta, volvió la cabeza—: Mejor dicho, en este asunto no debe haber detalles menores. ¿De qué se trata concretamente?

—En primer lugar, de la operación de cobertura... Hay que elegir alguna figura que no sea nuestra para las negociaciones con Occidente... Luego entregaremos los documentos sobre este... hombre al Führer. En caso de necesidad... Será una victoria de nuestro servicio de inteligencia: haber destruido los intentos criminales de los enemigos. Así dice Goebbels, ¿no? En segundo lugar, en Suiza Wolff será vigilado por miles de ojos. Entre estos miles,

pueden encontrarse también los de nuestros agentes, quienes inmediatamente lo comunicarán. ¿En manos de quién caería el informe? ¿Lo informará un agente mío o de Müller? ¿Será hecho por un intelectual que evalúe sobriamente el momento o por un fanático ciego tipo Kaltenbrunner? Por eso quisiera que los miles de ojos de los aliados occidentales sean vigilados por cinco o seis mil ojos míos. Wolff no sabrá que nuestros hombres lo vigilan, porque ellos me transmitirán la información directamente a mí. Esta sería, además, una tercera coartada. En caso de fracasar, tendríamos que sacrificar a Wolff, pero los informes sobre él nos servirán para nuestra coartada.

—La suya —corrigió Himmler—, la coartada suya.

«De nuevo le he asustado —pensó Schellenberg—. Estos detalles lo asustan. Le teme a una operación arriesgada, le teme a todo. Siempre tengo que arrancarle su consentimiento general y después hacerlo todo yo solo».

—¿A quién piensa mandar?

—Tengo buenos candidatos —contestó Schellenberg—, pero son detalles que yo mismo podría decidir sin alejarlo a usted de asuntos más importantes.

En la lista de candidatos para resolver el primer problema, Schellenberg había incluido a Von Stirlitz y a su «protegido» pastor.

Esa mañana, mientras Erwin esperaba la respuesta del centro, Stirlitz conducía su automóvil lentamente hacia su casa. En el asiento trasero llevaba un voluminoso tocadiscos. Erwin figuraba como propietario de una pequeña firma de tocadiscos, lo cual le permitía viajar ampliamente por el país atendiendo las necesidades de sus clientes.

La calle donde vivía Erwin estaba obstruida. El bombardeo de la noche anterior había derrumbado la pared de un edificio de seis pisos y los obreros de los destacamentos viales, junto con la policía, limpiaban la vía rápidamente y con destreza.

Stirlitz se volvió. Detrás de su «Horch» se habían alineado no menos de treinta coches. Un jovencito, chofer de un camión, gritó a Stirlitz:

—Si aparecen los aviones ahora, se formará un tremendo lío, y no hay donde ocultarse.

—No vendrán —contestó Stirlitz, mirando al cielo. Las nubes eran bajas y, a juzgar por los bordes grises y negros, de nieve.

«Anoche no hizo frío —pensó Stirlitz—, y ahora es evidente que va a nevar».

Sin saber por qué, recordó al astrónomo. El año del sol intranquilo. En nuestro globo todo está relacionado. Todos estamos relacionados, el Globo con el Sol y el Sol con la galaxia. Stirlitz sonrió de repente: «Es como la red de agentes de la Gestapo. El segundo vigila al tercero y el tercero tiene instrucciones de vigilar al segundo. Somos estrellas y nuestro sol radiante es el gran Führer... ¡Qué modo de echar a perder a un pueblo en diez años!»

Un policía agitó bruscamente el brazo y gritó con acento gutural:

—¡A pasar!

«En ningún lugar del mundo —pensó Stirlitz— a los policías les gusta tanto gritar órdenes y hacer señales de mando con la porra como en nuestro país». De repente lo sorprendió la idea de que pensaba en los alemanes y en Alemania como en su pueblo y en su país. «No puede ser de otra manera. Si me separase de ellos, seguramente habría fracasado hace muchísimo tiempo. Debe ser una paradoja, pero amo a este pueblo y amo a este país... Tal vez sea cierto que los Hitler van y vienen».

Frente a él, la calle ya estaba libre de obstáculos y Stirlitz apretó el acelerador. Sabía que las vueltas bruscas se «comen» demasiado los neumáticos, sabía que los neumáticos ahora escaseaban, pero, de todos modos, le gustaban los virajes bruscos para que los neumáticos chillaran y cantaran y el coche se inclinara súbitamente como una lancha en una tormenta.

En Köpenick, donde tenía que doblar para llegar a la casa de Erwin y Katy, vio un cordón de policías.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stirlitz.

—La calle está destruida —contestó un policía joven y pálido—. Han lanzado una bomba muy potente.

Stirlitz sintió que su frente se perlaba de sudor.

«Seguro que también destruyeron la casa», comprendió de repente.

En esos años había aprendido a analizar sus presentimientos. Miraba con cierto asombro a los que afirmaban que la fe en un presentimiento es tontería y misticismo. Él presentía con exactitud —uno o dos días antes— cualquier acontecimiento importante. Estaba sintonizado con la percepción de cuanto lo rodeaba como un radar. Era un convencido de que cada hombre tenía la facultad de presentir, aunque la mayoría no la desarrollaba.

—¿Y la casa número nueve? —preguntó—. ¿También?

—Sí, totalmente destruida.

Stirlitz estacionó el automóvil junto a la acera y echó a andar por un callejón a la derecha. El mismo policía de aspecto enfermizo le cerró el paso.

—Está prohibido, señor.

Stirlitz le mostró el botón del SD en el reverso de la solapa. El policía se llevó la mano a la visera y dijo:

—Los zapadores temen que pueda haber bombas de acción retardada...

—Entonces, volaremos juntos —dijo Stirlitz cansadamente y se dirigió a las ruinas de la casa número nueve.

Sentía un cansancio enorme, inhumano; hubiera querido caminar muy lentamente, pero sabía que debía hacerlo con su habitual paso elástico y mostrando en el rostro la misma sonrisa misteriosa. Caminaba así, elásticamente, y con su obligatoria sonrisa escéptica. Imaginaba a Katy con su vientre muy grande y redondo. «Es una niña —le había dicho ella una vez—. Cuando el vientre se alza en forma de pepino, es varón, pero, de todos modos, pariré una niña».

—¿Murieron todos? —preguntó Stirlitz al policía que seguía mirando cómo trabajaban los bomberos.

—Es difícil saberlo. La bomba cayó por la madrugada y había muchas ambulancias...

—¿Pudieron recuperarse muchas cosas?

—¿No ve que es un caos...?

Stirlitz ayudó a una mujer llorosa a bajar de la acera el cochecito con el niño y volvió a su coche...

—*¡Mamochka!* —gritaba Katy—. *¡Gospodi!* *¡Mama-a-a!* Estaba acostada en una mesa. La habían traído contusa a la casa de maternidad, con dos heridas en la cabeza. Gritaba unas palabras incoherentes lastimeras: rusas.

El doctor que asistió el parto —el niño era gritón, ronco y grande —dijo a la enfermera:

—Es polaca, pero ha parido un gigante...

—No es polaca —dijo la enfermera.

—¿Qué es? ¿Rusa o checa?

—Tiene pasaporte alemán —contestó la enfermera—. En el bolsillo de su abrigo estaba el pasaporte a nombre de Katalina Kien.

—Tal vez el abrigo no era de ella.

—Tal vez —convino la enfermera—. Mire qué niño tan bello. Pesa no menos de diez libras. Es muy bello... ¿Llamará usted a la Gestapo, o debo llamar yo más tarde?

—Llame usted —contestó el doctor—, pero más tarde...

«Eso es todo —pensaba Stirlitz cansadamente, como si se viese a él mismo desde fuera—. Ahora estoy completamente solo. Ahora estoy absolutamente solo...»

Se encerró largo rato en su despacho, sin responder a las llamadas telefónicas. Automáticamente contó nueve llamadas. Dos se prolongaron durante varios minutos. Se trataría de algo importante o eran subordinados que siempre llaman y esperan mucho tiempo. Las demás fueron cortas, que es el modo como llaman los jefes o amigos.

Después sacó de la mesa una hoja de papel y comenzó a escribir:

Al Reichsführer SS Heinrich Himmler.

Estrictamente confidencial y personal.

¡Reichsführer!

Los intereses de la nación me obligan a dirigirle esta carta. He sabido de fuentes cercanas a los periodistas de países neutrales que a espaldas del SD, a espaldas del Reichsführer SS, algunas personas pretenden realizar contactos con el enemigo, sondeando el terreno para un acuerdo con el adversario. No puedo confirmar estos datos de manera estrictamente documental, pero le ruego me reciba y escuche mis sugerencias sobre este problema que considero sumamente importante y que no admite demoras. Le ruego me permita, utilizando mis relaciones, informarle más detalladamente y proponerle mi plan para afrontar esta hipótesis, que me parece —desgraciadamente— demasiado cercana a la verdad.

¡Heil Hitler!

Standartenführer SS Von Stirlitz

Stirlitz sabía a quién podía referirse como fuente en su conversación con Himmler. Tres días antes había muerto durante un bombardeo el reportero cinematográfico de Portugal, Pablo Wassermann. Stirlitz conocía sus relaciones estrechas con los suecos.



²¹ «Los Hitler van y vienen, pero el pueblo permanece.» Stalin. N. del T.

²² «Mamita, Dios mío, mamita.» en ruso. N. del T.

Información para un análisis (Schellenberg)

(Del expediente del partido del miembro del NSDAP desde 1934, Brigadeführer SS, Walter Schellenberg, jefe de la VI Sección de la Dirección de Seguridad del Reich: «Ario genuino. Carácter nórdico, valiente, duro. Con los amigos y colegas en el trabajo es abierto, sociable, benévolo. Implacable con los enemigos del Reich. Hogareño. La candidatura de su esposa fue aprobada por el Reichsführer SS. No tuvo relaciones comprometedoras. Deportista muy bueno. Un gran organizador en el trabajo...»)

Además de su masajista, el doctor Kersten, Himmler sólo confiaba en Schellenberg. Se interesó en él desde el comienzo de los años treinta, cuando Schellenberg aún estudiaba. Sabía que este joven apuesto, de veintitrés años, después de salir del colegio de jesuitas se había graduado en la Universidad con el título de bachiller en artes, y que su profesor más querido en la Universidad era un judío. Sabía que, al principio, Schellenberg se burlaba de las ideas del nacionalsocialismo y no siempre hablaba bien del Führer.

Himmler contaba con miles de hombres fuertes, ciegamente fieles a él hasta la última gota de sangre. Necesitaba por lo menos cinco ayudantes inteligentes y lúcidos que, a pesar de su escepticismo, le sirviesen de ayuda para llevar a cabo una política planificada con mucha precisión.

Por esta razón, cuando a Schellenberg le propusieron trabajar en la inteligencia del Tercer Reich, después de varias conversaciones con Heydrich y una entrevista con él mismo, aceptó. En aquellos momentos ya había comenzado a desilusionarse de la actitud de los intelectuales alemanes que, ocultándose en sus villas a orillas de los lagos, en la tranquilidad de los bosques de pinos de los alrededores de Berlín, se limitaban al comentario afligido sobre los crímenes de Hitler y se burlaban cobardemente de sus manifestaciones histéricas.

Su prueba de fuego fue el salón de Kitty. Valiéndose de su fichero, el jefe de la Policía criminal, Nebe, mandó a este salón de alta sociedad a las prostitutas más elegantes de Berlín, Munich y Hamburgo. Después, cumpliendo instrucciones de Heydrich, localizó a las esposas jóvenes y bonitas de diplomáticos y altos militares, mujeres cansadas de su soledad (sus esposos pasaban días y noches en reuniones y en viajes por Alemania y el extranjero). Las esposas se aburrían y estaban deseosas de divertirse; encontraron diversión en el salón de Kitty, donde se reunían los diplomáticos de Asia, América y Europa.

Los expertos del departamento de seguridad SD construyeron el salón con paredes dobles y colocaron allí aparatos para escuchar y fotografiar. La idea de Heydrich fue realizada por Schellenberg, que era el dueño de este salón y desempeñaba el papel de alcahuete.

Schellenberg y Heydrich se pasaban largas horas en una pequeña sala de proyecciones contemplando fotografías picantes de las esposas de sus amigos junto a diplomáticos extranjeros.

Los diplomáticos comprometidos comenzaban a trabajar para la inteligencia, para Schellenberg, y las esposas comprometidas de los militares, miembros del partido y políticos del Tercer Reich, engrosaban los archivos del jefe de la Gestapo, Müller.

Pero a éste no se le permitía trabajar en el salón. Su físico campesino y sus bromas groseras podían asustar a los visitantes. Fue entonces cuando por primera vez sintió que dependía de un jovencito.

—Piensa que le voy a pellizcar los muslos a sus putas —le dijo Müller a su ayudante—. Demasiado honor. No me acostaría con ninguna de ellas ni aunque me pagaran. En mi pueblo esta clase de mujeres eran llamadas gusanos de estiércol.

Cuando la señora de Heydrich, en ausencia de su esposo llamó a Schellenberg para quejarse de aburrimiento y éste le propuso ir a un lago en las afueras de la ciudad, Müller se enteró de inmediato y decidió que había llegado el momento de romperle la cabeza al niño bonito. No creía, como los «viejos» en la Gestapo, que Schellenberg era una figura poco seria: demasiado guapo, sacaba de la biblioteca libros en latín y español, se vestía como un niño fino, no ocultaba sus aventuras amorosas, e iba a pie a la Prinz-Albrechstrasse, rehusando utilizar el coche. ¿Acaso era un agente serio? Charlaba, reía, bebía... La tosca inteligencia campesina de Müller, que reaccionaba contra todo lo nuevo, le decía que Schellenberg era el primero de entre la nueva generación. Y el niño mimado atraería a los suyos.

Schellenberg acompañó a la señora Heydrich al lago Plöner. Era la única mujer que respetaba. Podía hablar con ella sobre la elevada tragedia de la Hélade y la grosera lujuria rumana. Paseaban por la orilla del lago y hablaban interrumpiéndose mutuamente. Dos muchachos de caras mofletudas, del departamento de Müller, se bañaban en el agua fría observando el objetivo número dos y el número setenta y cinco. Müller había señalado con el número dos a la señora de Heydrich por la jerarquía de su esposo en la dirección de seguridad del Reich. Schellenberg no podía suponer que aquellos dos únicos idiotas que se bañaban en el agua helada fueran de la Gestapo. No creía que los agentes tuvieran derecho a llamar la atención tan abiertamente. La astucia rural de Müller resultó más eficiente que la lógica armoniosa de Schellenberg. Los agentes debían fotografiar sus «objetivos» si estos decidieran «acostarse un ratito debajo de los árboles», como dijo Müller. Los «objetivos» no se acostaron debajo de los árboles. Tomaron café en la terraza abierta y regresaron a la ciudad. Pero Müller había decidido que los celos ciegos eran siempre los más terribles. Colocó sobre la mesa de Heydrich el informe de que su esposa y Schellenberg habían paseado por el bosque y pasado medio día a orillas del lago Plöner. No agregó comentario

alguno al informe. Heydrich era hombre de un amor propio enfermizo y soluciones imprevisibles.

Leyó el informe y no lo comentó con Müller. Movi6 la cabeza en se6al de que pod6a marcharse. M6ller se inclin6. No pudo adivinar nada en el severo rostro afilado de Heydrich. El d6a transcurri6 en completa calma. Esa misma noche, despu6s de telefonar a M6ller, Heydrich entr6 en el despacho de Schellenberg y, d6ndole una palmada en el hombro, le dijo:

—Hoy tengo un humor de perros. Vamos a tomar algo.

Hasta las cuatro de la madrugada los tres recorrieron tabernas peque6as y sucias, se sentaron junto a prostitutas hist6ricas y especuladores de divisas y rieron y bromearon cantando canciones populares con todos y, cuando ya amanec6a Heydrich acerc6 su silla a la de Schellenberg y le pidi6 que brindaran juntos y que comenzara a tutearlo. Despu6s del brindis, Heydrich, tapando con la mano la copa de Schellenberg, le dijo:

—¿Sabe? Ech6 veneno en su vino. Si no me dice toda la verdad de c6mo pas6 el tiempo con mi esposa, morir6 usted. Si me la dice, por m6s terrible que resulte para m6, le dar6 un ant6doto.

Schellenberg lo comprendi6 todo. Sab6a entenderlo todo en un segundo. Record6 a los dos tipos de caras cuadradas que se ba6aban en el lago, vio los ojos de M6ller que se mov6an con rapidez, su boca demasiado sonriente y dijo:

—Bien, la se6ora de Heydrich me llam6. Estaba aburrida y la acompa6e al lago Pl6ner. Puedo presentarle testigos que saben c6mo hemos pasado el tiempo. Pase6bamos y habl6bamos sobre la grandeza de Grecia, arruinada por los delatores que la vendieron a Roma. Aunque, desde luego, esa no fue la 6nica causa de su ruina. S6, estuve con la se6ora Heydrich; idolatro a esa mujer, la esposa de un hombre que considero verdaderamente grande. ¿D6nde est6 el ant6doto? —pregunt6—. ¿D6nde est6?

Heydrich sonri6, ech6 en la copa un poco de «Martini» y se la extendi6 a Schellenberg.

Medio a6o despu6s, Schellenberg visit6 a Heydrich para pedirle su consentimiento. «Quiero casarme —le comunic6— pero mi suegra es polaca». Era un asunto que deb6a analizar con el Reichsf6hrer SS Himmler. Himmler examin6 personalmente las fotos de las futuras esposa y suegra de Schellenberg. Los especialistas del departamento de Rosenberg midieron con un microc6rculo la estructura craneana, el tama6o de la frente, y la forma de las orejas. Himmler autoriz6 a Schellenberg a que contrajera matrimonio.

En la boda, Heydrich, después de haber bebido en exceso, tomó a Schellenberg del brazo y lo llevó a la ventana.

—¿Cree usted que desconozco que la hermana de su mujer se casó con un banquero judío?

Schellenberg sintió un gran vacío en su interior, sus manos se helaron.

—Bueno, bueno— dijo Heydrich y suspiró de pronto.

En aquel momento Schellenberg no comprendió la causa de aquel suspiro de Heydrich. Lo entendió mucho más tarde, al enterarse de que el abuelo del jefe de seguridad del Reich era judío y tocaba el violín en la opereta vienesa.

18-II-1945 (11 h 46 min) Schellenberg vio a Stirlitz en la antesala del Reichsführer. Tenía concertada una entrevista con Himmler.

Llevaba en las manos una carpeta estampada, gris-verde y con bordes dorados. En esta carpeta estaba una hoja de papel, la carta que había escrito inmediatamente después de su regreso de Köpenick.

—Usted es el siguiente— le dijo a Stirlitz el ayudante de guardia, dejando pasar al despacho al jefe del departamento económico de la SS, el general Pohl. Creo que el Obergruppenführer no tardará mucho. Tiene que resolver problemas locales.

—Buenos días, Stirlitz —dijo Schellenberg—. Lo estaba buscando.

—Buenos días —contestó Stirlitz—. ¿Por qué tiene ese aspecto tan cansado?

—¿Se nota?

—Bastante.

—Venga, lo necesito.

—Pedí audiencia al Reichsführer.

—¿Qué problemas tiene?

—Personales.

—Volverá dentro de una hora o una hora y media —dijo Schellenberg—. Dígale que le aplacen la audiencia. El Reichsführer estará aquí hasta el anochecer.

—Bien —rezongó Stirlitz—, pero temo que no sea correcto.

—Me llevo a Von Stirlitz —dijo Schellenberg al ayudante de guardia—. Aplace, por favor, la hora de la entrevista para las dos.

—¡A sus órdenes, Brigadeführer!

Schellenberg condujo a Stirlitz por un brazo y, al salir del despacho, susurró alegremente: — ¡Qué voz, eh! Contesta como un actor de opereta. La voz surge del vientre y con obvios deseos de agradecer.

—Siempre he sentido lástima por los ayudantes —dijo Stirlitz—. Constantemente deben demostrar su importancia porque sino la gente podría comprender su inutilidad.

—No tiene razón. Un ayudante siempre hace falta. Es como un bonito perro de caza: constituye un tema de conversación entre uno y otro asunto y, si tiene buen físico, se lo envidiarán otros cazadores.

—Bueno, conocí a un ayudante —continuó Stirlitz mientras avanzaban por los pasillos—, uno que hacía el papel de empresario. Hablaba a todo el mundo de la genialidad de su dueño. Finalmente le organizaron un accidente automovilístico: era demasiado melodioso, irritaba...

Schellenberg se echó a reír.

—¿Lo ha inventado o es verdad?

—Claro que lo he inventado...

A la salida de la escalera central encontraron a Müller.

—Heil Hitler, amigos —dijo.

—Heil Hitler, amiguito —contestó Schellenberg.

—Heil —contestó Stirlitz sin levantar el brazo.

—Contento de verlos, diablillos —dijo Müller—, ¿de nuevo están tramando alguna perfidia?

—Sí, la estamos tramando —contestó Schellenberg—. ¿Por qué no?

—La perfidia nuestra no se puede comparar con la suya —dijo Stirlitz—. Somos corderos inocentes en comparación con usted.

—¿Conmigo? —se asombró Müller—. Bueno, es incluso agradable que te consideren un demonio. Los hombres mueren y queda memoria de ellos. Aunque sea una memoria diabólica.

Müller dio unas palmaditas amistosas en los hombros de Schellenberg y Stirlitz y entró en el despacho de uno de sus empleados; le gustaba entrar en sus despachos sin anunciarse.

Información para un análisis (Churchill)

Cuando, en los últimos meses de la guerra, Hitler repetía como un conjuro que la ruptura de la unión anglo-rusa-norteamericana era una cuestión de semanas, cuando aseguraba a todos que Occidente solicitaría la ayuda de los alemanes después de una derrota decisiva, muchos lo consideraron una manifestación del carácter del Führer: creer hasta el final en todo lo que soñaba su mórbida y obstinada imaginación. Sin embargo, en este caso específico, Hitler se apoyaba en los hechos. La inteligencia de Bormann, sin utilizar los canales de Himmler y Ribbentrop, y mucho menos los de la inteligencia militar comprometida por la conducta del almirante Canaris, ya a mediados de 1944 había obtenido en Londres un documento sumamente secreto que contenía las líneas siguientes: «Sería una terrible catástrofe que la barbarie rusa aniquilase la cultura e independencia de los antiguos Estados europeos». La increíble memoria de Hitler lo trasladó en seguida al año 1936, a Nüremberg, al congreso del partido nacionalsocialista de Alemania. Allí Hitler había dicho: «Si los métodos bolcheviques resultaran victoriosos, la cultura europea sería sustituida por la barbarie más terrible que haya existido nunca».

El párrafo del documento robado, a que se refería él una y otra vez, pertenecía a Winston Churchill. Lo había escrito en un memorándum secreto en octubre de 1942, cuando los rusos no estaban en Polonia, sino en Stalingrado; no en Rumania, sino cerca de Smolensk; no en Yugoslavia, sino en Jarkov.

Posiblemente, Hitler no hubiera alentado decretos que castigaban con la muerte inmediata cualquier intento de negociaciones, si hubiese conocido la furiosa controversia que existía en los años 1943-1944 entre ingleses y norteamericanos sobre la dirección del golpe principal de los ejércitos aliados. Churchill insistía en desembarcar las tropas en los Balcanes y fundamentaba que era necesario:

—El problema es este: ¿podemos resignarnos a aceptar el comunismo en los Balcanes y posiblemente en Italia? Creo que debemos ofrecer resistencia a la penetración e intervención comunista... Debemos darnos cuenta de una manera clara de las ventajas que obtendrían las democracias occidentales si sus ejércitos ocupasen Budapest y Viena, y liberasen Praga y Varsovia...

Los norteamericanos razonables y sobrios comprendían que los intentos de Churchill por dirigir el golpe principal contra Hitler, no en Francia, sino en los Balcanes, eran sumamente egoístas. Se percataban de que el triunfo del punto de vista de Churchill convertiría a Gran Bretaña en fuerza predominante en el Mediterráneo. De hecho Gran Bretaña resultaría dueña de África, el oriente árabe, Italia, Yugoslavia y Grecia. El balance de fuerzas evidentemente no estaría así a favor de los Estados Unidos, y el desembarco fue planeado en Francia.

En el invierno de 1944, Churchill anunció su estrategia a sus colaboradores más íntimos:

—En primer lugar, la Rusia soviética se ha convertido en una amenaza mortal para el mundo libre; en segundo lugar, hay que crear un nuevo frente contra su avance tempestuoso; tercero, este frente en Europa debe desplazarse lo más lejos posible hacia el Este; cuarto, el objetivo principal y verdadero de los Ejércitos ingleses y americanos es Berlín; quinto, la liberación de Checoslovaquia y la entrada de las tropas americanas en Praga tiene una gran importancia; sexto, Viena, y en esencia toda Austria, debe ser controlada por las potencias occidentales...

Político cauteloso y valiente, Churchill, sin embargo, se daba cuenta de que no era posible entrar en contacto con ningún dirigente del partido de Hitler —aun en el caso de una rápida irrupción de los rusos en Europa—, porque si para él Rusia constituía una amenaza mortal, para los pueblos martirizados por el régimen hitleriano ella era el símbolo de la liberación. Tampoco podía ponerse en contacto con Berlín, pues era consciente de la ilimitada perfidia de los altos jefes de Hitler y de que la opinión pública mundial nunca justificaría el contacto de la democracia con los hitlerianos... Podía, en determinadas circunstancias críticas, entrar en contacto con los opositores del Führer para crear el único frente capaz de contener el salto de los rusos hacia la costa del Atlántico, que era lo que Churchill más temía. Sin embargo, después del aniquilamiento de los conspiradores en el verano de 1944, ya nada restaba de estas fuerzas en Alemania. Pero consideraba prudente cada «flirteo» con todos los que tratarían de llevar a cabo la capitulación de los ejércitos de la Wehrmacht en el Occidente, si bien le parecía muy improbable —debido a la sólida posición de Roosevelt y al estado de opinión prorrusa en todo el mundo— llevar a cabo una política más dura con respecto a Stalin, sobre todo en lo referido a los problemas de Polonia y Grecia.

Cuando los servicios secretos militares informaron a Churchill que los alemanes buscaban contactos con los aliados, expresó:

—A Gran Bretaña se la puede acusar de lenta, temeraria y de poseer un excesivo sentido del humor... No obstante, nadie puede acusarnos de perfidia y ruego a Dios que nunca nadie pueda hacerlo. Pero —agregó, y sus ojos se hicieron de acero, sólo en algún sitio, muy profundo, corrían las chispas de la risa—, siempre pedí delimitar de modo exacto el juego diplomático dirigido a fortalecer la amistad entre las naciones, y una perfidia directa y poco razonable. Solamente los asiáticos pueden considerar como perfidia un juego diplomático fino y complejo. No está de más subrayar que la regla misma del juego puede indicarnos en caso de necesidad: ¡Un paso al lado! Así hablan los niños y ellos son los políticos más honestos...

De esa forma dio a entender Churchill a los hombres del servicio secreto que los contactos con los alemanes eran posibles en una situación determinada, en determinadas

circunstancias y a condición de declarar que estos contactos eran un juego, un sondeo dirigido a la causa común de los aliados en su lucha contra la tiranía hitleriana.

—Ya que nuestros colegas norteamericanos —agregó— están informados en la misma medida o tal vez más, hay que darles el derecho a ser el primer violín en esta orquesta.

—Pero, en caso necesario, ¿puede el juego convertirse en un acto más serio?—preguntó el segundo jefe de la inteligencia.

—¿Usted cree que el juego no es una cosa seria? El juego es lo más serio que hay en el mundo. Todo lo demás es vanidad y no tiene importancia —contestó Churchill. Estaba acostado, todavía no se había levantado después de la siesta y su humor era benévolo y alegre—. La política, bajo la forma en que estamos acostumbrados a percibirla, está muerta. Para remplazar la política local de operaciones elegantes en tal o cual región del mundo ha llegado la política global. Ya no es la voluntad de una persona, no son aspiraciones egoístas de tal o cual grupo, es una ciencia, exacta como las matemáticas y peligrosa como la radiación experimental en medicina. A la política global se subordinarán los pintores y astrónomos, ascensoristas y matemáticos, reyes y genios —Churchill arregló la manta y agregó—: La unión en una frase del rey y del genio de ninguna manera está dirigida contra el rey; la oposición que se encierra en esta frase es casual y no persigue ningún objetivo. La política global supondrá alianzas tan inesperadas, virajes tan paradójicos en la estrategia, que mi invocación a Stalin el 22 de junio de 1941 parecerá la cumbre de la lógica y la coherencia. A propósito, mi invocación fue lógica, el problema de la coherencia era secundario. Lo principal son los intereses de la comunidad de las naciones, todo lo demás será perdonado por la Historia...

18-II-1945 (12 h 09 min) — **Buenos días, señora Kien — dijo el hombre inclinándose sobre la cabecera de la cama.**

—Buenos días —contestó Katy con voz apenas perceptible.

Aún le costaba un esfuerzo enorme hablar, tenía un ruido constante en la cabeza y cada movimiento le provocaba náuseas. Sólo se tranquilizaba después de dar el pecho al niño que dormía junto a ella. Cada vez que abría los ojos, antes de que todo comenzase a girar en su cabeza y cambiar de colores y de que la sofocante náusea avanzara hacia su garganta, veía a su niño y sentía una sensación desconocida hasta ahora. Una sensación extraña que no podía explicarse a sí misma. Todo se había confundido en ella: el miedo, la sensación de un vuelo, un orgullo vanidoso, inconsciente, y una gran calma inalcanzable para ella anteriormente.

—Quisiera hacerle varias preguntas, señora Kien —continuó el hombre—, ¿me oye usted?

—Sí.

—No la voy a molestar mucho...

—¿Quién es usted?

—De la compañía de seguros...

—A mi esposo... ¿le ha ocurrido algo?

—Trate de recordar. Cuando cayó la bomba, ¿dónde estaba él?

—En el cuarto de baño.

—¿Ustedes tenían briquetas?² Escasean tanto... En mi compañía pasamos mucho frío...

—Él compró... varias... casualmente...

—¿No está cansada usted?

—Él... ¿no existe ya?

—Le traigo una noticia triste, señora Kien. No existe ya... Ayudamos a todas las víctimas de estos terribles bombardeos. ¿Qué ayuda necesita usted mientras esté en el hospital? Por supuesto, su alimentación está asegurada, y la ropa estará lista para el momento de su salida, la de usted y la criatura... Qué encantadora... ¿es una niña?

—Es un varón.

—¿Grita mucho?

—No... Aún no he oído su voz.

De repente le intranquilizó el hecho de que ni una sola vez había oído al niño.

—¿Deben gritar mucho? —preguntó.

—Los míos gritaban horriblemente —dijo el hombre—. Me dolían los oídos a causa de sus gritos. Pero los míos nacieron flaquitos y este es un gigante. Los gigantes siempre son callados. Señora Kien, perdone, si no está muy cansada, quisiera preguntarle: ¿sus bienes estaban asegurados, en qué suma?

—No lo sé... De esto se ocupaba mi esposo...

—¿En qué sección se aseguraron ustedes? ¿Tampoco lo recuerda?

—Ceo que en la esquina de Kudamna y Kantstrasse.

—Bien, es la sección 27... Ahora es más sencillo solicitar los datos... Diga... ¿no se acuerda usted de la suma del seguro?

—Creo que eran unos diez mil marcos...

—Una suma grande...

El hombre lo anotó todo en su sobada libretucha; tosió de nuevo, se inclinó hacia Katy y en voz muy baja dijo: —Una madre joven no debe llorar ni agitarse... Créame, soy padre de tres hijos... Todo esto se reflejará en seguida en la barriguita del pequeño y oirá su voz... No tiene derecho a pensar sólo en usted. Lo ocurrido ha terminado para siempre. Ahora, ante todo, debe pensar en su criatura...

—Está bien —susurró Katy y tocó con sus dedos helados la mano tibia y húmeda del hombre—. Gracias...

—¿Dónde están sus familiares? Nuestra compañía los ayudará a venir. Nosotros pagamos el viaje y ofrecemos vivienda... Por supuesto, usted comprenderá que los hoteles están en parte destruidos y los demás se han entregado a los militares. Pero tenemos cuartos privados. Sus familiares no se enojarán con usted. ¿A dónde hay que escribir?

—Mis padres se quedaron en Königsberg —contestó Katy—. No sé qué ha sido de ellos.

—¿Y los padres de su esposo? ¿A quién debemos comunicar la desgracia?

—Viven en Suecia. Pero no sería correcto escribirles. El tío de mi esposo es un gran amigo de Alemania y nos ha pedido que no le escribamos... Las cartas se las hacíamos llegar ocasionalmente a través de la Embajada.

—¿No recuerda usted la dirección?

En ese momento comenzó a llorar el niño.

—Perdone —dijo Katy—, debo darle de comer al niño. Después le diré la dirección.

—No voy a molestarla más —dijo el hombre y salió de la habitación.

Katy lo observó salir y tragó lentamente, con un nudo en la garganta. La cabeza le dolía como antes de una forma sorda, pero no sentía náuseas. No tuvo tiempo para pensar en las preguntas del hombre. El niño comenzó a chupar el pecho y toda preocupación o alarma sobre el mundo exterior se borraron para ella. Sólo existía el niño chupando el pecho con avidez y moviendo rápidamente las manitas. Le quitó los pañales y lo contempló como era: grande, rojizo, con rollitos.

Después recordó de pronto que dos días antes había estado acostada en una gran sala acompañada por muchas mujeres y que les traían a todos los bebés al mismo tiempo y en la sala se oían chillidos que ella percibía como si provinieran de algún lugar remoto.

«¿Por qué estoy aquí sola? —pensó súbitamente Katy— ¿Dónde estoy?»

El hombre volvió a la media hora. Durante largo rato miró al niño dormido; después sacó varias fotos de la carpeta y las extendió sobre sus rodillas. Dijo: —Mientras anoto la dirección de su tío, observe, por favor, si aquí se encuentran sus cosas. Después del bombardeo se pudo recuperar una parte de lo que había en su casa. ¿Sabe? en su desgracia una sola maleta es ya una gran ayuda. Puede vender algo y comprarle al pequeño lo más necesario...

—Franz Paakenen, Gustav Georgplatz 25, Estocolmo.

—Gracias. ¿Se siente cansada?

—Un poco —contestó Katy, descubriendo entre las maletas y cajones colocados con esmero en la calle, al lado de las ruinas de su casa, la maleta grande que no se podía confundir con ninguna otra. En ella Erwin guardaba el transmisor.

—Observe con atención y me iré —dijo el hombre, alargándole la fotografía.

—Creo que no —contestó Katy—, estas no son nuestras maletas...

—Gracias, entonces este problema está resuelto —dijo el hombre, guardando cuidadosamente la fotografía en su portafolio. Después inclinó la cabeza y se puso de pie.

—Dentro de dos o tres días volveré a visitarla y le diré los resultados de mis gestiones... La comisión que cobraré, qué le vamos a hacer, estos son tiempos difíciles, es muy pequeña, no le causará problemas...

—Le estoy muy agradecida —contestó Katy.

El investigador de la sección local de la Gestapo que visitó a Katy, envió de inmediato la fotografía con las impresiones digitales de Katy para que fuesen analizadas. La fotografía había sido recubierta previamente en el laboratorio con una solución especial. Las huellas digitales en el transmisor montado en la maleta ya estaban listas. Se supo que en la maleta que contenía el transmisor había huellas de tres personas diferentes... El segundo papel fue enviado a la VI Sección de la Seguridad del Reich y en él se pedía informes sobre la vida y actividades del súbdito sueco Franz Paakenen...



²³ Briquetas de carbón para calentar el agua. N. del T.

8-II-1945 (12 h 17 min)

Eismann estuvo largo rato andando de un lado a otro de su despacho. Caminaba a pasos largos con las manos detrás de la espalda, sintiendo que le faltaba algo muy conocido y esencial. Esto le impedía concentrarse, lo apartaba de lo principal y, lo que para él constituía un tormento: ¿Por qué se había hecho sospechoso Stirlitz?

Al fin, cuando con esfuerzo agotador comenzaron a aullar las sirenas de la alarma aérea, Eismann lo comprendió: echaba en falta los bombardeos. La guerra se había convertido en una rutina, el silencio parecía cuajado de peligros y encerraba más miedos secretos que el bombardeo.

«Gracias a Dios —pensó Eismann cuando el gemido de la sirena desapareció en el silencio—. Ahora me puedo sentar y trabajar. Todo el mundo se irá y podré estar sentado y pensar y nadie vendrá con preguntas idiotas y suposiciones estúpidas...»

Se sentó a la mesa y comenzó a hojear el expediente del pastor Fritz Schlag, detenido en el verano de 1944 y sospechoso de actuar contra la seguridad del Estado. Dos denuncias precedían su detención: la de Barbara Krein y la de Robert Nitche. Ambos eran feligreses de su templo y señalaban en sus denuncias que el pastor Schlag predicaba en sus oficios la paz y hermandad con todos los pueblos, que censuraba la barbarie de la guerra y el irracional derramamiento de sangre. La verificación objetiva estableció que el pastor se había entrevistado varias veces con el ex canciller Brüning, quien se encontraba exiliado en Suiza, y mantenían buenas relaciones; pero el expediente no ofrecía ningún dato que indicase la existencia de una relación política entre el pastor y el canciller, a pesar de la investigación exhaustiva llevada a cabo en Alemania y Suiza...

Eismann no comprendía la razón por la cual el pastor Schlag estaba en el contraespionaje. ¿Por qué no había sido enviado a la Gestapo? ¿Por qué los hombres de Schellenberg se interesaban por él? Encontró la respuesta en un pequeño informe adjunto al expediente. En 1933 el pastor había viajado dos veces a Gran Bretaña y Suiza para participar en congresos de pacifistas.

«Se interesan por sus relaciones —comprendió Eismann—, quieren saber con quién se entrevistaba allí. Por eso lo enviaron a la inteligencia, por eso lo entregaron a Stirlitz. ¿Qué tiene que ver Stirlitz con todo esto? Le han encomendado una tarea y la ha cumplido...»

Eismann hojeó el expediente. Los interrogatorios eran cortos y secos. Quería encontrar algo que le permitiera ser más objetivo, que hiciera que sus conclusiones fueran fundamentadas y documentadas, pero prácticamente no había nada que encontrar. El interrogatorio había

sido llevado a cabo en un estilo diferente al estilo habitual de Stirlitz: ninguna brillantez, sólo mera rutina y rigidez.

Eismann telefoneó a un archivo especial. Durante largo rato nadie respondió al teléfono.

«Seguramente todos se han ido al refugio», pensó y decidió colgar el auricular, pero precisamente en ese instante alguien descolgó.

—Eismann de la IV Sección. Buenas tardes. Por favor, dígame si en su archivo aparece la grabación del interrogatorio del pastor Schlag realizada por el Standartenführer Stirlitz el 29 de setiembre de 1944.

«—Quiero advertirle que usted está detenido; está en las manos de la justicia del nacionalsocialismo, llamado a castigar a los culpables y defender al pueblo del mal; la salida de aquí a la vida normal es prácticamente imposible. Tampoco será posible una vida normal para sus familiares. Rectifico: todo es posible, pero con una condición: primero, usted, reconociendo su culpa, deberá desenmascarar a los demás servidores de la Iglesia que no son fieles a nuestro Estado, y segundo, nos ayudará en nuestro trabajo futuro. ¿Acepta mis propuestas?

»—Debo pensarlo.

»—¿Cuánto tiempo necesita para pensarlo?

»—¿Cuánto tiempo necesita un hombre para prepararse a morir?

»—Le propongo que vuelva sobre mi propuesta. Usted dice que, de todas formas, es un hombre perdido. ¿Acaso no es un patriota alemán?

»—Lo soy. Pero ¿qué se debe entender por “patriota alemán”?

»—La fidelidad a nuestra ideología.

»—La ideología no hace a un país.

»—El nuestro vive de la ideología del Führer. ¿Acaso no es su deber, deber de guía espiritual, estar con el pueblo que profesa nuestra ideología?

»—Si pudiera discutir con usted en igualdad de condiciones, sabría qué contestarle.

»—Le invito a una discusión de igual a igual.

»—Estar con el pueblo es una cosa, pero encontrarse en una situación y sentir que uno actúa justamente y de acuerdo a la fe es otra. Estos dos factores pueden o no coincidir. Pero usted me propone una salida que no se corresponde con mis convicciones. Usted quiere utilizarme y hacerme firmar una declaración. Sin embargo, usted hace la proposición como si se dirigiera a un ser humano. ¿Por qué entonces habla conmigo como con un ser humano si me propone ser un simple instrumento? Debe decirme: te matamos o firmas este papel. Hacia dónde va Alemania o en qué lenguaje habla, tiene poca importancia para mí: en esencia, ya soy un cadáver.

»—Se equivoca. No es así por las siguientes razones: no le pido que firme ningún papel. Supongamos que retire mi propuesta de que haga una declaración en la Prensa y la Radio hablando en contra de sus hermanos de religión opuestos a nuestro régimen. Primero, le pediría que llegase a mi verdad del nacionalsocialismo y, después, si ve la posibilidad de estar de acuerdo con esta verdad, que nos ayude en la medida en que creyese usted en ella.

»—Si este es un planteamiento, trate de convencerme de que el nacionalsocialismo le ofrece al hombre más que cualquier otro régimen.

»—Estoy dispuesto a hacerlo. No obstante, tome en consideración que el nacionalsocialismo es nuestro Estado, un Estado guiado por las grandiosas ideas del Führer, mientras que ustedes, los hombres de la fe, no le proponen ninguna alternativa a este Estado. Sólo proponen la perfección moral.

»—Exactamente.

»—Pero no sólo de perfección moral vive el hombre, como tampoco vive sólo de pan. Queremos el bien para nuestro pueblo. Considerémoslo el primer paso en el camino que llevaría al perfeccionamiento moral ulterior de nuestra nación.

»—Bien, en este caso sólo le preguntaré si cree usted que los campos de concentración o los interrogatorios que me hicieron a mí, un clérigo, son la consecuencia inevitable de su sistema estatal.

»—Sin duda alguna, porque lo estamos protegiendo del odio de nuestra nación, la cual si supiera que usted es un enemigo del Führer, un enemigo de nuestra ideología, lo habría aniquilado físicamente.

»—Pero, ¿dónde está la causa y dónde el efecto? ¿De dónde procede el odio de la nación? y si este odio es el rasgo necesario del régimen que usted defiende, ¿desde cuándo el odio se ha convertido en un factor positivo e independiente? No es el odio, es la reacción al mal. Si lo fundamental es el odio, si el odio es para usted la causa y todo lo demás es efecto, en una

palabra, si usted considera el mal como causa, ¿por qué quiere convencerme de que el mal es el bien?

»—No, “el mal” lo ha dicho usted, yo dije: “el odio del pueblo”. El odio del pueblo que por primera vez, muchos años después del humillante tratado de Versalles, después de la tiranía de los banqueros judíos y los tenderos, obtuvo la posibilidad de una vida tranquila. El pueblo se encoleriza cuando alguien, aunque sea un clérigo, trata de dudar de los triunfos que ha conquistado nuestro partido guiado por el gran Führer.

»—Muy bien... ¿Vivir tranquilo y hacer la guerra es lo mismo?

»—Sólo hacemos la guerra para asegurarnos el espacio vital.

»—¿Y mantener a un cuarto de la población en los campos de concentración es el bien o la vida armoniosa por la que debo sacrificarme?

»—Se equivoca. En nuestros campos de concentración que, a propósito, no son instrumentos de destrucción (veo que usted utiliza la información enemiga), no está la cuarta parte del país. Además, en las puertas de cada uno de nuestros campos de concentración está escrito: “El trabajo hace libre”. En los campos de concentración educamos a las ovejas descarriadas, pero, naturalmente, los que no cometieron errores, pero eran nuestros enemigos, debían ser aniquilados.

»—Entonces, ¿ustedes deciden quién es culpable ante ustedes y quién no lo es?

»—Sin duda alguna.

»—Entonces, ¿ustedes saben de antemano qué es lo que quiere un hombre determinado y dónde se equivoca y dónde no se equivoca?

»—Sabemos lo que quiere el pueblo.

»—El pueblo. ¿Y de qué está compuesto el pueblo?

»—De gente.

»— ¿Y cómo sabe lo que quiere el pueblo sin saber lo que quiere cada uno en particular? ¿O es que usted sabe de antemano lo que quiere cada uno, dictándolo, ordenándolo? Eso es una quimera.

»—Se equivoca. El pueblo desea comer bien...

»—¿Y la guerra para lograrlo?

»—Espere. Desea buena comida, buena casa, automóvil, una familia feliz y la guerra por conquistar esta felicidad. ¡Sí, la guerra!

»—¿Quiere también que los descontentos se encuentren en los campos? Si una cosa es inevitablemente consecuencia de la otra, quiere decir que hay algo incorrecto en su felicidad, porque la felicidad que se logra por este camino, ya no puede ser, desde mi punto de vista, una felicidad genuina. Tal vez yo vea las cosas de un modo diferente al suyo. Seguramente, desde su punto de vista, el fin justifica los medios. Eso mismo predicaban los jesuitas.

»—Veo que usted, como pastor, no somete a revisión el desarrollo total del cristianismo. ¿O se permite condenar al ostracismo a ciertos períodos en el desarrollo de la doctrina cristiana, particularmente la inquisición?

»—Claro que en la historia del cristianismo existió la inquisición y, desde mi punto de vista, el ocaso de la nación española se debió a que los españoles sustituyeron el fin por el medio. La inquisición, que al principio fue establecida como un medio para purificar la fe, se fue convirtiendo paulatinamente en un fin en sí mismo. Es decir, que la misma purificación, el mismo acto de fe, la misma crueldad, la misma persecución de los inconformes, que al principio se planteaban como purificación a través de la fe, poco a poco acabaron planteando el mal como único fin en sí mismo.

»—Comprendo; pero, dígame, ¿no ocurrió a menudo en la historia del cristianismo que los inconformes eran aniquilados por la iglesia en nombre de que, por supuesto, los demás feligreses viviesen en paz?

»—Cierto. Se aniquilaba, como norma, a los herejes. Todas las herejías en la historia del cristianismo son rebeliones basadas en un interés material. Todas las herejías en el cristianismo predicán la idea de la desigualdad, en tanto que Cristo predicaba la idea de la igualdad. La mayoría aplastante de las herejías en la historia del cristianismo se basaba en que el rico no era igual al pobre, en que el pobre debía aniquilar al rico o convertirse en un rico y ocupar su lugar, mientras que la idea de Cristo era que no había diferencias entre uno y otro hombre y que la riqueza era tan transitoria como la pobreza. Mientras Cristo trataba de apaciguar a los hombres, todas las herejías invocaban la sangre. Por cierto, que la idea del mal es siempre característica de las doctrinas herejes y la iglesia luchaba con violencia contra las herejías para que no se instaurara la violencia, para que no se introdujera en el código moral del cristianismo.

»—Correcto. Pero cuando la iglesia atacaba la herejía, que suponía una violencia, ¿no estaba también admitiendo la violencia?

»—La admitía, pero no hacía de ella un objetivo, no la justificaba.

»—La violencia contra la herejía se practicó entre ocho y nueve siglos, ¿no es así? Entonces, durante ochocientos o novecientos años la violencia fue utilizada para desarraigar la violencia. Nosotros llegamos al poder en 1933. ¿Qué es lo que quiere de nosotros? En once años hemos acabado con el desempleo, en once años hemos dado de comer a todos los alemanes, pero eso sí, con la violencia dirigida contra los inconformes. Usted lucha contra nosotros de palabra; pero si usted es un adversario tan convencido de nuestro régimen, ¿no sería más lógico que se apoyase en lo material y no en lo espiritual? Podría tratar de organizar algún grupo antiestatal entre sus feligreses y luchar contra nosotros. Con volantes, sabotajes, ataques armados contra determinados representantes del poder...

»—No, nunca tomaría ese camino por la sencilla razón... no porque tema a algo en particular... Simplemente porque ese camino me parece por principio inadmisibles; si comienzo a utilizar contra ustedes sus mismos métodos, involuntariamente me parecería a ustedes.

»—Y si un joven de entre sus feligreses se le acercara y le dijera: “Padre, no estoy de acuerdo con el régimen y quiero luchar contra él”.

»—No lo impediría.

»Y si le dijera: “Quiero matar a un Gauleiter”. Y el Gauleiter tiene tres hijas: una de dos años, otra de cinco años y otra de nueve años. Y una esposa que tiene paralizadas las piernas. ¿Cómo actuaría usted?

»—No lo sé.

»—Si yo le pidiese información sobre este joven, ¿no me diría usted nada? ¿No salvaría la vida de tres niñas pequeñas y de una mujer enferma? ¿O me ayudaría usted a mí?

»—No le diría nada, porque al salvar la vida de unos, podría acabar inevitablemente con la vida de otros. Cuando se desarrolla una lucha tan inhumana, cada paso activo sólo puede conducir a un nuevo derramamiento de sangre. El único camino de un clérigo en ese caso es alejarse de la crueldad, no estar del lado del verdugo. Por desgracia, este camino es pasivo, pero en este caso cada camino activo conduciría a nuevos derramamientos de sangre.

»—Estoy seguro de que si le aplicásemos un interrogatorio de tercer grado, lo que sería atormentador y doloroso, usted nos diría de cualquier modo el apellido de ese joven.

«—¿Usted quiere decir que si me convierten en un animal enloquecido por el dolor, haré lo que ustedes quieran? Es posible que lo haga. Pero ya no sería yo. En ese caso, ¿para qué

necesita usted hablar conmigo? Aplíqueme todo lo que quiera, utilíceme como un animal o como una máquina...

»—Dígame, si se acercaran a usted algunas personas, enemigos malvados y locos, y le pidiesen que fuera al extranjero, a Gran Bretaña, Rusia, Suecia o Suiza y se convirtiese en un intermediario y llevara una carta, ¿le parecería realizable esta petición?

»—El ser intermediario es un estado natural para mí.

»—¿Por qué?

»—Porque mediar entre los hombres en sus relaciones con Dios es mi deber. La relación entre el hombre y su Dios es necesaria para que el hombre se sienta como tal, en el pleno sentido de la palabra. Yo no diferencio la relación entre el hombre y Dios de la comunicación entre un hombre y otro. En principio es lo mismo: es la unidad. Por eso, cualquier mediación entre los hombres es natural para mí. La única condición que establezco es que esta mediación conduzca al bien y se realice por medios nobles.

»—¿Incluso si la mediación acarrea un mal para nuestro Estado?

»—Me obliga usted a decirle lugares comunes. Usted sabe perfectamente que un Estado que se base en la violencia, yo, como clérigo, no puedo admitirlo. Naturalmente, quisiera que los hombres viviesen de un modo diferente al que viven. ¡Pero si supiera cómo lograrlo! Quisiera que los hombres que hoy constituyen el Estado nacionalsocialista conservaran la vida y formasen otra entidad. No quisiera matar a nadie.

»—Para mí, la traición es terrible, pero aún más terrible la observación indiferente y pasiva ante la traición y el asesinato.

»—En este caso, sólo puede haber un modo de participación: intentar hacer que cese el asesinato.

»—Esto no depende de usted.

»—No depende. ¿A qué llama usted una traición?

»—La pasividad es una traición,

»—No, todavía la pasividad no constituye una traición.

»—Es más terrible aún que la traición...»

Eismann sentía que el edificio había empezado a sacudirse. «Es posible que estén bombardeando muy cerca —pensó—. O están lanzando hoy bombas muy potentes... Una conversación muy extraña... Muy interesante, pero de un tono muy extraño...»

Llamó al oficial de guardia, que entró sudando, pálido y lívido.

—¿Esta grabación es oficial o de control? —le preguntó Eismann.

—Voy a verificarlo ahora mismo —contestó el hombre en voz baja.

—¿Están bombardeando cerca?

—Nos han roto las ventanas...

—¿No puede marcharse al refugio?

—No —contestó el oficial—. Las instrucciones lo prohíben.

Eismann quería continuar escuchando el resto del interrogatorio, pero el oficial de guardia le informó que Stirlitz no había grabado nada. Era una grabación que siempre se hacía de acuerdo con las solicitudes del contraespionaje: así debía controlarse a los funcionarios del aparato central...

—Bombas de una tonelada, por lo menos —dijo Schellenberg.

—Sin duda —convino Stirlitz.

Sentía un fuerte deseo de salir del despacho y quemar inmediatamente el papel que estaba en su carpeta: el informe sobre las negociaciones de los «traidores del SD» con Occidente. «Esta astucia de Schellenberg —pensaba Stirlitz— no es tan sencilla como parece. Por lo visto, desde el principio le interesaba el pastor como una cobertura para el futuro. Es muy sintomático que lo necesite precisamente ahora. Sin el consentimiento de Himmler no lo haría». Pero Stirlitz sabía que sin mostrar ninguna prisa, bromeando, debía ponerse de acuerdo con Schellenberg sobre todos los detalles de la operación planeada. Mientras mayor calma mostrase en estos momentos, más factible sería el éxito de su causa...

—Creo que ya se están alejando —dijo Schellenberg, prestando atención—. ¿O no?

—Se van a recoger una nueva reserva de bombas...

—No, estos van a divertirse ahora en las bases... Tienen suficientes aviones para bombardearnos sin parar... De modo que usted cree que el pastor volvería, si tomásemos como rehenes a su hermana con los hijos...

—Sin duda.

—¿Y callará cuando lo interrogue Müller acerca de si fue precisamente usted el que le pidió que viajara en busca de contactos?

—No estoy convencido. Depende de que sea él o no quien lo interrogue...

—Sería mejor que usted se quedara con las cintas magnetofónicas de sus conversaciones, y él... digamos, pudiera exhalar el último suspiro durante un bombardeo.

—Lo pensaré.

—¿En qué tiempo?

—Permítame analizar esta idea en todos sus aspectos...

—¿Pero analizarla en cuánto tiempo?

—Trataré de proponer algo esta tarde.

—Bien —dijo Schellenberg—. Ya se fueron... ¿Quiere café?

— ¡Cómo no! pero cuando finalice el asunto.

—Bien. Estoy contento de que lo haya comprendido todo tan exactamente, Stirlitz. Será una buena lección para Müller. Comenzaba a ponerse grosero. Haremos su trabajo y le tomaremos la delantera... Ayudaremos mucho al *Reichsführer*.

—¿El *Reichsführer* no sabe nada?

—No... digamos así, no... ¿Está claro? En general, es muy agradable trabajar con usted...

—Para mí también.

—¿Por qué está tan molesto?

—No estoy molesto —rezongó Stirlitz—. Cuando me siento molesto, soy mucho más tétrico. Simplemente, estoy pensando.

Schellenberg acompañó al *Standartenführer* hasta la puerta y, apretándole la mano, le dijo:

—Si todo va bien, podría irse a las montañas cinco días. Ahora es maravilloso esquiar. La nieve es azul y la piel se pone bronceada... Dios mío, qué maravilloso, ¿no? Ya hemos olvidado tantas cosas...

—Nos hemos olvidado de nosotros mismos —contestó Stirlitz—, como un abrigo en el ropero después de una gran borrachera de pascua.

—Sí, sí —suspiró Schellenberg—, como un abrigo en el ropero... ¿Hace tiempo que no escribe poesías?

—No lo he intentado nunca.

Schellenberg lo amenazó con el dedo:

—Las pequeñas mentiras engendran una gran desconfianza, Stirlitz...

—Lo juro —sonrió Stirlitz—, he escrito de todo menos versos: la rima me produce alergia...

18-II-1945 (13 h 53 min)

Después de haber quemado su carta a Himmler, Stirlitz salió del edificio en Prinz-Albrechtstrasse y se encaminó lentamente hacia el Spree. La acera estaba ya limpia, aunque durante la noche se habían acumulado montones de ladrillos rotos. Ahora bombardeaban cada noche dos y hasta tres veces.

«He estado al borde del fracaso —pensó Stirlitz—. Cuando Schellenberg me encomendó al pastor Schlag, lo que le interesaba era el ex canciller Brüning que vive en la emigración en Suiza. Nada más. Le preocupaban las relaciones del pastor; por esta razón, Schellenberg había liberado tan fácilmente al viejo cuando le dije que estaba dispuesto a colaborar con nosotros. Veía más lejos que yo. Contaba con el pastor como la figura de mediación en su juego serio. Es ridículo: ¿cómo puede entrar el pastor en la operación de Wolff? ¿Qué significa esta operación? ¿A quién beneficia? ¿Por qué puso Schellenberg la radio mientras hablaba sobre el viaje de Wolff a Suiza? Si teme decirlo en voz alta es que se planea algún juego en grande y que el *Obergruppenführer* Karl Wolff está revestido de plenos poderes con el mismo rango de Ribbentrop o Fegelein en la SS. Schellenberg no podía ocultar lo de Wolff. Pude preguntarle. ¿Es que se puede preparar una operación a ciegas? ¿Será posible que el Occidente quiera sentarse con Himmler en una mesa de negociaciones? Himmler tiene fuerzas que lo siguen, ellos lo saben, y no tiene ningún sentido entablar negociaciones con los que carecen de fuerza. Sería increíble que se sentaran a la misma mesa... Bueno... El pastor será un anzuelo, una cobertura, un conejillo de Indias. Eso es lo que han pensado ellos. Pero tal vez no hayan tomado en cuenta las sólidas relaciones que tiene Schlag allí. De modo que debo instruir al viejo para que utilice su influencia contra los mismos que, con mi ayuda, lo enviarán allí. Mi propósito era utilizarlo como canal de comunicaciones de reserva, pero, por lo visto, debe desempeñar un papel más importante. No deberá comenzar a establecer contactos en Suiza. Si le doy mi presentación y no la misión de Schellenberg, se le acercarán los del Vaticano, los ingleses y los norteamericanos. Está claro. Debo prepararle una presentación que despierte gran interés hacia él, un interés diferente del que suscitan los demás alemanes que han llegado allí o sólo planean llegar. Veremos quién es más fuerte. De todos modos, ahora lo que importa, en primer lugar, es una presentación para él, y en segundo lugar, los nombres de los que aquí se oponen a Hitler y a Himmler, a quienes él debe representar.

Información para un análisis (Bormann)

Nadie sabía nada sobre este hombre. Aparecía poco en los noticieros y menos todavía en las fotografías al lado del Führer. De mediana estatura, cabeza redonda, con una cicatriz en la mejilla como la de un estudiante de antaño, trataba de ocultarse detrás de las espaldas de sus acompañantes cuando los fotógrafos hacían clic con sus cámaras.

Se decía que en 1924 había estado catorce meses en la cárcel por un asesinato político, que posteriormente había sido indultado o que se había fugado de la cárcel y pasado a la clandestinidad. Nadie lo sabía con exactitud. Nadie lo conocía hasta el día en que Hess voló a Inglaterra. Himmler recibió orden del Führer de poner fin a «este maldito burdel». El Führer se refirió de este modo a la oficina del partido, de la cual era jefe Hess, el único de sus miembros que llamaba al Führer por su nombre y le decía «tú». En una noche los hombres de Himmler llevaron a cabo más de setecientas detenciones. Una parte de los detenidos fue dejada en libertad más tarde, la otra fue recluida en los campos de concentración por largo tiempo. Entre ellos estaban los colaboradores más cercanos de Hess, pero el ayudante principal del jefe de la oficina del partido, su primer suplente Martin Bormann, no fue tocado. Aún más, resultó ser el hombre que hasta cierto punto dirigía el brazo de Himmler: salvaba de la detención a la gente indicada y enviaba a los otros a los campos de concentración.

Al convertirse en sucesor de Hess, nada cambió en él. Seguía callado como siempre, andaba con una libreta de notas en el bolsillo para apuntar todo cuanto decía Hitler, y continuaba viviendo modestamente, lejos de las miradas extrañas. Era como siempre especialmente respetuoso con Goering, Himmler y Goebbels, pero, poco a poco, en uno o dos años supo hacerse tan necesario al Führer que éste, bromeando, lo llamaba «mi sombra». Supo organizar el trabajo de tal modo que si Hitler se interesaba por algún problema antes de sentarse a almorzar, ya a la hora del café, Bormann le tenía preparada la respuesta. Todo era hecho además con calma, sin molestar y sin ningún efecto exterior. Cuando un día en Berchtesgaden el Führer fue aplaudido y todo se convirtió en una manifestación inesperada, aunque no por eso menos grandiosa, Bormann advirtió que Hitler estaba parado a pleno sol. Al día siguiente, en el mismo lugar, Hitler vio un roble: Bormann había organizado en una noche el trasplante del enorme árbol... Hitler regañó a Bormann, pero en el fondo de su alma le agradaban estas atenciones de su ayudante. Bormann le preparaba todas sus cartas y revisaba todos los materiales que debían colocarse en el escritorio del Führer. En una ocasión en que Goebbels envió a Hitler el álbum que glorificaba el valor de los aviadores, Bormann se lo devolvió con la siguiente nota: «¿Vale la pena poner nervioso al Führer con esa burda propaganda?»

Bormann sabía que Hitler nunca preparaba sus discursos de antemano. El Führer confiaba siempre en la inspiración y, habitualmente, le salían bien las improvisaciones. Pero

Bormann, sobre todo durante los encuentros con estadistas extranjeros, no olvidaba esbozarle al Führer varias tesis sobre las que se debía, desde su punto de vista, concentrar la mayor atención. Realizaba con mucho tacto este trabajo invisible, pero de suma importancia y a Hitler no se le ocurrió ni una sola vez que otro le había escrito sus discursos importantes. Consideraba el trabajo de Bormann como el de un secretario, imprescindible y oportuno. Una vez que Bormann se enfermó, Hitler sintió al segundo día que todo se le iba de las manos y le mandó a su médico personal.

Con respeto, sin ocasionar molestias, Bormann sabía averiguar quién acudía a visitar al Führer y con qué problema, y también sabía qué, a quién y cómo aconsejar la conducta conveniente durante la audiencia. Organizaba a los visitantes de modo que sus opiniones coincidiesen con la del Führer.

A quienes se permitían discutir con el Führer, defendiendo sus propios puntos de vista diferentes a los comúnmente aceptados, Bormann trataba de que nunca más pudiesen acercarse al Führer.

Era tartamudo, pero sabía escribir perfectamente los papeles necesarios; era inteligente, pero sabía ocultar su inteligencia bajo la máscara de una ingenuidad tosca y directa; tenía el poder completo, pero sabía comportarse como un simple mortal que «debería ser aconsejado» antes de tomar una decisión importante...

Precisamente a este hombre, a Martin Bormann, en un correo secreto del SD con instrucciones de «abrir personalmente», había llegado la siguiente carta:

«Parteigenosse Bormann:

»En su secretariado actúan hombres del SD, desconozco sus apellidos, pero si usted me lo encargara personalmente, podría averiguarlo. No estoy seguro de que esta carta llegue a sus manos; pero si llega, quiero comunicarle a usted un asunto de importancia estatal. A espaldas del Führer, algunas personas que conozco han comenzado un juego con representantes de las podridas democracias occidentales en Suecia y Suiza. Esto se hace mientras se desarrolla la guerra total, se hace en los días en que se decide el futuro del mundo en los campos de batalla. Pudiera informarle todo cuanto se refiere a estas negociaciones traicioneras. Necesito garantías, porque si esta carta cayera en manos del SD, me liquidarían inmediatamente. Por esta razón no firmo. Le ruego que si mi información le ha parecido importante, acuda mañana al "Hotel Neues Tor", frente al Museo de Historia Natural, a las 13,00.

»Un miembro del NSDAP fiel al Führer».

Bormann permaneció sentado largo rato con la carta en la mano. Varias veces estuvo a punto de tomar el teléfono para llamar a Müller, el jefe de la Gestapo. Müller estaba en

deuda con él y sabía cómo y por qué. Este viejo sabueso, a comienzos de los años treinta, había atacado dos veces a la organización del partido nacionalsocialista en Baviera y comenzó a servirlo cuando se convirtió en el partido estatal de Alemania. Hasta 1939, Müller estuvo fuera del partido: los colegas del servicio de seguridad no pudieron perdonarle su celo en los tiempos de la República de Weimar. Bormann, precisamente Bormann —Müller lo sabía perfectamente—, lo había ayudado a entrar en las filas del partido, responsabilizándose por él personalmente ante el Führer. Pero Bormann nunca permitió que Müller se le acercase demasiado. En el fondo no confiaba mucho en la gente de la SS. Todos ellos, de una manera u otra, trabajaban para Himmler. Analizaba a Müller sopesando sus propias tácticas para atraerlo, es decir, llegar hasta el final, informándole incluso sobre lo más sagrado. De otra forma el juego no valdría un comino.

«¿Qué significa todo esto? —pensó Bormann por enésima vez examinando la carta—. ¿Una provocación? No puede ser. ¿La ha escrito un enfermo mental? Tampoco, se parece tanto a la verdad... ¿Y si trabaja en la Gestapo y está Müller también en este juego? Las ratas huyen del barco que naufraga. Todo es posible... En cualquier caso, puede resultar una carta de triunfo contra Himmler. Entonces, sin tener que preocuparme por este canalla, podría transferir tranquilamente todos los fondos del partido a los Bancos de países neutrales a nombre de mi gente y no de la suya...»

Bormann reflexionó largo rato sobre esta carta, pero no lograba llegar a ninguna conclusión definitiva.

Eismann volvió a poner en marcha la grabadora. Fumaba sin prisa, escuchando con atención la voz un poco apagada de Stirlitz.

«—¿Por qué no realiza usted acciones violentas contra nosotros? Respóndame con toda sinceridad. Le prometo que nuestra conversación no irá más allá de los límites de este despacho.

»—Tal vez porque yo personalmente siempre he tratado de evitar la violencia. Pero a cada hombre le llega el momento en que ya no puede aguantar más. Si usted me amenaza con la muerte, me obliga a responderle. Pero incluso aunque haga el mal, no quiero llamarlo el bien. La diferencia entre nosotros está en que usted hace el mal y lo llama el bien y yo, si hago el mal como respuesta, lo hago consciente de que estoy haciendo el mal.

»—Dígame, ¿no ha sentido miedo durante estos dos meses que ha pasado en nuestra cárcel?

»—He sentido miedo en cada uno de estos once años en que han estado ustedes en el poder.

»—Eso es demagogia. ¿Tuvo miedo durante el tiempo que pasó en la celda, en la cárcel?

»—Por supuesto.

»—Por supuesto. ¿Y le gustaría entrar allí de nuevo, si por ejemplo, lo hubiéramos soltado?

»—No. No quisiera tener que ver nada con ustedes.

»—Muy bien. ¿Pero si le pongo como alternativa a su liberación que mantenga buenas relaciones conmigo, netamente humanas?

»—Naturalmente. Las relaciones buenas y humanas con usted serán para mí una manifestación natural de mi opinión sobre los hombres, simplemente. En la medida en que se acerque a mí como un hombre y no como funcionario del partido nacionalsocialista, usted será un amigo para mí.

»—Pero me acercaría a usted como un hombre que le ha salvado la vida.

»—Por supuesto.

»—Usted lo recordará.

»—Naturalmente.

»—Está de más decir que no obtendrá una parroquia. Vivirá alejado del mundo. ¿Puede prometerme que no comenzará a predicar?

»—¿Cómo puedo oponerme a sus exigencias?

»—Tendrá que agradecerme su liberación si es que puedo lograrla.

»—¿Me ayuda usted como a un ser humano, de acuerdo con su criterio personal y libre, o tiene algún plan en relación conmigo?

»—Tengo un plan para usted.

»—En ese caso, debo saber si el objetivo que persigue es bueno; en caso contrario me sería difícil contestarle positivamente.

»—Considere que mis objetivos son sobradamente honestos.

»—¿Qué quiere de mí?

»—Tengo amigos en el aparato estatal. Científicos, funcionarios del partido, militares, periodistas, mucha gente. Quisiera que usted, en el supuesto caso de que yo lograra convencer a nuestros jefes de liberarlo, claro, conversara con todos ellos. No le pediré informes sobre esas conversaciones. Claro que no respondo si en el cuarto contiguo se colocasen micrófonos, pero usted podría irse al bosque y conversar allí. Lo único que me interesa es conocer después su opinión sobre la medida de mal o bien que, desde su punto de vista, encuentre en estos hombres. ¿Puede usted hacerme este favor de amigo?

»—Sí... Sí, por supuesto... Pero debo hacerle varias preguntas sobre por qué me hace este tipo de propuestas.

»—Pregunte.

»—O confía demasiado en mí y me pide apoyo en algo en que no puede pedir apoyo a nadie, o me provoca. Si me provoca, nuestra conversación ha entrado en un círculo vicioso.

»—¿Qué quiere decir?

»—Que otra vez dejaríamos de hablar un lenguaje común. Vuelve usted a ser un funcionario y yo un hombre que ha escogido el camino más accesible para no llegar a convertirse en funcionario.

»—¿Cómo puedo convencerlo de que no lo estoy provocando?

»—Solamente mirándome a los ojos.

»—Considere que usted y yo nos hemos intercambiado cartas credenciales».

—Quiero un informe sobre la conducta del pastor en la cárcel —ordenó Eismann al terminar de escuchar la cinta—. Todo sobre su carácter, contactos, conversaciones con los presos, preferencias... En una palabra, el máximo de detalles

El informe le fue entregado una hora más tarde. Resultó ser sumamente inesperado. En enero de 1945 el pastor Schlag había sido liberado de la cárcel. No era posible inferir de su expediente si había aceptado trabajar para el SD o si su liberación se había debido a otras causas incomprensibles. Sólo constaba la orden verbal de Schellenberg: liberar a Schlag y ponerlo bajo la supervisión de Stirlitz. Eso era todo. No había nada más. Eismann se levantó y comenzó a pasearse por el despacho. Estaba inquieto y una sensación extraña crecía en él, la sensación de su insignificancia y su debilidad.

Media hora más tarde le trajeron el último documento: después de su salida de la cárcel, con el pastor Schlag trabajaba el agente especial de la VI Sección, Klaus.

—¿Dónde están sus materiales? —preguntó Eismann.

—Mantén relaciones directas con el *Standartenführer* Stirlitz.

—¿Cómo? ¿No quedaron grabaciones?

—No —le respondieron del archivo—. En interés de la operación no se hicieron grabaciones...

—Encuéntrenme a ese agente —ordenó Eismann—. Pero de modo que lo sepan sólo tres personas: usted, yo y él...

Kaltenbrunner llamó a Müller y le pidió que le enviara a Praga, al general de la SS Krüger, la orden secreta del Führer.

—Si no, fracasará en Praga lo mismo que en Cracovia. Lea también usted este documento que es la muestra del valor y el genio de Hitler.

«Orden del Führer.

»Asunto: Destrucción de los objetivos en el territorio de Alemania.

»La lucha por la existencia de nuestro pueblo obliga a utilizar también en el territorio de Alemania todos los medios que puedan debilitar el potencial militar del enemigo y demorar su avance. Es necesario aprovechar todas las posibilidades para, directa o indirectamente, causar las máximas pérdidas a las fuerzas enemigas. Sería erróneo suponer que después que reconquistemos los territorios perdidos, puedan unirse nuevamente las vías de comunicaciones no destruidas antes de la retirada o que estuvieran temporalmente fuera de servicio, empresas industriales y servicios comunales. A su retirada, el enemigo sólo nos dejará la tierra arrasada sin tener en cuenta las necesidades de nuestra población.

»Por esta razón ordeno:

»1. Que todas las vías de comunicaciones que se encuentren en territorio de Alemania, empresas industriales y servicios comunales, así como las reservas de materiales que el enemigo pudiera utilizar de cualquier forma, se destruyan inmediatamente o después de transcurrido el tiempo prudencial.

»2. Que hagan responsables de la destrucción a las comandancias militares de todos los objetivos militares (incluyendo las instalaciones en carreteras y los medios de comunicaciones) los *Gauleiters* y comisarios estatales de la defensa, de todas las empresas industriales, servicios comunales y reservas de materiales de cualquier tipo. Las tropas

deben prestar la ayuda necesaria a los *Gauleiters* y comisarios estatales de la defensa para que se cumplan las tareas planteadas.

»3. Esta orden debe comunicarse de inmediato a todos los jefes. Todas las órdenes que contradigan esta orden dada carecen de validez.

»Hitler».

Stirlitz conducía lentamente hacia el lugar donde debía encontrarse con Bormann; tenía muchas esperanzas de que este encuentro se realizase, ya que el cebo en el anzuelo era tentador. Dobló varias veces por las mismas calles al acecho de que alguien pudiera seguirlo. Era una precaución que tomaba maquinalmente; nada en los últimos días le había parecido sospechoso. Ni una sola vez despertó en medio de la noche, como solía ocurrirle antes cuando en las yemas de los dedos, en el pelo, en todo su ser presentía el peligro. Entonces permanecía largo rato acostado con los ojos abiertos, sin encender la luz, analizando minuciosamente cada minuto, cada palabra dicha a cualquiera, incluso al lechero o a un vecino casual en el vagón del Metro: hubieran podido vigilar al lechero y al vecino, sin que él lo advirtiera, y así lo hubieran lanzado bajo un golpe imprevisto. Precisamente por esta razón, Stirlitz prefería usar el coche: evitaba contactos innecesarios y casuales. Pero creía al mismo tiempo que aislarse totalmente del mundo era una estupidez. Podía recibir una determinada tarea y un cambio brusco en su conducta podía poner en guardia a los que lo vigilaban y el hecho de que en el Reich se vigilaba a todo el mundo no era un secreto para Stirlitz.

Visitaba frecuentemente los museos. Primero, porque allí, por lo general, había poco público, los locales eran resonantes y altos, y porque en una sala podía oír si alguien lo seguía. Además, en los museos trabajaban los guardianes que, por regla general, eran confidentes de la Gestapo del distrito, de modo que él siempre se presentaba de uniforme para que éstos pudieran confirmar con quién estaba, cuándo y cuánto tiempo. Pocos miembros de la SS visitaban museos. Así que era imposible que olvidaran su lujoso uniforme de coronel.

Pensaba minuciosamente todos los detalles. Los hombres de su profesión se quemaban habitualmente por puras bagatelas. Precisamente, volver a elaborar los detalles lo había salvado del fracaso. En este mundo no hay pequeñeces, simplemente hay hombres despiertos y hombres torpes.

Stirlitz miró maquinalmente al espejo retrovisor y silbó con asombro. El «Wanderer» que se había acercado en las inmediaciones de Kurfürstendamm continuaba siguiéndolo con insistencia. Stirlitz apretó bruscamente el acelerador. El «Horch» arrancó con fuerza. Como una flecha, Stirlitz siguió hacia Alexanderplatz, después dobló por Bergstrasse, y al pasar el cementerio, dio vuelta a Veteranenstrasse, miró hacia atrás y comprendió que la «cola»²⁴ —si

era una «cola»—se había quedado atrás. Stirlitz dio otra vuelta de control, pasó delante de su taberna preferida, «El Grosero Gottlieb», y como todavía le quedaba tiempo, decidió detenerse.

«Si se me acercan de nuevo —pensó—, quiere decir que ha ocurrido algo. Pero, ¿qué ha podido pasar? Bien, ahora me sentaré, tomaré un coñac y pensaré en lo que haya podido ocurrir».

Le gustaba mucho esa taberna antigua. Se llamaba «El Grosero Gottlieb» porque su dueño recibía a todos los huéspedes del mismo modo, independientemente de rango, título o posición social. Les gritaba:

—¿A qué has venido, verraco grasiento? Y esta mujer con la que andas... ¡Un barril de cerveza, una vaca vieja, la teta de una jirafa enferma!

Poco a poco Stirlitz se dio cuenta de que con los clientes más respetados Gottlieb empleaba las palabrotas más groseras. Por lo visto, así también se expresaba el respeto, un respeto a la inversa...

Gottlieb recibió a Stirlitz distraídamente:

— ¡Salud, cretino! ¡Ven a atragantarte de cerveza!

Stirlitz le apretó la mano, le dio dos marcos y se sentó a la primera mesita de roble, detrás de la columna donde estaban escritas las maldiciones de los pescadores de Mecklenburgo, indecentes y cínicas, que gustaban sobre todo a las esposas envejecidas de los industriales.

«¿Qué pudo haber sucedido? —pensó sorbiendo su coñac—. No espero ningún nuevo enlace; en esto no puede haber falla. ¿Tal vez cosas viejas? De lo nuevo no pueden estar al tanto, el sabotaje aumenta, jamás había habido tanto en Alemania como ahora. Erwin... Espera. ¿Y si ellos hubieran encontrado el transmisor?»

Stirlitz sacó los cigarrillos, pero precisamente debido a su desesperación por aspirar una buena bocanada, se contuvo de fumar. Sintió deseos de ir inmediatamente a la casa de Erwin y Katy.

«He cometido un grave error —pensó—. Debí haber buscado en todos los hospitales, quizá resultaron heridos. Confié inútilmente en los teléfonos... Tengo que ocuparme de esto tan pronto como haya hablado con Bormann... Él tiene que venir a mí. Cuando se les aprieta, se vuelven democráticos. Cuando están bien, son inaccesibles; pero, cuando presienten el fin, se hacen cobardes, bondadosos y democráticos. Ahora debo posponerlo todo, incluso a

Erwin y Katy. Ahora tengo que ponerme de acuerdo con este verdugo. ¿Estaré viendo visiones? ¿Y este “Wanderer”?»

Salió, se sentó al volante y se encaminó sin prisa a Invalidenstrasse, hacia el Museo de Historia Natural. Allí, al lado del hotel «Neues Tor» lo debía esperar Bormann una hora después. Tenía tiempo de burlar la vigilancia si la «cola» continuaba.

Conducía muy lentamente, mirando a cada rato el espejito: el «Wanderer» negro ya no lo estaba siguiendo.

«¿No será que Schellenberg ha decidido tantearme antes de la operación con Schlag? — pensó—. Es también una buena explicación. ¿O será que los nervios me fallan?»

Miró de nuevo al espejito. No, la calle estaba desierta. Aprovechando la tranquilidad de las aceras, los niños se perseguían en patines y se reían ruidosamente. Las colas de gente se apretaban contra las paredes desconchadas de las casas. Esperaban la carne.

Stirlitz dejó el coche a un lado de la clínica Chanté y atravesó el gran parque del hospital hasta el museo de la Invalidenstrasse. Ahí todo estaba tranquilo y en silencio, ni una sola persona en la calle. Escogió especialmente este lugar. Todo se veía como en la palma de la mano.

«Bueno, podían enviar a su gente al hotel. Si Bormann se lo comunicó a Himmler, lo harán así. Si no, sus hombres se pasearán por aquí, por la entrada, o por la acera de enfrente, haciendo el papel de científicos...»

Stirlitz no iba hoy vestido de militar. Se puso los lentes con la gran montura de carey y se caló la boina hasta la frente. Sería difícil que lo reconocieran de lejos. A la entrada del museo, en el vestíbulo, había una gran piedra de malaquita de los Urales y una amatista del Brasil. Stirlitz siempre se detenía junto a la amatista brasileña, pero admiraba la piedra preciosa de los Urales.

Después, sin prisa, pasó a través de una enorme sala con las ventanas rotas. Allí estaba la maqueta de un dinosaurio singular. Desde este lugar podía observar bien la plaza frente al museo y el fondo del hotel. Todo estaba tranquilo y en silencio, era demasiada tranquilidad y silencio. Él estaba solo en el museo. Ahora esto le perjudicaba.

Se paró junto a una muestra curiosa: trece etapas del desarrollo del cráneo. El cráneo número ocho, el del babuino; el nueve, el del gibón; el diez, el del orangután; el once, el del gorila; el doce, el del chimpancé; el trece, el del hombre.

«¿Por qué el trece es el del hombre? Todo está contra el hombre, hasta las cifras —sonrió—. Si fuera el doce o el catorce, pero no, precisamente el trece... Estoy rodeado de monos —continuó pensando, demorándose junto al gorila disecado *Bobby*—, ¿Por qué los simios están rodeados de tanto cuidado?»

En la placa estaba escrito: «El gorila *Bobby* fue traído a Berlín el 29 de marzo de 1928 a la edad de tres años. Murió el 1º de agosto de 1935. Estatura: 1 metro 72 centímetros; peso: 266 kilos».

«No se nota —pensaba Stirlitz, examinando al gorila por primera vez—. No parece gordo. Soy más alto y peso sólo setenta y dos kilogramos».

Tomó distancia como si fuese a observarlo de lejos y se paró junto a una gran ventana desde donde se veía la acera opuesta de la Invalidenstrasse. Stirlitz consultó el reloj. Faltaban veinte minutos para la entrevista.

Precisamente ahora debería venir el agente Klaus. Esa mañana le había enviado a través de su oficina una carta cifrada. Todos sabían que él se entrevistaba con sus agentes en los museos; sería una justificación si alguien se interesara por su aparición allí. Al llamar a Klaus lo hacía con dos objetivos: el principal era una coartada por si Bormann le había hablado a Himmler de la carta y éste hubiera ordenado «peinar» todo el barrio y todos los edificios; el segundo era presentar una vez más, aunque de modo indirecto, la coartada en el asunto del desaparecido Klaus.

Stirlitz pasó a la sala contigua; en la Invalidenstrasse no había nadie. Ahí se detuvo junto a una muestra rara encontrada en los bosques de Wedenschloss en el siglo XVIII. De un trozo de árbol sobresalían los cuernos de un venado y una parte del cráneo aplastado. Sin duda el fuerte animal había errado el golpe durante amorosas batallas primaverales y en vez de embestir a su rival había embestido un árbol...

Stirlitz oyó ruido de muchas voces y pasos, muchos pasos resonantes. «Es la redada», cruzó como un relámpago por su mente. Pero luego escuchó voces infantiles y se volvió: la maestra con gastados zapatos de hombre, limpios hasta brillar, había traído a sus alumnos de sexto grado para darles una lección de botánica. Los muchachos miraban las muestras fascinados y sus rápidos susurros parecían alarmados.

Stirlitz miraba a los niños. Caras cenicientas, narices afiladas, ojos desprovistos de la maravillosa malicia infantil. Escuchaban a la maestra con atención, de manera muy adulta.

«¿Qué maldición gravita sobre este pueblo? —pensó Stirlitz—. ¿Cómo unas ideas absurdas pudieron lanzar a estos niños al horror y al hambre? ¿Por qué la idiotez de la ideología de los nazis, que fueron a esconderse en los Bunkers donde hay reservas de chocolate, sardinas

y queso, coloca como escudo a estos frágiles cuerpos de muchachos? Y lo más terrible: ¿quién inculcó en estos niños la ciega seguridad de que el sentido supremo de la vida es morir por los ideales del Führer?»

Salió por la puerta de emergencia a la una y cinco. No había nadie al lado del hotel. A través de los patios traseros se encaminó al Spree, volvió sobre sus pasos, montó a su automóvil y se marchó a la oficina, al SD. Durante el regreso tampoco vio ninguna «cola».

«Algo no ha funcionado —se dijo—. Ha pasado algo raro. Si Bormann hubiera estado allí, lo hubiera visto. Tal vez no había ninguna “cola”, simplemente me asusté...»

Bormann no había podido salir del Bunker. El Führer pronunciaba un discurso, en la sala había mucha gente y Bormann estaba detrás, de pie, un poco a la izquierda del Führer. No le había sido posible marcharse durante el discurso. Habría sido una locura. Aunque deseaba acudir a la cita con la persona que le había mandado la carta, no pudo salir del Bunker hasta después de las tres.

«¿Cómo encontrarlo? —pensaba Bormann, ya de regreso en la oficina del partido—. No arriesgo nada con verlo y en cambio pierdo mucho si rechazo la entrevista».

«Del D-8 a Müller:

»Estrictamente confidencial. Una sola copia. El automóvil “Horch”, matrícula BKR 821, pudo burlar la vigilancia en la zona de Veteranenstrasse. Al parecer, el chofer se dio cuenta de que nuestro coche lo seguía. De acuerdo con sus instrucciones, no lo perseguimos, aunque nuestro motor reforzado nos hubiera permitido hacerlo. Después de haber transmitido al servicio H-2 la dirección que llevaba el “Horch” BKR 821, volvimos a la base. D-8».

«Del B-192 a Müller:

»Estrictamente confidencial. Una sola copia. Después de reiniciar la vigilancia del automóvil “Horch”, matrícula BKR H7I, mis agentes comprobaron que el propietario de este automóvil entró a las 12.27 en el edificio del Museo de Historia Natural. Como usted nos había advertido sobre la elevada preparación profesional del objetivo de la vigilancia, decidí no seguirlo utilizando visitantes del museo. Ordené a mi agente Ilse que trajera a los alumnos del sexto grado a dar una clase en las salas del museo. Los datos suministrados por Ilse permiten afirmar con plena seguridad que el objetivo no estableció contacto con nadie. Se adjunta el plano de las muestras donde el objetivo se demoró más tiempo. El objetivo abandonó el local a las 13.04 por la puerta de emergencia que habitualmente utilizan los empleados del museo. B-192».

Müller guardó los informes en una carpeta y descolgó el teléfono.

—Habla Müller —dijo.

—Al «camarada» Müller lo saluda el «camarada» Schellenberg —bromeó el jefe de los servicios secretos políticos—. ¿O prefiere que lo llamen «míster»?

—Prefiero que me llamen «Müller» —dijo el jefe de la Gestapo—. Es conciso, modesto y elegante... Dígame, amigo.

Schellenberg tapó el teléfono con la mano y miró a Stirlitz.

—Sí. Dígaselo directamente —dijo Stirlitz—. Si no, se escabulliría como un zorro...

—Amigo —dijo Schellenberg—, me ha venido a ver Stirlitz, ¿se acuerda de él...? ¿Sí? Mejor. Está hasta cierto punto desconcertado: o lo siguen los bandidos porque él vive solo en el bosque, o eran sus muchachos. ¿Puede usted ayudarnos a esclarecer este enigma?

—¿Qué automóvil tiene? —preguntó Müller sacando de la carpeta las hojas con los informes.

—¿Qué automóvil tiene usted? —preguntó Schellenberg tapando de nuevo el auricular con la mano.

—Un «Horch».

—No tape el teléfono con la mano —dijo Müller—. Que hable Stirlitz.

—¿Es usted omnividente? —preguntó Schellenberg.

—Naturalmente.

Stirlitz cogió el auricular y dijo:

—¡Heil Hitler!

—Buenos días, amigo —contestó Müller— ¿La matrícula de su coche es por casualidad BKR 821?

—Exactamente, *Obergruppenführer*...

—¿Dónde comenzaron a seguirlo? ¿En Kurfürstendamm?

—No. En la Friedrichstrasse.

—¿Pudo usted burlarlos en la Veteranenstrasse?

—Exactamente.

—¿Se dio usted cuenta en seguida?

—Por supuesto.

Müller se rió:

—Les voy a torcer el pescuezo. ¡Mal trabajo! No se preocupe, Stirlitz, no lo seguían los bandidos. Era mi gente. Deben seguir a un «Horch» muy parecido al suyo. Es de un latinoamericano. Siga viviendo como siempre, pero si lo confunden de nuevo con el latinoamericano y me dicen que frecuenta el «Zigeunerkeller» en Kudamm, no voy a tirarle la toalla...

El «Zigeunerkeller» (La bodega gitana) era una pequeña taberna prohibida a los militares y miembros del partido.

—¿Y si tengo que frecuentarlo por problemas de trabajo? —preguntó Stirlitz.

—De todos modos —dijo Müller sonriendo—, si quiere entrevistarse con su gente en lugares raros, vaya mejor al «México».

Era una taberna «especial» de Müller, donde trabajaba el contraespionaje. Stirlitz lo sabía por Schellenberg que naturalmente no debía decirlo. Existía una circular prohibiendo la visita a esta taberna a los miembros del partido y militares. Los charlatanes ingenuos se consideraban allí totalmente seguros, sin suponer siquiera que cada mesita era escuchada por la Gestapo.

—En este caso, gracias —contestó Stirlitz—. Si me lo permite, citaré a mis hombres precisamente en el «México». Pero si me ponen el pie en el cuello, tendré que pedirle socorro.

—Desde luego. Siempre me alegra verlo, amigo. ¡Heil Hitler!

Stirlitz volvió a su oficina con una sensación de incertidumbre. En sentido general, creía en las palabras de Müller porque había mostrado sus cartas. ¿Pero no las mostraba demasiado? El sentido del límite es el punto clave de cualquier trabajo, sobre todo en el contraespionaje. A veces incluso la excesiva desconfianza le parecía a Stirlitz más aceptable que la excesiva

sinceridad. Como precaución, esa noche pidió el coche de la oficina para ir a resolver un asunto importante.

«De Werner a Müller:

»Estrictamente confidencial. Una sola copia. Hoy a las 19.42 el objetivo llamó al automóvil de la oficina BKH 441. Pidió al chofer que lo llevara a la parada del tranvía Mittelplatz. Ahí se apeó. Los esfuerzos por encontrarlo en otras paradas no dieron resultado. Werner».

Müller guardó el informe en su sobada carpeta donde se encontraban los asuntos más secretos e importantes y volvió a leer los documentos sobre Stirlitz. Marcó con lápiz rojo el punto donde se comunicaba que el «objetivo» pasaba su tiempo libre en los museos, y que, de cuando en cuando, citaba allí a sus agentes. Hoy en particular había citado a Klaus, que no se presentó a la entrevista.

«Sujeto interesante —pensó Müller sobre Stirlitz—, es inteligente y muy interesante. No esperaba tanta sabiduría de Kaltenbrunner. Si pudiera trabajar cinco años más, se convertiría en un Fouché, por lo menos».

[24](#) Vigilancia. N. del T.

La medida de la confianza

El *Obergruppenführer* SS Karl Wolff entregó la carta al piloto personal de Himmler.

—Si derriban su avión —dijo con voz suave— -en la guerra todo puede suceder-usted debe quemar esta carta antes de desabrocharse las correas del paracaídas.

—No podré quemarla antes de desabrocharme las correas del paracaídas —contestó el piloto con pedantería—, porque el paracaídas me arrastrará por tierra. Pero lo primero que haré después de desabrocharme las correas será quemar la carta.

—Bien —sonrió Wolff—, aceptado. Recuerde que también debe quemar la carta si lo derriban en el territorio del Reich.

Karl Wolff tenía todas las razones para tomar esta extrema precaución. Si la carta llegaba a caer en manos de cualquiera, a excepción de Himmler, su destino sería trágico.

Siete horas más tarde, Himmler abrió la carta.

¡Reichsführer!

Inmediatamente después de mi regreso de Italia comencé a elaborar el plan de contacto con Dulles; no en el aspecto organizativo, sino más bien en el estratégico. Los datos de que disponía aquí me permitieron llegar a la conclusión principal: los aliados están tan preocupados como nosotros por la perspectiva real de la creación de un gobierno comunista en Italia del Norte. Incluso si este gobierno se crease de modo netamente simbólico, Moscú lograría el camino directo hacia La Mancha a través de los comunistas de Tito y con ayuda de los líderes comunistas italianos y de Maurice Thorez. Esto supone la amenaza real de que pueda crearse un «cinturón de bolchevismo» desde Belgrado, a través de Genova, hasta Carmes y París.

Mi ayudante en esta operación fue Eugen Dollmann; su madre, a propósito, es italiana y tiene amplias relaciones entre la más rancia aristocracia, progermana pero antinazi. Sin embargo, para mí las nociones de «Alemania» y «nacionalsocialismo» son inseparables y dado que los puntos de vista germanófilos de la señora Dollmann prevalecen sobre los demás, creí conveniente utilizar a Eugen para elaborar los detalles de la operación considerando que las relaciones de su madre podrían llegar a ser útiles para el tratamiento adecuado de los aliados.

Tomé esta decisión y Dollmann se comprometió a informar a Dulles, a través de los canales italianos, que el sentido de las probables negociaciones consistiría en que el Occidente pudiera tomar bajo su control toda Italia del Norte antes de que los comunistas sean los dueños de la situación. Pensábamos que la iniciativa no debía proceder de nosotros; me parecía más conveniente que los aliados pudieran «verificar» mis opiniones a través de sus agentes. Por ello di mi consentimiento a Dollmann para que

llevarse a cabo la operación siguiente: según los informes de la Gestapo, el oficial de la división de tanques SS, Guido Zimmer, ha dicho reiteradas veces a los italianos que la guerra está perdida y que la situación es desesperada. En una tertulia de amigos donde «casualmente» Dollmann se encontraba también, ya en la madrugada, después de haber bebido mucho, le dijo a Zimmer que estaba cansado de esta guerra maldita y sin sentido. Los informes de los agentes me permitieron comprobar que al día siguiente Zimmer, conversando con el barón Luigi Parrilli, dijo que el hecho de que Dollmann hablase así de la maldita guerra significaba que de igual modo pensaba Karl Wolff, en cuyas manos estaba el destino de toda la Italia del Norte y de todas las tropas alemanas acantonadas aquí. Luigi Parrilli fue en el pasado representante de una compañía norteamericana y sus contactos con Estados Unidos son ampliamente conocidos, aunque siempre ha apoyado el régimen del duce. Su suegro es un importante banquero libanés relacionado con el capital británico y francés. La conversación de Zimmer con Parrilli resultó ser pretexto suficiente para que Dollmann, después de citar a Guido Zimmer a un apartamento secreto, le expusiera a éste todos los datos reunidos en contra suya. «Son suficientes para mandarlo en seguida a la horca —le dijo a Zimmer—; sólo una cosa puede salvarlo: la lucha honesta por Alemania. En esta lucha son importantes también las batallas diplomáticas e invisibles». En una palabra, Zimmer aceptó trabajar para nosotros.

Cuando, al día siguiente, Zimmer se encontró con el barón Parrilli, le dijo que sólo el dirigente de la SS, Wolff, podía salvar a Italia del Norte de la amenaza comunista de los guerrilleros que operaban en las montañas y ciudades de todo el país, pero que, obviamente, si se pudiera actuar conjuntamente con los aliados, todo se haría con más ímpetu y seguridad. El barón Parrilli, que posee grandes intereses financieros en Turín, Genova y Milán, escuchaba a Zimmer con mucha atención y se comprometió a ayudarnos a establecer contactos de este tipo con los aliados occidentales. Naturalmente, Zimmer había escrito un informe sobre esta conversación a nombre mío, y así toda la operación quedó asegurada desde ese momento, ya que se le dio la forma de un juego con los aliados que se llevarse a cabo bajo el control de la SS, en interés del Führer y del Reich.

El 21 de febrero el barón Parrilli viajó a Zurich. Allí se relacionó con su conocido Max Husmann. Este le ayudó a establecer contacto con el mayor Waibel, oficial de la inteligencia suiza. Waibel justificó su determinación de colaborar en los contactos entre la SS y los norteamericanos, basándose en el afán egoísta de un súbdito de Suiza: Genova es un puerto utilizado principalmente por las firmas suizas. Si Italia cayera bajo el yugo comunista, las firmas suizas también se verían afectadas. Pude averiguar que el mayor Waibel había estudiado en Alemania y se había graduado en Basilea y Francfort.

En su conversación con el barón Parrilli, Waibel dijo que debía observarse el mayor cuidado ya que se estaba arriesgando en exceso al ayudar a establecer los contactos. Dijo que esto violaba la neutralidad de Suiza y que, en ese momento, la posición de los rusos era tan fuerte que la violación del secreto obligaría a su Gobierno a dejarlo sin protección, dirigiendo contra él todo el golpe. Parrilli aseguró al mayor Waibel que nadie estaba interesado en divulgar el secreto, con excepción de los rusos o los

comunistas. «Espero —dijo— que entre nosotros no haya ni un solo comunista, mucho menos un ruso, y no se debe temer a que pueda filtrarse la información».

Como lo comunicó Waibel, al otro día de su conversación con Parrilli invitó a almorzar a Allen Dulles y a su ayudante Gaevernitz. «Dos amigos míos tienen una idea interesante que proponer —dijo—; si quieren, puedo presentárselos». Pero Dulles contestó que prefería entrevistarse con ellos más tarde, después de que conversaran con su ayudante.

Parrilli y Gaevernitz llevaron a cabo la conversación. Ya le he comunicado a usted que este Gaevernitz no es hijo de Egon Gaevernitz, sino de Gerhardt von Schulz-Gaevernitz, profesor de Economía de la Universidad de Berlín. Después de marcharse a los Estados Unidos (a propósito, creo que el primer contacto entre Waibel y Gaevernitz pudo haberse establecido ya en Alemania, pues ambos se graduaron en la misma Universidad) comenzó a trabajar en los consorcios bancarios internacionales en Nueva York, donde entonces también trabajaba Allen Dulles.

Durante la conversación, Parrilli preguntó: «¿Le gustaría a usted entrevistarse con el Standartenführer SS Dollmann para una discusión más concreta de este y otros problemas más?» Gaevernitz contestó afirmativamente, aunque, de acuerdo con Parrilli, aceptó con la desconfianza y el recelo característicos de los intelectuales que trabajan para la inteligencia.

Di mi consentimiento al viaje de Dollmann a Suiza. Allí, en el lago Chiaso, fue recibido por Husmann y Parrilli. Cuando habían llegado a Lugano, al pequeño restaurante «Bianchi», Dollmann, tal y como habíamos convenido, declaró: «Queremos negociaciones con los aliados occidentales para deshacer los planes de Moscú de crear un gobierno comunista en Italia del Norte. Esto nos obliga a deponer los viejos agravios, a borrar todo el mutuo dolor infligido en el pasado y a pensar en el futuro. La paz debe ser justa y digna».

Husmann contestó que las únicas negociaciones posibles debían basarse en una capitulación incondicional.

-Yo no me prestaré a una traición —dijo Dollmann—. Nadie en Alemania se prestará para tal cosa».

Husmann, sin embargo, insistió en la «capitulación incondicional», pero no daba término a la entrevista, a pesar de la posición dura y negativa que mantenía Dollmann de acuerdo con el guión previamente elaborado por nosotros. Después, interrumpiendo a Husmann, intervino Paul Blum, el ayudante de A. Dulles. Blum entregó a Dollmann los apellidos de dos dirigentes de la resistencia italiana: Parri y Usmiani. Estos hombres se encuentran en nuestras cárceles. No son comunistas y llegamos a la conclusión de que tanto los norteamericanos como nosotros estamos preocupados con la amenaza comunista a Italia. Necesitan héroes de la resistencia que no sean comunistas y que en un momento dado, puedan encabezar un gobierno fiel a los ideales de Occidente.

«Si estos hombres son liberados y traídos a Suiza —dijo el representante de Dulles—, podríamos continuar nuestras entrevistas».

Al regreso de Dollmann comprendí que las negociaciones habían comenzado, pues era imposible interpretar de otro modo la solicitud de liberación de los dos italianos. Dollmann supuso que Dulles esperaba mi llegada a Suiza. Fui a ver al mariscal de campo Kesselring. Después de una conversación que duró cinco horas, llegué a la conclusión de que el mariscal estaba de acuerdo con una capitulación honorable aunque sin ofrecer garantías, tal vez debido a los temores tradicionales de hablar sinceramente con un representante del servicio de seguridad.

Al día siguiente, Parrilli me visitó en el apartamento secreto en el lago Garda y me transmitió una invitación de Dulles a ir a una reunión en Zurich. De modo que pasado mañana marcharé a Suiza. En caso de que sea una trampa, daré la versión oficial de un secuestro. Si se trata del comienzo de las negociaciones, le informaré por carta inmediatamente después de que me reintegre a mi estado mayor.

Suyo,

Karl Wolff.

Hugo Pleischner, médico principal del hospital Koch, había muerto de parálisis cerebral. Su hermano mayor, el profesor Pleischner, ex vicerrector de la universidad de Kiel, después de una reclusión preventiva en el campo de concentración de Dachau, volvió a su casa taciturno, silencioso, y con una sonrisa obediente y constante. Su esposa lo había abandonado prácticamente a raíz de su detención: sus familiares lo exigieron, ya que Hugo von Ens, hermano menor de la señora Peischner, había sido designado en esos días por Neurath consejero económico de la Embajada del Reich en España. Todos consideraban que el joven tenía ante sí un futuro luminoso, porque también en el aparato local del NSDAP era tratado con suma benevolencia. Por esta razón, el consejo familiar habían planteado a la señora Pleischner dos alternativas: o se separaba de un enemigo del Estado, como era su esposo o, en el caso de que sus intereses egoístas prevaleciesen, sería sometida al ostracismo familiar y todos los familiares, hermanos, hermanas, cuñadas, tíos y tías, anunciarían la ruptura total con ella públicamente, a través de la Prensa. La señora de Pleischner era diez años más joven que él: tenía cuarenta y dos años. Amaba a su esposo. Habían viajado juntos por África y Asia, donde el profesor solía hacer excavaciones cada verano durante las expediciones organizadas por el museo berlinés Pergamon. Como al principio ella se negó a abandonar a su esposo, muchos miembros del clan familiar, ligado durante los últimos cien años al comercio de telas, exigieron la ruptura pública con ella a través de la Prensa. La vieja generación del clan se justificaba diciendo que el nuevo Estado y el partido nacionalsocialista no prestaban la ayuda necesaria para la carrera de los hijos de las familias burguesas y de los comerciantes. El comercio no podía existir sin relaciones con el Gobierno. Un cargo en el ministerio de relaciones exteriores del nuevo Estado y, además, el de consejero económico en España, ofrecía nuevas perspectivas para la firma más allá de los

Pirineos. Sin embargo, Hugo von Ens persuadió a sus familiares de que no provocaran un escándalo público. «De todos modos —explicó—, lo aprovecharán nuestros enemigos. La envidia es infinita y este escándalo me puede costar caro. No, es mejor actuar con serenidad y prudencia».

Fue a visitar a la señora de Pleischner con Götz, un amigo del «Yacht Club», de 30 años de edad, sumamente bello, y de quien todo el mundo solía decir en broma: Götz, que no es Berlichigen²⁴, pues era tan apuesto como tonto. Hugo sabía que las mujeres viejas lo mantenían. Los tres fueron a un pequeño restaurante. Al observar la conducta de Götz, Hugo Von Ens se tranquilizó por completo. Era estúpido, pero jugaba su partida con precisión, de acuerdo con las reglas establecidas, y como estas reglas estaban creadas, había que pulirlas hasta la perfección. Götz había elevado las suyas a una perfección absoluta. Era silencioso, sombrío y fornido. Contó dos chistes graciosos. Después, con mucho tacto, invitó a bailar a la señora de Pleischner. Observándolos Hugo se sonreía. La hermana reía quedamente. Götz, apretándola cada vez con más fuerza, le susurraba algo al oído.

Dos días más tarde Götz se mudó a la casa del profesor. Allí vivió durante una semana hasta que se produjo el primer registro policíaco. La señora de Pleischner fue a ver a Hugo llorando: «Devuélvanmelo, es terrible que no estemos juntos». Al día siguiente presentó la demanda de divorcio. Esto acabó de aplastar al profesor: creía que su esposa era su primera cómplice. Con nadie más había hablado tan abiertamente de su odio al régimen de tiranos imbéciles. Sufriendo en el campo, creía que así salvaba su honestidad y su libertad de pensar tal y como ella lo deseaba.

Una noche Götz le preguntó: «¿Con él te sentías mejor? Ella sonrió suavemente y, abrazándolo, contestó: «¡Qué preguntas, querido...! Él solamente sabía hablar bien...»

Después de su liberación, Pleischner se fue a Berlín sin pasar por Kiel. Su hermano, amigo de Stirlitz, le ayudó a obtener un empleo en el museo Pergamon. Trabajaba en el departamento de Grecia antigua, donde Stirlitz casi siempre citaba a sus agentes. Después de sus entrevistas, con mucha frecuencia, visitaba a Pleischner y ambos vagaban durante horas por las salas enormes y vacías del majestuoso Pergamon. Pleischner estaba convencido de que Stirlitz indudablemente admiraba la escultura *El niño que se saca una espina*; sabía que Stirlitz daba varias vueltas alrededor de la escultura de César: era de piedra negra, con blancos ojos estáticos y dementes hechos de un extraño mineral translúcido. El profesor arreglaba el itinerario de sus paseos por las salas de modo que Stirlitz pudiera demorarse junto a las máscaras antiguas de la tragedia, la risa y la razón. Claro que el profesor no imaginaba a un Stirlitz que, de vuelta a su casa, se pasaba horas enteras frente al espejo de su baño adiestrando su cara como un actor. Stirlitz consideraba que un agente debía aprender el manejo de su rostro. Los antiguos dominaban este arte a la perfección...

Una vez le pidió al profesor la llave de la caja de cristal donde se guardaban las estatuillas de bronce de la isla de Samos. Le dijo:

—Me parece que si tocara estas cosas sagradas se produciría un súbito milagro y me convertiría en otro hombre después de asimilar una parte de la serena tranquilidad de los antiguos.

El profesor le dio la llave y Stirlitz hizo una copia. Allí, debajo de la estatuilla de una mujer, preparó un escondite. Le gustaba conversar con el profesor.

—El arte de los griegos, con todo su talento, es demasiado plástico y, hasta cierto punto, afeminado —le decía—. Los romanos son mucho más duros. Quizás esa sea la causa de que estén más cerca de los alemanes. A los griegos les preocupaba el contorno general, la idea, pero los romanos son hijos de la perfección lógica y de ahí proviene el deseo de trabajar los detalles. Observe, por ejemplo, el busto de Marco Aurelio. Es un héroe, un ídolo para imitar; los niños deberían jugar a ser como él.

—Los detalles del vestuario y la exactitud del torso son verdaderamente perfectos —replicaba Pleischner con cautela. Después de su reclusión en el campo había perdido la costumbre de discutir, solamente albergaba un desacuerdo constante y precavido. Años antes solía enfurecerse y destruía al discrepante. Ahora sólo expresaba cautelosamente las opiniones opuestas—. Observe, sin embargo, más atentamente su cara. ¿Qué idea expresa Marco Aurelio? Está fuera de todo pensamiento, es un monumento a su propia grandeza. Si hubiera seguido atentamente el arte de Francia de fines del siglo XVIII, podría convencerse de que precisamente Grecia se trasladó a París, y que la gran Hélade llegó hasta los librepensadores jacobinos...

Un día Pleischner retuvo a Stirlitz junto a los frescos de hombres-animales: había una cabeza de hombre con torso de jabalí furioso.

—¿Le gusta? —preguntó Pleischner.

Stirlitz no le contestó; se limitó a proferir lo que él llamaba «sonidos sociales»: los «cómo no», «sí, por supuesto», «no me diga» y demás manifestaciones de un silencio forzado, en momentos en que el silencio no es recomendable pero cualquier respuesta directa es imposible.

Viendo en una ocasión con el profesor las salas de Troya antigua, Stirlitz dijo:

—Las tomas de corriente de estas paredes son de un mal gusto increíble. Aquí deberían colocarse velas o lámparas con forma de velas, porque de otro modo, la vulgaridad del siglo XX irrumpe en la elevada tragedia de la antigüedad.

Cuando pasaba por las salas vacías del Pergamon, Stirlitz se preguntaba a menudo: «Pero, ¿por qué los hombres que crearon este gran arte trataban con tanta crueldad a sus genios? ¿Por qué destruían, quemaban y derribaban las esculturas? ¿Por qué trataban con un descuido tan criminal el talento del escultor y el pintor? ¿Por qué reunimos estas migajas salvadas de su estupidez, crímenes y barbarie y enseñamos a nuestros hijos a comprender así lo bello? ¿Por qué los antiguos ofrecían en holocausto sus dioses vivos a los bárbaros con tanta insensatez?»

Cuando el Pergamon fue bombardeado por los ingleses, el profesor no abandonó el lugar junto con todos los empleados. Pidió permiso para permanecer en Berlín y ser el guardián de aquella parte del edificio que había quedado intacta.

Ahora Stirlitz acudió a este hombre: había quedado incomunicado y buscaba, atormentado, una salida. Stirlitz pensaba que en esta situación sería poco razonable reanudar el contacto con el centro a través de un hombre que trabajaría a ciegas como una especie de «buzón de correos», que no comprendería lo que hacía, ni en nombre de qué y para quién.

Stirlitz pensaba establecer el contacto con sus hombres en Suiza en el caso, por supuesto, de que Schellenberg lo enviase para organizar la operación de «cobertura» con el pastor Schlag. Aunque podía suceder que Stirlitz quedara en el Reich después de haber preparado toda la operación y que al pastor lo dirigiera otro allá en Berna. Cabía perfectamente esta posibilidad. Stirlitz buscaba un encuentro con Bormann, porque sabía que con su apoyo, lograría el viaje a Suiza para la «observación personal de las negociaciones». Sin embargo, cualquier contacto con ciudadanos soviéticos en Berna, que estaba bajo un control constante de los organismos de inteligencia de todo el mundo, arriesgaría toda la operación de un modo definitivo e irreparable.

Necesitaba a una persona en cuya honestidad pudiera confiar plenamente. Creía en la de Pleischner, pero no creía en su capacidad de soportar, en el caso de un fracaso, los métodos de los interrogatorios de la Gestapo.

Pleischner se alegró mucho al verlo, lo llevó a su sótano y, mientras colocaba una cafetera en el hornillo eléctrico, le dijo:

—Nunca imaginé que iba a extrañarlo tanto. Nada sé de su profesión, sólo sé que era un amigo de mi difunto hermano, pero siempre me resultó muy interesante conversar con usted, señor Stirlitz.

—Gracias. Más interesante lo era para mí. ¿No se congela aquí?

—Me estoy helando. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Quién no pasa frío ahora? ¡quisiera saberlo!

—En el bunker del Führer siempre hay buena calefacción...

—Bueno, eso se explica... Un líder no debe pasar frío. ¿Acaso podemos comparar nuestros problemas con sus preocupaciones y angustias? Nosotros sólo pensamos en nosotros mismos, mientras que él piensa en todos los alemanes.

Stirlitz echó una mirada atenta a las paredes del sótano: no había un solo hueco y hubiera sido imposible colocar micrófonos para escuchar. Después de aspirar el humo fuerte de su cigarrillo, dijo:

—Está bien, profesor... El maniático enloquecido obliga a millones de seres a vivir bajo las bombas y se oculta como un canalla en un lugar seguro viendo películas con toda su pandilla...

La cara de Pleischner se tornó mortalmente pálida. Stirlitz lamentó haberlo dicho, lamentó haber venido a molestar con sus problemas a este viejo desgraciado.

«¿Pero por qué *mis* problemas? —pensó—. Ante todo, es el problema de los alemanes y, por consiguiente, su problema. Hago por ellos lo que deberían hacer ellos mismos».

—Bien —dijo Stirlitz—, contésteme. ¿No está de acuerdo?

El profesor permanecía en silencio.

—Bien —dijo Stirlitz—, su hermano, mi amigo, era antifascista... Trabajaba en la clandestinidad... Me ayudaba. Usted nunca se ha interesado por mi profesión: soy un *Standartenführer* de la SS y trabajo en el contraespionaje.

El profesor levantó las manos como si quisiera protegerse la cara del golpe.

— ¡No! —dijo—. ¡No y otra vez no! ¡Mi hermano nunca fue ni pudo ser un provocador! ¡No! —repitió con más fuerza—. ¡No! ¡No le creo!

—No fue un provocador —contestó Stirlitz—, pero yo realmente trabajo en los servicios secretos... soviéticos.

Alargó a Pleischner una carta. Había sido escrita por su hermano poco antes de morir.

«Amigo, te agradezco tu amistad. De ti he aprendido mucho. Aprendí cómo se debe amar, y odiar, en nombre de este amor, a los que han traído la esclavitud al pueblo de Alemania. Pleischner».

—Escribió de ese modo por temor a la Gestapo —aclaró Stirlitz recogiendo la carta—. Usted estará plenamente consciente de que los que están esclavizando al pueblo alemán son las hordas bolcheviques y las huestes americanas... ¿No es así? Debemos odiarlos, como bien dice su hermano... Pero ¿no será Hitler el que ha traído esa esclavitud? ¿No serán los nazis?

Pleischner se mantuvo callado, hundiéndose en el enorme y anticuado sillón.

—Aplaudo su actitud —dijo finalmente—. Lo comprendo... Puede contar conmigo para todo. Pero desde ya le advierto que en cuanto me den el primer golpe en las costillas con un látigo, lo diré todo.

—Lo sé —contestó Stirlitz—. ¿Qué prefiere: la muerte instantánea con un veneno o las torturas en la Gestapo?

—Si no hay otra alternativa —sonrió Pleischner con una sonrisa repentina e indefensa—, naturalmente que prefiero el veneno.

—¿Qué sintió cuando le dije quién era?

—Alivio —contestó Pleischner—. Un gran alivio. Me ahogaba de odio e impotencia.

—Entonces, armaremos juntos un lío tremendo —sonrió Stirlitz—. Un tremendo lío...

—¿Qué debo hacer yo?

—Nada por ahora. Vivir. Estar preparado en cualquier momento para hacer lo necesario.

—¿En nombre de quién?

—En nombre de Alemania...

—¿De quién?

—De Alemania. Me refiero a Alemania, no al Reich. ¿No cree usted que entre ambos hay una enorme diferencia?

—Buenas noches, pastor —dijo Stirlitz, cerrando rápidamente la puerta—. Perdona que haya venido tan tarde. ¿Ya estaba durmiendo?

—Buenas noches. Estaba durmiendo, pero no debe preocuparse.

—Perdone, de nuevo.

—Considérese perdonado, pero pase, por favor, que voy a encender las velas.

—Bien.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí.

—Tome asiento.

—Gracias. ¿Dónde?

—Donde quiera. Aquí, al lado de la estufa, hace más calor... ¿No prefiere sentarse aquí?

—Podría resfriarme si salgo del calor al frío. Siempre es mejor una temperatura estable. Pastor, ¿quién vivía en su casa hace un mes?

—¿Es un interrogatorio?

—No.

—Es decir, ¿puedo no responder?

—Debe responder.

—¿Y si me niego?

—No se negará.

—¿Por qué?

—Después que conteste le diré el porqué.

—Vivía una persona.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿No le dijo quién era?

—No.

—¿Usted no le preguntó?

—No. Pedía ayuda, se sentía mal y no pude negársela.

—Está bien que mienta con tanta convicción. Esa persona le dijo que era un marxista. Usted discutió con él como si lo hiciera con un comunista. No era un comunista, pastor. Nunca lo fue. Era un agente mío, un provocador de la Gestapo...

—Ah, ahora comprendo... Discutía con él como un ser humano. No importaba quién fuera, si un comunista o un agente suyo... Me pedía que lo salvara... No pude decirle que no...

—Usted no pudo decirle que no —repitió Stirlitz—, ni a usted le importaba quién fuera, si un comunista o un agente de lo Gestapo...

La cara de Stirlitz se contrajo en una mueca de ira.

—Y si le digo que a causa de que para usted es importante «simplemente un ser humano», un ser abstracto, otras personas muy concretas serán ahorcadas, ¿sería importante para usted?

—Sí, eso sería importante para mí...

—Y más concretamente, si entre las primeras personas ahorcadas están su hermana y sus hijos, ¿sería importante eso para usted?

El pastor se levantó de la silla, extendió las manos y dio un paso hacia Stirlitz:

— ¡Es un crimen!

—Decir que no es importante quién está ante usted, si un comunista o un agente de la Gestapo es un crimen aún mayor —contestó Stirlitz, sentándose—. Además, su crimen es dogmático y, por lo tanto, especialmente terrible. Siéntese y escuche con atención. Su conversación con mi agente fue grabada. No, no lo hice yo, fue él. No sé qué se ha hecho de él: me mandó una carta extraña... De todos modos, sin la cinta, que está en mi poder, no le creerán. Ni siquiera hablarán con él, porque es un agente mío. En cuanto a su hermana, deberán detenerla tan pronto cruce usted la frontera con Suiza.

—Pero en ningún momento he pensado cruzar la frontera con Suiza.

—Usted la cruzará y yo cuidaré de su hermana.

—Usted es un brujo... ¿Cómo puedo creerle si tiene tantas caras?

—No le queda más salida que creerme, pastor, y usted irá a Suiza aunque sólo sea para salvar la vida de sus seres queridos. ¿No es verdad?

—Sí. Iré. Para salvarles la vida.

—¿Por qué no me pregunta lo que tendrá que hacer en Suiza? Usted se negaría si le pidiese que fuera a dinamitar una iglesia, ¿no es así?

—Usted es una persona inteligente. Seguramente, habrá calculado exactamente qué es lo que puedo y no puedo hacer...

—Correcto. ¿Le tiene lástima a Alemania?

—Le tengo lástima a los alemanes.

—Bien. ¿No le parece que la paz inmediata, sin perder ni un minuto, sería una salida para los alemanes?

—Es una salida para Alemania...

—Demasiado sofisticado, pastor, demasiado. Es una salida para los alemanes, para Alemania, para la Humanidad. No tenemos miedo a morir, hemos vivido la vida y somos hombres solitarios y ya viejos... ¿Y los niños?

—Lo escucho con atención.

—¿Podría usted encontrar en Suiza a algunos de sus viejos amigos del movimiento de los pacifistas?

—¿Ahora la dictadura necesita a los pacifistas?

—No, la dictadura no los necesita. Los necesitan todos los que evalúan correctamente el momento y comprenden que cada nuevo día de guerra significa nuevas víctimas y, además, sin sentido alguno.

—¿Entonces Hitler se propone negociar?

—No, Hitler no va a negociar. Lo harán otros. Pero esta es una conversación prematura. Primero necesito tener garantías de que encontrará allí a gente con cierta autoridad. Necesitamos personas que puedan ayudarlo a conversar con los representantes de las potencias occidentales. ¿Quién podría ayudarlo?

El pastor se encogió de hombros.

—¿El presidente de la República suiza le conviene?

—No. No sirve. Son canales oficiales. Hablo en serio. Me refiero a personalidades de la Iglesia que tengan autoridad sobre este mundo.

—Todos los hombres de la Iglesia tienen autoridad sobre este mundo —dijo el pastor, pero al ver que la cara de Stirlitz se contraía nuevamente, se apresuró a agregar: —Allí tengo muchos amigos. Sería ingenuo de mi parte prometerle algo, pero creo que podría discutir este problema con personas serias. Por ejemplo, Brüning... El Occidente lo respeta; pero me preguntarán a quién represento.

—A los alemanes —contestó brevemente Stirlitz—. Si le preguntan quién concretamente se dispone a negociar, usted preguntará a su vez: «¿Y quién concretamente negociará por parte de Occidente?» Pero todo se haría a través de un enlace que yo le daría...

—¿A través de quién? —dijo el pastor sin comprender.

Stirlitz sonrió.

—Seguimos hablando de los detalles —aclaró—. Por ahora lo importante es que usted esté de acuerdo.

—¿Quién me garantiza que mi hermana y sus hijos no serán ahorcados?

—¿No le liberé yo de la cárcel?

—Sí.

—¿Cree que fue fácil?

—Creo que no.

—¿Cree usted que teniendo en mi poder la cinta con su discusión con el provocador donde le habla mal del Führer no podría mandarlo al horno de un campo de concentración?

—Sin duda alguna.

—Ya ve usted cómo su pregunta está contestada. Su hermana vivirá en completa seguridad. Naturalmente, mientras usted continúe haciendo lo que le dicta su deber de hombre que lamenta el destino de los alemanes, de los ancianos y los niños.

—¿Me amenaza?

—Es una advertencia. Si se comporta de otra forma, nada podré hacer para salvarlo a usted, ni a su hermana...

—¿Cuándo se producirá todo esto?

—En cuanto surja la necesidad.

—¿Cuándo puede surgir esta necesidad?

—Pronto. Por último: cualquiera que le preguntase sobre nuestra conversación...

—No diré nada.

—Quisiera creerle...

—¿Cuál de nosotros dos se arriesga más?

—¿Cuál piensa usted?

—Creo que usted corre más riesgos.

—Efectivamente.

—¿Es sincero usted en su deseo de encontrar la paz para los alemanes?

—Sí.

—¿Hace poco tiempo que surgió en usted la idea de ofrecer la paz a la gente?

—No sé cómo responderle —contestó Stirlitz— es difícil contestarle con plena honestidad, pastor. Mientras más honesto sea, más mentiroso podría parecerle.

—¿En qué consistiría mi misión, para hablar concretamente? No sabría robar documentos ni disparar ocultándome en una esquina.

—En primer lugar —dijo sonriendo Stirlitz—, esas cosas no son difíciles de aprender. En segundo, no le exijo que dispare desde una esquina. Simplemente podemos necesitar sus relaciones. Usted dirá a sus amigos que Himmler, a través de un representante suyo (el nombre se le diría más tarde), está llevando a cabo un reto a Occidente. Les explicará que éste, o cualquier otro hombre que envíe Himmler, no puede querer la paz, usted les

demostrará a sus amigos que este hombre es un provocador sin autoridad ni respeto ni siquiera dentro de la SS. Usted les dirá que llevar a cabo negociaciones con este hombre no sólo es estúpido, sino ridículo... Les repetirá que sería una locura iniciar las negociaciones con la SS y con Himmler. Usted les dirá que las negociaciones deberán hacerse con otras personas y les dirá los nombres de personas serias, fuertes e inteligentes... Pero ya hablaremos de eso más tarde...

Antes de partir, Stirlitz preguntó:

—¿Hay alguien en la casa además de su criada?

—Ella tampoco está; fue a su pueblo a visitar a sus familiares.

—¿Puedo ver la casa?

—Cómo no...

Stirlitz subió al segundo piso y miró a la calle ocultándose detrás de la cortina. La avenida podía ser vista desde aquí en toda su extensión de principio a fin. No había nadie.

Cuarenta minutos más tarde llegó al bar «México». Había citado allí a su agente encargado de los problemas de protección del secreto del «arma de la venganza». Stirlitz quiso complacer al jefe de la Gestapo: al día siguiente éste escucharía la conversación. Sería una buena conversación entre un inteligente agente nazi con un inteligente científico nazi. Después de la detención por parte de la Gestapo del físico atómico Runge, a Stirlitz no se le olvidaba proteger su reputación de cuando en cuando, y no de cualquier forma, sino minuciosamente y en todos los aspectos.

—Buenos días, señora Kien... ¿Cómo está? ¿Y el pequeñín?

—Gracias, señor... Ya grita y eso me ha tranquilizado. Temía que a causa de mi contusión le hubiera ocurrido algo en la voz. Los médicos lo han visto, dicen que está bien.

—¡Gracias a Dios! Pobres criaturas... Tantos sufrimientos para chiquillos que apenas han llegado al mundo... A este terrible mundo... Tengo noticias para usted.

—¿Buenas?

—En nuestros tiempos todas las noticias son malas, pero para usted son más bien buenas que malas.

—Gracias —exclamó Katy—. Nunca olvidaré su bondad.

—Dígame, por favor, ¿le sigue doliendo la cabeza?

—Ya está mejor. Por lo menos ya los mareos no me molestan ni tengo aquellos agotadores ataques de náuseas.

—Son los síntomas de la conmoción cerebral.

—Sí. Si no hubiera sido por mi mata de pelo, el niño no habría nacido... Mi pelo embrollado me protegió del primer golpe contra aquella viga de acero...

—No lo llame embrollo... Tiene usted un pelo precioso... Lo admiré desde mi primera visita... ¿Usaba algún champú especial?

—Sí. El tío de mi esposo nos mandaba de Suecia alheña de Irán y buenos champués americanos.

La noche anterior Katy lo había comprendido todo. Había repasado mentalmente las preguntas hechas por el «señor de la compañía de seguros». Estaba dispuesta a recibir el golpe por el lado más protegido. La versión sobre el tío de Estocolmo era segura y comprobada. Pensó en diferentes modos de justificar la maleta. Sabía que esa era la pregunta más difícil. Sintió un terrible dolor en las sienes cuando trataba de contestarse a sí misma si su versión sería convincente. En caso de que surgiese la pregunta, decidió eludirla por el momento diciendo que se sentía muy mal. Quería ver cómo actuaba el «agente de seguros». Que fuese una prueba para ambos. Lo importante era que ella tomase la palabra primero.

—A propósito, ¿su tío tiene teléfono en Estocolmo?

—No lo sé. Mi esposo nunca lo llamaba...

Todavía no podía creer que Erwin ya no existiera. Simplemente no lograba creerlo. Después de aquella primera reacción histérica en que ella se retorció sollozando, una vieja enfermera le había dicho:

—No llores, pequeña... Lo mismo ocurrió con mi hijo. También se pensaba que había muerto, pero estaba en un hospital. Ahora está saltando sobre su única pierna, pero en casa; no fue llamado al Ejército, lo que quiere decir que vivirá...

Katy deseaba enviarle una nota a Stirlitz, sin pérdida de tiempo, rogándole que averiguase qué suerte había corrido Erwin, pero sabía que esto era imposible y, al mismo tiempo, estaba convencida de que no podía prescindir de la comunicación con Stirlitz. Esto la obligaba a alejar los malos pensamientos, a pensar en el medio de comunicarse con Stirlitz,

y en que encontraría a Erwin en un hospital, de modo que todo acabaría bien y el pequeño pasearía con Erwin por Moscú cuando todo esto hubiera terminado, y habría primavera, una constante primavera o un caluroso otoño indio alzando sus telarañas doradas en el aire y los abedules se verían muy amarillos, altos y puros...

—La compañía —continuó el hombre— la ayudará a obtener comunicación telefónica con el tío de su esposo en cuanto los médicos le permitan levantarse. Sabe, estos suecos son neutrales, son ricos y su deber es ayudarla. Si usted lo deja escuchar por teléfono cómo grita el pequeño, su corazón se ablandará... Otra cosa: he acordado con la dirección de nuestra compañía que se le dé el primer subsidio dentro de algunos días sin esperar a que se haga la verificación general de su seguro. Pero necesitamos los nombres de dos garantes.

—¿De quién?

—De dos personas que pudiesen garantizar... perdone, no soy más que un funcionario, intérpreteme correctamente... que pudiesen garantizar su honestidad... Vuelvo a insistir en que me interprete correctamente.

—Pero, ¿quién podría darle esa garantía?

—¿Acaso no tiene amistades?

—¿De este tipo? No...

—Bien... Pero, ¿no tiene conocidos? Simples conocidos que pudieran asegurarnos que tuvieron relación con su esposo...

—Que tienen relación —rectificó Katy.

—¿Está vivo?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Ha estado aquí?

Katy movió negativamente la cabeza.

—No. Está en algún otro hospital. Tengo la seguridad de que vive...

—Pero yo lo he buscado...

—¿En todos los hospitales?

—Sí.

—¿También en los hospitales militares?

—¿Por qué cree que pueda estar en un hospital militar?

—Es un inválido de guerra... Es oficial... Perdió el conocimiento después del bombardeo y pudo haber sido llevado a un hospital militar...

—Ahora estoy tranquilo —sonrió el hombre—. Tiene buena cabeza y se recuperará pronto. Debe procurar abandonar la cama: el niño tiene que pasear. El aire es la mejor medicina en nuestros días. Por favor, dígame los nombres de algunos conocidos de su esposo y mañana ya habré convencido a esta gente de que las garantías no son necesarias.

Katy sintió que le empezaban a zumbar los oídos. Cada nueva pregunta del hombre aumentaba el zumbido. Era un martillo ruidoso y metálico que le golpeaba los tímpanos. Pero sabía que callarse ahora después de haber eludido todas las preguntas concretas sería una derrota. Recordó las casas de su calle, especialmente las destruidas. Un pensamiento la detuvo. Erwin había arreglado el radiotocadiscos del general retirado Nusch. Lo recordó. Vivía en Ransdorf, sin duda. Junto al lago. Que le preguntaran a él.

—Trate de hablar con el general retirado Fritz Nusch. Vive en Ransdorf, junto al lago. Es un viejo conocido de mi esposo. Ruego a Dios que el general nos trate con la misma benevolencia de siempre...

—Fritz Nusch —repitió el hombre anotando el nombre en su libreta—, en Ransdorf. ¿No recuerda la calle?

—No...

—En la oficina de información pueden negarme la dirección de un general...

—Pero está tan viejo... Ya no pertenece al Ejército... Tiene más de ochenta años.

—¿Continúa funcionando bien su cabeza?

—¿Cómo?

—Nada, nada... Temí que pudiera estar esclerótico... Si por mí fuera, le quitaría el trabajo a la fuerza a la gente mayor de setenta y los mandaría a zonas especiales para los ancianos. Todo el mal del mundo proviene de los viejos...

—¿Cómo puede usted decir eso, señor? El general es tan bondadoso.

—Bien. ¿Quién más?

«¿Debo mencionar a la señora Korn? —pensó Katy—. Pero es peligroso. Pasamos las vacaciones con ella, pero teníamos la maleta y podría recordarla al ver la foto. Sería la candidata perfecta: su esposo es mayor de la SS...»

—Trate de comunicarse con la señora Eichelbrenner. Vive en Potsdam. Tiene casa propia, situada en la calle del Molino.

—Gracias. Esto ya es algo. Trataré de que esta gente la avale, señora Kien. Ah, otra cosa... Su encargado reconoció dos maletas tuyas entre las que quedaron intactas después del bombardeo. Mañana por la mañana vendré con él y en su presencia y la del doctor las abriremos. Tal vez a usted le interese decidir cuanto antes qué se debe hacer con las cosas que no le hacen falta y yo podría cambiarlas por ropitas para su niño.

«Es evidente que hoy ha venido a eso —pensó Katy—. Espera que yo haga un esfuerzo hoy para ponerme en contacto con algún amigo».

—Muchas gracias —dijo—. Dios lo recompensará por su bondad. Dios nunca olvida la bondad...

—¿Es usted católica?

—No, mi familia siempre perteneció a la iglesia protestante.

—Yo soy católico... Bueno, no tiene importancia. Lo que importa es que todos llevemos a Dios en el corazón... Por último... —Le alargó a Katy una hoja de papel—. Firme esta solicitud para el pago inmediato de una parte del subsidio. Aquí, por favor, gracias. Le deseo que recobre la salud rápidamente y dele un beso de mi parte a su gigante...

El hombre llamó a la enfermera al despacho del médico de guardia y le dijo:

—Tan pronto como le pida que llame a algún lugar o le dé cualquier nota, llámeme inmediatamente a la casa o al trabajo, no importa. A cualquier hora. A cualquiera —repitió—. Si alguien la visita, llame a este teléfono —le dio el número—; estos hombres se encuentran a tres minutos de usted. Trate de demorar al visitante con cualquier pretexto. Con cualquiera.

Al salir de su despacho, Stirlitz vio que por el pasillo llevaban la maleta de Erwin. La hubiera reconocido entre miles: allí se guardaba el transmisor.

Distraídamente, sin darse prisa, Stirlitz siguió a los dos hombres que charlaban, alegres. Entraron con la maleta en el despacho del *Sturmbannführer* Rolff.

Naturalmente, Stirlitz no podía suponer siquiera que en el laboratorio habían encontrado huellas digitales de Katy, no sólo en el exterior de la maleta, sino en la escala de sincronización y en los negros auriculares de ebonita.

Al llegar a la puerta del investigador Rolff, Stirlitz dudó por un momento si entrar o no inmediatamente en el despacho del *Sturmbannführer*. Con todo su ser en tensión, sin pensarlo, confiando en su intuición, tocó brevemente a la puerta del despacho con el nudillo del índice y sin esperar respuesta entró.

—¿Qué pasa, estás preparando la retirada? —preguntó sonriente. No había elaborado la frase, le había surgido espontáneamente y había sido, sin duda, más acertada que las que hubiera podido inventar durante horas.

—No —contestó Rolff—, es un transmisor.

—Ah... ¿Los coleccionas? ¿Y dónde está su dueño?

—Su dueña. Creo que el dueño estiró la pata. Pero la dueña con su hijo recién nacido está en la sala especial del hospital.

—¿Con un recién nacido?

—Sí. Además, la muy zorra tiene heridas en la cabeza.

—¿Qué vas a hacer con una mujer enferma? ¿Piensas interrogarla en ese estado?

—Yo creo que es precisamente en ese estado cuando debemos interrogarla. Siempre le damos largas a estos asuntos, esperamos algo... Por desgracia, el idiota de la sección local mostró la foto de las maletas, incluyendo ésta. Le preguntó si no reconocía cosas suyas en la foto... Gracias a Dios, no puede fugarse, el niño está con ella y no dejan entrar a nadie en la sala de recién nacidos... No creo que se vaya y abandone al niño... Aunque nunca se sabe... He decidido traerla para acá hoy.

—Perfectamente —convino Stirlitz—. ¿Pusiste alguna guardia allí? Hay que vigilar sus posibles contactos...

—Sí, puse a la enfermera y cambié al guardián del hospital por uno de nuestros hombres.

—¿Y vale la pena traerla entonces? Echarás a perder todo el juego. ¿Y si de repente ella se decide a buscar contacto con su gente?

—No sé qué hacer. Temo que se recupere demasiado. Ya sabes cómo son estos rusos, hay que cogerlos desprevenidos y débiles...

—¿Por qué has decidido que es rusa?

—Ahí comenzó todo el lío. Gritaba en ruso cuando estaba pariendo.

—¿Dónde está?

—En Charité. La podrían traer en diez minutos.

Stirlitz se estiró y dijo mientras se dirigía a la puerta:

—Tráela lo más rápidamente posible... Aunque corres el riesgo de echar a perder toda la operación... Pudiera comenzar un bonito juego si ella se decidiera a buscar contactos. ¿No crees que su gente la ande buscando en estos momentos por todos los hospitales?

—No habíamos pensado en eso todavía.

—Te lo regalo... No es demasiado tarde para empezar hoy. Bueno, cuídate y buena suerte... —Ya en la puerta, Stirlitz se volvió—: Es un asunto muy interesante. Muy interesante. Lo principal es no apresurarse demasiado. Y te aconsejo que no informes nada a los jefes porque te obligarán a ir demasiado rápido.

Al abrir la puerta, Stirlitz se dio una palmada en la frente y exclamó riéndose:

—Me estoy convirtiendo en un idiota esclerótico... Vine a pedirte una pastilla para dormir. Quería verte precisamente para eso. Todo el mundo sabe que tienes buenas pastillas suecas...

Siempre es la última frase la que se recuerda. Stirlitz lo había verificado con precisión matemática. Es importante saber cómo entrar en una conversación necesaria, pero es más importante todavía saber cómo salir de ella. «Si ahora —pensaba Stirlitz— le preguntasen a Rolff quién había entrado y para qué, contestaría indefectiblemente que Stirlitz, para pedirle unas pastillas suecas para dormir». Rolff se las suministraba a media dirección. Su tío era farmacéutico.

Y ahora, después de hablar con Rolff, Stirlitz debía jugar a la ira. Subió al despacho de Schellenberg y exclamó:

—*Brigadeführer*, lo mejor es que le diga que estoy enfermo, porque efectivamente lo estoy, y le pida permiso para ir a un sanatorio por diez días, pues lo que soy yo, no aguanto más...

Al hablarle al jefe de la inteligencia, estaba pálido y casi lívido. Y no sólo porque estaba decidiéndose el destino de Katy y, por lo tanto, también su destino. Es que sabía lo que le esperaba a Katy en este lugar: después de interrogarla durante cinco horas, pondrían una pistola en la nuca del recién nacido y amenazarían con matarlo en presencia de la madre si ella no hablaba. La vieja y tradicional provocación de «papá» Müller: nadie nunca había disparado aquí en la nuca un niño. Pero no era por piedad: los hombres de Müller eran muy capaces de hacer cosas peores. Simplemente comprendían que después la madre perdería la razón y toda la operación fracasaría. Pero este método de persuasión funcionaba infaliblemente.

La cara de Stirlitz tampoco estaba mortalmente pálida porque anticipase las torturas que le esperaban si Katy decía algo sobre él. Todo era más sencillo: jugaba a la ira y su espíritu había dominado tan precisa y totalmente a su cuerpo que el resultado era ese estilo de armoniosa unidad sólo accesible a los grandes actores. Un verdadero agente se parece a un actor o a un escritor. Vive según las leyes de creación de su verdad. La diferencia radica en que mientras la farsa torpe amenaza al actor con tomates podridos, y la falta de credibilidad y la incoherencia le cuestan al escritor las sonrisas desdeñosas de los críticos, el paso en falso de un agente significa su muerte.

—¿Qué está pasando? —dijo con asombro Schellenberg—. ¿Qué le ha sucedido a usted?

—No se desmaye, pero creo que todos estamos bajo la vigilancia de Müller. Ayer fue la idiotez de mandarme a seguir en Friedrichstrasse y hoy algo aún más grave: han encontrado a una rusa con su transmisor que, al parecer, trabajaba muy activamente. ¡Durante ocho meses, he estado cazando este transmisor, pero por no sé qué razón el caso ha caído en manos de Rolff, que sabe tanto de juegos radiales como yo de lesbianas!

Schellenberg alargó de inmediato la mano hacia el teléfono.

—Mejor no lo haga —dijo Stirlitz—. No servirá de nada. Sólo comenzaría la riña habitual entre el espionaje y el contraespionaje. Permítame mejor ir ahora mismo al hospital donde está la rusa y traerla a mi oficina para hacerle por lo menos el primer interrogatorio. Tal vez me esté dejando llevar por una falsa ilusión, pero creo que lo haré mejor que Rolff. Después se la entregan a Rolff: para mí el trabajo es más importante que la vanidad.

—Lo autorizo a que vaya —dijo Schellenberg—, pero, de todos modos, llamaré al *Reichsführer*.

—Véalo mejor —respondió Stirlitz—. Este lío no me gusta nada.

—Váyase —repitió Schellenberg—, y haga lo que debe hacer. Después hablaremos del pastor. Lo vamos a necesitar mañana o pasado...

—No puedo hacer dos cosas a la vez.

—Sí puede. Un agente se rinde inmediatamente o no se rinde. Salvo raras excepciones, cede después de que los matones de Müller le aplican sus métodos especiales. Usted se dará cuenta durante las primeras horas. Si esa dama no habla, entréguela a Müller, y que se rompan la cabeza ellos. Si habla, será un mérito nuestro y así le pisaremos los callos al bávaro.

En los momentos de irritación, Schellenberg llamaba de este modo a uno de los hombres que más odiaba: al jefe de la Gestapo, Müller.

En el cuerpo de guardia, Stirlitz mostró su botón del SD y pasó al cuarto de Katy. Al verlo, los ojos de ésta se abrieron desmesuradamente y se llenaron de lágrimas. Hizo un movimiento hacia Stirlitz, pero él, temiendo a los micrófonos (dos huecos de ventilación eran lugar muy apropiado para colocarlos) no le dio la posibilidad de que pronunciara una sola palabra.

—Señora Kien, recoja sus cosas. Usted ha perdido y un agente debe saber perder con dignidad. Sé que lo negará todo, pero es una tontería. Tenemos cuarenta mensajes cifrados suyos. Ahora le traerán su ropa y usted vendrá conmigo. Le garantizo la vida a usted y a su niño si colabora con nosotros. No puedo garantizarle nada si usted rehusa.

Stirlitz esperó a que la enfermera trajese el vestido, el abrigo y los zapatos.

—¿Podría usted salir mientras me visto? —preguntó Katy siguiéndole el juego.

—No, no saldré —contestó Stirlitz—. Volveré la cabeza y continuaré explicándole la situación, mientras usted decide qué contestarme.

—No le voy a contestar nada —dijo Katy—, no tengo nada que decirle. No entiendo lo que ha ocurrido, estoy muy débil todavía. Espero que pronto se aclare este malentendido. Mi esposo es un oficial, un inválido de guerra...

Katy sentía ahora una rara sensación de alegría. Veía a uno de los *suyos*, y confiaba en que de ahora en adelante, aunque las pruebas fuesen difíciles, había quedado atrás lo más terrible: la soledad...

—Tonterías —la interrumpió Stirlitz—, su transmisor está en nuestras manos, sus radiogramas también, ya están descifrados y constituyen evidencias imposibles de refutar.

Le exijo una sola cosa: que acepte trabajar para nosotros. Y le aconsejo —dijo, volviéndose y mostrándole con los ojos y la cara, pálida aún, que estaba diciéndole algo muy importante, algo que ella debía tomar en cuenta y entender bien— que acepte mi proposición y, en primer lugar, nos diga todo lo que sabe, aunque sea poco lo que sepa, y en segundo lugar, después de aceptar esta proposición, que empiece de inmediato, en dos o tres días, a trabajar con nosotros...

Stirlitz sabía que no podría hablar en su automóvil: lo seguían en un coche de vigilancia, aunque Müller asegurase que había sido mera coincidencia, y cualquier conversación podía ser grabada desde el automóvil. Esto significaba que tendría que hablar lo más importante en el pasillo. Le quedaban dos minutos para el pasillo, el tiempo lo había calculado subiendo al cuarto.

La enfermera trajo al niño.

—Ya está listo... —dijo.

A Stirlitz se le oprimió el corazón, no sólo porque el pequeñito tendría que ir ahora a la Gestapo, a la cárcel, hacia lo desconocido, sino porque una mujer, posiblemente también una madre, se había referido al niño con voz indiferente y férrea diciendo la terrible frase: «Ya está listo...»

—Le va a ser difícil cargar al niño —dijo la enfermera—. Puedo llevárselo hasta el coche.

—No hace falta —contestó Stirlitz—. Puede marcharse. La señora Kien llevará al niño. Y vigile que no haya enfermos en los pasillos.

Cuando la enfermera salió, Stirlitz abrió la puerta y dejó pasar a Katy. Caminaba cogiéndola por el brazo y ayudándola a llevar al niño, pero después de notar el temblor de sus manos, lo llevó él.

—Escúchame, pequeña —comenzó a decir en voz baja, apretando el cigarro entre los dientes—, ellos lo saben todo...

—Tira el cigarro que el humo va a lastimarle los ojos al pequeño —le suplicó Katy.

—No puedo —contestó él—, sólo tenemos este minuto. No es lo más terrible de esta situación. Escúchame atentamente. Ellos te darán una información para nuestra gente. Regatea, exige garantías, exige que el niño esté contigo... Cederás por el niño. Pueden grabarnos, trata de actuar bien en mi despacho. Tú no conoces la clave y nuestros radiogramas no están descifrados. Erwin lo cifraba todo, tú no eras más que la radiotelefonista. El resto es asunto mío. Di que Erwin se entrevistaba con su jefe en las

zonas de Kantstrasse y en Ransdorf. Que no sabes quién era. Di que a Erwin lo visitaba un señor del Ministerio de Relaciones Exteriores. En el coche te mostraré su foto. Eso es todo. ¿Está claro?

Este señor del Ministerio de Relaciones Exteriores era Heinz Korner, consejero de la dirección oriental. Una semana antes había perecido en un accidente automovilístico. Era una pista falsa. Siguiéndola, la Gestapo perdería inevitablemente diez o quince días. Y en esos momentos un día ya significaba mucho...

Cinco horas más tarde, Rolff informó a Müller que la radiotelefonista rusa había desaparecido de la clínica Charité. Müller estaba furioso. A las dos horas llamó Schellenberg por teléfono:

— Buenas tardes, amigo... Stirlitz le tiene un regalo: ha traído a la radiotelefonista rusa que ya está de acuerdo en trabajar para nosotros. El *Reichsführer* lo ha felicitado ya por ese éxito.

Stirlitz sabía que la clave no había sido descifrada. Prácticamente era imposible descifrarla, porque era su clave personal y nadie en la Gestapo la sabía. Los radiogramas que se mandaban a Stirlitz desde el centro tenían otra clave que no necesariamente debía conocer la radiotelefonista, sino el cifrador que ahora estaba callado y sepultado bajo las ruinas de su casa.

En el despacho de Schellenberg, escuchando su alegre charla con Müller, Stirlitz se preguntaba por centésima vez si tenía derecho a traer a la cárcel a su compañera de lucha Katenka Kozlova, Katy, Gien, Inge, Enriqueta. Por supuesto que podría mostrar su botón, montarla en su automóvil, y llevarla a Babelsberg; después le encontraría una vivienda y le daría nuevos documentos. Esto significaría que al salvar la vida de Katy, deliberadamente fracasaría en el cumplimiento de la operación, aquella operación que había sido planeada por el centro, que era tan importante para centenares de miles de soldados rusos y que podría, de una forma u otra, influir en el futuro de Europa. Sabía que después del secuestro de Katy del hospital, toda la Gestapo se pondría en estado de alerta.

Sabía que, incluso en una escapatoria exitosa, el hilo conduciría inevitablemente a él por su botón de la Policía secreta, su coche, sus señas particulares. Esto significaba que también él tendría que pasar a la clandestinidad. Que todo resultaría un fracaso. La estancia en una casa cualquiera, aparentemente segura, era paradójicamente más peligrosa para Katy que su consentimiento en trabajar para la Gestapo y su presencia en uno de los apartamentos secretos para transmisiones por radio. Los agentes que habían sido reclutados y aceptaban trabajar contra su antiguo «dueño», eran tratados con tolerancia. Stirlitz sabía que se lo jugaba todo, que la guerra pronto acabaría y que los verdugos de Müller cometerían nuevos crímenes y aniquilarían a todos los que se encontraban encarcelados. Era esta la razón por la cual había dicho a Katy que desde el principio debía insistir en que ya nada la ligaba a

Rusia después de la muerte de su esposo y que en ninguna circunstancia ella podía caer en manos de su antiguo jefe. Era una alternativa de reserva en caso de que Katy de todos modos cayese en manos de la Gestapo. Si Stirlitz hubiera tenido la completa seguridad de que Katy iba a estar bajo su control todo el tiempo, no se habría preocupado tanto ni se habría planteado una y otra vez la misma pregunta: ¿estaba actuando correctamente o no? La habría instalado en un «apartamento de radio» bajo la custodia de los SS y en el momento oportuno lo habría dispuesto todo para que ella y el niño desaparecieran sin que nadie pudiese encontrarlos. Pero, a pesar de la trágica situación en los frentes y de la enorme cantidad de refugiados que llenaban el centro del país, la Gestapo seguía funcionando de modo preciso y coordinado: una de cada dos personas delataba a la otra y ésta, a su vez, delataba a su delator. Sólo un ingenuo que no conociera la estructura de la Policía secreta alemana hubiera podido pensar que entre esas aguas turbias podría escabullirse sin dificultades.

Durante tres horas trabajó Müller en el primer interrogatorio a la rusa. Comparaba el informe presentado por Stirlitz con la grabación que había ordenado hacer, colocando un micrófono en la toma de corriente situada junto al escritorio del *Standartenführer SS* Von Stirlitz.

Las respuestas de la rusa coincidían por completo. Pero las preguntas que el *Standartenführer* había escrito en el informe eran distintas a las que había formulado realmente a la radiofonista rusa.

—Este Stirlitz trabaja con audacia —dijo Müller a Rolff—, escuche cómo la estaba preparando.

Haciendo retroceder la cinta, Müller, dejó oír la voz de Stirlitz:

—No voy a repetirle verdades trilladas, usted sabe que en Moscú su detención equivale a una condena. Una persona que caiga en manos de la Gestapo tiene que perecer inevitablemente. El que sale de aquí con vida es un traidor y nada más. ¿Correcto? Esto es lo primero. No le pediré los nombres de los agentes que aún no han sido detenidos: no es importante, porque cuando hagan esfuerzos por encontrarla, caerán en mis manos inevitablemente. Esto es lo segundo. Usted tiene que comprender que, como hombre y como oficial del Reich, no puedo contemplar su situación sin piedad. Estoy perfectamente consciente de cuáles serían sus sufrimientos de madre si nos viéramos obligados a enviar a su criatura al orfanato. Esto significa que quedaría sin madre para siempre. Quiero que me entienda bien: no estoy amenazándola, es que aunque no lo quiera, tengo jefes y siempre les es más fácil dar órdenes a los que no han visto a su criatura en sus brazos. Tengo que cumplir las órdenes: soy un soldado y mi patria lucha contra la suya. Y ahora lo último: hemos recibido copias de películas filmadas por cineastas moscovitas donde presentan a los alemanes como unos imbéciles y a nuestra organización como una casa de locos. Si fuera

así, ¿por qué entonces hemos estado casi a las puertas del Kremlin y junto al Volga siendo tan idiotas...?

En este punto Stirlitz le guiñó un ojo a Katy, lo que naturalmente Müller no pudo ver, y ella lo captó de inmediato.

—Sí, pero ahora el Ejército rojo está a las puertas de Berlín —dijo ella.

—Correcto. Cuando nuestras tropas estaban a las puertas del Kremlin, ustedes confiaban en que llegarían a Berlín. Nosotros estamos convencidos de que pronto volveremos al Kremlin. Pero no discutamos más. Le digo todo esto porque no tenemos nada de tontos y hemos descubierto bastantes cosas en sus mensajes, de modo que su trabajo de radiofonista lo puede realizar cualquiera de nuestros hombres...

Stirlitz volvió a guiñarle un ojo a Katy.

—Su radiofonista no conoce mi estilo —dijo ella—. Pero en el Centro lo conocen bien.

—Correcto. Pero tenemos grabados sus mensajes, podemos enseñárselos fácilmente a nuestro radiotelefonista y ponerlo a trabajar en su lugar. Sería su fracaso final. En su patria no la perdonarán, usted lo sabe bien y tal vez mejor que yo.

Stirlitz hizo una seña con la cabeza, pero Katy permaneció callada, apretando contra su pecho al niño dormido.

—Si usted se comporta con sensatez, le prometo una total justificación ante sus jefes.

—Es imposible —contestó Katy sin esperar la señal de Stirlitz.

—Se equivoca. Es posible. Su detención no será registrada en ningún documento nuestro. Se mudaría a la casa de unos buenos amigos míos donde la niña se sentiría bien.

—Es un niño...

—Perdone... Cuando vea a los suyos, les dirá que después de la muerte de su esposo encontró a un hombre que le dio la contraseña...

—No la sé...

—Usted la sabe —repitió insistentemente Stirlitz—, usted sabe la contraseña, pero no la pedirá, estos son detalles menores y un juego romántico. Les dirá que el hombre que le dio la contraseña la llevó a este apartamento y le daba los telegramas cifrados que usted

transmitía al Centro. Será su coartada. En los espectáculos y películas sobre agentes se estila dar tiempo para que se pueda reflexionar. Pero no voy a darle ese tiempo, le pregunto directamente: ¿sí o no?

Silencio.

Müller echó una mirada a Rolff.

—Un solo error —dijo—, equivocó el sexo del niño. Dijo que la criatura era una niña. Todo lo demás es un trabajo excelente.

—Sí —contestó Katy en voz baja, casi susurrando...

—No la oigo —dijo Stirlitz.

—Sí —repitió Katy—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Ahora está bien —dijo Stirlitz—. Y por favor, sin histeria. Usted sabía lo que le esperaba cuando aceptó trabajar contra nosotros.

—Pero tengo una condición —dijo Katy.

—Dígamela.

—Perdí todos los nexos con mi patria después de la muerte de mi esposo y mi detención. Trabajaré para ustedes si me garantizan que nunca caeré en manos de mis antiguos jefes...

De repente Katy se puso mortalmente pálida y comenzó a deslizarse lentamente de la silla. Stirlitz tuvo tiempo de correr hacia ella y coger al niño. Llamó al oficial de guardia.

—Lleve a la detenida al hospital de la cárcel. Asegúrese de que la traten con mucha cortesía... Son los nervios, ya se le pasará...

Stirlitz le dijo a Schellenberg:

—No podemos perderla. Sería el colmo de la estupidez y la imprevisión. Sobre todo en momentos en que comencemos nuestros juegos con el cura. Sería conveniente garantizar el apoyo del *Reichsführer*.

—Lo intentaré —contestó Schellenberg—. Pero, ¿y los motivos?

—Hay muchos —Stirlitz se encogió de hombros.

—Desinformar a los ingleses a través de Portugal y transmitir a Moscú lo que nos sea provechoso. De este modo los volveríamos locos —dijo pensativamente Schellenberg—. ¿Qué le parece?

—Demasiado arriesgado... Pero es interesante.

—Está bien, lo pensaremos. Lo felicito, Stirlitz, hemos hecho rabiar a Müller. Está muy bien, muy bien.

Para Stirlitz, una de las tareas más importantes era determinar el volumen de las investigaciones atómicas, y aunque sabía que los problemas a resolver tenía que comprenderlos y evaluarlos bien, se daba cuenta perfectamente de que una sola persona, por muy hábil que fuese, no podía abarcarlo todo.

Por esta razón resultaba tan atormentadora la ausencia de comunicación con el Centro. Los adversarios suelen creer que un agente colocado en esta situación carece de iniciativa, teme a la responsabilidad, no razona y es incapaz de tomar cualquier decisión acorde con su voluntad. Sin embargo, no es así. Precisamente en esta situación se revelan el alto nivel profesional y las convicciones ideológicas del agente. Un verdadero agente secreto sabe que, sin la dirección del Centro, se puede incurrir en pérdidas de tiempo y riesgos innecesarios, porque la tarea que se asignó al agente incomunicado podría haber sido cumplida por otro agente, en otro momento y otro lugar. En el extranjero y sin comunicación con el Centro, el agente no puede juzgar con plena certeza el grado de importancia y la eficiencia de su trabajo.

Los años que Stirlitz había pasado en el extranjero le habían enseñado a captar los matices más finos en los mensajes cifrados que recibía del Centro. Ahora que su ataque frontal contra Bormann había fracasado por razones desconocidas, Stirlitz necesitaba un urgente contacto con Moscú. Necesitaba obtener alguna ayuda, uno o dos nombres, una o dos direcciones de hombres que, aunque no estuvieran relacionados directamente con Bormann, sí lo estuvieran con la sobrina del primo casado con la hermana del suegro de su cocinero.

Stirlitz sonrió. El parentesco había resultado cómico.

«No puedo perder tiempo, es la muerte —pensó—. No puedo mandar al pastor a Berna hasta que Pleischner no esté allí. Es absurdo enviar a Pleischner sin antes encontrar el modo de acercarme a Bormann. Hasta dentro de un mes el Centro no me mandará otro radiofonista. No puedo esperar un mes, todo se decidirá en días, en el mejor de los casos, en semanas».

Stirlitz se preguntó por qué Bormann no había acudido a la cita. En primer lugar, podía no haber recibido la carta. Los hombres de Himmler pudieron haberla interceptado, aunque era poco probable. Stirlitz se las arregló para enviar la carta con toda la correspondencia secreta destinada a Bormann personalmente. Hubiera sido muy arriesgado robarla porque la introdujo después de que todo el correo había sido revisado por el empleado del departamento secreto del secretariado del *Reichsführer*. Sin embargo, Stirlitz no debía rechazar por completo esta posibilidad. Analizando la carta enviada, Stirlitz se había percatado de varios errores esenciales. A menudo lo salvaba su capacidad innata para volver a analizar una acción, una conversación, una carta y, sin lamentar un posible error, sin dejar que las cosas siguieran su curso, buscar la salida a la situación que pudiera haberse creado debido al error cometido. La carta enviada no presentaba ninguna amenaza para él personalmente: la había escrito en una máquina de escribir en el cuarto de expedición durante un bombardeo, por lo tanto, estaba protegido. Simplemente pensaba que para un tipo como Bormann la carta contenía demasiadas emociones y expresiones de fidelidad, y pocos hechos y proposiciones concretas. El razonamiento de un hombre de Estado se diferencia de las estructuras mentales de quienes se encuentran en los escalones inferiores de las jerarquías de un Estado totalitario. La enorme responsabilidad por las decisiones tomadas prácticamente fuera de todo control obliga a un hombre de Estado como Bormann a aceptar entrevistas con subordinados sólo cuando fueran para comunicarle hechos desconocidos por todos y de gran importancia para el Estado. Pero por otro lado, continuaba pensando Stirlitz, para Bormann eran importantes incluso los más pequeños detalles que pudiesen perjudicar a Himmler. Comprendía el porqué de esta lucha entre Himmler y Bormann. Pero no la razón de que esta lucha continuase en esos momentos con una furia creciente. Stirlitz se daba cuenta de que Bormann podía simplemente haber estado ocupado y por ello no había podido acudir a la entrevista. Al mismo tiempo, sabía que Bormann había atendido esas peticiones sólo dos o tres veces; lo sabía por sus conversaciones telefónicas grabadas. Bormann recibía diariamente esas solicitudes de entrevistas de parte de por lo menos veinte o treinta personas del grupo superior jerárquico del aparato del partido y el militar.

«Todo fue ingenuo de principio a fin —decidió Stirlitz—. No sólo he jugado a ciegas, sino que, de acuerdo con sus reglas, he jugado mal. ¿Puedo hacer algo para arreglarlo? En principio, sí, pero ¿cómo hacerlo concretamente?»

La sirena de la alarma comenzó a aullar. Stirlitz consultó el reloj: las diez de la noche. La puesta del sol era hoy de un rojo color sangre, con tonos azules. Significaba que por la noche haría frío. «Echará a perder mis rosas —pensó al levantarse—. Había sido prematuro sembrarlas, pero quién hubiese podido adivinar que el frío perduraría tanto tiempo».

Las bombas caían muy cerca.

«Al diablo —decidió Stirlitz—, me iré al Bunker. Ellos seguramente tratarán de estropear mi valiosa empresa. Sería una estupidez morir ahora».

Salió del despacho y echó a andar por el pasillo vacío hacia la escalera que llevaba al Bunker. Se detuvo junto a la puerta del despacho de las comunicaciones telefónicas directas. Al principio no comprendió por qué se había detenido ahí, pero luego se percató de que en la puerta estaba puesta la llave.

Frunció el ceño y, sin apresurarse, miró en torno suyo. El pasillo estaba desierto, todo el mundo se había ido al Bunker. Empujó la puerta con el hombro. La puerta no cedió. Hizo girar la llave. La luz estaba apagada, aunque las ventanas habían sido cubiertas con pesadas cortinas. Stirlitz encendió la luz, tanteando la pared con la mano. Dos grandes teléfonos blancos se destacaban entre todos los demás. Era la línea directa con el Bunker del Führer y con los despachos de Bormann, Goebbels y Keitel.

Stirlitz se asomó al pasillo. No había nadie. Los cristales temblaban debido al impacto de las bombas que caían demasiado cerca. Pensó un instante si valdría la pena cerrar la puerta o no.

Después se acercó al aparato y marcó el número doce cero cero cinco cuatro.

—Bormann —oyó en el auricular una voz de bajo fuerte.

—¿Ha recibido usted mi carta? —preguntó Stirlitz cambiando la voz.

—¿Quién habla?

—Debía haber recibido una carta dirigida personalmente a usted. De un miembro fiel del partido.

—Sí. Buenas noches. ¿Dónde está? Ah, bueno... Está claro. La matrícula de mi coche es...

—Lo sé —interrumpió Stirlitz—. ¿Quién conducirá el coche?

—¿Tiene eso importancia?

—Sí. Uno de sus choferes...

—Lo sé —lo interrumpió Bormann.

Se entendían perfectamente. Bormann había entendido que Stirlitz estaba enterado de que todas sus conversaciones se grababan, lo cual significaba que el hombre que le hablaba

estaba al tanto de los secretos del Reich. Stirlitz, a su vez, llegó a la conclusión de que Bormann sabía todo lo que no le podía decir (uno de sus chóferes era un agente de la Gestapo) y presintió el éxito.

—Lo van a esperar en el sitio indicado. Mañana, a la hora prevista.

—No, ahora —dijo Stirlitz—. Dentro de media hora.

— ¡Heil Hitler! —dijo Bormann y colgó.

²⁵ Alusión al protagonista de una obra de Goethe. N. del T.

8-III-1945 (22 h 32 min) **Media hora más tarde Stirlitz vio un «Maibach» blindado estacionado junto al Museo de Historia Natural. Pasó de largo y en el asiento de atrás descubrió a Bormann. Después de cerciorarse de que no había ninguna «cola» detrás de él, volvió sobre sus pasos y, abriendo la puerta, dijo: — *Parteigenosse* Bormann, le agradezco la confianza que me ha mostrado...**

Bormann le estrechó la mano en silencio, examinando la cara de Stirlitz.

—Vamos —le dijo al chofer—. Al Wannsee.

Después cerró la cabina de cristal que lo separaba del chofer.

—¿Dónde lo he visto antes? —preguntó mirando nuevamente a Stirlitz—. A ver, quítese el camuflaje...

Stirlitz colocó sus lentes en las rodillas y se echó hacia atrás la gorra.

—Estoy seguro de que lo he visto en algún lugar anteriormente —repitió.

—Seguro —contestó Stirlitz—. Cuando me condecoraba con la cruz de hierro me dijo que yo tenía cara de profesor de matemáticas y no de espía...

—En este instante tiene la cara de un espía y no de un profesor —bromeó Bormann—. Pero bueno, qué ha pasado, cuénteme...

El teléfono que comunicaba a Bormann con la Dirección Imperial de Seguridad no había sido utilizado durante toda la noche. Al otro día por la mañana, la conversación grabada ya se encontraba en la mesa de Himmler. Su primera reacción fue de furia, pero cuando su ira se hubo aplacado, se asustó y llamó a Müller. Le ordenó que averiguase con mucha cautela quién había llamado al cuartel general del NSDAP desde el despacho especial de teléfonos estatales.

Esa mañana Müller no pudo reunir ninguna información importante. Por la tarde le entregaron las huellas digitales que había dejado el desconocido al llamar a Bormann. Le asombró enormemente que fueran las mismas huellas digitales que la Gestapo había descubierto días antes en el transmisor de la radiofonista rusa.

El chofer de Bormann que tiempo atrás, con permiso del propio Bormann, había rehusado convertirse en informante del SD, fue detenido cuando volvía a su casa después de la guardia. Durante tres horas lo único que dijo fue que le permitieran una entrevista con Bormann. Después de que le aplicaron el interrogatorio de tercer grado, confesó que esa noche un desconocido había montado en su automóvil con su jefe. No pudo decir de qué hablaron porque la conversación se había desarrollado en los asientos de atrás y su cabina estaba separada por un grueso cristal a prueba de balas. Hizo la descripción del desconocido. Dijo que el hombre llevaba una gorra que le tapaba la frente y lentes con gruesa montura de carey. Tenía bigotes canosos. El chofer tuvo que examinar más de doscientas fotografías. Entre ellas había una foto de Stirlitz. Pero, en primer lugar, no llevaba lentes, ni bigotes, que se ponían y quitaban fácilmente en caso de necesidad y, en segundo lugar, la foto había sido tomada cinco años atrás y, durante esos años de guerra, los hombres solían transformarse por completo y con frecuencia llegaban a volverse irreconocibles.

Después de recibir la nota de Müller sobre la investigación que se llevaba a cabo, Himmler dio su consentimiento para tomar en secreto las huellas digitales a todos los funcionarios.

Müller propuso también organizar la liquidación del chofer de Bormann, de modo que su muerte pareciera casual: un accidente en la misma calle de su casa. Himmler estuvo a punto de autorizar la operación, a todas vistas necesaria, pero después se detuvo. Ya no tenía confianza en nadie, ni siquiera en Müller.

—Piénselo bien usted mismo —dijo—. Tal vez sea mejor soltarlo —dijo, sabiendo perfectamente cuál sería la respuesta de Müller.

—Es imposible, lo trabajaron mucho.

Era ésa exactamente la respuesta que esperaba el *Reichsführer*.

—Bueno, no sé —dijo haciendo una mueca—. El chofer es un hombre honesto y nosotros no castigamos a la gente honesta... Invente algo usted mismo...

Müller salió furioso del despacho de Himmler, convencido de que el *Reichsführer* le temía a Bormann y desviaba el golpe hacia él, hacia Müller. «No —decidió—, en este caso yo también puedo jugar este juego. El chofer debe vivir. Esa será mi carta de triunfo».

Después de hablar con Müller, Himmler llamó a Otto Scorzeny.

—Necesito el archivo de Bormann —dijo— ¿Usted entiende lo que necesito, Scorzeny?

—Perfectamente.

—Será más difícil que secuestrar al *duce*.

—Seguro.

—Pero, ¿es posible?

—No lo sé.

—Scorzeny, esta respuesta no me satisface. Pronto Bormann querrá sacar el archivo, usted debe averiguar a dónde, además de cómo y quién lo va a proteger. Schellenberg le ayudará extraoficialmente, como asesor general.

—He comprendido, *Reichsführer*.

Después de haberle comunicado a Schellenberg su idea de enviar al pastor Schlag al extranjero, Stirlitz tomó el expreso nocturno hacia la frontera suiza para preparar la «ventana». Creía, como Schellenberg, que si el pastor cruzaba la frontera abiertamente, todo el asunto podía adquirir una publicidad indeseable. La operación había sido planeada sin conocimiento de la Gestapo. Si ellos se enteraban de que un hombre liberado de la cárcel ilegalmente, sólo por orden personal de Schellenberg, había cruzado la frontera, seguramente lo dejarían pasar, pero lo someterían desde el principio a la más estricta vigilancia, lo cual debía evitarse a toda costa mediante esta «operación de cobertura». De acuerdo con el criterio de Schellenberg, el «desenmascaramiento» de Schlag después de que hubiera cumplido su misión debería llevarlo a cabo precisamente Stirlitz.

En esos días Stirlitz, con el consentimiento de Schellenberg, había preparado para el pastor los «candidatos» a conspiradores; consideraba que debían ser empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores y del cuartel general de la Luftwaffe de Goering. En estos organismos había escogido a los hombres que servían al nazismo con el mayor celo y a quienes conocía como agentes de la Gestapo. A Schellenberg le gustó especialmente el hecho de que todos estos hombres habían sido reclutados por la Gestapo.

—Todo eso está muy bien —dijo—, tiene buenas perspectivas.

Stirlitz lo miró interrogativamente.

—De este modo —aclaró Schellenberg— echaremos a perder la reputación de todos los demás que también pretendan buscar contactos en Occidente. Allí saben diferenciar muy bien entre la Gestapo y nuestro departamento.

«No lo había pensado —reconoció Stirlitz—. Es inteligente, sabe bien lo que hace y preve el futuro. Gracias, Schellenberg, por la lección. Aunque hay que pensarlo bien: si tienen a

alguien en Occidente, le tenderían la mano al mismísimo Satanás, y ni hablemos de Müller».

El expreso nocturno en que viajaba Stirlitz se diferenciaba de todos los demás porque continuaba manteniendo el confort de antes de la guerra: en los pequeños compartimientos crujían las correas de piel genuina; brillaban, como en un barco, los ceniceros de cobre y los soportes de las lámparas eléctricas, y los camareros servían un café fuerte. Era un tren utilizado casi exclusivamente por los diplomáticos en sus viajes de Escandinavia a Suiza.

Stirlitz ocupaba el asiento número setenta y cuatro. El asiento número cincuenta y seis en el vagón contiguo lo ocupaba un pálido profesor sueco con un largo y tosco apellido escandinavo. Eran los únicos viajeros en dos vagones internacionales, sin contar a un general que volvía al frente italiano después de haberse curado de sus heridas. El general se asomó al compartimiento de Stirlitz y le preguntó: —¿Es usted alemán?

—Desgraciadamente —contestó Stirlitz.

Él podía hacer tales bromas, porque había sido oficialmente autorizado. Una provocación supone la posibilidad de bromear sarcásticamente. En caso de que uno de los dos delatara al otro, había una protección: estaba oficialmente autorizado por sus jefes. Si la delación no se producía, era entonces factible que se pudiera trabajar con ese hombre. Este problema había sido discutido en la Gestapo: ¿Debían interrumpirse las conversaciones peligrosas en el acto o continuarse? Algunos en el SD eran partidarios de cortarlas en seguida: el miedo era un remedio profiláctico excelente. Pero los demás, y entre ellos estaba Stirlitz, afirmaban que debían provocarse conversaciones sobre los temas más candentes en todas partes donde fuese posible.

—¿Por qué «desgraciadamente»? —preguntó el general.

—Porque no me han traído la segunda taza de café. El café verdadero se lo sirven únicamente a los que tienen pasaporte extranjero.

—¿Sí? Pero a mí ya me han dado dos veces. Tengo coñac. ¿Le gustaría beber?

—Gracias, yo también tengo coñac.

—Pero seguramente no tiene tocino.

—Tengo tocino.

—Entonces parece que ambos comemos del mismo plato —dijo el general observando lo que Stirlitz sacaba de su portafolio—. ¿Qué graduación tiene?

—Soy diplomático. Consejero de la tercera dirección de relaciones exteriores.

—Entonces usted es uno de los que todo el mundo maldice —dijo el general, sentándose en un sillón colocado detrás del pequeño lavamanos—. Ustedes son los culpables de todo.

—¿Por qué?

—Porque ustedes provocaron la guerra en dos frentes. *Prost!*

—*Prosit!* ¿Es de Mecklemburgo?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Ha dicho *Prost*. La gente del Norte siempre se come las vocales.

El general se rió.

—Es verdad —dijo—. Dígame ¿no lo vi a usted ayer en el Ministerio de Aviación?

Stirlitz se puso en guardia. El día antes había llevado al pastor Schlag al Ministerio de Aviación para «establecer contactos» con los hombres más cercanos a Goering. En el caso de que la operación tuviese éxito y la Gestapo comenzara a funcionar a instancias de Schellenberg para aclarar la «conspiración» haría falta que el pastor dejara huellas: en el Ministerio de Aviación, en la Luftwaffe y en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En el Ministerio de Aviación el pastor entregó su pasaporte para un registro y pidió datos sobre el consejero Walter Schmiedekropf; en el Ministerio de Relaciones Exteriores había dejado una carta para el doctor Kleist que había sido el primero en tantear en Estocolmo los contactos con Occidente.

«No —pensó Stirlitz, sirviendo el coñac—, este general no pudo haberme visto. No pasó absolutamente nadie cuando estaba esperando en mi coche. Es imposible que Müller me lo haya enviado, no tiene esa costumbre; trabaja con más perspicacia».

—No estuve allí —contestó—. Mi cara tiene una propiedad extraña: todo el mundo cree que me ha visto anteriormente.

—Tiene una cara muy estereotipada —contestó el general—. Se parece a muchos.

—¿Eso es bueno o malo?

—Para los espías debe ser bueno, pero para un diplomático creo que es malo. Ustedes necesitan caras que puedan ser recordadas después.

—¿Y los militares?

—Los militares necesitamos ahora piernas fuertes.

—¿Y qué me dice de las cabezas?

—Nuestras cabezas no tienen ninguna importancia. Alguien piensa por nosotros, sólo cumplimos órdenes. Nuestras piernas son las importantes, las piernas. Para correr a tiempo.

—¿No tiene miedo de hablar así con un desconocido?

—Usted no conoce mi nombre

—Sería muy fácil de averiguar, porque tiene una cara muy destacada.

—¿Sí? Diablos, a mí siempre me ha parecido que mi cara es muy corriente. De todos modos, mientras usted escribe su denuncia y ellos encuentran a otro testigo, pasará tiempo y todo se habrá terminado ya. Estos no son los que nos van a sentar en el banquillo de los acusados, sino los otros. Y los diplomáticos ocuparán los primeros lugares.

—Ustedes quemaban, destruían, mataban, ¿y van a juzgarnos a nosotros?

—Hemos cumplido órdenes. Quemaban los SS. Nosotros combatimos.

—¿Es que han inventado un nuevo método de hacer guerra sin quemar y sin matar?

—La guerra es necesaria. Por supuesto, no una guerra estúpida. Esta es la guerra de un aficionado. Él decidió que podía hacerla sin estudiar en las academias, por inspiración divina. Decidió que sólo él sabía lo que todos nosotros necesitábamos. Decidió que él sólo ama a la gran Alemania, mientras que nosotros pensamos día y noche en cómo venderla a los malditos cosacos judíos.

Stirlitz se rió.

—Hasta ahora no había oído hablar de cosacos judíos.

—Bueno, de los rojos yo espero cualquier cosa. Y de los norteamericanos también. He peleado contra ellos durante un año. A estos idiotas los perderá su técnica: creen que la guerra puede ganarse sólo con bombardeos. *Prost!*

—*Prosit...*

—Seguirán aumentando su poderío técnico y se ahogarán en él. Decidirán que todo les está permitido. Los rojos piensan como piensan porque son salvajes y pobres y los norteamericanos porque son demasiado ricos. Por eso las guerras son necesarias...

—No veo la relación —dijo Stirlitz—. Algo en su tesis no funciona.

—Todo funciona perfectamente. Los Estados son como hombres. No les gusta la inmovilidad. Se ahogan dentro de sus fronteras. Necesitan moverse: es un axioma. El movimiento es la guerra. Pero si ustedes, diplomáticos malditos, lo vuelven a confundir todo, serán totalmente aniquilados.

—Hemos cumplido órdenes. Somos también soldados... Soldados del Führer.

—Déjese de fingir. Soldados del Führer —remedó burlescamente a Stirlitz—. Un cabo que se robó las botas de un general...

—Me da miedo hablar con usted...

—Miente. En estos momentos toda Alemania dice lo mismo... O lo piensa, en todo caso.

—¿Y los muchachos de las juventudes hitlerianas? Cuando luchan contra los tanques rusos, ¿piensan igual? Ellos mueren con las palabras de «Heil Hitler»...

—El fanatismo nunca ofrecerá una victoria definitiva. El fanatismo cansa y acaba disolviéndose en las ideas y la conducta de los vencidos. Los fanáticos pueden vencer en los primeros momentos, pero nunca podrán retener la victoria porque se cansarán de ellos mismos. *Prost!*

—*Prosit...* Entonces, ¿por qué no se rebela con su división...?

—Un grupo de divisiones.

—Mejor. ¿Por qué, entonces, no se rinde junto con sus divisiones?

—¿Y la familia? ¿Y los fanáticos del Estado Mayor? ¿Y los cobardes que prefieren luchar creyendo en una victoria ilusoria antes de marcharse a un campo de prisioneros de los aliados...?

—Usted puede dar una orden...

—Se da una orden para morir... No existen órdenes para vivir entregándose al enemigo. Nadie sabe cómo escribirlas... En ningún Ejército del mundo.

—¿Y si hubiera recibido esta orden...?

—¿De quién? ¿De este neurótico? Nos está arrastrando a todos a la tumba: es terrible morir en la soledad, pero morirnos todos juntos es insignificante y hasta podemos bromear...

—¿Y si la orden viniera de Keitel?

—Este en lugar de cabeza tiene un culo. Es un oficinista, no un militar.

—Bueno, y si viniera de su jefe supremo en Italia.

—¿Kesselring? Nunca hará tal cosa.

—¿Por qué?

—Fue educado en el cuartel general de Goering. Todo el que ha trabajado bajo el mando de algún líder, pierde la iniciativa inevitablemente. Puede adquirir destreza, puede convertirse en un ser analítico, pero pierde la capacidad de tomar decisiones propias. Antes de dar un paso semejante, iría a ver forzosamente al cerdo.

—¿A quién?

—Al cerdo —repitió el general obstinadamente—. A Goering.

—¿Está usted seguro de que es imposible convencer a Kesselring de que tome esta decisión sin el consentimiento de Goering?

—Totalmente seguro.

—¿No cree en esa posibilidad?

—Creo en la posibilidad... En la posibilidad de una muerte cercana... la de todos nosotros, juntos... No es tan terrible, créame, cuando es la de todos juntos. Nuestro fin será tan horrendo que su recuerdo herirá el corazón de muchas generaciones de alemanes desgraciados...

El general comenzó a llorar de improviso. Su cara permaneció impasible, ni un solo músculo se movió en ella, sólo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Pero el llanto no afectó la firmeza de su voz cuando terminó diciendo: —Dije a mis hijos: maldita sea cualquier democracia en Alemania. Toda democracia en nuestro país acaba en la dictadura de los pequeños tenderos. Mientras más libertades tenemos, más rápidamente deseamos la

SS, la Policía secreta, los campos de concentración y el miedo total. Sólo así nos sentimos tranquilos. No se necesita que luchemos por nuestros puntos de vista sobre los destinos de la patria, ni que asumamos una responsabilidad cualquiera: sólo hay que levantar la mano en honor del que lo hace todo por ti, sólo hay que gritar *Heil Hitler* y ya todo está claro y no hay por qué preocuparse...

Toda la noche el profesor sueco del apellido escandinavo largo y tosco la pasó escribiendo en su compartimiento, tratando de que la pluma no rasgara demasiado el papel cada vez que el tren se estremecía violentamente en los empalmes...

En la estación fronteriza Stirlitz salió del vagón. El general bajó la vista al pasar y levantó la mano realizando el saludo del partido. —*¡Heil Hitler!* —dijo en voz alta. —*¡Heil Hitler!* —respondió Stirlitz—, Le deseo éxitos y que derrote a sus enemigos.

El general miró a Stirlitz con aprensión: debió de haber estado muy borracho cuando entró en su compartimiento.

—Gracias —contestó de nuevo muy alto, calculando que tal vez sus palabras podían ser oídas por el mozo del tren—. Les romperemos la cabeza.

—No lo dudo —dijo Stirlitz y echó a andar despacio por el andén.

En los dos vagones sólo había quedado el profesor sueco que iba al extranjero, hacia la tranquilidad y el silencio de una Suiza libre y neutral. Stirlitz se paseó por el andén hasta que fueron llenadas las formalidades de control en la frontera y en la aduana. Cuando el tren lentamente se puso en marcha, Stirlitz siguió con una larga mirada la figura del profesor sueco que iba pegado a la ventana...

Era el profesor Pleischner, el hermano de su compañero de lucha, el héroe antifascista alemán Hugo Pleischner. Viajaba a Berna con un informe dirigido a Moscú sobre las negociaciones de Wolff, sobre la tarea que le había encomendado Schellenberg, sobre los contactos con Bormann y la detención de Katy. En este informe Stirlitz pedía que le mandaran un enlace y señalaba cuándo, dónde y cómo podía recibirlo.

Stirlitz suspiró con alivio cuando el tren se hubo alejado y se dirigió al departamento local de la guardia fronteriza para pedir un automóvil y marcharse a un lejano puesto en las montañas, por donde muy pronto el pastor debería penetrar «ilegalmente» en Suiza.

¡Reichsführer!

Ayer por la noche comencé la realización práctica de la operación «Verdad».

Planifiqué llevar a cabo la acción, de ser posible, sin ruido. Sin embargo, los acontecimientos de la noche en cuestión no me permitieron realizar mi plan de esa manera. Después de que mis hombres vestidos de civil hubieron colocado un camión en medio de la carretera, la columna que transportaba el archivo del Reichstleiter, sin pararse, comenzó a disparar sobre el camión y contra tres de mis hombres. Sin preguntar nada, sin revisar los documentos, el primer coche de protección del archivo del partido chocó con nuestro camión y lo tiró a la cuneta. Se pudo abrir el camino. Cinco hombres del primer coche de protección montaron en el automóvil siguiente y la columna reemprendió la marcha. Me di cuenta de que en cada camión se encontraban por lo menos cinco o seis hombres armados con metralletas. Como se había aclarado posteriormente, no eran soldados, ni tampoco oficiales. Eran militantes de la organización local del NSDAP movilizados la noche antes de que se produjera la evacuación del archivo. Ellos habían recibido la orden personal de Bormann de disparar sobre cualquiera que se acercara a los coches más de veinte metros, independientemente de su grado. Comprendí que había que cambiar de táctica. Mandé a una parte de mis hombres a seguir por el camino paralelo hasta la intersección de la carretera con la línea del ferrocarril: el guardián de allí fue sustituido por uno de mis hombres de confianza que debía cerrar el camino bajando la barrera. Yo y el resto de mis hombres nos quedamos en el mismo lugar y dividimos en dos la columna que transportaba el archivo. Para esto tuvimos que prender fuego con un lanzagranadas faust al camión número trece, si contamos desde el primero. Por desgracia, hubo que utilizar armas: los hombres del camión dispararon hasta la última bala, a pesar de que les habíamos propuesto entrar en negociaciones. Los primeros trece camiones llegaron al cruce al mismo tiempo que nuestros automóviles, pero allí se encontraban diez tanques del Cuerpo de Ejército número veinticuatro que protegieron a los camiones del Reichstleiter. Nuestros hombres tuvieron que replegarse para no verse comprometidos en caso de que alguien pereciera en el tiroteo. Los camiones que habían caído en nuestras manos fueron quemados y todos los sacos y cajas de cinc trasladados a los vehículos blindados y transportados al aeródromo. Los choferes que condujeron los vehículos blindados al aeródromo fueron liquidados por nuestro grupo de choque.

¡Heit Hitler!

Su Scorzeny.



Información para un análisis (Dulles) La agente de Schellenberg que trabajaba en la casa de Dulles comunicó que su dueño había sido visitado por el cura Norelli de la representación del Vaticano y estos dos hombres inteligentes habían mantenido una conversación que pudo grabarse casi hasta la última palabra.

El mundo maldecirá a Hitler —dijo Dulles llenando su pipa—, no sólo por los crematorios de Maydanek y Auschwitz... sino porque la intervención alemana, por muy paradójico que parezca, ha provocado un desarrollo de Rusia de una magnitud nunca antes vista. Este país descubrió el enorme potencial del régimen soviético. Nunca antes en toda su historia, ni siquiera en el período magnífico y democrático de las reformas de 1861, Rusia dio un salto adelante tan significativo como durante estos años de guerra. Los rusos construyeron enormes fábricas en los Urales y Siberia con nuestra ayuda; les dimos máquinas, materiales estratégicos e información técnica. Después de obtener nuestra técnica, abandonaron sus métodos anticuados. Hitler arrojó a Rusia en los brazos de Norteamérica. Los rusos reconstruirán la industria de las regiones occidentales devastadas con la ayuda de las reparaciones alemanas (Stalin se propone obtener de Alemania veinte mil millones de dólares) y con esto duplicará su potencial industrial.

—Entonces —preguntó el cura—, ¿no hay salvación? ¿Quiere decir que dentro de cinco o seis años los bolcheviques me obligarán a decir misa en honor de su ilustrísimo Stalin?

—No sé qué decirle... Por supuesto, pueden hacerlo. Si actuamos como corderos, naturalmente. Debemos poner nuestras esperanzas en el desarrollo del nacionalismo en Rusia, tal vez así los podríamos vencer... Pero no debemos ser tontos. Si antes Stalin tenía su metalurgia en Ucrania y muy poca en el Este, si antes Ucrania alimentaba con su trigo al país entero, ahora todo ha cambiado. En la base del nacionalismo siempre se encuentran los intereses de tal o cual grupo de población que está relacionado con los negocios o, utilizando la fraseología marxista, con la producción. Cuando yo mismo produzco algo, me siento de una manera, pero cuando aparece un competidor, me siento de otra diferente. En nuestro sistema la competencia es vivificante. En el sistema de Stalin la competencia sólo traumatiza a la gente. Sería ridículo que mandáramos saboteadores a la futura Rusia para que vuelen fábricas. Pero si nuestra propaganda, de modo preciso y bien argumentado, les comunicara a las distintas nacionalidades rusas que cada una de ellas puede vivir en forma independiente, hablando su propio idioma, esto sería una victoria nuestra y los rusos no podrían oponer nada a ella.

—Mis amigos en el Vaticano —dijo el cura— creen que los rusos han aprendido a maniobrar en las acciones y en el razonamiento durante los años de guerra.

—¿Sabe? —dijo Dulles, aspirando una y otra vez su pipa—, estoy ahora releiendo a los escritores rusos: a Pushkin, Saltikov, Dostoievski... Lamento mucho no conocer su idioma, porque la literatura rusa es asombrosa; me refiero a su literatura del siglo XIX. En la segunda mitad del siglo XIX les permitieron desahogarse y hay que estudiar cuidadosamente este período porque su desahogo no fue tanto acerca del pasado como sobre el futuro... He llegado a la conclusión de que el carácter ruso es más propenso a contemplar los ejemplos ideales del pasado que a arriesgarse a construir los modelos del futuro. Imagino que acabarán por cifrar sus esperanzas en la clase agraria de Rusia, confiando en que la tierra todo lo cura y todo lo une. Si lo hacen, entrarán en conflicto con el tiempo y este conflicto no tiene salida. El nivel del desarrollo técnico no permitirá cifrar las esperanzas ideológicas en la tierra.

—Es muy interesante —dijo el cura—. Lo único que temo es que en sus razonamientos se coloque usted más bien por encima de ellos que al lado de ellos...

—¿Me sugiere que ingrese en las filas del partido bolchevique? —sonrió Dulles—. Ellos no me aceptarían.

11-III-1945 (16 h 03 min)

En el puesto fronterizo, Stirlitz había resuelto rápidamente todos los problemas. El primer teniente resultó ser un muchacho complaciente y de buen carácter. Al principio, a Stirlitz le asombró su excesiva amabilidad, porque los guardias fronterizos tenían fama de ser tan orgullosos como los estudiantes pendencieros del siglo pasado. Pero pronto Stirlitz comprendió lo que ocurría: era la vida en las montañas, en la frontera con la Suiza neutral, en un mundo singular de luna y nieve, lejos de los bombardeos, la destrucción y el hambre, la que impulsaba al teniente, al comandante de la zona y a todos los demás jefes locales, a complacer a un visitante del Centro. De ahí que nadie le preguntara a Stirlitz acerca de los detalles de la acción ni mucho menos sobre sus objetivos. Naturalmente, él no habría contestado esas preguntas; sin embargo, la conducta de los guardas fronterizos, su obsequiosidad y atenciones desmedidas le ayudaron a sacar una conclusión importante: la frontera había dejado de ser infranqueable. Si en vez de tener que enviar a un solo pastor, hubiera tenido que enviar a varios y sin que los jefes lo supieran, lo habría podido hacer sin dificultad alguna.

Pensaba que hubiera sido ideal ponerse en contacto con Schellenberg y rogarle que ordenara a algún funcionario fiel del contraespionaje que trajera al pastor directamente al puesto fronterizo. Pero sabía que cualquier llamada a Berlín sería registrada por el departamento de Müller, lo que significaba arriesgar toda la operación de Schellenberg. Hasta cierto punto, eso hubiera sido conveniente para Stirlitz, porque siempre creía útil provocar una buena riña entre los nazis prominentes. Pero, por otro lado, el fracaso de Schellenberg y de la misión que había encomendado al pastor, debería convertirse en una carta de triunfo de él, de Stirlitz, cuando lo reportara a Bormann. La información que se proponía ofrecer debía documentarse, tener fotos, grabaciones magnetofónicas, direcciones secretas y reportes del pastor. Sólo ofreciendo pruebas de peso a Bormann, Stirlitz podría torpedear desde adentro aquellas negociaciones, no ficticias sino reales, que debería llevar a cabo el general Karl Wolff en Suiza.

Stirlitz decidió el lugar por donde el pastor cruzaría la frontera: era un desfiladero cubierto por un bosque de pinos. Verificó de nuevo el nombre del hotelito suizo que se veía desde la frontera; averiguó el nombre del propietario del hotel y el tiempo que demoraba la espera de un taxi en la ciudad. Preguntó también dónde se encontraba el hotel más cercano en el valle, ya que, según el plan, el pastor era un esquiador en vacaciones que se había extraviado en los desfiladeros durante un paseo del valle a las montañas. El dueño del hotel debería avisar a un taxi para que lo llevara de regreso al valle. Los autobuses salían desde allí para Berna y Zúrich, donde el pastor tenía amigos. Debía encontrarlos solo, sin aviso previo. Después les podía decir toda la verdad: cómo Stirlitz había logrado su liberación, cómo le había enviado a un provocador y cómo había organizado su fuga a través de la frontera. El pastor debía decir que su amigo esperaba una tarjeta postal del malecón de

Lausana. Esto significaba que las primeras entrevistas se habían producido, que los contactos habían sido hechos y que ya se podía entrever un diálogo más serio. Al principio Schellenberg se opuso a este plan de Stirlitz.

—Es demasiado sencillo —decía—, demasiado fácil.

—Él no puede actuar de otra manera —contestaba Stirlitz—. Para él la mejor mentira es la verdad absoluta. Si no, lo confundiría todo y la Policía se fijaría en él.

Después de arreglados todos los detalles del futuro cruce de la frontera, Stirlitz advirtió a los guardas fronterizos sobre el castigo que les esperaba en caso de que divulgaran el secreto; les dijo que sólo al *Reichsführer SS* personalmente podrían contestarle cualquier pregunta relacionada con esta operación. Dijo que antes de que el pastor saliera de Berlín mandaría un telegrama a nombre del primer teniente diciendo: «Mamá ha tenido ataque corazón. Trata enviar medicinas. Hans», lo que significaba que un automóvil sin chofer, con la llave puesta, debía esperarlos en la estación, y que en el lugar de la operación, deberían dejarse esquíes suizos (usados, ajustados, lubricados con pasta suiza número cuatro), los guantes que se tejían en la frontera suiza y las botas que se fabricaban en Berna, también usadas.

Stirlitz estuvo de vuelta en su casa de Babelsberg a las once de la noche. Abrió la puerta, alargó la mano hacia el interruptor para encender la luz, pero lo detuvo el susurro de una voz muy conocida.

—No encienda la luz.

«Es Holtoff —comprendió Stirlitz—. ¿Cómo ha entrado en mi casa? Ha pasado algo y, por lo visto, muy importante...»

El profesor Pleischner alquiló un cuarto en un hotelito de Berna, se bañó y bajó al restaurante. Durante largo rato, con asombro, estuvo contemplando el menú. Pasaba la vista de las palabras «crema de leche» y «langostas» hacia la palabra «precio». Estudió largo rato el papel encerado del menú, de tonos azules, y, para su propia sorpresa, se echó a reír.

—¡Hitler es un canalla!

Estaba solo en el comedor, en la cocina el cocinero hacía ruido con las cazuelas y se sentía un olor a leche hervida y pan fresco.

— ¡Hitler es un mierda! —dijo Pleischner, esta vez más alto.

Alguien lo había oído. Apareció un camarero joven de mejillas sonrosadas que se acercó suavemente al profesor con una sonrisa.

—Buenos días, Monsieur...

—¡Hitler es un perro! —gritó Pleischner—. ¡Un perro! ¡Un canalla! ¡Un animal!

No podía dominar aquel rapto de histeria. Reía y lloraba, repitiendo constantemente:

“¡Bestias! ¡Canallas! ¡Bandidos!”

Al principio el camarero intentó sonreír, considerando que se trataba de una broma del señor profesor vestido de gris, pero al ver lágrimas en su cara, corrió de inmediato a la cocina desde donde ya asomaba el cocinero.

—¿Llamo al hospital? —preguntó el camarero.

—¿Estás loco? —contestó el cocinero—, la ambulancia vendría directamente al restaurante. Dirán que hemos envenenado a un hombre.

Una hora después Pleischner se había mudado del hotel a una pensión privada a orillas del lago. Comprendió que habría sido imprudente quedarse allí después de su estúpida explosión histérica y con su falso pasaporte sueco. El ataque de nervios lo había amedrentado. Caminaba por las calles y volvía frecuentemente la cabeza por temor a que, detrás de él, en cualquier momento chillaran los frenos y hombres silenciosos lo cogieran por los brazos y lo llevaran al sótano y empezaran a pegarle por su atrevimiento de ofender al gran Führer. Pero seguía caminando y nadie reparaba en él. En un kiosco compró varios periódicos ingleses y franceses: en las primeras páginas vio las caricaturas de Hitler y Goering. Se rió a escondidas y nuevamente se asustó porque creía que empezaba un nuevo ataque.

—Dios mío —dijo de repente—. No lo puedo creer. ¿Todo ha quedado atrás realmente?

Ahora iba por una calle desierta hacia la casa de contacto cuya dirección le había dado Stirlitz. Volvió la cabeza varias veces y, de repente, se sorprendió a sí mismo comenzando a bailar un vals (después se daría cuenta de la cantidad de actos extraños que había cometido el primer día de su llegada). Tarareaba un viejo vals y giraba extasiado ejecutando piruetas pasadas de moda como las que hacían los bailarines de cabarets al principio del siglo. Esto lo recordaba bien.

Un hombre alto y robusto le abrió la puerta.

—Otto me ha enviado a decirle —dijo el profesor empleando las palabras de la contraseña— que ayer por la noche esperaba su llamada.

—Entre —dijo el hombre y Pleischner entró en el apartamento, aunque no debía hacerlo sin que le contestasen: «Qué raro, estuve todo el tiempo en casa, pero seguramente se confundió de número». El aire embriagador de la libertad le jugó una broma cruel al profesor Pleischner: los nazis se habían apoderado del apartamento del agente soviético y esperaban a los «visitantes». El primero resultó ser el enlace de Stirlitz, el profesor Pleischner.

—Bien —dijo el hombre alto cuando ya habían entrado en la habitación—. ¿Cómo está él allí?

Pleischner le alargó una minúscula ampolla que sacó de la boca.

—Aquí está todo escrito —dijo.

Esto lo había salvado. Los alemanes no sabían la contraseña ni conocían a los posibles enlaces que pudieran venir. Por eso habían tomado la decisión de que si el enlace no entraba esperando la respuesta, debían apresarlo, suministrarle un somnífero y llevarlo secretamente en un automóvil hacia Alemania. En el caso de que se estableciera contacto, se le debía vigilar hasta encontrar a su jefe.

El hombre alto fue al cuarto contiguo, abrió la ampolla y extendió sobre la mesa una hoja de papel cebolla. Las cifras de cinco componentes formaban un informe. Las mismas cifras se encontraban ahora en el departamento de claves en Berlín: era la clave en que se transmitían las informaciones de la radiofonista rusa que había aceptado trabajar con los alemanes.

El hombre alto tendió el mensaje cifrado a su ayudante y dijo:

—Vaya inmediatamente a la Embajada. Diga a nuestros hombres que organicen la vigilancia de este tipo. Lo voy a entretener. Trataré de conversar con él. Se ve que es un aficionado, simplemente lo utilizan para estas cosas. Yo lo haré hablar...

Katy se paseaba por la habitación tratando de dormir al niño. Después de la partida de Stirlitz la habían trasladado a un apartamento secreto de la Gestapo donde habían montado una pequeña pero potente estación de radio. Katy miraba la carita del niño dormido y pensaba: «En la vida hay que aprender de todo: a preparar huevos fritos, a buscar un libro en un catálogo y, por supuesto, matemáticas. Pero la maternidad no se aprende. No hay que estudiar canciones de cuna, ni cómo mecer al niño para que se sienta cómodo y pueda dormir tranquilamente».

Su guardiana, la señorita Barbara, que trataba de parecer una muchacha buena y fina, era muy joven y le gustaba conversar antes de la cena. El soldado SS Helmuth, que dormía en la habitación contigua, preparó la mesa para los tres. Barbara, Katy y Helmuth se sentaron a la mesa cubierta con un mantel blanco para festejar el cumpleaños de la militante de las juventudes hitlerianas: cumplía diecinueve años. Durante la cena de gala, con patatas y carne, Barbara dijo que después de que Alemania ganase la guerra, las mujeres podrían, por fin, abandonar el Ejército y las fábricas y ocuparse de su verdadera misión: crear grandes familias alemanas.

—Parir y amamantar, he aquí la tarea de la mujer —dijo Barbara—, todo lo demás es fantasía. La gente debe ser sana y fuerte. No hay nada más puro que los instintos animales. No temo decirlo en voz alta.

—Pero, ¿cómo? —preguntó sombríamente Helmuth que acababa de regresar del frente fuertemente lesionado— ¿Hoy conmigo, mañana con otro y pasado mañana con un tercero?

—Eso es una bajeza —contestó Barbara haciendo una mueca de asco—. La familia es sagrada y firme. ¿Pero es que acaso en la cama con mi esposo, el padre de mis hijos, no puedo disfrutar del amor como si fuera el segundo, el tercero y el cuarto? Hay que liberarse del pudor, que también es una fantasía. Si mi esposo y yo pudiéramos amarnos a nuestro gusto, no habría infidelidades. La mujer va con otro buscando fuerza o habilidad... ¿Usted no está de acuerdo conmigo? —preguntó volviéndose a Katy.

—¿Por qué?

—Por nada...

—No es una respuesta...

—Es una respuesta.

—El deseo de impresionar es una astucia femenina, tan vieja como el mundo. ¿Le parece que nuestro querido Helmuth no me preferiría a mí? —se rió Barbara—. Él le teme a los eslavos y, además, soy más joven...

—Odio a las mujeres —dijo Helmuth sordamente.

—¿Por qué? —preguntó Barbara, y maliciosamente guiñó el ojo a Katy—. ¿Por qué nos odia?

—Las mujeres son malas. A los canallas se les reconoce en seguida, no pueden engañar. Pero las mujeres son muy dulces al principio, derrochan tanta miel que acaban por cerrarte

los ojos, pero después te tienen en un puño y hacen lo que quieren y, para colmo, se acuestan con tu mejor amigo... Sobre todo cuando el marido ha perdido un poco de fuerza.

— ¡Su esposa le puso los cuernos! —Barbara empezó a dar palmadas.

Katy observó la belleza de sus manos: suaves, tiernas, con hoyuelos infantiles y uñas rosadas y sin laca, pero pulidas.

El hombre de la SS dirigió una mirada grave a Barbara sin decir nada. Era su subordinado, un simple soldado, mientras que ella tenía el grado de *Unterscharführer*.

—Perdone —dijo Katy, levantándose de la mesa— ¿puedo retirarme a mi cuarto?

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Barbara—. Hoy no bombardean, usted aún no ha comenzado a trabajar, podemos conversar más tiempo.

—Temo que se despierte el niño... Hablamos muy alto...

—Pero ¿por qué ha de despertarse? Helmuth, ¿cuánto tiempo estuvo el niño en el balcón?

—Una hora por la mañana y una después del almuerzo. Por la noche hace frío y decidí dejarlo en el dormitorio... Es muy fácil que se resfríe...

—Tal vez, ¿me permite dormir con él en su habitación? —preguntó Katy—. Me da pena —agregó señalando a Helmuth con la cabeza—, seguramente el señor no duerme bien con el niño...

—Es un muchacho pacífico y tranquilo —dijo Helmuth—. Casi no llora...

—Está prohibido —dijo Barbara—. Usted y el niño deben vivir en habitaciones separadas.

—No me escaparé —dijo Katy tratando de sonreír—, las cerraduras aquí son muy fuertes.

—Es imposible escapar —contestó Barbara—. Tiene dos guardianes y las cerraduras son efectivamente seguras. No, lo siento, pero tengo órdenes. Trate de hablar con su jefe...

—¿Y quién es mi jefe?

—El *Standartenführer* Stirlitz. Es un hombre bondadoso y puede violar las instrucciones en caso de que usted cumpla con el trabajo. Para algunos el dinero es un estímulo, para las mujeres el estímulo son los hombres; usted tiene el estímulo más fuerte para trabajar bien: su criatura. ¿No es así?

—Sí —contestó Katy—. Tiene usted razón.

—¿Quiere preguntarme algo? —se interesó Barbara cortando un pequeño pedazo de patata.

Katy notó que la muchacha comía como si estuviera en una recepción diplomática: sus movimientos estaban llenos de elegancia y la patata, dañada por los gusanos, parecía una fruta rara y exótica en sus manos.

—Dígame... ¿si estuviera usted en mi lugar, habría también aceptado colaborar para salvar la vida al niño?

Barbara no contestó inmediatamente. Cuando terminó de comer la patata, colocó el tenedor plateado sobre una servilleta muy almidonada y cubriéndose la boca con la mano, comenzó a limpiarse los dientes con un palillo de marfil.

—No sé qué decirle... A propósito, todavía no le ha puesto nombre al niño...

—Lo llamaré Vladimir.

—¿En honor a quién? ¿Su padre se llamaba Vladimir? ¿Cómo era su nombre verdadero?

—¿El de quién?

—El de su esposo.

—Erwin.

—Sé que se llamaba Erwin. Le pregunto su verdadero nombre, el nombre ruso...

—Lo conocí como Erwin.

—¿Ni siquiera le dijo su nombre? ¿Se llamaba Erwin cuando contrajeron matrimonio?

—No contrajimos matrimonio.

—No es verdad.

—Nos casamos aquí —sonrió Katy—, me infiltré con Erwin. Creo que también los agentes de ustedes, como todos los agentes del mundo, se conocen por seudónimos. Mi nombre es Katia y no Katy, lo conoce mi jefe en Moscú y posiblemente los hombres relacionados con Erwin, sus jefes de aquí.

Después de un corto silencio, Barbara dijo:

—Parece que Lenin se llamaba Vladimir... Si estuviera en su situación, llamaría a mi hijo Adolf. En cuanto a su pregunta, no lo sé... Pero creo que nunca actuaría como usted. Bien. Ya puede retirarse. Mañana quieren llevarla a Ransdorf. Usted dijo que deseaba pasear por los lugares que visitaba su Erwin, de modo que su jefe no se preocupe por su destino cuando comencemos el trabajo.

—Sí —dijo Katy—, fue una idea mía. Nuestros hombres podrían verme en libertad y esto los tranquilizaría. No estoy segura de que nuestro jefe aquí no tenga otro transmisor; podría informar a Moscú sobre mi detención si no tuviera indicios de que estoy libre y entonces todo nuestro juego sería inútil...

—Su jefe aquí no tiene otro transmisor —contestó Barbara—. Y dé gracias a Dios por que de usted se ocupe Stirlitz: tiene fama de liberal y razonable... A propósito, ¿él debe llevarla mañana? ¿Le dijo algo?

—No sé quién lo hará —contestó Katy—. El investigador, naturalmente, no mencionó esto. Sólo dijo que esta operación podría ser necesaria, pero no me han comunicado quién la llevaría a cabo...

Pero esa noche, muy tarde, no fue Stirlitz el que llegó al apartamento secreto: llegaron Rolff y dos de sus ayudantes. Estaba un poco ebrio y despertó a Katy; se mostraba galante y empalagoso, introduciendo constantemente en su charla expresiones francesas. Müller le había comunicado la decisión de Kaltenbrunner de que él, Rolff, trabajara con la rusa mientras Stirlitz estuviese ausente.

—Schellenberg me informó que había mandado a Stirlitz a una misión... Creo que sería bueno que Rolff trabajara por contraste: después de un investigador severo, los detenidos tienen más confianza en uno bondadoso. Stirlitz es bondadoso, ¿no?

Kaltenbrunner se rió de manera muy especial y ofreció un cigarrillo a Müller. Este lo encendió y, por un instante, pensó si valdría la pena hablar sobre las huellas digitales aparecidas en el teléfono secreto del despacho especial, que coincidían con las encontradas en la maleta de la radiofonista rusa. Pero sopesándolo todo entre cada fumada del fuerte «Karo», Müller decidió no decir nada de esto a Kaltenbrunner: tampoco le dijo que estaba tomando en secreto las huellas digitales de todos los funcionarios. La seguridad de la Dirección Imperial era un problema suyo; él, Müller, respondía por los cuadros del SD y la Gestapo. Kaltenbrunner se pondría inmediatamente histérico y exigiría medidas urgentes. Llegado el caso, lo culparía de cualquier falla, si no descubría antes al enemigo en su propia morada. A Müller le convenía que la conversación de Bormann con uno de los funcionarios de seguridad la conociera Himmler y la desconociera Kaltenbrunner: esto le permitiría

maniobrar entre dos fuerzas. Por eso, naturalmente, no había dicho nada a Himmler sobre las sospechas que Kaltenbrunner tenía en relación a Stirlitz, ni nada a Kaltenbrunner sobre la misteriosa charla con el cuartel general del partido que Himmler consideraba una vil traición y una delación.

—¿Quiere usted que yo me ocupe del trabajo de Stirlitz con la radiofonista? —preguntó Müller.

—¿Para qué? —dijo con asombro Kaltenbrunner—. ¿Para qué ocuparse de este asunto? Creo que es un hombre suficientemente hábil en estos juegos de radio.

«¿Será posible que se haya olvidado de sus propias palabras? —pensó con sorpresa Müller— ¿O me prepara una trampa? Tendré que recordárselo ¿O no vale la pena? ¡Maldita sea, siempre hay que fingir! En vez de engañar al enemigo, nos engañamos los unos a los otros. ¡Maldita sea!»

—¿Debemos darle a Rolff una partitura para el trabajo con la pianista rusa?

Habitualmente al radiofonista le decían «pianista» y al jefe del grupo de agentes «director». Últimamente, en medio del caos de un Berlín lleno de refugiados, cuando había que ubicar en algún sitio a funcionarios evacuados que traían consigo los archivos de Prusia oriental, Aquisgrán, París y Budapest, aquellos términos habían ido cayendo poco a poco en desuso, y al agente detenido se le definía más frecuentemente por su nacionalidad que por su profesión.

Por ello Kaltenbrunner repitió tristemente:

—Con la pianista... No, que Rolff se ponga en contacto con Stirlitz. El objetivo debe ser único, pero los métodos para alcanzarlo pueden ser diferentes. ¿Ha llegado algo de los rusos?

—Aún no.

—¿Qué dicen los descifradores?

—Progresan, pero la clave es muy compleja.

—Trabajen con la pianista. No creo que desconozca la clave.

—Stirlitz trabaja con ella utilizando métodos propios.

—Stirlitz no está aquí, que la trabaje Rolff.

—¿Con sus métodos?

Kaltenbrunner quiso contestar algo cuando empezó a sonar el teléfono desde el Bunker del Führer: Hitler invitaba a Kaltenbrunner a una reunión...

Kaltenbrunner se acordaba de la conversación sobre Stirlitz. Pero, dos noches antes, se había entrevistado con Bormann y habían conversado durante largo rato sobre la protección y transporte del archivo del partido. Entre otras cosas, Bormann le había dicho:

—Sus hombres deben asegurar por su parte el secreto absoluto de esta operación. Llame a los hombres más seguros, aquellos que gozan de nuestra más absoluta confianza: Müller, Scholz, Stirlitz...

Kaltenbrunner conocía las reglas del juego: si Bormann no preguntaba sobre un hombre, sino que lo nombraba directamente, significaba que este hombre se encontraba en su campo visual y que era un hombre necesario.

—A propósito, ¿su gente ha encontrado ya a mi chofer? —preguntó Bormann—. Di las órdenes pertinentes.

Kaltenbrunner contestó que no sabía nada del chofer, pero que lo averiguaría sin falta y que comunicaría los resultados inmediatamente.

Sólo ahora, en su automóvil, mientras se dirigía al Bunker de Hitler, Kaltenbrunner recordó al chofer. El primer hombre a quien encontraría en el Bunker sería a Bormann.

—Le pido mil perdones, *ma petite*, por haberla despertado —dijo Rolff, sentándose en la cama de Katy. Ella se cubrió hasta el cuello con la frazada marrón de buena piel de camello aunque con huellas de quemaduras en dos sitios.

—¿Cómo se siente aquí?

—Bien, gracias.

—¿Y la criatura?

—Bien, gracias.

—¿Quiere beber algo?

—Gracias, no puedo...

—Puede tomar un poco...

—No. Haría daño al niño.

—Bien... ¡Aplaudo a todas las madres del mundo! ¿No siente frío? —Sin esperar la respuesta, Rolff metió la mano dentro de la frazada.

Katy dobló las piernas.

—Le ruego que vuelva a la mesa... —dijo.

—¿Por qué? Mis ayudantes beben en la sala: le han traído vino a la señorita Barbara... No nos molestarán... para trabajar... La señorita Barbara es muy simpática ¿verdad? *La femme aime à être initiée, entre deux baisers, aux Mystères de l'histoire, de la morale et de la littérature*²⁶. Usted debe ser amable y sonriente, ¿por qué me mira así?

—Si sale, me vestiré y entonces podremos hablar...

—Me gusta hablar con las mujeres cuando están desvestidas... el contacto se establece más rápidamente. ¿No lo cree?

—Usted debe comprenderlo: hace poco que ha muerto mi esposo... Deme tiempo para reponerme...

—¡Nada de eso! Usted se repondrá y a mí me enterrarán destrozado por una bomba cualquiera. Que esperen los que vivirán mucho tiempo... Mientras más envejezco, más comprendo que el amor es *mis aperçus de morale et de politique*²⁷. Odio utilizar la fuerza: quiero que nos hagamos amigos de un modo sencillo y secreto... Es usted muy bonita y yo trataré de reemplazar a su marido...

Rolff tiró de la frazada.

—Nos sentiremos bien —dijo, desabrochándose la guerrera—. Para usted es una gran ventaja. No sólo será una simple radiofonista del enemigo, sino también la amiga de un oficial de la SS.

—Voy a gritar —dijo Katy—. Váyase, le suplico...

—Sería estúpido gritar. Sólo lograría disgustarse conmigo y de mí depende buena parte de su destino... ¿Bien?

Katy saltó de la cama, corrió hacia la puerta y empezó a golpearla con los puños.

—¡Barbara!

Rolff se abrochó la guerrera apresuradamente y dijo:

—Es una histérica vulgar. No debería trabajar en el espionaje, sino en un retrete público. ¡Acuéstese y tápese! ¡Rápido!

Entró la señorita Barbara, sonrosada y con ojos resplandecientes. Detrás, asomaban los jóvenes oficiales con copas de vino en las manos. Rolff dijo:

—Nuestra encantadora señora Katy quiere saber si el niño duerme bien.

—El niño duerme perfectamente bien. Su padre postizo, Helmuth, nos ha dicho dos veces que hacíamos demasiado ruido.

—Gracias, señor Rolff —dijo Katy—. Se ha portado usted como un caballero.

—Usted también —respondió Rolff siguiéndole el juego— *vous vous conduisez comme une sage...*²⁸. Buenas noches. No la molestaremos más, sólo en caso de que Moscú empiece a transmitir. Entonces, tendría que perdonarnos: el oficial de guardia la despertará.

—Está bien.

—Moscú guarda silencio desde hace mucho tiempo... ¿No la habrán olvidado sus amigos?

—No, no creo. Simplemente deben haber averiguado sobre mi detención...

—No, eso es imposible. Espero que usted no sospeche que el *Standartenführer* Stirlitz y yo tenemos relaciones con el Kremlin —sonrió Rolff—. El hospital le dio de alta anteayer y usted se marchó con el niño hacia una dirección desconocida... Buenas noches y que sueñe con los angelitos...

Los ayudantes de más confianza de Himmler trabajaron durante dos días tratando de descubrir en los archivos capturados los materiales más importantes que interesaban al *Reichsführer SS*. No se pudo encontrar ni un solo documento que pudiera esclarecer los canales que utilizaba el partido para colocar su dinero en los Bancos extranjeros. Seguramente dichos papeles habían sido retirados con anterioridad, o Bormann conservaba en su extraordinaria memoria las claves bancarias y los apellidos de sus agentes financieros que le serían de utilidad a partir del primer día de paz. Cabía también la posibilidad (y ello era lo más irritante) que tales documentos hubieran quedado en los primeros trece camiones que lograron atravesar el cordón de Scorzeny.

Sin embargo, entre los archivos que habían caído en las manos de los hombres de Scorzeny, se encontraban algunos documentos extraordinarios. Ahí estaba la carta de Stirlitz. No había sido firmada, pero demostraba que en el seno del SD se maduraba una traición.

Himmler se la mostró a Schellenberg y le encomendó que realizara una investigación. Schellenberg prometió cumplir la orden del *Reichsführer*, pero estaba cabalmente convencido de que sería imposible. La existencia del documento le revelaba que en el archivo de Bormann podrían hallarse materiales aún más importantes, que exigirían investigar nuevamente a sus funcionarios. Así se podría averiguar si alguien trabajaba simultáneamente también para Bormann y, luego de comprobarlo, desde cuánto tiempo atrás, en qué problemas y contra quién concretamente trabajaba ese funcionario. Schellenberg no temía enterarse de que sus colaboradores trabajaban para dos amos. La gente de Bormann los habría podido reclutar usando consignas patrióticas. Lo fundamental era averiguar qué sabía Bormann sobre lo más importante: sus gestiones de paz.

Varios de sus ayudantes empezaron a trabajar con los materiales del archivo. Todos los días Schellenberg preguntaba si había algo nuevo. Le contestaban invariablemente: «Nada interesante».



²⁶ A las mujeres les gusta que las inicien en los misterios de la historia, la moral y la literatura entre dos besos. N. del T.

²⁷ Puntos de vista morales y políticos. N. del T.

²⁸ Usted se comporta sabiamente. N. del T.

¿Todo está listo en Berna?

—¿Cómo se siente su jefe? —preguntó el hombre alto—. ¿Cómo está de salud?

—Bien —sonrió Pleischner—. Todo bien.

—¿Quiere café?

—Gracias. Con mucho gusto.

El hombre fue a la cocina y desde allí preguntó: —¿Se siente bien en Berna?

—Sí, muy bien.

—¿Tiene un techo seguro?

—Vivo en el segundo piso —contestó Pleischner, que no entendía la jerga.

El hombre de la Gestapo sonrió al desconectar el molinillo de café. Tenía razón. El recién llegado era un aficionado, un ayudante voluntario: el «techo» en el lenguaje de los agentes de todo el mundo significaba el «albergue».

«De todos modos no hay que apurarse —se dijo—, al viejo lo tengo en el bolsillo. Lo dirá todo, pero hay que tener mucho cuidado...»

—En Alemania no existe un café así —dijo dándole a Pleischner una taza—. Lo que estos bribones le dan al pueblo es una porquería. Aquí se vende verdadero café brasileño.

—Un sabor olvidado —convino Pleischner tomando un sorbo—. Hace diez años que no tomo un café verdadero.

—Los griegos me enseñaron a tomar agua fría después del café fuerte. ¿Quiere hacer la prueba?

A Pleischner todo le parecía curioso; caminaba, pensaba y respiraba alegremente. Se rió: —Jamás he tomado café y después agua.

—Pruébalo. El contraste entre el calor y el sabor crea una sensación peculiar; además, el corazón sufre menos.

—Sí —dijo Pleischner tomando el agua—, es muy interesante.

—¿Su jefe le ha pedido transmitirme algo verbalmente?

—Nada. Sólo me dijo que le entregara esa ampolla.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Pensaba que diría cuándo tenía pensado venir.

—No habló de eso.

—A propósito, no le he preguntado si tal vez tiene hambre.

—No, gracias, he desayunado muy bien.

—¿Tiene dinero?

—Me alcanzará para los primeros días.

—Si necesita dinero, venga a verme. Por supuesto, no le podré dar mucho, pero siempre alcanzará para comer... ¿No se ha fijado si traía una «cola»?

—¿Una cola? ¿Qué es eso? ¿Vigilancia?

—Sí.

—¿Sabe? no he prestado atención.

—Es poco prudente. ¿Su jefe no le dio instrucciones al respecto?

—Naturalmente, pero aquí por primera vez en muchos años me he sentido libre, sobre todo después del campo de concentración. Estoy como borracho. Gracias por recordármelo.

—Nunca lo debe olvidar. La Policía de aquí es muy astuta... Muy astuta... Bueno, ¿no tiene nada más que decirme?

—¿Yo? Nada.

—Deme su pasaporte.

—Él me dijo que siempre debía tener el pasaporte conmigo...

—¿No le dijo que desde este momento estaría usted bajo mis órdenes?

—No.

—Bien... Lo dice en el mensaje cifrado que usted ha traído. Ahora pensaremos en cómo hacer bien las cosas. Ahora usted...

—Volveré al hotel, me acostaré y dormiré por largo rato...

—No... Me refiero... a su trabajo...

—Primero dormir —dijo Pleischner—. Soñaba con dormir uno, dos, tres días. Después pensaría en mi trabajo. Todos mis manuscritos los he dejado en Berlín. Aunque no importa. Me sé de memoria todos mis trabajos. Comencé a escribirlos de nuevo en el tren.

El hombre cogió el pasaporte sueco de Pleischner y lo tiró descuidadamente a la mesa.

—Venga pasado mañana, a las dos. Nosotros mismos vamos a registrarlo en el consulado sueco. O, más precisamente, trataremos de hacerlo: los suecos se portan muy mal, mientras más tiempo pasa, más insolentes se ponen.

—¿Quién? —preguntó Pleischner sin entender.

El hombre de la Gestapo empezó a toser. Había cometido un error. Para ganar tiempo, encendió un cigarro y echó una bocanada de humo. Luego respondió: —Los suecos ven a un agente nazi en cada hombre que ha pasado por Alemania. No les importa qué clase de alemán sea, si un patriota que lucha contra Hitler o un espía de la Gestapo. Eso significa que debemos proceder con mucha cautela.

—Pero él no me dijo que tenía que registrar mi pasaporte...

—Todo está dicho en el mensaje cifrado.

«Su amo se encuentra en Berlín —pensó el nazi—, dijo que allí se han quedado sus manuscritos. Entonces, atraparemos al hombre en Berlín... Será un éxito. Pero no debemos apurarnos, no debemos apurarnos» se repitió.

—Bien, le estoy muy agradecido —dijo Pleischner levantándose—. El café estaba verdaderamente maravilloso y con el agua fría aún más.

—¿Ya ha comunicado usted que todo marcha bien o quiere que lo haga yo?

—¿Podría hacerlo a través de sus camaradas?

«Es comunista —se dijo el hombre de la Gestapo—. ¡Esto sí que es bueno, que el diablo me lleve!»

—Sí, lo haré a través de los camaradas. Por su parte mándele usted también algo... No lo deje para otro día...

—Lo quise hacer hoy mismo, pero no encontré en ningún lugar el sello que debo ponerle a la postal.

—Pasado mañana le prepararé el sello necesario, si no está a la venta. ¿Cómo debe ser?

—La conquista del Mont Blanc... De color azul. Es indispensable que sea azul.

—Bien. ¿Tiene la postal?

—No. La dejé en el hotel.

—Muy mal. En el hotel no puede dejar nada. Usted es un extranjero y pueden molestarlo. ¿Cómo es posible que sea tan descuidado?

—No —sonrió Pleischner—, es una postal común y corriente. En Berlín compré una docena. He memorizado el texto y creo no haber cometido ninguna torpeza...

En la antesala, el hombre dio un apretón de manos a Pleischner.

—Cuidado y más cuidado, camarada —le dijo—. Tenga en cuenta que esta calma es sólo apariencia.

—Él me lo advirtió. Lo sé.

—Deje su dirección, por si acaso.

—«Virginia», pensión «Virginia».

—¿Viven allí los americanos?

—¿Por qué? —preguntó Pleischner con asombro.

—Es un nombre inglés... y ellos habitualmente se alojan en hoteles con nombres ingleses...

—No. No creo que haya ningún extranjero allí.

—Lo investigaremos. Si me ve en su pensión, no se me acerque, por favor, ni me salude; haga como si no nos conociéramos.

—Bien.

—Ahora esto... Si le ocurriera algo anormal, llámeme a mi número. ¿Lo recordará? — repitió seis cifras.

—Sí —contestó Pleischner—, tengo buena memoria. El latín entrena la memoria mejor que cualquier otro ejercicio...

Pleischner salió del edificio y cruzó lentamente la calle.

En la acera opuesta un viejo ataviado con un chaleco de piel cerraba los postigos de su tienda. En las jaulas saltaban los pájaros. Pleischner se estuvo durante largo rato para contemplarlos.

—¿Desea comprar algo? —preguntó el viejo.

—No, simplemente estoy mirando sus pájaros.

—Los más bonitos están adentro. Yo hago al revés. —El viejo era locuaz—. Todos ponen en la vidriera la mercancía más presentable, pero yo considero que los pájaros no son mercancía. Los pájaros son pájaros. Muchos escritores vienen a mi tienda para escucharlos. Uno de ellos me dijo: «Antes de bajar al infierno de un nuevo libro, debo hacer como Orfeo: oír la música más sublime, que es la de los pájaros; de otro modo, no podría cantar al mundo la canción para encontrar a su Eurídice...»

Pleischner se enjugó las lágrimas que llenaron súbitamente sus ojos.

—Gracias... —dijo y se alejó de la vidriera.

—¿Cómo? —preguntó asombrado el viejo del chaleco de piel. Pleischner no le respondió, se encaminó rápidamente a su pensión. Sentía una imperiosa necesidad de sentarse a la mesa y empezar a trabajar...

12-III-1945 (02 h 41 min)

—¿Por qué no puedo encender las luces? ¿A quién le teme? —preguntó Stirlitz.

—No a usted —contestó Holtoff.

—Bueno, andaremos a ciegas...

—Ya me he acostumbrado a su casa. Es acogedora y silenciosa.

—Sobre todo cuando bombardean —rezongó Stirlitz—. Me duele mucho la espalda, las corrientes me resfrían. Voy al botiquín donde guardo las aspirinas. Siéntese. Deme la mano, aquí hay un sillón.

—Ye lo he encontrado.

Stirlitz entró en el baño y abrió el botiquín.

—Con esta oscuridad, en lugar de una aspirina tomaré un purgante —dijo—. Vamos a bajar las cortinas que son muy gruesas y encenderemos la chimenea. Si tiene miedo de que nos fotografíen, colóquese en la esquina. Allí nadie lo verá.

—Traté de bajar las cortinas, pero son muy raras.

—Es que las anillas se enredan en la madera. Ahora lo arreglaré. ¿Y qué ha pasado, amigo? ¿A quién le tiene tanto miedo?

—A Müller.

—¿Qué ha ocurrido en estos dos días? ¿El mundo se ha puesto al revés? ¿Ha descendido Dios a la tierra? ¿Se ha casado Kaltenbrunner con una judía?

—Casi —contestó Holtoff.

Stirlitz corrió las cortinas y trató de encender las luces. Al oír el ruido del interruptor Holtoff dijo:

—Quité los fusibles. Es muy probable que le hayan puesto grabadoras.

—¿Qué sentido tendría?

—A eso vine. ¿Ha tomado su aspirina?

—Sí.

—Encienda la chimenea y siéntese. Tenemos poco tiempo y debemos discutir muchos problemas importantes.

Stirlitz encendió las leñas secas. La chimenea empezó a emitir sonidos extraños. Era una chimenea singular, al principio hacía mucho ruido pero después de calentarse se tranquilizaba.

—Bueno —dijo Stirlitz sentándose en un sillón cerca del fuego— ¿Qué le ocurre, amigo?

—A mí nada. Pero, ¿qué piensa hacer usted?

—¿Ahora?

—Sí.

—Lo que hago normalmente: pensaba tomar un baño y acostarme a dormir. Estoy helado y mortalmente cansado.

—Vine como amigo.

—Está bien ya —dijo Stirlitz haciendo una mueca—. Habla usted con demasiado misterio. ¿Por casualidad se llama usted Montecritso? ¿Quiere beber?

—Sí.

Stirlitz trajo coñac y sirvió dos copas. Bebieron en silencio.

—¿Quiere más? —preguntó Stirlitz.

—Con mucho gusto.

Volvieron a beber. Luego Holtoff hizo crujir los dedos y dijo:

—Stirlitz, durante toda esta semana me he ocupado de sus asuntos.

—No entiendo...

—Müller me ha ordenado revisar en secreto su trabajo con Runge.

—Abandone ya ese tono enigmático, Holtoff. Palabra de honor que no entiendo nada. Explíqueme detalladamente qué tiene que ver conmigo el físico detenido o dígame por qué

razón se ha ocupado usted secretamente de mis asuntos, por qué Müller busca pruebas contra mí...

—No puedo explicárselo. No lo sé, qué diablos. Lo único que sé es que está usted bajo vigilancia.

—¿Yo? —preguntó Stirlitz sorprendido— ¡Qué idiotez! ¿Es que nuestros jefes han perdido la cabeza en todo este caos?

—Stirlitz, usted mismo me ha enseñado a conservar la calma.

—¿Y usted quiere que me calme? ¿Después de haber dicho lo que dijo? No quiero calmarme. ¡Estoy sorprendido e indignado! Iré a ver a Müller inmediatamente...

—Está durmiendo. No se apresure. Escúcheme primero. Le contaré lo que he podido descubrir en el asunto de los físicos. Aún no le he dicho a Müller nada al respecto, le esperaba a usted...

Stirlitz necesitaba un instante para pensarlo todo y hacer un repaso mental. ¿Habría dejado algunas huellas a primera vista insignificantes, pero que hubieran podido comprometerlo: en las preguntas, en la manera de anotar las respuestas, en su interés excesivo en los detalles?

—Espere un momento —dijo—, tengo convulsiones en el vientre. El susto provoca estos fenómenos.

—¿Qué? —Holtoff no había entendido.

—Descomposición del estómago —repitió Stirlitz levantándose—, ¿Acaso no sabe lo que es eso?

Fue al baño, se encerró allí y oyó que Holtoff se había acercado de puntillas a la puerta.

«Es un tonto —pensó—, hay que darle una lección».

—Holtoff —gritó y oyó que éste corría hacia el sillón y desde allí contestaba:

—Diga.

—Podría responder sin necesidad de correr por la habitación... Pero dígame, ¿quién me vigila? ¿Müller o mis jefes?

—Salga y discutiremos todas las alternativas.

—Voy en seguida...

«¿Cómo se portará? —pensaba Stirlitz—. Se arriesga mucho al llegar a mi casa para decirme que la Gestapo me está vigilando. Para él significa un fusilamiento. Es un nazi convencido, ¿qué le habrá pasado? ¿O me tantea porque Müller se lo ha ordenado? Es poco probable. No estamos en el año 43, el frente pasa muy cerca. ¿Habrá llegado por iniciativa propia? Humm... ¿Qué es lo que persigue? No es tan inteligente como para inventar un juego en serio. Pero es muy astuto. No entiendo muy bien una astucia tan ingenua, pero a veces ésta puede ser más eficaz que la lógica y el sentido común. Si no juego con exactitud sería imperdonable. Echaría a perder la operación principal y temo que no haya nadie que pueda continuarla en mi lugar...»

—Stirlitz, ¿qué está haciendo ahí?

—Busco una soga. Quiero ahorcarme...

Stirlitz salió del baño, se sentó en su sillón y removió las leñas quemadas.

—Bueno, empiece.

—Todo esto es muy serio.

—¿Hay algo en este mundo que no lo sea?

—He consultado a tres expertos del departamento de Schumann.

Schumann era consejero de la Wehrmacht en las cuestiones relacionadas con nuevos armamentos, y sus hombres se ocupaban de todo lo concerniente a la desintegración del átomo.

—También yo conversé con ellos cuando ustedes detuvieron a Runge.

—Sí. Nosotros detuvimos a Runge, pero ¿por qué usted se ocupó de él en el servicio de espionaje?

—¿No lo entiende? Runge estudió en Francia y Estados Unidos. ¿Es difícil adivinar que lo más importante son sus relaciones allí? Siempre lo echamos a perder todo por falta de audacia para ver la perspectiva. No nos atrevemos a usar la imaginación. Desde A hasta Z y ni un solo paso al lado. Es nuestra falla principal.

—Correcto —convino Holtoff—. Tiene razón. No discuto lo de la audacia... Pero estoy dispuesto a discutir los detalles. Runge afirmaba que se debía estudiar la posibilidad de obtener plutonio de las sustancias altamente radiactivas. Pero ese fue su principal error, según las opiniones de sus oponentes científicos. Bueno, fueron ellos los que escribieron la denuncia contra él. Los obligué a confesarlo.

—No lo dudé nunca.

—¿Por qué?

—Porque era importante averiguar si este Runge sabotaba el trabajo y a quién servían sus tesis, si a nosotros o a nuestros enemigos.

—¿Usted ha llegado a la conclusión de que sus ideas servían a nuestros enemigos?

—Usted ha leído el expediente.

—Pero hace poco nuestra gente informó desde Londres que Runge tenía razón. Los americanos y los ingleses siguieron su criterio. Pero él estaba en una de nuestras cárceles.

—En su cárcel, en la de la Gestapo —rectificó Stirlitz—. En su cárcel, Holtoff. Ustedes lo detuvieron, no nosotros. Nosotros no hemos llenado su expediente, sino ustedes: Müller y Kaltenbrunner. Ni yo, ni usted, ni Schumann tenía una abuela judía, pero él sí, y para colmo, lo había ocultado...

—También su abuelo pudo haber sido mil veces judío— estalló Holtoff—. ¡No importa quién era su abuelo si el nieto nos servía a nosotros! ¡Servía con fanatismo! ¡Pero usted prefirió creer en unos canallas!

—¿Canallas esos viejos miembros del movimiento, arios comprobados, físicos condecorados por el Führer en persona?

—Bien, bien... Está bien. Todo es correcto... Tiene usted razón. Deme más coñac...

—¿Dónde están los fusibles? ¿Los ha tirado?

—No, están en la mesita al lado del espejo.

Holtff tomó su coñac de un golpe echando hacia atrás la cabeza bruscamente.

—Últimamente bebo mucho —dijo.

—Quisiera saber quién bebe poco ahora.

—El que no tiene dinero —bromeó Holtoff—, la gente desgraciada...

—Es ridículo.

—Es triste —repuso Holtoff—. Pero no me refiero a eso. ¿Qué cree, Stirlitz, que diría Kaltenbrunner si le informo sobre los resultados de mi trabajo?

—Primero debe informar a Müller. Él dio la orden de detener a Runge.

—Pero usted trabajó con este Runge.

—Sí, por iniciativa de los jefes y cumpliendo órdenes.

—Si hace medio año lo hubiera liberado, habríamos adelantado mucho en la creación del «arma de la venganza» y no estaríamos en el mismo lugar de antes.

—¿Lo puede demostrar?

—Lo he demostrado ya.

—¿Todos los físicos están de acuerdo con usted?

—La mayoría, la mayoría de los que han conversado conmigo. Por lo tanto, lo espera...

—Nada —interrumpió Stirlitz—. Absolutamente nada. Los resultados de una investigación científica se confirman en la práctica. ¿Dónde están esos resultados?

—Los tengo. En mi bolsillo.

—Ah, la cosa es así.

—Así mismo. He recibido algo de Londres. Las noticias más frescas, que son un veredicto de muerte para usted.

—¿A dónde quiere llegar, Holtoff? Quiere darme a entender algo, pero no acabo de comprender...

—Puedo repetírselo: consciente o inconscientemente, usted y nadie más que usted ha echado a perder el trabajo para crear el «arma de la venganza». Consciente o inconscientemente, usted, y nadie más que usted, en lugar de interrogar a cien físicos, se

limitó a una docena y, basándose en sus datos, porque ellos estaban interesados en la detención de Runge, usted contribuyó a que las ideas de Runge fueran declaradas nocivas y sin ninguna perspectiva de realización.

—Entonces, ¿quería usted que no creyera en los verdaderos soldados del Führer, en los hombres de plena confianza de Keitel y Goering y defendiera al hombre que exigía utilizar la forma norteamericana de estudio del átomo? ¿Es eso lo que quiere? ¿Hubiera preferido que le creyera a Runge, que había sido detenido por la Gestapo -y la Gestapo no detiene a nadie sin motivo-, y no creyera a los que habían ayudado a desenmascararlo?

—Todo lo que dice parece muy lógico, Stirlitz. Siempre he envidiado su capacidad para encontrar una lógica en los acontecimientos: golpea a Müller que ordenó detener a Runge, me golpea a mí porque defiendo a un judío de tercera generación y de esta manera construye un monumento de fe sobre nuestros cadáveres. Está bien. Todo es muy correcto, Stirlitz. Pero no vine a eso. Usted lo ha previsto todo: Runge está en un campo de concentración, pero allí vive en la villa de la SS y puede continuar con su física teórica. Stirlitz, ahora le diré lo principal: estoy metido en un tremendo lío... Si le informo a Müller los resultados de este control, él se dará cuenta de que usted, aunque esté bajo vigilancia y varias personas se hallen estudiando su trabajo anterior, de todas maneras usted tiene armas que podría usar contra él. Sí, usted tiene razón, precisamente él ordenó detener a Runge. Si le digo que los resultados de la investigación apuntan contra Stirlitz, esto lo colocará también a él en una situación difícil. Aunque parezca cómico, los golpes vendrán contra mí de ambos lados. De Müller y de usted. Él lo hará porque los argumentos deben verificarse todavía mil veces y usted... ¡Uf! no, usted ya me ha dicho más o menos la clase de golpe que me asestará. ¿Qué debo hacer yo, un oficial de la Gestapo, en esta situación? Dígamelo usted, un oficial de espionaje...

«Ahora veo adonde me lleva —comprendió Stirlitz—. ¿Es una provocación, o algo más? Si me provoca, es obvio lo que debo hacer. ¿Y si fuese algo más importante? Un poco más y escapan del barco. Como las ratas. No ha sido gratuita su distinción entre la Gestapo y espionaje. Bueno. Está claro. Todavía es prematuro contestarle».

—¿Cuál es la diferencia —dijo Stirlitz encogiéndose de hombros— entre la Gestapo y espionaje? Por encima de cualquier roce, luchamos por la misma causa.

—Por la misma —convino Holtoff—. Pero en todo el mundo nosotros tenemos fama de verdugos y asesinos, nosotros, los de la Gestapo, mientras que ustedes son los joyeros y perfumistas, son los servicios secretos políticos. Cualquier régimen y cualquier Estado los necesita, mientras que nosotros sólo pertenecemos al Reich: con él nos levantaremos o desapareceremos...

—¿Me ha preguntado cómo debe actuar?

—¿Qué sugiere usted?

—Quiero oírlo a usted primero.

—A juzgar por el hecho de que ha quitado los fusibles y pedido que bajara las cortinas...

—Fue usted el que propuso bajar las cortinas.

—¿Sí? Es simpático, me pareció que había sido proposición suya... Bueno, no importa... ¿Quiere usted abandonar el juego?

—¿Haría usted lo mismo en mi lugar?

—No puedo contestarle, Holtoff, sin oír su «sí» o su «no».

—Y sí, supongamos lo imposible, yo le contesto que «sí».

—Si empieza por ese «supongamos lo imposible», se ha equivocado de dirección. Vaya a consultar a un astrólogo, no a mí.

—¿Tiene asegurada una «ventana» en la frontera para cualquier emergencia?

—Supongamos que sí.

—¿Y si nosotros tres nos fuéramos a un país neutral?

—¿Nosotros tres?

—Sí, los tres: Runge, usted y yo. Así salvaríamos para el mundo a un gran físico. Aquí lo he salvado yo y usted ha organizado la fuga. ¿Qué le parece? Téngalo en cuenta: usted está vigilado, yo no. Y usted sabe perfectamente lo que significa estar vigilado por Müller. Bueno, ¿qué me dice? Estoy esperando su respuesta.

—¿Quiere más coñac?

—Sí.

Stirlitz se levantó, sacó el corcho y, sin apresurarse, se acercó a Holtoff. Cuando éste le alargó la copa, Stirlitz lo golpeó con toda su fuerza en la cabeza con la pesada botella tallada. La botella se hizo añicos y el coñac oscuro corrió por la cara de Holtoff mezclado con su sangre.

«He obrado correctamente —reflexionaba Stirlitz, pisando el acelerador de su «Horch»—. No podía actuar de otra manera. Incluso si se hubiera acercado a mí con buenas intenciones, de todos modos he obrado correctamente. La jerarquía de los objetivos me obligaba a esta salida correcta. He ganado algo más importante que es la confianza plena de Müller».

A su lado, recostado contra la puerta estaba Holtoff. Seguía sin recuperar el conocimiento. Tenía las muñecas apesadas por las esposas.

Holtff se había equivocado al decir que Müller estaba durmiendo. Müller no dormía. Acababa de recibir la comunicación sobre lo que estaba ocurriendo en el apartamento de la Gestapo en Berna. La clave de la radiofonista rusa coincidía con la de la nota llegada desde Berna. Müller supuso que el jefe ruso había comenzado a buscar nuevos enlaces, probablemente convencido de que sus radiofonistas habían perecido durante el bombardeo o sospechando que algo les había ocurrido. Müller trataba de no pensar en las malditas huellas digitales en el transmisor ruso y en el teléfono especial que comunicaba con Bormann, pero mientras con más insistencia ahuyentaba este pensamiento, más le molestaban las malditas huellas. En veinte años de trabajo policial había desarrollado una capacidad especial: siempre hacía caso de sus primeras intuiciones y después las verificaba, haciendo un análisis detallado del hecho o del hombre que le interesaba. Raras veces se equivocaba: ni en los tiempos en que servía a la República de Weimar y dispersaba las manifestaciones nazis, ni cuando se había pasado a su bando y comenzado a enviar a los campos de concentración a los líderes de la República de Weimar, ni cuando cumplía todos los encargos de Himmler, ni más tarde, cuando había empezado a acercarse a Kaltenbrunner. Su olfato no lo traicionaba. Sabía que Kaltenbrunner no había podido olvidar la tarea relacionada con Stirlitz. Algo habría pasado y, con toda probabilidad, en un nivel muy alto. Pero Müller lo ignoraba y desconocía las posibles causas de lo que seguramente habría sucedido. Por eso había encomendado a Holtoff que fuera a visitar a Stirlitz y le montara una farsa con Runge. Si Stirlitz aparecía a la mañana siguiente informándole acerca de su conversación con Holtoff, podría mandar tranquilamente su expediente al archivo dando todo el asunto por concluido. Si Stirlitz se ponía de acuerdo con Holtoff, reportaría a Kaltenbrunner lo sucedido apoyándose en los datos de su ayudante. Ya no sería una fantasía con fórmulas físicas —¡que él deseaba tanto entender! —, sino una realidad, un hecho contra el cual no existían ni podían existir argumentos contrarios. «Bien... —continuó pensando—. Bien, esperaré a Holtoff y luego veremos lo que debe hacerse. En cuanto a la pianista rusa, por lo visto, ahora que su jefe ha comenzado a buscar ayuda a través de Suiza, podemos utilizar con ella nuestros métodos y no las charlas reconfortantes de Stirlitz. Es imposible que haya sido una simple herramienta en las manos de sus jefes. Algo debe saber. Prácticamente no ha contestado ninguna pregunta y ya no tenemos más tiempo. La clave de la nota que ha llegado de Berna puede estar también en su cabeza. Si comparamos el material que le daba su jefe aquí con lo que éste ha transmitido a

Berna, nos podríamos enterar de muchas cosas. Podríamos comenzar el juego, cosa que en estos momentos es muy importante, muy importante, comenzar el juego contra Occidente y contra los rusos. Es nuestra última oportunidad».

No tuvo tiempo de seguir pensando. De pronto se abrió la puerta y entró Stirlitz. Llevaba del brazo a Holtoff, cubierto de sangre, con las manos detrás sujetas por pequeñas esposas cromadas.

En la puerta, Müller vio la cara desconcertada de su ayudante Scholz y dijo:

—Stirlitz, se ha vuelto usted loco...

—Estoy totalmente cuerdo —contestó Stirlitz y tiró con repugnancia a Holtoff sobre un sillón—. Pero éste sí se ha vuelto loco, o se ha convertido en un traidor.

—Agua —rogó Holtoff entreabriendo los labios—. Deme agua...

—Dele agua —dijo Müller—. ¿Qué ha pasado? Explíquense como es debido.

—Que lo explique él primero como es debido —dijo Stirlitz—. Y será mejor que yo lo escriba como es debido...

Le dio a Holtoff un vaso de agua y después volvió a colocar el vaso en la bandeja.

—Váyase a su despacho y escriba lo que considera necesario —dijo Müller—. ¿Cuándo lo podrá tener listo?

—Puedo escribirlo brevemente en diez minutos y con más detalles, mañana.

—¿Por qué mañana?

—Porque ahora tengo asuntos urgentes por resolver. Además, éste no se recobrarán tan pronto. ¿Me permite retirarme?

—Sí, por favor —contestó Müller.

Stirlitz salió. Müller quitó las esposas de las muñecas de Holtoff, le acarició pensativamente la mejilla ensangrentada y se acercó a la mesita donde estaba el vaso. Müller tomó el vaso con dos dedos y lo miró a trasluz. Se veían claramente las huellas digitales de Stirlitz. A él no le habían tomado las huellas todavía. Obedeciendo más a su costumbre de cumplir las tareas hasta el fin que a una sospecha precisa con respecto a Stirlitz, Müller llamó a Scholz.

—Que copien las huellas de este vaso —le dijo—. Si me duermo, no me despierte. No creo que sea urgente.

Stirlitz entregó a Scholz el pequeño informe dirigido a Müller y se dirigió apresuradamente a la casa del pastor. Era necesario que de inmediato, ese mismo día, el pastor fuera trasladado a Suiza. Allí todo estaba preparado ya. El pastor serviría para acelerar la reacción. Independientemente de su voluntad y deseo, ayudaría a desbaratar los planes de Himmler de lograr un acuerdo con quienes, en Occidente, consideraban que los rusos que liberaban a Europa eran sólo asiáticos salvajes que amenazaban con destruir la civilización...

Müller fue despertado por el mismo Scholz. Las huellas digitales que había dejado Stirlitz en el vaso coincidían con las huellas en el teléfono y, lo que era más terrible aún, con las huellas halladas en el transmisor ruso...

Al Reichsführer SS Heinrich Himmler, personalmente.

Copia única.

Mi estimado Reichsführer:

He regresado de Suiza a mi Estado Mayor. Quisiera describirle todos los acontecimientos no sólo en su desarrollo, por horas, sino tratando de ofrecerle mi análisis sobre el futuro inmediato que, debo recalcar, ha mejorado súbitamente a la luz de mis conversaciones con Dulles.

Ayer, Dollmann y yo, junto con los nacionalistas italianos y Usmiani, hicimos el viaje a Suiza. Uno de los ayudantes del mayor del contraespionaje suizo, Waibel, llevó a cabo la operación del paso ilegal de la frontera. Todo fue preparado del modo más minucioso: llegamos a tiempo para tomar el tren a Zurich. Allí, Parri y Usmiani fueron llevados a la Girslandenlinik, una de las clínicas más lujosas de los suburbios. Como pude saber más tarde, Allen Dulles fue a la clínica inmediatamente. Resultó que a Dulles y a Parri los unía una vieja amistad. Supongo que los norteamericanos están preparando el futuro gabinete italiano glorificado por la lucha guerrillera, pero no con los guerrilleros comunistas, sino más bien con monárquicos y nacionalistas rabiosos que tuvieron divergencias con el duce sólo en los últimos momentos, cuando ya nuestras tropas se habían visto obligadas a entrar en Italia.

Husmann nos recogió y llevó al apartamento secreto de Dulles, quien ya nos esperaba. Se condujo con reserva, pero también con benevolencia. Intercambiamos apretones de manos y comenzaron las negociaciones. Pero Dulles, que se sentó junto a la ventana, a contraluz, guardó silencio. Gaevernitz habló primero.

Me preguntó:

—¿Podría usted liberar al italiano Romano Guardini respondiendo a una petición de Mathilde Hedewils?

No le di una respuesta determinada, ya que no recordaba este apellido. Pensé que tal vez era una de las formas del control.

—Es un eminente filósofo católico —continuó Gaevernitz—, querido por todos los pensadores europeos.

Yo sonreía enigmáticamente recordando las lecciones de nuestro gran actor Schellenberg.

—General —me preguntó Husmann—, ¿se da usted cuenta de que Alemania ha perdido la guerra?

Comprendí que estos hombres me obligarían a pasar por un acto de fe a todas vistas humillante para mí personalmente. En mis tiempos yo hacía lo mismo cuando quería ganarme la confianza de un político de la oposición al régimen. La prueba mediante la humillación personal constituye garantía suficiente de fidelidad en el futuro, de modo que a este político yo podía ofrecerle después un cargo de responsabilidad en la administración.

—Sí —contesté.

—Usted comprende, por supuesto, que la base real de las posibles negociaciones sólo puede ser la capitulación incondicional.

—Sí —contesté, considerando que el hecho mismo de las negociaciones es mucho más importante que lo que en ellas se trate. La importancia de los objetivos en este caso indicaba que era favorable comenzarlas, por mucho que me costara a mí personalmente como general de la SS y miembro del partido.

—Si usted, no obstante —continuó Husmann— quiere hablar en nombre del Reichsführer Himmler, las negociaciones deberán interrumpirse y el señor Dulles se vería en la necesidad de retirarse.

Miré a Dulles. No pude ver su cara, la luz me cegaba los ojos, pero noté que había hecho una señal afirmativa con la cabeza y seguía guardando silencio sin pronunciar una palabra. Comprendí que era más bien una cuestión de forma, ya que ellos entendían perfectamente en nombre de quién podría hablar y hablaría un general de la SS. Se habían colocado en una posición ridícula y humillante al plantear esta pregunta. Naturalmente, yo hubiera podido contestarles que estaba dispuesto a hablar sólo con el señor Dulles y que si me enteraba de que representaba al capital monopolista judío, abandonaría cualquier conversación con él. Comprendí que esperaban mi respuesta. Respondí lo siguiente:

—Considero un crimen contra el gran Estado germano que representa un puesto de avanzada en la civilización de Europa, que se continúe la lucha ahora, sobretodo cuando hemos podido sentarnos a la mesa común: la mesa de las negociaciones. Estoy dispuesto a poner a disposición de los aliados todas mis unidades que son las más fuertes de Italia: los SS y la Policía, en aras de que se termine la guerra y para evitar que se llegue a la creación de un Gobierno comunista.

—¿Significa esto —preguntó al fin Dulles— que las tropas de la SS entrarían en la lucha contra el ejército de Kesselring?

Comprendí que este hombre quería seriedad en todos los aspectos. Era la premisa de una conversación real sobre las perspectivas.

—Necesito sus garantías —contesté— para hablar con el mariscal Kesselring de modo concreto y convincente.

—Bien —convino Dulles.

Continué:

—Usted debe comprender que en cuanto Kesselring de la orden de capitulación aquí, en Italia, donde tiene más de un millón y medio de soldados, se presentaría una reacción en cadena en otros frentes, me refiero al frente occidental y escandinavo: en Noruega y Dinamarca.

Comprendí también que en esta primera conversación importante debía sacar mi carta especial.

—Si recibiera sus garantías de que las negociaciones habrán de proseguir, me comprometo a evitar la destrucción de Italia, que ha sido planeada de acuerdo con las instrucciones del Führer. Hemos recibido la orden de destruir todas las galerías de pintura y los monumentos antiguos, es decir, arrasar con todo lo que pertenece a la historia de la Humanidad. A pesar del peligro que se cernía sobre mí personalmente, rescaté y oculté en mis refugios los cuadros de la galería Uffizi y Patti y la colección numismática del rey Víctor Manuel.

Puse sobre la mesa la lista de los cuadros que había ocultado. Allí estaban los nombres de Tiziano, Botticelli, El Greco. Los americanos interrumpieron la conversación y estudiaron la lista.

—¿Cuánto pueden costar estos cuadros en dólares? —me preguntaron.

—No tienen precio —contesté, pero luego agregué—: Creo que más de cien millones...

Durante diez minutos Gaevernitz habló sobre los cuadros del Renacimiento y la influencia de este período en el desarrollo técnico y filosófico de Europa. Luego empezó a hablar Dulles. Entró en la conversación inesperadamente, sin preámbulos. Dijo:

—Estoy dispuesto a hablar con usted, general Wolff. Pero tiene que garantizarme que no entrará en contacto con nadie más. Es la primera condición. Espero que haya comprendido que nuestras negociaciones sólo deben ser conocidas por los que estamos aquí ahora.

—Entonces no podríamos firmar la paz —dije—, porque usted no es presidente ni yo soy canciller.

Intercambiamos sonrisas silenciosas y comprendí que, de este modo, había obtenido el permiso de informarle sobre las negociaciones y solicitar sus instrucciones posteriores. Le envió esta carta con el ayudante del mariscal Kesselring que acompaña a su jefe en vuelo hacia Berlín. Este hombre fue probado del modo más minucioso, no tanto como mi agente sino como una persona fiel que piensa igual que nosotros. Usted se acordará de él, porque fue usted quien aprobó su candidatura cuando fue mandado a Kesselring para informarnos sobre las relaciones entre el mariscal de campo y Goering.

Sería sumamente conveniente que usted invitara a Kesselring a conversar. Nuestro próximo encuentro con los norteamericanos tendrá lugar en los próximos días.

¡Heil Hitler!

Suyo, Karl Wolff.

Wolff había escrito la verdad. Las negociaciones se llevaban a cabo de esta, o casi de esta forma. Sólo había omitido que en el viaje de regreso a Italia, en el compartimento del tren, había mantenido una larga conversación con Husmann y Waibel sobre el futuro Gabinete de Alemania. Allí habían acordado que Kesselring sería el canciller; el ministro de Relaciones Exteriores sería Von Neurath, ex gobernador de Moravia; el ministro de Hacienda sería el miembro honorario del NSDAP Hjalmar Schacht; y el ministro del Interior, el *Obergruppenführer SS* Karl Wolff. En este Gabinete no había cartera para Himmler.

Mientras tanto, Stirlitz se dirigía a toda prisa en su «Horch» a la frontera suiza. El pastor, silencioso y pálido, iba a su lado. Stirlitz puso la radio y sintonizó una emisora de Francia: París transmitía un concierto de la joven cantante Edith Piaf. Tenía una voz baja y fuerte y las letras de las canciones eran sencillas e ingenuas.

—Una decadencia total en las costumbres —dijo el pastor—, no lo critico, no, simplemente la oigo y recuerdo todo el tiempo a Händel y Bach. Creo que antes los artistas eran más exigentes con ellos mismos: marchaban junto a la fe y se planteaban tareas gigantescas... Eran como faros, a su manera... ¿Pero, eso? Así se habla en los mercados...

—Esta cantante es maravillosa —dijo Stirlitz—. Créame, será recordada también después de su muerte.

—En usted habla la bondad

—En mí habla el amor a París... Bueno, pastor... Estas conversaciones las continuaremos después de la guerra. Ahora, repítame por favor, todo lo que debe hacer en Berna...

—Tengo buena memoria. La *Biblia* no sólo enseña la misericordia, también enseña a organizar la memoria...

—Sin embargo, por favor, repítamelo todo: desde el principio hasta el fin.

El pastor volvió a enumerarle a Stirlitz lo que éste le había repetido durante las últimas tres horas. Mientras escuchaba al pastor, Stirlitz continuaba pensando: «Sí, Katy se quedó con ellos. Pero si me hubiera llevado a Katy, ellos empezarían a buscar al pastor, porque es obvio que alguien de la Gestapo lo ha estado vigilando. Y entonces toda la operación fracasaría inevitablemente, y Himmler podría ponerse de acuerdo con la gente de Berna... Katy les dirá algo de mí para salvar al niño, si sucede algo imprevisto, lo cual puede suceder... Pero el pastor ya pronto comenzará su trabajo y Pleischner debe cumplir mi encargo. Ninguno de ellos sabe qué papel juega en mi operación. Al pastor lo seguirán mis hombres, que deben de haber recibido el mensaje que les envié con Pleischner. Y todo saldrá bien. No le he dado posibilidades a Himmler de negociar con Berna... Ahora fracasará. Müller no sabe nada sobre mi "ventana" en la frontera y los guardas fronterizos no le informarán a su gente, porque yo actúo por órdenes del *Reichsführer*. De modo que el pastor estará hoy mismo en Suiza y mañana comenzará mi operación. Nuestra operación, para ser más exacto».

—No —dijo Stirlitz, abandonando sus reflexiones—. Usted no debe llevar a cabo las entrevistas en la sala azul del hotel, sino en la rosada. Ya ve, aunque tenga buena memoria nunca está de más repetirlo todo.

—Me pareció que no estaba usted escuchando.

—Lo escuchaba con mucha atención. Siga, por favor.

«Si el pastor cruza la frontera sin problemas, sacaré a Katy. Entonces, podré jugar la última carta. Ellos están apretando el cerco, no me ayudaría ni Bormann... El diablo sabe lo que puede pasar. Me iré con ella a través de mi "ventana" en la frontera en cuanto comprenda que el fin del juego se aproxima. Si podemos continuarlo, ya que no tienen pruebas ni pueden tenerlas, entonces tengo que sacarla a tiros, después de haber asegurado una coartada con Schellenberg. Tendría que ir a su casa o a Hohenlichen con mi informe, todo el tiempo se lo pasa allí junto a Himmler; calcularía bien el tiempo, rompería el transmisor y me llevaría a Katy. Lo principal es calcular bien el tiempo y la velocidad. Después, que nos busquen. Ya no les queda mucho tiempo para buscar. A juzgar por la cara asustada de

Müller cuando vio a Holtoff con el cráneo roto, éste intentó efectuar conmigo una provocación infantil. Por supuesto que cumplía una orden de Müller. Pero no hubiera podido actuar tan bien, si no fuera su propio personaje, si el papel encomendado no hubiera coincidido tan perfectamente con sus propios pensamientos. Y no se sabe lo que habría hecho si yo hubiera aceptado irme con él y Runge. Probablemente, se hubiera unido a nosotros. Es muy probable. Recuerdo cómo me miraba durante el interrogatorio del astrónomo y cómo hablaba... Con él he jugado con exactitud. Mi salida repentina puedo cubrirla por un lado con Schellenberg y por el otro con Bormann. Ahora es Katy lo principal. Mañana no iré a mi casa, iré directamente a la suya. Aunque mejor no. No se puede jugar a ciegas. Sobre todo, en nuestro oficio. El pago aquí no es con dinero: es con la causa. Y, al fin y al cabo, con la vida».

—Muy bien —dijo Stirlitz—, muy bien que se haya usted acordado que debe coger el segundo taxi y dejar pasar al primero y que bajo ningún pretexto debe subir a un automóvil cualquiera que vaya a la misma dirección. En general, espero que sus amigos del monasterio, de quienes le he hablado, lo protejan. Y quiero repetirle una vez más que le puede suceder cualquier cosa. Cualquier cosa. Si comete una imprudencia, por muy pequeña que sea, no tendrá tiempo ni de pestañear antes de caer en el sótano de Müller. Y si esto ocurre, quiero que sepa que, al pronunciar mi nombre una sola vez, en una pesadilla o bajo tortura, eso significará mi muerte y la muerte inmediata de su hermana y sobrinos. Los que me permitieron sacarlo me han responsabilizado de su seguridad. Nada podría salvar a sus familiares si usted dice mi nombre. No es una amenaza, entiéndame bien: es la realidad y hay que conocerla y recordarla siempre.

—Lo entiendo.

—Muy bien. No me gustaría pensar que precisamente este planteamiento lo hubiera usted entendido mal...

Stirlitz dejó su automóvil a cien metros de la plaza de la estación del ferrocarril. El automóvil del puesto fronterizo los esperaba en el lugar convenido. La llave estaba puesta. Las ventanillas habían sido embarradas a propósito para que no se pudieran ver las caras de los que iban en el automóvil. En el lugar convenido, en las montañas, estaban clavados en la nieve los esquíes con las botas al lado.

—Cámbiese —dijo Stirlitz.

—En seguida —susurró el pastor—, me tiemblan las manos, debo tranquilizarme un poco.

—Puede hablar normalmente, aquí nadie nos oye.

La luna llena cubría con su resplandor de plata la nieve del valle y lanzaba contra la oscuridad de los desfiladeros chispas radiantes que daban a la nieve apariencia de naftalina. Las enormes copas nevadas de los pinos parecían animales salvajes y acechantes listos para el asalto. En algún lugar lejano se oía el ruido del motor de una planta eléctrica mezclado con las ráfagas del viento.

—Bien —dijo Stirlitz—. Buena suerte, pastor.

—Que Dios lo bendiga —contestó el pastor y comenzó a esquiar torpemente en la dirección indicada por Stirlitz. Cayó dos veces exactamente en la frontera misma. Stirlitz esperó junto al coche hasta que oyó el grito del pastor desde el bosque que se destacaba negro al otro lado del desfiladero. Estaba ya muy cerca del hotel. Todo marchaba bien. Ahora debía hacer lo último que faltaba: sacar a Katy.

Stirlitz regresó a la estación, cambió de automóvil y, a los veinte kilómetros, sintió que le era imposible mantenerse despierto. Miró el reloj: terminaba la segunda noche sin que hubiera dormido en absoluto.

«Dormiré media hora —se dijo—. Si no lo hago, no volveré a Berlín nunca».

Durmió exactamente veinte minutos. Luego se bajó del coche, se restregó la cara con nieve, bebió coñac de un frasco achatado y, agarrando el volante, oprimió el acelerador. El motor del «Horch» gruñó de modo uniforme y potente. El cuentakilómetros se acercaba a los 150 kilómetros. La carretera estaba totalmente desierta. Comenzaba una cautelosa alborada. Para ahuyentar el sueño, Stirlitz se puso a cantar a voz en cuello pícaras canciones francesas.

Rolff llegó a la casa que ocupaba Katy cuando el sol se veía aún rodeado de humo y de frío.

—*¡Heil Hitler!* —le saludó Barbara, levantándose de su asiento.

Rolff la interrumpió.

—Déjeme a solas con la rusa —dijo.

La cara de Barbara, hasta ese momento sonriente, se volvió en seguida dura y oficial. Fue al otro cuarto. Cuando abrió la puerta, Katy oyó a su hijo que acababa de despetar y, al parecer, tenía hambre.

—Por favor, permítame que le de el pecho al niño —dijo—, así no podremos trabajar.

—El niño esperará.

—Imposible... Tiene que alimentarse cada tres horas...

—Bien. Le dará el pecho después de contestarme una pregunta...

Alguien tocó a la puerta.

— ¡Estamos ocupados! —gritó Rolff.

La puerta se abrió. En el umbral apareció Helmuth con el niño en los brazos.

—Ya es hora de alimentarlo —dijo—. El niño tiene hambre.

—¡Que espere! —gritó Rolff—. ¡Cierre la puerta!

—Sí, pero... —comenzó a decir Helmuth. Rolff se levantó, se acercó rápidamente a la puerta y la cerró en las narices del soldado.

—Bien... Me interesa una cosa. Hemos sabido que usted conoce a su jefe.

—Ya expliqué que...

—Conozco sus explicaciones. Las leí y las oí grabadas. Me parecían satisfactorias hasta hoy. Pero desde esta mañana, estas explicaciones han dejado de satisfacerme.

—¿Qué ha pasado hoy por la mañana?

—Ha pasado algo. Esperábamos que esto se produjera. Lo sabíamos todo desde el principio, pero necesitábamos pruebas. Ahora las tenemos. No podemos detener a nadie si no tenemos pruebas, hechos o testimonios de dos personas. Pero ya tenemos pruebas.

—Desde el principio no he negado que...

—Deje ya ese juego. No me refiero a usted. Sabe perfectamente de quién se trata...

—No sé de quién se trata. Le suplico que me permita alimentar al niño...

—Primero me dirá dónde y cuándo se citaba con su jefe y después alimentará al niño.

—Yo le expliqué al señor que me detuvo que no conozco el nombre del jefe ni su dirección.

—Escuche —dijo Rolff—, deje de hacerse la tonta. Ponga las cartas sobre la mesa. Usted ha perdido.

Estaba muy cansado porque, como todos los ayudantes de Müller, no había dormido esa noche, rastreando el automóvil de Stirlitz por toda la ciudad. Habían dejado vigilantes en su casa y en los restaurantes donde habitualmente almorzaba, pero Stirlitz había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Müller había prohibido informar a Kaltenbrunner y mucho menos a Schellenberg, que estaban buscando a Stirlitz. Había decidido jugar él mismo esta partida que consideraba muy complicada y en la que sólo había dos salidas: o un gran éxito o una derrota terrible. Sabía que Bormann era el dueño absoluto de enormes sumas colocadas en los Bancos de Suecia, Suiza, Brasil y hasta en los Estados Unidos, a través de testaferros. Bormann no olvidaba los favores ni las acciones contra él. Anotaba todo lo que de un modo u otro se relacionaba con Hitler; lo anotaba hasta en sus pañuelos, pero nunca nada referente a él mismo: eso lo conservaba en la memoria para siempre. Por eso Müller quería jugar solo la partida con Stirlitz, que había telefoneado a Bormann y se entrevistaba con él. Era *su* partida y no podría equivocarse. Todo habría resultado sencillo e intrascendente si Stirlitz no hubiera llamado a Bormann ni se hubiera entrevistado con él. El círculo se había cerrado: Stirlitz, el mensaje de Berna, la radiofonista rusa. Y el círculo se apoyaba sobre una base sólida: Bormann. De modo que al derrotarlo, Müller obtenía acceso a los asuntos más secretos de Bormann para una investigación y esta perspectiva también se le antojaba posible; o en caso de que las condiciones lo permitiesen, se haría imprescindible a Bormann como el hombre que había descubierto la conspiración de Stirlitz con los radiofonistas rusos. Ambas salidas conducían al último éxito o a la última caída. Por esta razón, ni él ni sus colaboradores más íntimos habían dormido durante toda la noche, ya agotados de organizar emboscadas, preparándose para el duelo decisivo.

—No diré nada más —dijo Katy—. Estaré callada hasta que se me permita alimentar al niño.

La lógica de una madre tiene poco en común con la de un verdugo. Si Katy no hubiera mencionado al niño, no habría tenido ella que enfrentarse a la hora amarga de la tortura. Pero movida por la naturaleza empujaba a Rolff a una decisión que no se le había ocurrido antes de entrar en el apartamento. Él conocía la firmeza de los agentes rusos, sabía que preferían la muerte a la traición y que aunque los obligasen a «colaborar», siempre encontraban medios para continuar su trabajo con métodos más refinados y astutos.

De repente una idea pasó por la mente de Rolff.

—Bien —dijo—, no perdamos más tiempo. Sé todo lo que usted sabe y trata de callar. Pronto estará frente a su jefe. Sintió que se aproximaba su fin y decidió huir al extranjero, pero ha fracasado. Contaba con su automóvil —Rolff miró atentamente a Katy, cuya cara se había tornado lívida—, tiene un coche muy bueno, ¿no es verdad? Pero se ha equivocado: nuestros coches no son inferiores, son mejores. En todo este lío, usted no nos interesa. Nos interesa él. Y usted nos dirá todo sobre él. Todo —repitió—. Hasta el más mínimo detalle.

—No tengo nada que decir.

Entonces Rolff se levantó, se dirigió a la ventana y, al abrirla, se encogió ante la embestida del aire helado.

—Hace frío de nuevo —dijo—. ¡Cuándo llegará la primavera! Ya estamos cansados del invierno.

Cerró la ventana, se acercó a Katy.

—Las manos, por favor.

Katy extendió las manos y las esposas se cerraron en las muñecas.

—Los pies también, por favor —dijo Rolff.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Katy—. ¿Qué se propone?

Cerró las esposas en sus tobillos y gritó:

—¡Helmuth! ¡Barbara!

Nadie respondió. Abrió la puerta y gritó:

—¡Barbara! ¡Helmuth!

Ambos entraron corriendo. No estaban acostumbrados a ese tono de voz en Rolff: histérico, alto, jadeante. Pero Rolff tenía motivos para gritar así. Müller le había ordenado que hoy, precisamente hoy, debía obligar a la rusa a decir la verdad, de modo que para el momento de la captura de Stirlitz la carta principal estuviera en el bolsillo de Müller. —Traiga al niño —dijo Rolff.

Cuando Helmuth salió, Rolff acercó a la ventana una mesa donde estaba el florero con flores artificiales. Después abrió la ventana y dijo:

—No le he mencionado el frío por gusto. Con sólo mantener a su hijo tres o cinco minutos desnudo en esta mesa, morirá. A usted le corresponde decidirlo.

—¡Usted no lo hará! —empezó a gritar Katy haciendo esfuerzos por levantarse—. ¡Usted no lo hará! ¡Máteme a mí! ¡Máteme a mí! ¡No al niño! ¡Usted no puede hacerlo!

—Sí, para mí va a ser terrible tener que hacerlo —contestó Rolff—. Sí, soy un ser humano, no una bestia; también a mí me ha parido una madre. ¡Pero lo haré en nombre de todas las alemanas! ¡En nombre de todos los niños del Reich que mueren bajo las bombas, lo haré!

Katy cayó de la silla, rodó por el suelo y comenzó a besar sus botas suplicando:

—Usted tiene un corazón. Usted no puede hacer eso. ¡No lo creo!

—¿Dónde está el niño? —gritó Rolff—. ¡Tráiganlo para acá, rápido!

—Usted es madre —dijo Barbara— tiene que ser razonable.

Helmuth entró con el niño en los brazos. Rolff le quitó el niño, lo colocó encima de la mesa y empezó a quitarle los pañales. Katy dio un grito terrible, como de animal herido.

— ¡Habla! —chilló Rolff—. ¡No eres madre! ¡Eres una asesina estúpida! ¡Habla!

El niño comenzó a gritar con su pequeña voz enronquecida y la boquita estirada en un chillido de enojo: ya había pasado la hora de comer y todos parecían haberlo olvidado.

Al señor Cadicelli. Vaticano.

Querido amigo:

Comprendo y aprecio la atención con que las autoridades del Vaticano, que tanto valor mostraron en los días de la resistencia antinazi, estudian en estos momentos las posibilidades de ayudar a la Humanidad en la obtención de la paz tan necesaria en esta tierra...

He comprendido perfectamente las razones por las cuales el Vaticano organizó con tanta generosidad el contacto entre Müller (que representaba al desafortunado almirante Canarias y demás heroicos generales que ofrendaron sus vidas en la lucha contra la barbarie hitleriana) y los representantes oficiales del Gabinete británico.

Los hombres representados por el doctor en Filosofía Müller poseían las virtudes que le permitieron a usted ejercer su influencia sobre el Gabinete británico en busca de una paz razonable y honrosa. Sin embargo, después de la desaparición de los patriotas en el verano del año pasado, se produjo una pausa funesta en la búsqueda de la paz.

También comprendo los motivos de su escepticismo ante las cautelosas propuestas que ha sometido a su consideración el general Kart Wolff. Yo sé que usted ha sufrido la ocupación nazi y ha visto con sus propios ojos las flagrantes violaciones a la ley perpetradas por los hombres de la SS, subordinados directamente a quien ahora está buscando la paz, al general Wolff. Esto me lleva a evaluar su posición

no como un compás de espera, sino más bien como una negativa: no se puede confiar en un hombre que hace el mal con una mano y el bien con la otra. La contradicción y la dualidad, comprensible en un simple hijo de Dios, no puede ser justificada en quienes determinan la política de un Estado o están investidos del poder militar o político.

Sin embargo, después de que sus propuestas fueran rechazadas por el Vaticano, el general Wolff tuvo éxito en sus planes al lograr una entrevista aquí, en Berna, con el señor Dulles, representante del honorable presidente Roosevelt. Los informes que han llegado a nosotros nos permiten concluir que las negociaciones entre Wolff y Dulles están desarrollándose con mucho éxito.

Confío en que se comprenda mi posición: si prevengo una vez más al señor Dulles sobre futuros contactos con el general Wolff, nuestros amigos norteamericanos pudieran formarse una idea errónea sobre las razones que nos mueven: los políticos no siempre llegan a comprender la política de los servidores de Dios.

Carecería de sentido hablarle al señor Dulles sobre la perfidia del general Wolff y los crímenes que han cometido los nazis siguiendo sus órdenes, en la tierra de nuestra bella Italia. En primer lugar, el que tiene ojos para ver, que vea; y en segundo lugar, nosotros, los servidores de Dios, no debemos poner nuestros propios sufrimientos en primer plano. Sabíamos lo que nos esperaba al escoger nuestro camino.

La situación me parecía difícil y sin salida hasta que el pastor Schlag llegó a Berna. Usted debe acordarse de este hombre noble que siempre luchó por la paz y en varias ocasiones visitó Suiza, el Vaticano y Gran Bretaña antes de 1933, cuando la salida de Alemania no estaba todavía afectada por las dificultades policíacas que comenzaron desde que Hitler llegó al poder.

El pastor Schlag ha venido —de acuerdo con sus propias palabras— para estudiar todas las posibilidades reales de una paz rápida y justa. Dice él que viene enviado por hombres preocupados por la evidente coincidencia de puntos de vista sobre el mundo del futuro de dos figuras tan opuestas como Wolff y Dulles.

Considera que su misión es evitar la posibilidad de las negociaciones ulteriores entre Wolff y Dulles, ya que está profundamente convencido de que Wolff no busca la paz, sino que se encuentra explorando el terreno para preservar el régimen de los nazis a cambio de algunas concesiones por parte de los SS, que son los que ahora poseen el único poder real en Alemania.

Considera que su misión también es ayudar a que se establezcan contactos entre los hombres que arriesgaron sus vidas para sacarlo de Alemania, y los representantes de los aliados. Los hombres que dice representar consideran un deber ineludible colaborar en la liquidación de todo cuanto estuvo relacionado con la SS y el NSDAP, o pueda estarlo en el futuro.

Quisiera solicitar su consentimiento para sostener conversaciones más sinceras con el pastor Schlag. Posiblemente sería útil que le informemos más ampliamente sobre todo lo que está sucediendo en Berna en estos momentos.

Mientras no pueda ofrecer al pastor Schlag pruebas tangibles de nuestra sinceridad, no podemos esperar que él hable abiertamente o nos ofrezca información completa sobre sus compañeros que están esperando noticias suyas en Alemania.

Presumo que sus compañeros en Alemania no son tan fuertes como quisiéramos. El pastor Schlag nunca ha sido un verdadero político, sino un guía honesto de su parroquia. Sin embargo, dirigiendo la vista hacia el futuro, veo una gran ventaja en que un pastor, precisamente un pastor, un servidor de Dios, sea el hombre puro y noble que busque la paz arriesgando la vida, pero sin doblegarse ante el nazismo.

Probablemente este gran ejemplo del valor cívico de un hijo y servidor de Dios nos ayudará para salvar a los alemanes del bolchevismo, cuando el pueblo martirizado de Alemania tenga que elegir su futuro. Alejado por Hitler del Vaticano, el pueblo de Alemania tarde o temprano volverá al seno del catolicismo, y el pastor Schlag, o su luminosa imagen, ayudará a nuestros pastores en el futuro a llevar la luz a los lugares donde antes reinaba la oscuridad nazi.

Espero su respuesta en el tiempo más breve posible.

Suyo.

Norelli.

Dulles había recibido instrucciones del jefe de la dirección de servicios estratégicos, Donovan, de que en adelante las negociaciones con Wolff deberían codificarse con el nombre «Sunrise Crossword». Para reforzar las negociaciones, dos generales fueron enviados a Suiza: el suplente del jefe del Estado Mayor de las tropas aliadas en Italia, general británico Airey, y el norteamericano Lemnitzer.

Los generales, usando los uniformes de simples soldados del ejército norteamericano, fueron trasladados de Nápoles a la frontera suiza. Debían cruzarla con documentos falsos elaborados por los hombres de Dulles, donde se decía que eran soldados que viajaban por Europa en busca de sus familiares.

El general Lemnitzer tuvo que contestar en la aduana numerosas preguntas sobre Norteamérica. El general Airey, un inglés que nunca había visitado los Estados Unidos, comenzó a cometer equivocaciones en sus respuestas. La operación «Crossword» amenazaba con el fracaso desde el principio. El mayor Waibel, que se encontraba allí, había

ordenado a la gente suya que trabajaba con los guardas fronterizos que dejaran pasar a Airey independientemente de las respuestas que diera a las preguntas de control.

Cuando Airey se estaba secando con mano temblorosa la frente fría y sudada, se le acercó Waibel, vestido de civil, y le entregó dos boletos para el tren que salía hacia Berna. Allí los esperaba un automóvil que condujo a Waibel y a los dos generales a una calle tranquila donde habían alquilado un apartamento por medio de intermediarios. Allen Dulles los esperaba ahí. Durante dos días discutieron la elaboración de una plataforma común que debía adoptarse para proseguir las negociaciones con el general SS Karl Wolff.

—Tenemos poco tiempo —dijo Dulles— y todavía hay mucho que hacer. La posición de los aliados debe ser bien fundamentada en lo principal y en los detalles.

—La posición de los aliados angloamericanos —dijo el general Airey con un tono que podía encerrar lo mismo una pregunta que una mera confirmación.

—Angloamericanos y americanoingleses, en este caso es una distinción puramente formal que no cambia la esencia del asunto —contestó Dulles.

Así, por primera vez desde el comienzo de la guerra, en el concepto de «los aliados» se omitía una sola palabra: «soviéticos». En lugar de los «aliados anglosoviéticoamericanos», había aparecido en Berna un nuevo término: «los aliados angloamericanos».

Eismann entró en el despacho de Müller vestido con la misma ropa sucia: las botas salpicadas de barro, la guerrera empapada. Había andado durante mucho tiempo por Neustadt bajo la lluvia, buscando a la hermana del pastor Schlag. No ocupaba la casa cuya dirección se consignaba en el expediente. Había averiguado en la sección local de la Gestapo, pero tampoco allí tenían información alguna sobre los familiares más cercanos de Schlag.

Sin embargo, los vecinos le dijeron que noches antes, muy tarde, habían oído el ruido del motor de un automóvil. Pero nadie sabía quién había venido ni en qué auto ni qué les había pasado a la señora Anna y a sus hijos.

Había desaparecido del mismo modo misterioso que el pastor. Durante los dos últimos días, agentes de la Policía criminal, por orden de Eismann, habían estado buscando al pastor o a su hermana y los hijos, sin que pudieran hallar pista alguna.

Müller recibió a Eismann con una sonrisa. No dijo nada después de escuchar el informe del *Obersturmbannführer*. Sacó de la caja fuerte una carpeta y cogió una hoja de papel.

—¿Y qué haremos con esto? —preguntó alargando una hoja a Eismann.

Era el informe donde Eismann expresaba su confianza absoluta en el *Standartenführer* Stirlitz.

Después de un largo silencio, Eismann suspiró penosamente y pronunció una frase terrible:

— ¡Malditos todos mil veces!

— Así es mejor —convino Müller y puso el informe en la carpeta—. Es una buena lección para usted, amiguito.

— ¿Quiere usted que le escriba un nuevo informe?

— ¿Para qué? No hace falta...

— Pero considero un deber rectificar mi opinión anterior.

— ¿Cree usted que eso sería bueno? —preguntó Müller. Siempre huele mal cuando alguien se retracta de sus puntos de vista.

— ¿Qué debo hacer en este caso?

— Confiar en que no le mostraré a nadie su informe anterior. Nada más. Continúe su trabajo. Sepa que muy pronto deberá marcharse a Praga. Tal vez desde allí vuelva al pastor y a su amigo fiel que estuvo a su lado bajo las bombas en Smolensko. Ahora, puede retirarse. No se preocupe. En el contraespionaje, como en ningún otro trabajo, todo el mundo debe saber que en estos tiempos no se puede confiar en nadie, a veces ni en uno mismo.

Al jefe de la Dirección de Seguridad Imperial,

Obergruppenführer SS Kaltenbrunner.

Praga. Dos copias.

Mi estimado Obergruppenführer:

Después de haber recibido la orden del Führer de hacer de cada ciudad y cada casa una fortaleza inexpugnable, estudié nuevamente la situación en Praga que, junto con Viena y los fuertes alpinos, debe convertirse en el centro de la batalla decisiva contra el bolchevismo o, en caso de un final trágico, en tierra arrasada.

Al recibir su instrucción de seleccionar a los hombres que estuvieran dispuestos a destruir Praga, no sólo entre los arios, sino entre los que hayan demostrado su buena voluntad en la colaboración con nosotros durante varios años de lucha en común contra el bolchevismo, he elegido algunos candidatos. No voy a nombrar aquí a todos estos hombres para no distraer su atención de asuntos verdaderamente importantes que esperan sus decisiones. Mandaré a su secretario una lista de cuatrocientos veintiún hombres. Entre nuestros colaboradores hay personas de las más diversas nacionalidades.

Me ayudó en este trabajo el coronel Berg, de la inteligencia del Ejército, a quien, como supe en Cracovia, usted conoció personalmente en relación con el caso del enemigo de la nación Canaris. Me está prestando una ayuda valiosa porque con él trabaja un ruso reclutado por nosotros, un tal Grishanchikov. A propósito, este Grishanchikov fue altamente recomendado por el Standartenführer Stirlitz durante su visita a Cracovia como barbero y masajista de primera clase. En realidad es un agente muy eficaz que me ayuda en la selección de los candidatos entre los rusos que sirven en el ejército del general Vlasov.

Como todas las personas que deberán participar en los preparativos de la liquidación de los centros más importantes de la cultura eslava deben ser sometidas a una investigación de la Gestapo, quisiera pedirle que ordene al Obergruppenführer Müller que efectúe una investigación adicional sobre el coronel Berg y, si es posible, sobre el ruso Grishanchikov.

Me permito suplicarle que se me comunique eventualmente todo lo relacionado con mi trabajo aquí, aunque comprendo que mis tareas de ningún modo pueden compararse con su gigantesco trabajo de preparar nuestra victoria definitiva.

¡Heil Hitler!

Suyo, Krüger.

Kaltenbrunner leyó la carta y escribió la siguiente nota: «A Müller. No conozco ningún Berg, menos aún a Grishanchikov. Organice usted la investigación y no me moleste más con esta clase de detalles. Kaltenbrunner».

Ahora Müller necesitaba urgentemente al hombre que había llevado a Berna el mensaje de su jefe de Berlín. Había decidido alterar la operación de sus hombres que estaban esperando en el apartamento de los rusos. Ya no era necesaria la vigilancia del enlace, lo que necesitaba eran pruebas inmediatas. La operación para descubrir toda la red era un plan de Schellenberg, dejarle organizar un nuevo esquema era asunto suyo. A juzgar por los datos recibidos, el enlace que apareció en Berna era un aficionado, un intelectual, alguien a quien se podría obligar a «cantar» rápidamente, porque no sería resistente. Él le diría quién le había entregado el mensaje cifrado. Entonces Müller tendría pruebas irrefutables y así podría vencer.

Envió una orden a Berna: «Cesen la vigilancia del enlace. Organicen secuestro y envíenlo en el maletero del automóvil de la Embajada a través de la frontera del Reich, conducido personalmente al *Obergruppenführer* Müller...»

Pleischner estaba del mismo humor alegre de la víspera. Fue a la cita a la hora indicada. Había trabajado animosamente, sólo salió de su habitación para comer: vivía de la dicha y la esperanza del cercano fin de Hitler. Compraba ahora todos los periódicos y no le era difícil imaginar el futuro, pues tenía una mente analítica y conocía bien la historia. En Alemania tenía miedo de escuchar la radio inglesa y se limitaba a leer la verdad entre las líneas de la rimbombante propaganda de Goebbels. Había aprendido este arte. Leía los partes de guerra y los artículos del *Völkischer Beobachter*, seguía con la vista las noticias victoriosas y luego, apartando toda aquella escoria verbal, colocaba imaginariamente en un mapa sus banderitas rojas con estrellas. Necesitaba un mapa, los nombres de las ciudades y una regla. Estos componentes básicos le permitían contemplar la verdad. Aquí, en Suiza, había comprobado hasta qué punto tenía razón allá, en Berlín. Siempre consideró que el triunfo del fascismo significaría el fin de la civilización y, en último término, la decadencia de la nación alemana. Desde que los hombres que pueblan el mundo comenzaron a ser divididos en esclavos y señores, en la nación de los señores aparecía la putrefacción. La antigua Roma sucumbió precisamente por pretender el dominio del mundo y cayó bajo los golpes de los bárbaros. Por regla general, reflexionaba Pleischner, todo Estado antiguo que se propuso dominar al mundo estuvo condenado a la destrucción final en el propio apogeo de su aparente poderío. Y ello ocurría porque a toda fuerza siempre la acompaña el orgullo que degenera en ambición, y ya es sabido que nada resulta tan ciego e impotente a la hora de las pruebas como la ambición. Los líderes de Grecia, Roma y, antes, los de Egipto y Babilonia, embriagados por las victorias, dejaron de pensar al Estado como un conjunto de hombres movidos por aspiraciones diferentes. Las victorias en el extranjero fascinaban tanto a los tiranos antiguos que olvidaban el sordo descontento de sus esclavos, las murmuraciones hostiles de los cortesanos que no habían sido condecorados y la eterna insatisfacción de ese mundo de pensadores y filósofos que vivía soñando con un futuro radiante. Las victorias sobre los enemigos visibles hacían sentirse seguros a los emperadores, faraones, tribunos, tiranos y cónsules. Pensaban que si estados extranjeros habían caído bajo sus golpes, sería muy fácil vencer a sus propios súbditos descontentos. No tenían en cuenta que en el Ejército, que inevitablemente tendría que convertirse en la fuerza principal para aplastar a los descontentos, estaban los hermanos, los hijos, o simplemente los amigos de quienes debían ser aplastados. En esta desunión de gobernantes y súbditos se ocultaban los elementos del progreso que Pleischer definía en sus propios términos como «levadura de la civilización». Comprendía que Hitler había planeado un experimento diabólico, calculando que el triunfo del Reich sobre el resto del mundo aseguraría una prosperidad material a *cada* alemán sin importarle la posición que tuviera en la sociedad alemana. Hitler había pretendido hacer a todos los alemanes dueños del mundo y a los demás hombres de la tierra, sus súbditos. Es decir, había querido impedir que

surgiera la «levadura de la civilización», por lo menos en un futuro previsible. Si Hitler hubiera vencido, la nación alemana habría sido completamente militarizada. Hitler habría desarmado a todos los demás pueblos y los habría despojado de organismos estatales, de modo que cualquier intento de rebelión por parte de los vencidos hubiera quedado condenado al fracaso. Con los alemanes armados sólo podría entonces rivalizar una poderosa organización nacional. Habría costado años o docenas de años para que dentro de la nación de los señores madurasen los «conflictos de renacimiento»; además, no existía ninguna garantía de que esto pudiera producirse.

Pleischner consultó el reloj: aún tenía tiempo. Al lado se encontraba un pequeño café. A través de los cristales por los que resbalaba la lluvia, pudo ver niños sentados y comiendo helados. Evidentemente, su maestra los había traído.

«Estoy pensando con los clichés del Reich —comprendió Pleischner cuando vio al hombre que estaba frente a la mesa: era joven y reía con los niños—. En mi país sólo hay maestras porque todos los hombres aptos para el servicio pelean en el frente. Realmente en las escuelas sólo deberían trabajar hombres, como en Esparta. La mujer puede consolar, pero no educar. El hombre debe preparar al niño para el futuro: les evitaría las ilusiones innecesarias, porque nada hay más cruel que el choque de las ilusiones infantiles con la realidad de los adultos. Nunca nadie ha analizado el mundo desde el punto de vista de esa división universal, no entre Este y Oeste, entre señores y esclavos, sino entre adultos y niños. En esta división se maduran grandes procesos y tenemos que aprender a influir sobre ellos para que los niños no repitan los errores de los adultos. Tal vez sea esta la tarea principal de la Humanidad después del fin de la guerra».

Entró en el café, se sentó en un rincón y pidió un helado de frutas. Los niños se reían de las bromas de su maestro. Él les hablaba como a iguales, sin congraciarse con ellos, sino tratando de ganar su confianza con mucho tacto.

«Si Hitler hubiera dominado a este país, los niños estarían sentados en silencio, atentos únicamente a los labios de su preceptor o, más probablemente, de su preceptora, y marcharían por las calles en formación y saludarían con el grito idiota de «Heil Hitler». Tal vez sea terrible desear la derrota de mi propia patria, pero yo deseo de todos modos que mi patria sea derrotada rápidamente».

Pleischner comía sin prisa su helado, escuchando sonriente las voces infantiles. El maestro dijo:

—Le daremos las gracias al dueño de este maravilloso rincón que nos ha dado una bienvenida calurosa y helados fríos. ¿Le cantamos nuestra canción?

—Sí —contestaron los niños.

—¡Vamos a votar! ¿Quién está en contra?

—Yo —dijo una niña pelirroja, pecosa, con enormes ojos azules—. Yo estoy en contra.

—¿Por qué?

En ese momento la puerta del café se abrió y entró el hombre alto de ojos azules con quien Pleischner se había entrevistado en la casa de contacto. Sacudía la lluvia de su capa. Venía acompañado por un hombre trigueño y vivaz, de anchos hombros, cara expresiva y fuerte con pómulos salientes. Pleischner quiso levantarse, pero recordó las palabras del hombre: «Yo me acercaré a usted», de modo que empezó a mirar el periódico, escuchando lo que decían los niños.

—Explícame, ¿por qué estás en contra? —le preguntó el maestro a la niña—. Debes defender tu punto de vista. Puede que tengas razón y que nosotros estemos equivocados. Ayúdanos a decidir.

—Dice mamá que no se debe cantar después de haber comido helados, porque puede afectar la garganta.

—Tu mamá tiene razón. Por supuesto que si cantamos o gritamos en la calle, nos podemos perjudicar la garganta... Pero aquí no. Creo que aquí no le puede ocurrir nada malo a tu garganta. De todos modos si no quieres cantar, no cantes. No nos enojaremos contigo.

El maestro entonó una alegre canción tirolesa y los niños se unieron a él. El dueño del café salió de la barra aplaudiendo a los niños, que con ruidos de alboroto abandonaron el café. Pleischner los observó pensativamente, mientras luchaba por recordar dónde habría visto a ese otro hombre.

«En algún sitio he visto a ese hombre trigueño —Estas caras no se olvidan. ¿Estaría tal vez conmigo en el campo? No... Allí no lo vi. Pero me acuerdo de él».

Debió haberlo observado con demasiada atención, porque el hombre trigueño lo notó y sonrió rápidamente. Pleischner recordó aquella sonrisa como si la hubiera visto en la foto fija de un filme. Oyó hasta su voz: «¡Y que firme este papel respaldando al Führer en todo! ¡En todo! Que después no tenga la posibilidad de señalarnos a nosotros diciendo: ellos son los culpables, yo estaba al margen. ¡Nadie puede estar al margen ahora! Fidelidad o muerte: esa es la única alternativa para un alemán que haya salido de un campo de concentración». Esto había ocurrido en el segundo año de la guerra. Lo habían citado a la Gestapo para la entrevista de turno. Lo llamaban anualmente, casi siempre en primavera, y este hombre trigueño había entrado en el despacho mientras él conversaba con el oficial que habitualmente realizaba estas entrevistas, y le había gritado con rabia, con histeria, esas

palabras que Pleischner siempre recordaría. Cuando se lo contó a su hermano Hugo, que todavía era el médico principal y nadie imaginaba que moriría un año más tarde, éste le dijo: «Es su estilo habitual. Quieren amarrarte y comprometerte... »

Pleischner sintió que sus manos temblaban. No sabía qué hacer: si acercarse al compañero alto, dueño de la casa de contacto y llamarlo a un lado para advertirlo, o salir a la calle para verificar si andaban juntos, o levantarse primero y marcharse a la casa para prevenir al hombre que había quedado allí, decirle que deberían colocar en la ventana la señal de alarma, porque se acordaba de haber oído la voz de otra persona la vez que visitó la casa.

«¡Espera! —repentinamente la idea golpeó su mente ¿Qué había en la ventana anteayer cuando me acerqué a la casa? Allí estaba el florero del que me habló Stirlitz. ¿O no? No, no puede ser, porque entonces este compañero... No, estoy otra vez perdiendo la cabeza. ¡Espera! Primero tengo que tranquilizarme. Espera».

El hombre alto, que no miró hacia Pleischner ni una sola vez, salió con su acompañante trigüeño y fuerte. Pleischner pidió la cuenta y entregó el dinero, los últimos billetes que le quedaban. El dueño no tenía cambio suficiente y corrió a la tienda de enfrente. Para cuando regresó, le entregó el dinero a Pleischner y lo acompañó hasta la salida, ya la calle estaba desierta. No pudo ver a ninguno de los hombres.

«Quizá se trate de otro Stirlitz —pensó Pleischner— tal vez esté combatiendo a los nazis desde dentro».

Este pensamiento lo tranquilizó. Aunque se acordaba del hombre trigüeño, su modo repulsivo de hablar y de sonreír repentinamente con malicia, Pleischner trataba de convencerse de que simplemente se había dejado llevar por los nervios.

Se acercó a la casa. Miró hacia la ventana y descubrió a los dos hombres: al alto y al trigüeño. Estaban conversando y entre ellos pudo ver un gran florero: la señal de alarma. El agente ruso había colocado esta señal de peligro al detectar la vigilancia y los hombres de la Gestapo no pudieron averiguar si este florero significaba «todo bien» o «peligro». Estaban convencidos de que el ruso ignoraba que estaba siendo vigilado. Como Pleischner había entrado confiadamente en la casa, se habían convencido de que todo marchaba perfectamente.

Los hombres vieron a Pleischner desde la ventana. El alto, sonriendo, le hizo una señal con la cabeza. Por primera vez Pleischner vio aquella sonrisa en su cara, y eso lo ayudó a entenderlo todo. También sonrió y empezó a cruzar la calle, pensando que en la acera opuesta no lo verían desde arriba y podría marcharse. Pero al volver la cabeza, advirtió que dos hombres caminaban a cien metros de él, contemplando las vidrieras.

Pleischner sintió que las piernas le flaqueaban.

«¿Qué hago? ¿Gritar? ¿Pedir socorro? Estos llegarían primero y sé lo que harían conmigo. Stirlitz me contó cómo narcotizan a un hombre o lo hacen aparecer como si estuviera loco».

En los momentos de mayor peligro, si el hombre no ha perdido la capacidad de lucha, sus percepciones se agudizan y el cerebro trabaja con más tensión que nunca.

Pleischner vio un pedazo de cielo azul y bajo en el vestíbulo del edificio de apartamentos donde había entrado dos días antes.

«Por allí hay una salida al patio —pensó—. Tengo que entrar en el vestíbulo».

Entró con las piernas rígidas y las rodillas temblorosas. En su cara gris se había congelado una sonrisa triste. La puerta principal ya estaba abierta. Arriba lo esperaban los hombres que habían apretado el botón para abrirla.

Pleischner cerró la puerta y se dirigió hacia una salida que conducía al patio, con una pequeña ventana en lo alto. La empujó con la mano y comprendió que estaba cerrada. La empujó fuertemente con el hombro, pero la puerta no cedía.

Antes de entrar en el edificio de la Dirección Imperial de Seguridad, Stirlitz dejó su coche junto a la acera y fue a sentarse en un banco, que no había sido pintado desde hacía mucho tiempo y estaba cuarteado por las lluvias y los fríos nocturnos. Los niños patinaban sobre el pavimento evitando los baches con destreza. Patinaban concentradamente y en silencio. Stirlitz notó que sus caras infantiles estaban húmedas de sudor: era el sudor del hambre.

«Acabarán enfermándose del corazón con estos patines —pensó—. El terror de los bombardeos por la noche, los patines durante el día y un deseo constante de comer: pan, embutido, patatas, pero hasta hartarse. Lo más terrible de las guerras que hacen los adultos son los cuerpos y las almas mutiladas de los niños».

Stirlitz cerró los ojos y vio surgir, perfectamente delineado y palpable, el rostro de Sashenka. Uno recuerda las caras de las mujeres queridas sobre todo en los instantes de las despedidas y los encuentros. Tantos años habían pasado, tantos hombres habían muerto, habían surgido nuevos estados, cambiaba la política, aparecían y desaparecían amigos, pero Stirlitz continuaba viendo el pálido y asustado rostro de Sashenka cada vez que cerraba los ojos. Surgía de golpe como desde un resonante vacío violeta y verde, y siempre era su cara en los últimos minutos de la despedida.

«Las emociones de las mujeres son más fuertes que las de los hombres. Su modo de razonar es distinto al de nosotros, están guiadas por un instinto antiguo e incomprensible —pensó

Stirlitz—. Le prometí que la vería dentro de un año, pero ella movía la cabeza y acariciaba mi cara como una ciega, cerrando los ojos».

—Sashenka —susurró Stirlitz—, Sashenka...

«Qué difícil habrá sido para ella estar sola con nuestro hijo... En nuestra infancia nunca tuvimos estos patines zumbantes y la bicicleta era considerada un milagro. Nos habíamos adelantado al mundo en las ideas, pero, ¿cuándo lo sobrepasaríamos en patines y bicicletas...? En lugar de un padre, de patines y bicicleta, nuestro hijo sólo ha tenido a Sashenka y libros y nada más...»

Stirlitz lo recordaba todo lentamente con un sabor dulce y amargo en la boca, porque le quedaba poco tiempo para pensar en Sashenka y en su hijo: sólo escasos minutos. Después tenía que entrar en el edificio, bajar un piso, tocar a la puerta de Müller y allí ya no podría pensar en lo más querido que tenía en esta vida que no le pertenecía. Allí abajo tendría que combatir, y un combatiente es derrotado si antes de comenzar la batalla no ha logrado apartar de su mente todo aquello que no esté relacionado con ella.

«Ya verás, Katiusha —pensó al levantarse—, todavía seguiremos peleando, te sacaré de aquí y todo terminará bien y criarás a tu chiquillo».

Stirlitz avanzó lentamente hacia su coche, sonriendo a los niños pálidos y sudorosos que se perseguían patinando, y comprendió que pensar en Katy era un modo de prepararse para el combate.

«Pero no puedo engañarme a mí mismo —se dijo entrando en el automóvil—. Me hago esta idea de un modo excesivamente categórico. Hay que creer en la victoria para obtenerla, pero si uno se engaña, el fracaso es casi inevitable».

Puso en marcha el motor, que empezó a gruñir.

Como de costumbre, Stirlitz dijo:

«Bueno, vamos, maquinita... A dar una vuelta más por las calles, a ver las caras de la gente, a tomar este aire en el que ya se siente la primavera, y después... a ver a Müller...»





Entre amigos Cuando Müller supo que Stirlitz andaba por el pasillo de la Dirección de Seguridad, por un instante se sintió desconcertado. Estaba seguro de que su detención se produciría en otro lugar. No podía explicarse el porqué, pero en ningún momento lo había abandonado el presentimiento del triunfo. Por supuesto, Müller sabía dónde estaba su error. Recordaba su reacción cuando vio a Holtoff ensangrentado. Stirlitz había comprendido que la visita de Holtoff había sido un plan suyo. Por esta razón Müller creía que Stirlitz se había escapado. Pero la noticia de su aparición en la Dirección Imperial de Seguridad y de que marchaba lentamente saludando a todos cuantos conocía, dejó a Müller perplejo y la seguridad en el éxito comenzó a flaquear.

El cálculo de Stirlitz era sencillo: agarrar al adversario desprevenido era ya un primer triunfo. Estaba seguro de que el duelo con Müller sería complejo, porque Holtoff continuaba dando vueltas alrededor de los puntos más vulnerables que él había manejado en el caso de los físicos. Sin embargo, su falta de preparación adecuada y su desprecio por los intelectuales no le permitieron a Holtoff formular su acusación y cada punto que tocaba — más por intuición que por conocimiento — podía ser refutado, o por lo menos tenía varias interpretaciones posibles. Stirlitz había logrado que le encomendasen el caso del físico Runge con aparente inocencia. Sabía que en la Gestapo trabajaría con el físico como con cualquier detenido: un investigador nunca podría comprender a un físico teórico, obsesionado fanáticamente por su idea, hasta el punto de tornarse histérico e irracional con respecto a las cuestiones de la vida cotidiana. Una vez, conversando con Schellenberg, Stirlitz había abordado con mucha cautela el tema de la amenaza atómica por parte de los Estados Unidos. Y tal como lo esperaba, Schellenberg se quejó del atraso de Alemania y supuso que los enemigos astutos y malvados del otro lado del océano tramaban un complot para impedir que el Reich resolviera rápidamente el problema del «arma de la venganza». Aunque Schellenberg no mencionó al detenido Runge, Stirlitz sugirió que se podría descubrir este complot de intelectuales con ayuda de los mismos físicos, porque en el aparato de Müller sólo trabajaban matones. A Schellenberg le interesó saber en qué medida el *Standartenführer* estaba al tanto de las nuevas corrientes de la física. Stirlitz le respondió en su forma habitual, ligeramente sombría, que no dejaba traslucir si hablaba en serio o bromeaba.

—Lo que más me preocupa es el problema de saber si con la ayuda de la química-física se puede detener el proceso de idiotización de las masas... Se hace difícil trabajar con muchos imbéciles alrededor que dicen palabras correctas...

—Usted terminará en un campo de concentración —dijo sonriente Schellenberg—. Pero no, Müller no lo detendrá, usted sabe demasiado; a gente como usted se le entierra con honores después de un accidente automovilístico.

—Gracias —dijo Stirlitz—. Pero yo quisiera colocar primero la corona sobre su tumba.

—Müller es inmortal... No puede morir como no pueden morir en este mundo la exploración y la búsqueda, porque lo principal en el hombre es el deseo de buscar. Los que han tenido suerte buscan lo nuevo en la física y los que nacieron tontos como nosotros lo buscan en el contraespionaje...

—Müller no le perdonaría esas palabras...

—¿Y por qué debe perdonarlas? —Schellenberg se encogió de de hombros—. Son sus propias palabras. Si este bávaro tuviera más educación, no estoy seguro de dónde estaría ahora: si en nuestro edificio o en algún otro, más cerca de las puertas de Brandeburgo.

—¿Por qué lo odia tanto a usted?

—Por dos razones —contestó Schellenberg. Ni siquiera hizo una pausa para contestar. Ya en su momento había pensado mucho sobre este tema—. En primer lugar, porque soy mucho más joven que él...

—Casi dos veces —rectificó Stirlitz.

—En este caso el «casi» no tiene importancia. De hecho, él estaría contento de poder decir que es tres veces mayor que yo: no soy mujer ni él es un gallo salvaje. En segundo lugar, todo hombre que tiene que dejar los estudios para ganarse el pan con su trabajo no se siente inclinado a admirar mucho al dichoso que después del colegio y la Universidad hace una carrera en tres años. Él ha dedicado toda la vida a su carrera. Creo que hay una tercera razón... Se me ha ocurrido ahora mismo: sabe, la vida es muy extraña; algunos hombres lo planean todo y otros lo realizan. Creo que Müller me envidia porque he tenido que realizar muy poco. La mayor parte del tiempo la he pasado planeando y él siempre realizando órdenes, fusilamientos, acciones punitivas. ¿Sabe? eso daña el amor propio. Varias veces me he acercado a él con la intención de mejorar nuestras relaciones... Pero no, tiene celos de mí como una campesina bávara: celos de mi relación con el *Reichsführer*, con el difunto Heydrich, con...

—Está claro —sonrió Stirlitz—, lo demás está claro...

—Para usted todo resulta claro —Schellenberg sonrió levantándose—. Bueno, que Dios lo juzgue. Al fin y al cabo luchamos por la misma causa y debemos soportar lo que ninguno de nosotros quisiéramos... Y, por otro lado, ¿quién aceptaría dirigir este barco lleno de inmundicias que es la Gestapo? ¿Qué hombre que se respete?

Había pasado un mes y medio desde aquella conversación. Stirlitz nunca precipitaba los acontecimientos: consideraba que la espera era la otra cara de la impetuosidad. La proporción lo determinaba todo: el arte, la inteligencia, el amor, la política.

La segunda vez que Stirlitz sacó a relucir el asunto de Runge fue durante una velada solemne en honor al cumpleaños del Führer. Después del discurso de Himmler, se ofreció un concierto y luego todos se dirigieron a una gran sala donde estaban las mesas servidas. Según su costumbre, el *Reichsführer* tomó gaseosa y sus subordinados coñac a chorros. En aquel momento, Stirlitz le dijo a Schellenberg que los hombres de Müller trabajaban de modo poco razonable con el físico detenido tres meses atrás.

—Para bien o para mal, me he graduado en la escuela de Física y Matemática —dijo—. No me gusta recordarlo, porque casi me reduce a la impotencia, pero es un hecho. Además, Runge tiene relaciones: estudió y trabajó en los Estados Unidos. Sería más conveniente que fuéramos nosotros quienes nos ocupáramos de él.

Después de haber sugerido esta idea a Schellenberg, comenzó a contarle historias divertidas que lo hicieron reír a carcajadas. Luego se alejaron hacia la ventana y discutieron la operación que Schellenberg había encomendado a un grupo de sus colaboradores, incluido Stirlitz. Era un gran plan de envío de falsa información destinada a provocar disgusto entre los aliados. Ya desde entonces Stirlitz había advertido cómo Schellenberg mantenía su estrategia de dividir a los aliados occidentales y al Kremlin, sin demasiada insistencia, con mucha cautela y tomando medidas de seguridad en cada paso. Su golpe principal iba siempre dirigido contra el Kremlin. Con ese fin había equipado a las tropas alemanas estacionadas en el muro del Atlántico con armas automáticas inglesas. Las mismas habían sido compradas por los alemanes a través de los países neutrales y eran transportadas a través de Francia sin tomar las medidas de precaución habituales. Fue un juego profesional: tan pronto como los guerrilleros comunistas robaron varias metralletas inglesas de los almacenes alemanes, fue cursada una orden que amenazaba con fusilamiento por negligencia en el cuidado de los almacenes de armas. La orden fue profusamente editada y los agentes de Schellenberg, que trabajaban en la búsqueda de los guerrilleros, encontraron la posibilidad de «suministrar» una de estas órdenes a los comunistas de Thorez en la Resistencia. A la luz de estos datos secretos se podía llegar a la conclusión de que los aliados occidentales no tenían ninguna intención de desembarcar en Francia u Holanda: ¿sí no, para qué vender armas al enemigo? Schellenberg elogió el trabajo de Stirlitz, que se

ocupaba de la parte organizativa del problema y había sido precisamente Stirlitz quien había formulado propuestas sumamente interesantes para coordinar esta operación con los departamentos de Goebbels y Ribbentrop. Schellenberg no abandonaba su despacho. Esperaba la explosión en el Kremlin, esperaba el fracaso de la coalición de Stalin, Churchill y Roosevelt. Stirlitz trabajaba día y noche y sus ideas encontraban el apoyo total de Schellenberg. Pero nada había sucedido. En la Dirección Imperial de Seguridad se devanaban los sesos pensando en qué habían fallado. Stirlitz propuso varias versiones, cada una de las cuales era más audaz e interesante que la otra. Naturalmente, entre ellas no estaba la verdadera: que él había comunicado a Moscú todo lo que sabía sobre esta operación desde el comienzo y había advertido que Londres nunca había vendido armas a los nazis, que todo había sido un juego, una hábil maniobra de despiste.

Al hablar con Schellenberg el día de la celebración del cumpleaños del Führer, Stirlitz no mencionó intencionalmente el asunto del físico Runge. La conversación se había limitado al fracaso del juego con el Kremlin. Consideraba a Schellenberg un jefe inteligente y un analista nato que algunas veces se permitía olvidar determinados detalles, pero nunca perdía de vista los momentos claves de cualquier conversación, aunque se tratase de una conversación con su jardinero: el profesionalismo imprime su sello en las formas que el hombre tiene de percibir el mundo. Stirlitz veía en Schellenberg a un rival muy duro y, en las cuestiones de la estrategia, muy difícil, cuando no imposible, de vencer. Pero observándolo, había notado un detalle curioso: Schellenberg al principio no hacía caso a las propuestas interesantes de sus colaboradores y empezaba a hablar de otros temas. Sólo días, semanas y hasta meses después proponía la misma idea, pero como si fuera suya, imaginada y descubierta por él. Agregaba a la idea su comprensión personal: posiblemente se tomaba consejo arriba, con los jefes máximos. La propuesta que inicialmente tal vez había sido hecha de forma incidental, adquiría tanto brillo y se relacionaba de modo tan exacto con los demás problemas que se planteaban ante el Reich, que nadie hubiera podido sospechar que no era suya.

Stirlitz lo había calculado todo con exactitud. A las dos semanas Schellenberg le pidió que se quedara cuando todos los del departamento habían abandonado su despacho después de una reunión operativa.

—Stirlitz, veo que el problema de la supremacía técnica será determinante, sobre todo después de que los científicos hayan descubierto el secreto del núcleo atómico. Creo que en el Oeste y en el Este los científicos lo han comprendido, pero que todavía no lo han captado sus políticos. Nosotros seremos testigos de la degradación del político profesional, en el sentido que nos hemos acostumbrado a darle durante diecinueve siglos de historia. La ciencia dictará el futuro de la política. No es una tarea de hoy, es una tarea de un futuro lejano, pero hay que comprender cuáles son las causas primeras por las que estos científicos

están abordando ese futuro, hay que ver quién inspira a estos hombres en sus búsquedas. Es por ello que usted tiene que trabajar con ese físico detenido... No recuerdo su nombre...

Stirlitz comprendió que era una prueba. Schellenberg quería saber si el suspicaz Stirlitz reconocía el origen de su monólogo, si recordaba quién le había dado la idea hacía un tiempo. Pero Stirlitz guardó silencio contemplándose sombríamente los dedos. Después de una pausa exactamente calculada, echó una mirada de incompreensión al *Brigadeführer*. Así fue como comenzó su trabajo con Runge. De este modo había eliminado la posibilidad real de que, ya en 1944 —de haber triunfado el punto de vista de Runge— Alemania se acercara a la creación de la bomba atómica. Sin embargo, después de haber pasado muchos días al lado de Runge, se convenció de que el destino mismo había impedido a Alemania obtener la bomba. Después de la batalla de Stalingrado, Hitler se negó a financiar investigaciones para la defensa si los científicos no le prometían un resultado real, concreto, en el término de tres o seis meses como máximo. Cuando Himmler se enteró de las discusiones y riñas entre distintos grupos de físicos atómicos que trabajaban en los laboratorios de la dirección de armamentos del instituto del Kaiser Guillermo, en el instituto de medicina y en el Ministerio de Comunicaciones, se interesó en el problema de las armas atómicas y creó el Fondo Unificado de Investigaciones Militares y Científicas. Pero Goering, responsable de la organización de investigaciones científicas en el Reich, exigía que la obra de Himmler estuviese subordinada a él. El mezquino amor propio de cada uno chocaba con el del otro. Fue de este modo que geniales físicos alemanes quedaron marginados por los altos jefes. Por otra parte, ninguno de los *Führers* de Alemania era graduado universitario, con excepción de Speer y Schacht... Todo esto Stirlitz se lo comunicaba a Moscú. Además, también ponía su grano de arena en las querellas entre partidarios y adversarios de Runge: todo lo que hacía daño al enemigo, automáticamente favorecía a los suyos...

Ahora debía ganar la próxima etapa del combate: demostrar que tenía razón en este asunto. Había analizado bien su posición. Tenía una posición fuerte. Debía vencer a Müller y lo vencería... Stirlitz no entró en su despacho. En la antesala le dijo al ayudante Scholz: —Dígale a su jefe que me disculpe: prometí volver a las nueve y he vuelto a las nueve y doce minutos... ¿Qué instrucciones tiene? ¿Me recibirá inmediatamente o puedo dormir media hora?

—Le contestaré en seguida —dijo Scholz y desapareció detrás de la puerta. Estuvo ausente dos minutos—. Como quiera —dijo al volver—. El jefe está dispuesto a recibirlo ahora o a posponer la conversación hasta la tarde.

«Una opción complicada —pensó Stirlitz—, quiere averiguar a dónde iré. No hay que aplazar nada. De todos modos la partida estará resuelta en una hora, o a lo sumo dos. Incluso si tenemos que llamar a los expertos del instituto Schumann».

—Como usted prefiera —dijo Stirlitz—. Temo que por la tarde vaya a ver a los jefes y tenga que esperarlo hasta la madrugada. ¿No le parece lógico?

—Sí —convino Scholz.

—Entonces, ¿ahora?

Scholz abrió la puerta de par en par y dijo:

—Por favor, *Standartenführer*...

El despacho de Müller estaba a media luz: el *Gruppenführer*, sentado en el sillón junto a la mesita, escuchaba la BBC. Transmitían un artículo antialemán de Alexander Wert. En las rodillas tenía una carpeta con documentos que revisaba atentamente, mientras trataba de mantener sintonizada la onda que se iba. Müller se veía cansado, con el cuello de la guerrera negra desabrochado, las volutas de humo gris de los cigarros flotaban en el despacho como nubes en un desfiladero.

—Buenos días —dijo Müller—. Sinceramente, no lo esperaba tan temprano.

—Y yo tuve miedo de que me reprendiera por el retraso.

—Todos ustedes temen que el viejo Müller les regañe... ¿He regañado alguna vez a alguien? Soy un viejo bondadoso, pero la gente chisme demasiado... Su apuesto jefe es mil veces peor que yo. Sólo que él aprendió a sonreír y hablar en francés en sus universidades, mientras que yo aún no sé si la manzana se corta para comerla o se come entera como hacemos en casa.

Se levantó, se abrochó la guerrera y dijo:

—Vamos.

Al notar la mirada perpleja de Stirlitz, sonrió.

—Le he preparado una sorpresa.

Salieron del despacho. Müller dijo a Scholz:

—Volveremos pronto...

—Pero no he avisado al coche...

—No vamos en coche.

Müller bajó pesadamente las escaleras hacia el sótano. Allí había varias celdas para los criminales más importantes. En la entrada estaban tres hombres de la SS. Eran de estatura enorme y las pequeñas pistolas en sus cinturas parecían inofensivas y hasta cómicas. ¿Para qué necesitaban pistolas estos gigantes? De un puñetazo podían derribar a un caballo.

Müller sacó del bolsillo trasero su «Walter» y se lo extendió a los guardianes.

Stirlitz miró interrogativamente a Müller y éste le hizo una señal imperceptible con la cabeza. Stirlitz entregó su «Parabellum» y el guardián se lo metió en el bolsillo. Müller cogió una manzana que estaba en la mesita de la guardia y dijo: —Es incorrecto presentarse sin un regalo. Aun cuando ambos seamos partidarios del amor libre, sin ninguna obligación, siempre hay que traer un regalito a los viejos amigos.

Stirlitz tuvo que reír. Comprendía por qué Müller había hablado así. Una vez sus hombres habían tratado de reclutar a un diplomático de América del Sur; le habían mostrado varias fotos: el diplomático había sido fotografiado en la cama con una rubia que trabajaba para Müller. Le dijeron: «Mandaremos estas fotos a su mujer si usted se niega a ayudarnos». El diplomático contempló las fotos durante un largo rato y después preguntó: «¿Podría acostarme con ella una vez más? A mi esposa y a mí nos encanta la pornografía». Esto había sucedido después de que Himmler hubiera ordenado prestar una atención especial a la vida familiar de los agentes alemanes. Stirlitz protestaba: «Hay que practicar el amor libre sin obligación alguna, así no lo pueden agarrar a uno con tonterías». Cuando le contó el caso del peruano, Stirlitz se encogió de hombros: —Creo que el peruano actuó muy astutamente: tenía miedo a su esposa, pero no lo demostró, se condujo como un actor y ustedes le creyeron. ¿Usted no se habría asustado ante la posibilidad de que su esposa se enterase? ¡Por supuesto! A mí no me lo pueden hacer, me temo a mí mismo, porque no tengo que darle cuentas a nadie. Lo único malo es que nadie me traería regalitos a la cárcel.

Müller se detuvo junto a la celda número siete. Durante varios segundos observó a través de la mirilla. Después dio la señal al guardián y éste abrió la pesada puerta. Müller entró en la celda primero. Lo siguió Stirlitz. El guardián quedó junto a la puerta. La celda estaba vacía.

—Dígalo —continuó gritando Rolff—. Sólo en las películas se producen milagros y la gente cuenta hasta tres para darse el tiempo de pensar. No contaré hasta tres. Simplemente abriré la ventana y quitaré la frazada de tu hijo. ¿Está claro? Tú cumples tu deber para con tu pueblo y yo para con el mío.

Katy sintió súbitamente una enorme ligereza en el cuerpo y todo en torno suyo se llenó de zumbidos. Cayó al suelo inconsciente.

Rolff se sentó en la esquina de la mesa y dijo:

—Helmuth, agarra al niño...

El soldado tomó al niño y, cuando se marchaba, Rolff lo detuvo.

—No te vayas. Ella recobrará pronto el conocimiento y voy a continuar... Barbara, traiga agua, por favor. Para ella y para mí. Si tiene algunas gotas para el corazón, échelas en el vaso.

—¿Cuántas gotas debo darle a ella?

—No son para ella, son para mí.

—Bien. ¿Cuántas?

—¿Cómo voy a saberlo? Diez... o treinta...

Se inclinó sobre Katy y le dio palmaditas en las mejillas.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —preguntó Rolff a Helmuth.

—No sé. ¿Cuánto tiempo le duraría a la madre de usted?

—Sí... A mi madre... Estos canallas quieren ser limpios, pero a mí me encomiendan una porquería... Deme fósforos por favor...

—No fumo.

—Barbara —gritó Rolff— ¿Por qué tarda tanto?

Barbara trajo los dos vasos. Rolff tomó el agua turbia, un poco azulosa.

—Qué asco —dijo haciendo una mueca.

Encendió un cigarrillo y un instante después volvió a inclinarse sobre Katy y le levantó un párpado. Vio su pupila dilatada.

—¿Habrá muerto? —preguntó—. Barbara, mírela...

Barbara tocó la cabeza de Katy.

—No. Respira.

—Haga algo. No tenemos tiempo... Me están esperando

Barbara comenzó a golpear suavemente las mejillas de Katy. Luego sorbió un trago de agua fría y sopló en la cara de Katy, que exhaló un profundo suspiro y contrajo varias veces los músculos faciales. El niño continuaba llorando desgarradoramente.

—¡Haga algo! —gritó Rolff—. ¡No lo puedo soportar!

—Tiene hambre —contestó Helmuth.

—¡No lo repita más como un papagayo! ¿Cree que sólo usted tiene corazón? —gritó Barbara.

—He pedido permiso para llevarlo al otro cuarto...

Sonó el teléfono. Rolff tomó el auricular.

—Habla Rolff. ¿Quién? Sí, dígame.

El niño gritaba casi ahogándose con un grito agudo y penetrante. La carita se tornó azul, los párpados se le hincharon y los labios se le pusieron blancos.

—¡Lléveselo! —gritó Rolff, haciendo una seña con la mano y Helmuth salió. Pero el grito del niño se oía también desde el cuarto contiguo—. Sí —contestó Rolff—. Todavía no... ¿Cree que es tan sencillo? ¿Sí? Podemos intercambiar los papeles. ¿Cuándo comenzó él a interrogarlo? ¿No habla? Ah, conversan como amigos... Que hablen entonces con esta amiga mientras yo descanso...

Katy volvió en sí poco después de que Helmuth se llevara al niño, pero aun en su terrible inconsciencia sentía el llanto de su hijo cerca suyo, en esa habitación silenciosa y horrenda. El niño gritaba en algún lugar cercano pero en la habitación no hacía frío, lo que significaba que la ventana no había sido abierta aún. ¿De qué hablaba Rolff? ¿A quién interrogaban? ¿Quién se rehusaba a hablar? «Él» se rehusaba a hablar. «Ellos» conversaban como amigos. ¿Sería posible que hubiesen detenido a Stirlitz? Si ella les dijera en este momento lo que querían obligarla a decir, lo que esperaban de ella, empezarían a golpear y a torturar a Stirlitz. Ella lo habría traicionado. Y esto era imposible. Pero tampoco era posible que el pequeño estuviera en aquella mesa desnudo junto a la ventana, con las manitas enrojecidas y los piecitos encogidos y sin uñas, expuesto al frío que inundaría la habitación. El niño no podría salvarse, gritaría hasta el último aliento de vida.

«Mejor me hubiera muerto —pensó Katy con tristeza—. Hubiera sido la salvación para todos. Para el pequeño, para Justas y para mí. Una salida maravillosa, la mejor salida para

mí... Corazón mío, ¿por qué eres tan fuerte? ¡Rómpete! O párate simplemente. No puedo más...»

Rolff colgó el teléfono.

— Creo que ya se ha recobrado —dijo.

Barbara se arrodilló de nuevo junto a Katy y le entreabrió un párpado con los dedos.

—Sí —dijo Barbara—, ya volvió en sí.

—Dele agua.

Katy trató de fingirse inconsciente, pero su cara la traicionó. Se había reanimado sin obedecer a su voluntad, movida por el llanto del niño en la habitación contigua.

— Basta—dijo Rolff—. Sé que se desmayó verdaderamente, pero no pretenda utilizar ahora estos trucos de mujer. No convencen. Se ha metido en un oficio de hombres y aquí no valen sus astucias. Barbara, ayúdela a sentarse. A ver, ¡abra los ojos!

Katy no se movió ni abrió los ojos.

«Si pudiera no sentir nada —pensaba—. ¿Por qué tanto horror?»

—Bien —dijo Rolff—. Ahora llamaré a Helmuth y abriré la ventana. Entonces ella abrirá los ojos; pero ya será demasiado tarde.

Katy no pudo aguantar más y comenzó a llorar.

—Bueno —preguntó Rolff—. ¿Lo ha pensado ya bien?

Rolff mismo la levantó y la sentó en la silla.

—¿Va a hablar de una vez?

—Tengo que pensarlo.

—No tenemos tiempo...

—No sé qué decirle... Usted no querrá que le mienta, ¿no es así?

—No quiero que me mienta. Quiero que me diga la verdad.

—Le dije todo lo que sabía.

—Yo la ayudaré —dijo Rolff.

Y sacó del bolsillo una fotografía de Stirlitz y se la mostró a Katy de modo que Barbara no pudiese ver la cara del *Standartenführer*.

—¿Está claro ahora? ¿Qué sentido tiene que calle? Hable.

Katy permaneció en silencio.

—¡Habla! —gritó súbitamente Rolff. Era un grito estridente y terrible. Golpeó con el puño en el borde de la mesa con tal fuerza que el florero de flores artificiales dio un salto—. ¡No te quedes callada! ¡Helmuth!

Entró Helmuth con el niño y Katy extendió los brazos pero Rolff se lo arrebató a Helmuth, abrió la ventana y le quitó la frazada. Katy intentó lanzarse sobre Rolff, pero las esposas la hicieron caer y rodó por el suelo lanzando un grito horrendo. Rolff lanzó otro grito. Y de repente sonaron dos disparos secos.

13-III-1945 (11 h 09 min)

—Es lógico —dijo Müller después de haber escuchado a Stirlitz—. Su posición en el caso de Runge es inobjetable. Puede considerarme su aliado en este caso.

—La vigilancia del «Horch» negro del diplomático sudamericano ¿estuvo relacionada con este caso?

—¿Sintió usted que lo vigilaban? ¿Siente usted el peligro inmediatamente?

—Cualquier imbécil en mi lugar hubiera sentido que lo vigilaban. En cuanto al peligro, ¿qué peligro podría amenazarme en casa? Otra cosa sería en el extranjero...

—¿No le duele la cabeza?

—¿Por las preocupaciones? —sonrió Stirlitz.

—Por la presión alta —contestó Müller. Levantó el brazo izquierdo y comenzó a frotarse la nuca.

«Quiere mirar el reloj. Está esperando algo —pensó Stirlitz—. No habría comenzado este espectáculo si no tuviera reservada alguna sorpresa. Pero, ¿sobre quién? ¿El pastor? ¿Pleischner? ¿Katy?»

—Le daría un consejo. ¿Por qué no practica usted ejercicios respiratorios de yoga?

—No creo en esas cosas... Pero, de todos modos, dígame cómo son. Una vez me los enseñaron, pero me cuesta trabajo creer en ellos.

—Póngase la mano izquierda en la nuca. No, sólo los dedos. La derecha debe estar en la cabeza. Eso es. Ahora empiece a frotarse la cabeza al mismo tiempo. Pero cierre los ojos

—Cerraré los ojos y usted me golpeará la cabeza como a Holtoff.

—Si me propone que traicione a la patria, lo haré... *Obergruppenführer*, usted ha consultado el reloj: se atrasa en siete minutos. Estamos sentados aquí desde hace muchas horas. Me gustan los juegos claros, por lo menos, con los suyos.

—Humm, siempre lamenté que usted no trabajara en mi aparato —dijo Müller—. Hace mucho tiempo que lo habría hecho mi suplente.

—No me gustaría.

—¿Qué es lo que no le gustaría?

—Ser su suplente.

— ¿Por qué?

—Usted es celoso... Como una esposa fiel y devota. Es la forma más terrible de los celos... Son celos tiránicos...

—Usted me comprende bien. Bueno, esos celos tiránicos podrían llamarse de otro modo: preocupación por los compañeros. Pero esto es, como quien dice, un problema técnico.

Müller consultó el reloj nuevamente. Ahora lo hacía sin ocultarlo. « Es un profesional de primera clase —se dijo—. Lo entiende todo más allá de las palabras, por los gestos y el tono. Muy bien. Si ha trabajado contra nosotros, me sería difícil determinar el daño que le ha hecho al Reich. Un artista así vale por miles de nuestros desgraciados soldados...»

—Bien —dijo Müller—. Jugaremos abiertamente. Espere un momento, amiguito...

Se levantó y abrió con facilidad la pesada puerta de la celda. A pesar de su solidez blindada, cedió fácilmente, con un dedo. Se dirigió a uno de los guardianes que se limpiaba perezosamente las uñas con un fósforo.

—Llame a Scholz y pregúntele si hay noticias —dijo.

Müller calculó que en dos o tres horas Rolff haría hablar a la rusa. Después la traerían para un careo con Stirlitz. Tenía una retirada: la revisión de los hechos es un deber del contraespionaje. Había elaborado con mucha exactitud el guión del interrogatorio de Stirlitz. En cuanto Rolff quebrara a la rusa, Müller abriría sus cartas, observaría la conducta de Stirlitz y después lo enfrentaría cara a cara con la pianista.

—Espere. —Volvió la cabeza hacia la celda—. Debe de haber una noticia...

Stirlitz se encogió de hombros.

—¿Para qué me ha traído aquí? ¿No habiéramos podido hablar en su despacho?

—Aquí hay más tranquilidad. Si todo acaba como yo lo deseo, volveremos juntos y todo el mundo sabrá que estábamos resolviendo problemas en mi departamento.

—¿Lo sabrá también mi jefe?

—¿Teme a sus celos o a los míos?

—¿Qué cree usted?

—Me gusta que actúe usted directamente.

—No me queda otra alternativa. Además, siempre me ha gustado la claridad.

—La claridad es una de las formas de la oscuridad total... Ya lo conozco a usted, al muy astuto.

Entró el guardián.

—Dicen que allí nadie contesta.

Müller apretó los labios con asombro. «Seguro que ha salido sin llamar —pensó—. Mi teléfono pudo estar ocupado y él decidió salir para ahorrar tiempo. Muy bien. Quiere decir que dentro de diez o quince minutos Rolff la traerá».

—Bien —dijo Müller—. Como dice la *Biblia*: «Tiempo de juntar las piedras, y tiempo de esparcir las piedras».

—En su escuela enseñaban mal la religión —dijo Stirlitz—. El libro del *Eclesiastés* dice: «Tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar las piedras; tiempo de abrazar y tiempo de no abrazar».

Müller preguntó:

—¿Estudió tan bien la *Biblia* con su protegido, el pastor Schlag?

—Leo la *Biblia* a menudo. Para vencer al enemigo hay que conocer su ideología, ¿no es así? Si uno lo estudia sólo durante la batalla, será derrotado.

«¿Habrán detenido al pastor en el extranjero?» se preguntó Stirlitz «Es posible. Aunque cuando volví a la estación no vi ningún automóvil. Pero ellos podrían haberse adelantado y esperado en el puesto fronterizo, y en estos momentos se estarían acercando a Berlín. Si es así, exigiré inmediatamente una entrevista con mi jefe. ¿Y si Müller me pregunta dónde se encuentra el agente Klaus? En mi casa debe estar su carta. Una coartada demasiado evidente, pero ¿quién podía adivinar que los acontecimientos lo conducirían directamente al pastor? El asunto de Klaus no presenta problemas y el tiempo trabaja en mi favor».

Miiller sacó lentamente del bolsillo de la guerrera un sobre azul. Miró fijamente los ojos de Stirlitz.

«Al fin y al cabo, he cumplido todo lo que me había propuesto —continuó pensando Stirlitz—. Este tonto cree que me hipnotizará con su lentitud y que me pondrá nervioso. Que se divierta. Gracias a que juega al hipnotismo tengo veinte segundos para razonar. Puede que el pastor hable, pero no sería tan terrible. Lo principal es que Pleischner haya comunicado a nuestra gente en Berna la detención de Katy y que Wolff haya comenzado las negociaciones. O las esté comenzando en este momento. Mis compañeros del Centro tendrán que organizarlo todo, si es que ha llegado el final. Ya saben a qué tienen que prestarle la máxima atención. Mi clave no la podrá leer Müller jamás. Nadie la conoce. Sólo mi jefe del Centro y yo. Y de mí no obtendrán nada. Estoy seguro».

Müller al fin había sacado del bolsillo las copias de tres impresiones dactiloscópicas.

—Mire que cosa tan curiosa —dijo—. Estos deditos... —acercó a Stirlitz la primera hoja— los hemos descubierto en el vaso que usted utilizó para darle agua a Holtoff, al tonto y confiado Holtoff. Y estos deditos —Müller tiró la segunda hoja como la carta de una baraja— los hemos encontrado... ¿dónde...? ¿en qué lugar imagina usted?

—Mi deditos se pueden encontrar en Holanda —dijo Stirlitz—, en Madrid, en Tokio, en Ankara.

—¿Y dónde más?

—Podría recordarlo, pero necesitaría por lo menos quince horas, y no sólo nos perderíamos el almuerzo, sino la cena...

—No me importa. Estoy dispuesto a pasar un poco de hambre. A propósito, sus yoguis consideran que el hambre es una de las medicinas más eficaces y predicen que en el futuro la gonorrea no se curará con antibióticos, sino con una semana de hambre... Y bien, ¿ya ha podido usted recordarlo?

—Esta conversación no tiene sentido. Si estoy detenido comuníquemelo oficialmente. Contestaré a sus preguntas como un detenido. De otro modo, no le contestaré nada.

—No le contestaré —Müller repitió las palabras de Stirlitz con la misma entonación—. No le contestaré.

Miró el reloj. Si Rolff entrase ahora, comenzaría a hablar del transmisor, pero Rolff tardaba.

—Por favor, trate de recordar con toda exactitud, minuto a minuto, ¿qué hizo usted después de hablar desde la oficina de teléfonos estatales, donde le está prohibida la entrada a todo el mundo?

—Después de hablar desde la oficina de teléfonos... Ah, por cierto, sus operadores deberían ser enviados a los tribunales por la negligencia y la cobardía de haber dejado la llave en la puerta y correr al refugio como conejos... me entrevisté con el *Parteigenosse* Bormann. Conversé con él más de dos horas. De lo que hablamos, naturalmente, no le diré nada.

—Eso en el caso de que no estuviera...

—No lo estoy...

—No se precipite, Stirlitz; mucho cuidado... Soy mas viejo que usted y mi rango es mayor...

«Me invita al pacto —advirtió rápidamente Stirlitz. Habla así para darme a entender que no estoy detenido. Quiere decir que no tienen pruebas, pero las esperan. También las esperan de mí. Es decir, que todavía tengo una oportunidad».

—Le pido perdón, *Gruppenführer*.

—Es mejor así. Entonces, ¿de qué habló usted con Bormann, con el *Parteigenosse* Bormann...?

—Sólo en su presencia podré responderle esa pregunta. Quiero que usted me entienda correctamente.

—Si quisiera contestarme sin él, tal vez evitaría la necesidad de responder a la tercera pregunta...

Müller consultó el reloj una vez más. Rolff ya debería estar bajando las escaleras. Müller siempre estaba seguro de poder determinar con absoluta precisión el tiempo transcurrido.

—Estoy dispuesto a contestar su tercera pregunta, si se refiere a mí personalmente, no a los intereses del Reich y del Führer.

—Se refiere a usted personalmente. Estas huellas digitales son sus huellas. Mis hombres las encontraron en la maleta de la radiofonista rusa, Stirlitz... Le va a ser muy difícil contestar a esta pregunta.

—¿Por qué? Precisamente esa pregunta no es difícil de contestar. Examiné la maleta de la radiofonista en el despacho de Rolff. Llámelo y lo confirmará.

—Ya lo ha confirmado.

—Entonces, ¿cuál es la razón de su pregunta?

—Sus huellas digitales fueron tomadas en la sección local de la Gestapo antes de que la maleta hubiera sido entregada a Rolff

—¿No habrá un error?

—No.

—¿No puede tratarse de una casualidad?

—Probablemente. Pero es una casualidad que debe ser verificada. ¿Por qué entre veinte millones de maletas que se encuentran en las casas de Berlín, sus huellas fueron encontradas precisamente en aquella donde la pianista rusa había guardado su transmisor?

—Hum... Verdaderamente es difícil explicarlo o casi imposible. En su lugar no confiaría en ninguna explicación que yo pueda darle. Lo comprendo, *Gruppenführer*... Lo comprendo...

—Me gustaría recibir una respuesta convincente, Stirlitz. Le doy mi palabra de honor de que siempre le he tenido simpatía.

—Le creo...

—Ahora Rolff traerá a la radiofonista rusa y ella nos ayudará a descubrir, estoy seguro, la oportunidad y el lugar donde pudo usted haber dejado sus huellas en la maleta del transmisor.

—¿La radiofonista rusa? —Stirlitz se encogió de hombros— ¿la que saqué del hospital? Tengo una memoria visual absoluta. Si la hubiera visto anteriormente en algún lugar, recordaría su cara. No, ella no puede ayudarnos...

—Ella nos ayudará —replicó Müller—. También nos ayudará... Empezó a hurgar de nuevo en el bolsillo de la guerrera... esto...

Le mostró a Stirlitz el mensaje cifrado que Pleischner había llevado a Berna.

«Es el fin —pensó Stirlitz—. Es la derrota. Mi gente no sabrá nada y soy un idiota. Pleischner es un cobarde, un tonto o un provocador».

A la dirección de la Gestapo en Praga.

Querido Krüger:

Por orden del Obreguppenführer SS Kaltenbrunner, mis hombres se dedicaron a buscar información sobre el coronel Berg. Parece que, por error, usted ha creído que el jefe la Dirección de Seguridad Imperial lo conocía personalmente. A instancias del general Neubuth nos hemos ocupado de Berg, sin que hayamos podido encontrar prueba directa alguna que permitiera culparlo de mantener relaciones con Canaris. Sin embargo, tampoco hemos encontrado razones para que se le encomiende un trabajo tan responsable. Desde de mi punto de vista, dado que el coronel Berg ha empezado a actuar, sería poco prudente rechazar su colaboración operativa. Si, por el contrario, usted le encomendara problemas más complejos, pero locales, podría vigilarlo de modo más minucioso. Como usted sabe, Canaris se encuentra en el campo de concentración de Flössenburg y para nosotros los datos más insignificantes sobre sus actividades traicioneras tienen importancia. Por esta razón, si Berg pudiera presentarse como testigo de acusación o incluso como testigo de defensa, estoy convencido de que los jefes se lo agradecerían. Le diré sinceramente que después del fracaso de la operación de Cracovia, en que la ciudad cayó intacta en manos de las hordas rusas, este trabajo con Berg, sin duda alguna, le permitiría lograr un serio éxito y una completa rehabilitación... Me doy cuenta perfectamente de que el puesto de suplente del jefe de la Gestapo en Praga en ningún momento corresponde a su experiencia, ni a sus posibilidades.

En lo que se refiere al colaborador ruso Grishanchikov que fue altamente evaluado por el Standartenführer SS Stirlitz como especialista en masajes, mis hombres se ocuparán de él. Le ruego que me entienda bien: no se trata de una manifestación de desconfianza hacia usted.

La situación aquí, en Berlín, me obliga a tomar esa decisión. Espero que usted le prestará su apoyo en todo a mi ayudante, el que le entregará esta carta. Usted lo conoce: es Eismann, hombre extraordinario, fiel al Führer, un funcionario del contraespionaje a toda prueba, inteligente y agradable. Estoy convencido de que ambos encontrarán un lenguaje en común.

¡Heil Hitler!

Müller.

Pleischner empujó la puerta una vez más, pero estaba cerrada. Tampoco era posible salir por la pequeña ventana a través de la cual había entrevisto un pedazo de cielo.

«Además, esto no es una película —pensó de súbito con cansancio e indiferencia—. Un viejo con lentes que hace esfuerzos para salir por la ventana y queda trabado con los pies en el aire. Ellos me sacarían por los pies».

Subió un piso más, pero la ventana por donde hubiera podido saltar estaba a tres metros del pavimento, sobre la calle desierta y tranquila por la que caminaban lentamente dos hombres con sombreros. Observó que ya no miraban las vidrieras ni fingían desconocerse. Subió corriendo un piso más: la ventana que daba al patio había sido cubierta con una plancha de madera. Tal vez los cristales estaban rotos o era un lugar en vías de reparación: se veía una escalera vieja y la pintura estaba desconchada en varios sitios.

«Lo más terrible es cuando ellos nos desnudan y nos miran la boca, uno se siente como un insecto. En Roma simplemente mataban: maravillosos tiempos de la antigüedad venerable. Pero estos te humillan antes de mandarte a la horca. Por supuesto, no aguantaré sus torturas. Aquella vez, cuando no tenía nada que ocultar, no las aguanté y dije lo que ellos querían que dijera y escribí todo lo que me exigieron. Y entonces era más joven. Pero cuando empiecen a torturarme otra vez, no lo soportaré y traicionaré la memoria de mi hermano. Es peor que la muerte, traicionar la memoria de un hermano. Lo mejor es irse sin traicionarla».

Se detuvo junto a una puerta. Leyó la placa donde estaba escrito «Franz Ulm, doctor en derecho».

«Llamaré a este Ulm —decidió Pleischner—. Le diré que tengo un principio de infarto. Tengo los dedos helados y mi cara debe estar blanca. Que llame al médico. Que me disparen ellos en presencia de alguien, tal vez tenga tiempo para gritar algo».

Pleischner tocó el timbre. Oyó el sonido prolongado detrás de la puerta.

«No importa que el doctor me pregunte dónde vivo. Que me detenga la Policía suiza. El fin de Hitler está cerca y entonces podré decir quién soy y de dónde vengo».

Apretó nuevamente el botón, pero nadie contestó. «Este Ulm estará sentado ahora en un café comiéndose un helado. Sabroso, con frambuesas y galletas —pensó Pleischner— Leerá un periódico y no querrá saber nada de mí».

Se acercó a otra puerta y tocó el timbre. El sonido era diferente. Una vocecita infantil preguntó:

—¿Quién es?

Sin poder explicárselo, Pleischner se arrodilló y susurró:

—Ábreme, mi amor...

—¿Quién es? —repitió la voz infantil.

—Ábreme, por favor —dijo Pleischner más alto y su voz le pareció tronante, le pareció que podría oírse en todos los apartamentos del edificio.

—¿Pero quién eres tú? Mi mamá dijo que Mickey Mouse no vendría hasta dentro de un año.

—No soy Mickey Mouse, soy su hermano... Te traigo un regalito...

—¿Y qué has traído?

—Abre —susurró Pleischner levantándose. Pegó su frente a la puerta—. Te he traído una motocicleta de cuerda...

—Con esas motocicletas juega mi hermano... A mí me gustan las muñecas... Soy una niña...

—También tengo una muñeca. Grande, con ojos que se abren y se cierran y sabe hablar.

—¿Tiene el pelo blanco?

—Sí

—Ya tengo una muñeca así... Quiero una con pelo negro...

—Te traigo también una con pelo negro —dijo Pleischner y rogó—: ¡Abre, rápido!

Oyó cerrarse la puerta abajo: habían entrado aquellos dos hombres. Oyó sus pasos, luego la voz de la niña.

—Mi mamá me ha encerrado, pero viene pronto...

La niña continuó hablando, pero Pleischner ya no la oía. Corrió hacia arriba pensando que podía llamar a la puerta que estaba frente a la casa de contacto, pero esta puerta se abrió sin que él tocara y el hombre alto y rubio salió al descanso de la escalera.

—Se ha equivocado de número, camarada. En este piso sólo vivimos nosotros y abajo la familia donde usted ha llamado. Los demás están de viaje. De modo que puede sentirse aquí totalmente seguro. «Mi manuscrito quedó sobre la mesa. Me quedé en la mitad de una

página y estaba trabajando tan bien. Si no hubiera venido a Berna, estaría en Berlín, sentado, escribiendo, y cuando todo hubiera terminado, reuniría mis ensayos en un libro. ¿Quién se preocupará ahora por mis escritos? Ni siquiera entenderán mi letra».

Abrió la ventana y saltó. Quiso gritar para que la gente lo oyera y lo viera, pero no pudo gritar. Su corazón se detuvo en cuanto su cuerpo sintió debajo el vacío escalofriante.

Miiller estaba sentado en una silla junto a la puerta observando constantemente el trabajo de los expertos y al fotógrafo que tomaba una foto tras otra de Rolff y de Barbara tendidos en el suelo.

—Nada —dijo uno de los miembros del grupo operativo—, ninguna pista.

Müller había llegado al lugar del asesinato junto con sus mejores sabuesos: había llamado a los viejos que solían ayudarlo a capturar a los bandidos, a los nacionalsocialistas de Hitler y a los comunistas de Thälmann en los años veinte. Acudía a estos hombres en muy contadas ocasiones. No los admitía en la Gestapo para que no se echaran a perder: cada investigador de la Gestapo contaba con la ayuda de peritos, agentes, grabadoras. Müller era un admirador de Capek: los sabuesos de este escritor se limitaban a su cabeza y a su experiencia.

«Un cura nunca puede llevar a cabo una reforma en su religión —había dicho Miiller en una oportunidad—. Los reformadores siempre vienen de afuera. Para que los futuros reformadores no me desplacen tengo una reserva de viejos. Ellos y sus experiencias me ayudan de cuando en cuando a organizar algo».

—¿Nada? —preguntó Müller—. ¿Absolutamente nada? ¿ninguna huella?

— Nada en absoluto —contestó un viejo canoso y de cara terrosa.

Müller había olvidado su nombre, pero se tuteaban desde 1926

—Se parece al asesinato que tú investigaste en Munich

—¿El de Egmontstrasse?

—Sí. Aquel de la casa número nueve, creo.

—La número ocho. Él los mató en la acera de números pares

—Buena memoria.

—¿Te quejas de la tuya?

—Estoy tomando yodo.

—Y yo vodka.

—Tú eres general, puedes tomarla. Pero nosotros ¿de dónde podríamos sacar dinero para vodka?

—Acepta sobornos —sonrió Müller.

—¿Para caer después en las garras de tus matones? No, mejor sigo tomando yodo.

—Está bien —convino Müller—. Está bien. Hablando sinceramente, con mucho gusto cambiaría mi vodka por tu yodo.

—¿Demasiado trabajo?

—Por ahora sí —contestó Müller—. Pronto no tendremos ninguno. Bien, ¿qué haremos?

—Que revisen en tus laboratorios las balas con que fueron despachados estos dos.

—Claro que las van a revisar —convino Müller—. No te preocupes...

Entró el otro viejo, acercó una silla y se sentó junto Müller.

«Es un diablo viejo —pensó Müller al mirarlo—, creo que se tiñe el pelo. Estoy seguro de que tiene el pelo teñido».

—¿Y tú? —preguntó Müller—. ¿Tú qué tienes, Günther?

—Algo tengo.

—Oye, ¿con qué te tiñes el pelo?

—Con alheña. Mi pelo no es canoso ni negro; es de un color indefinido. Ilse ha muerto y las jovencitas prefieren a los soldados jóvenes y no a los viejos sabuesos.

—Los soldados están en el frente.

—¿Y los inválidos? Se divierten mucho...

—Pero no tienen piernas.

—Para ese trabajito las piernas no son obligatorias —dijo Günther sonriendo—. Oye, una vieja de la casa de enfrente vio a una mujer y a un soldado, hace una hora. La mujer llevaba un niño y ambos tenían mucha prisa.

—¿Cómo estaba vestido el soldado?

—¿Cómo? Claro que con uniforme...

—Comprendo que no iría en calzoncillos. ¿El uniforme era negro?

—Naturalmente, negro. Ustedes nunca confían en los uniformes verdes para estos asuntos.

—¿En qué vehículo se subieron?

—En un ómnibus.

Müller se levantó asombrado.

—¿Que tomaron un ómnibus?

—Sí. El número diecisiete.

—¿Hacia dónde fueron?

—Por allí —dijo Günther señalando hacia el Oeste.

Müller empujó la silla, cogió el teléfono y marcó rápidamente un número.

—¡Scholz! ¡Rápido! Mande las patrullas a lo largo de la ruta del ómnibus diecisiete. Se trata de la pianista y su guardián. ¿Qué? ¿Cómo voy a saber el nombre? Revise su expediente: quién es, de dónde, dónde están los familiares. Enviéme su hoja de servicio ahora mismo. Si comprueba que ha estado, aunque haya sido una sola vez, en los mismos lugares en que ha estado Stirlitz, comuníquemelo inmediatamente. ¿Qué? No importa dónde: ¡en el frente, en un burdel, en la playa!

Müller volvió a sentarse en la silla junto a la puerta. Los expertos de la Gestapo y el fotógrafo se habían marchado. Había quedado con sus viejos y hablaban del pasado interrumpiéndose los unos a los otros. Müller los escuchaba y de cuando en cuando le salían lágrimas. Los viejos recordaban los años de su juventud cuando todo era sencillo y claro, cuando no estabas obligado a espiar a los amigos y dormías sin pastillas y hacías el amor sin recurrir a medicamentos excitantes.

Tomó nuevamente el auricular. Marcó un número.

—Oiga —dijo Müller—. Envíe varios hombres a la casa Stirlitz. ¿Qué tiempo? El que sea necesario... Digan que Stirlitz regresará dentro de media hora. ¿Quién? Digan que habla su chofer.

«He perdido —reflexionó Müller tranquilizado por la charla de sus viejos compañeros—, pero tengo aún en reserva Berna. Naturalmente, allí todo es más complejo, la Policía y los guardas fronterizos son hostiles. Pero he perdido, desde mi punto de vista, la carta principal. Tomaron un ómnibus, lo que quiere decir que la operación no había sido planeada. Si hubiera sido planeada, habrían encontrado un automóvil. No, es una tontería: no hubo ninguna acción premeditada. Los rusos, por supuesto, defienden a su gente, pero no mandarían a la muerte a varios hombres sólo para intentar liberar a esta pianista... No lo creo. Claro, ellos saben que el niño es su punto débil. Tal vez esta sea la causa de que se hayan arriesgado tanto. ¿Pero qué digo? ¡No fue planeado! ningún riesgo: ella tomó el ómnibus, ¿qué riesgo es éste? Es una idiotez, no un riesgo...»

Y cogió de nuevo el teléfono.

—Habla Müller. Avise a la Policía de todas las líneas de metro y tranvía. Que busquen a una mujer con un niño. Envíele su descripción y dígale a la Policía que es una ladrona y una asesina, que la detengan. Que si se equivocan y detienen a otras mujeres, no importa: los perdonaré. Pero que no se les escape la que me interesa.

Stirlitz volvió a mirar el reloj. Müller había estado ausente durante tres horas.

«Katy no dijo nada —pensó Stirlitz—. ¿O habrán hecho un careo con Pleischner? No tiene importancia. No se conocen. Pero algo ha pasado. Algo ha pasado y el tiempo que tengo debo emplearlo bien».

Caminaba lentamente por la celda, tratando de escoger una solución posible. Lo recordó todo acerca de la maleta Sí, efectivamente, la había cogido en el bosque, cuando Erwin había resbalado y estuvo a punto de caer. Fue la noche antes del bombardeo. Una sola vez. «¡Un momento! —pensó Stirlitz—. Fue antes del bombardeo... Y después del bombardeo estuve allí en mi coche... Había muchos coches. Hubo un embotellamiento, porque estaban trabajando los bomberos. ¿Por qué estuve allí? Porque en mi camino hacia Kudammstrasse se había derrumbado un edificio. Puedo exigir que llamen a los policías de tránsito que estaban de servicio esa mañana. Entonces, estuve allí, porque la Policía no me había dejado pasar. En el expediente aparece la fotografía de las maletas que fueron rescatadas después del bombardeo. Hablé con un policía, me acuerdo de su cara y él debe recordar mi botón del SD... Lo ayudé a llevar la maleta. Que lo niegue si puede. No lo negará y exigiré el

careo. Diré que ayudé a llevar un cochecito con un niño a una mujer que lloraba. Ella también lo confirmaría, porque fue cierto y esas cosas no se olvidan».

Stirlitz empezó a dar fuertes golpe a la puerta con los puños y esta se abrió. No estaba cerrada, pero en el umbral vio a dos guardianes. El tercero acompañaba a un hombre que avanzaba por el pasillo con un cubo en la mano. La cara del hombre estaba desfigurada, pero a Stirlitz le bastó ese instante para reconocer en aquel rostro deforme la cara del chofer personal de Bormann que no era confidente de la Gestapo, el que conducía el automóvil durante su entrevista con el jefe de la oficina del partido.

Stirlitz sintió que todo su cuerpo estaba tenso. Lo principal era no perder tiempo.

—Oiga, amigo, llámeme urgentemente al Gruppenführer Müller. ¡Dígale que lo he recordado! ¡Lo he recordado todo! ¡Ruéguele que baje inmediatamente!

«Pleischner aún no ha sido traído aquí. De Katy no han obtenido nada. Tengo una sola oportunidad para salir de este lío: el tiempo. El tiempo y Bormann. Si me demoro, todo estará perdido».

—Está bien —dijo el guardián—, lo reportaré inmediatamente, *Standartenführer*...

En el orfanato para lactantes entró un soldado alto. Se detuvo junto a una ventanilla blanca pintada con un esmalte brillante. Mordía nerviosamente un cigarrillo sin encender, era evidente que estaba muy apurado porque a cada rato consultaba su reloj. Cuando la ventanilla se abrió, se asomó tímidamente.

—Perdone, quisiera pedirle... —dijo.

—Ahora no podemos atenderle —contestó una mujer de gorro blanco—. Están dando de comer a los niños y todo el Instituto está ocupado...

—Entiendo, pero he llegado del frente con un permiso de doce horas. Debo marcharme ya.

—Lo lamento mucho, señor, pero ahora todos están ocupados.

—¿No podría ver a alguien de la dirección...?

—No hay nadie en la dirección. Unos se fueron al frente y otros están con los niños. Perdóneme. —La mujer cerró ventanilla.

—¿Cuándo terminarán de dar de comer a los niños?

La mujer contestó sin abrir la ventanilla.

—Dentro de media hora. Venga, por favor, dentro de media hora y entonces podremos ayudarle...

El soldado salió del orfanato, cruzó la calle y bajó al sótano de un edificio destruido. Allí, entre cajones rotos, estaba sentada Katy dándole el pecho al niño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Muy mal —contestó Helmuth—. Hay que esperar media hora.

—Esperaremos —lo tranquilizó Katy—. Esperaremos. Ahora no puede ocurrir nada malo. ¿Cómo podrían averiguar dónde estamos?

—Sí, pero hay que salir rápidamente de la ciudad, pueden encontrarnos. Sé muy bien cómo buscan. Si quiere, váyase. Yo la alcanzaré después, si todo sale bien. ¿Quiere? Acordemos dónde la encontraré después.

—No —dijo Katy—. No hace falta. Esperaré... De todos modos, no tengo adonde ir en esta ciudad...

Scholz llamó a Müller al departamento de radios.

—Stirlitz le manda a decir que se acuerda de todo.

—¿Sí? —dijo Müller animado. Hizo una seña con la mano a los detectives para que no siguieran riéndose tan alto— ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Bien. Dígale que voy. ¿Nada nuevo?

—Nada importante.

—¿No averiguaron nada sobre el guardián?

—Nada, sólo pequeñeces...

—¿Cuáles? —preguntó Müller maquinalmente, más bien por rutina, tomando su abrigo de la silla.

—Datos sobre la esposa, niños y familiares.

—No son pequeñeces —dijo Müller con irritación—. No hay pequeñeces en este asunto, amiguito Scholz. Vengo en seguida y veremos los datos... ¿Ya ha enviado a alguien a casa de la mujer?

—Hace dos meses que su esposa lo abandonó. Él estaba en el hospital convaleciente y ella lo abandonó. Se marchó a Munich con un comerciante.

—¿Y los hijos?

—En seguida se lo digo —contestó Scholz, hojeando el expediente—. A ver dónde están sus hijos... Aquí lo encontré...

—Hable menos, Scholz. Hable menos y haga más.

—Tiene una niña de cuatro meses. Ella la dejó en un orfanato.

«La rusa tiene un hijo recién nacido —recordó Müller repentinamente—. Él necesita una mujer que pueda ocuparse de su niña. ¡Seguro que Rolff se excedió con el niño!»

—¿Cómo se llama el orfanato?

—No indican su nombre. Un orfanato en Pankow, Schillerstrasse, 7. Ahora, sobre la madre...

Müller no quiso oír nada acerca de la madre. Tiró el teléfono. Su lentitud había desaparecido por completo. Se puso el abrigo.

—Muchachos —dijo—, pronto habrá un gran tiroteo, preparen las pistolas. ¿Quién conoce el orfanato de Pankow?

—¿Schillerstrasse ocho? —preguntó el canoso.

—Vuelves a confundirte —contestó Müller saliendo de la casa—. Siempre confundes los números pares e impares. La casa es la número siete.

—La calle es muy común y corriente —dijo el canoso—, nada particular. Allí podemos hacer una bonita operación: todo estará en calma y nadie nos molestará. Pero los números los confundo desde la infancia. Cuando en el aula explicaron los pares e impares yo estaba enfermo.

Rió y todo el mundo rió con él y, en ese instante, parecían todos cazadores que tuvieran cercado a un venado.

No, Helmuth Kalder no estaba relacionado con Stirlitz. Sus caminos no se habían cruzado jamás. Peleaba desde el año 40. Creía que luchaba por su patria, por la vida de su madre, de tres hermanos y una hermana. Creía que luchaba por el futuro de Alemania contra los eslavos inferiores, que se habían apoderado de enormes extensiones de tierra sin saber labrarlas; contra los ingleses y los franceses vendidos a la plutocracia, contra los judíos que oprimían al pueblo trabajador aprovechándose de las desgracias humanas. Consideraba que el genio del Führer, comprometido en la difícil tarea dar felicidad a la nación germana, sería glorificado por los siglos.

Así pensaba hasta el otoño del 41 cuando marchaban por el mundo cantando y el aire embriagador de la victoria los había convertido a él y a sus compañeros de tropas de tanques SS, en juerguistas alegres y despreocupados. Pero, después de la batalla de Moscú, cuando comenzaron los combates con los guerrilleros y recibieron órdenes de matar a los rehenes, quedó desconcertado. Era un campesino y el culto a la madre era para él superior a todos los demás cultos. Su madre lo había criado a él, a sus hermanos, a su hermana. Trabajaba desde la madrugada hasta la noche después de la muerte del padre y no le permitió que abandonara la escuela hasta el día en que su enfermedad la venció.

Cuando su pelotón recibió por primera vez la orden de fusilar a cuarenta rehenes en las afueras de Smolensko (los guerrilleros habían descarrilado un convoy militar), Helmuth comenzó a beber constantemente. Todo el tiempo recordaba a las mujeres y a los niños y a los ancianos. Las mujeres apretaban a los niños contra su pecho, les cerraban los ojos y suplicaban que se les matara rápidamente...

Había comprobado que tanto en Rusia como en Alemania, las madres daban a sus hijos hasta la última patata y cuando los miraban comérsela, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Después del primer fusilamiento, Helmuth no pudo recobrase durante largo tiempo. No sólo él se emborrachaba. Muchos de sus compañeros tomaban vodka directamente de las botellas, en silencio, y nadie volvió a contar historias divertidas ni a tocar el acordeón. Pero cuando comenzaron otra vez los combates y enfrentamientos furiosos con los rusos, el recuerdo de aquella pesadilla quedó desplazado.

De regreso a su casa por unas cortas vacaciones, conoció a Luise, hija de una vecina de su madre. Era bonita, muy cuidadosa y limpia. Todas las noches Helmuth soñaba con ella. La invitaba al cine y paseaban hasta la madrugada. Él era diez años mayor y sentía hacia ella una gran ternura. Soñaba con el momento en que sería esposa y madre. Helmuth siempre pensaba que en su casa, junto a la puerta, tendrían que haber muchos zapatitos de niño. Amaba a los niños. ¿Cómo no quererlos si peleaba por su felicidad, por su futuro?

En las vacaciones siguientes Luise se convirtió en su esposa y, cuando él marchó al frente, ella lo extrañó durante dos meses, pero al percatarse de que estaba encinta, sintió angustia y tedio. Se fue a la ciudad y en la primera noche (no había habitaciones en el hotel y la casa donde vivían los conocidos de Helmuth había sido bombardeada) se acostó con un oficial de la Luftwaffe.

Cuando nació la niña, ella la entregó a un orfanato. Helmuth entonces estaba en el hospital recuperándose de una fuerte contusión. Volvió a la casa y le dijeron que Luise se había marchado con otro. Recordó a las mujeres rusas. Una vez un amigo suyo se acostó con una maestra de treinta años por cinco latas de conserva. Ella era madre de una niña y no tenía comida para darle. Al otro día la rusa se había ahorcado. Dejó la niña a los vecinos y le puso en la cama el retrato del padre y las conservas. Pero Luise, militante de las Juventudes Hitlerianas, aria verdadera y no una esclava salvaje, había abandonado a su niña en un orfanato como la última ramera.

Helmuth visitaba el orfanato semanalmente y a veces le permitían pasear con la niña. Jugaba con ella, le cantaba canciones, y su amor se volvió histérico y lastimoso. Al ver cómo la radiofonista rusa mecía a su niño, se preguntó por primera vez: «¿Qué hemos hecho todos nosotros? ¿Por qué debemos ser tan malvados? Son humanos como nosotros, también quieren a sus hijos y están dispuestos a morir por ellos». Cuando vio lo que Rolff hacía con el niño, tomó aquella decisión emocional que no había sido motivada por ningún razonamiento. En Rolff, y en Barbara que lo observaba en su intento de matar a una criatura de dos semanas, veía a Luise, quien para él era el símbolo de la traición.

Volvió al orfanato media hora más tarde. Se detuvo junto a la ventana de madera pintada con esmalte blanco y paulatinamente fue desapareciendo aquella terrible y persistente angustia que lo había invadido al ver el cuerpecito enrojecido del niño ruso en las manos de Rolff. Sintió que algo se había destruido en él, un creciente escalofrío recorría su cuerpo y la parte contusionada se tornó fría y, al mismo tiempo, insensible al frío.

—Buenos días —dijo a la mujer que se había asomado a la ventanilla—. Úrsula Kalder... Mi hija... A mí me permiten...

—Sí. Lo sé. Pero ahora la niña debe dormir...

—Me marchó, me marchó al frente. Quiero pasear con ella, dormiría en mis brazos... Cuando sea hora de cambiarle los pañales la traeré...

—Temo que el médico no lo autorice, señor...

—Me voy al frente —repitió Helmuth—, usted no puede quitarme esta oportunidad de ver a mi hija.

—Está bien... Lo entiendo... Trataré de lograrlo. Espere un momento, por favor.

Tuvo que esperar diez minutos. Estaba temblando. Los dientes le castañeteaban.

Se abrió la ventanilla y le alargaron un envoltorio blanco. La cara de la niña estaba tapada con un pañal de una blancura deslumbrante.

—¿Usted quiere salir a la calle?

—¿Cómo? —preguntó Helmuth sin entender.

Las palabras le llegaban de lejos como a través de una puerta fuertemente cerrada. Así le ocurría después de la contusión cada vez que se ponía nervioso. En varias ocasiones había perdido el conocimiento en la calle, cuando veía los hospitales y los orfanatos totalmente destruidos por los bombardeos.

—Si quiere salir a pasear con la niña, le daremos el cochecito.

—¿Para qué?

—Para que no la tenga en los brazos todo el tiempo.

—No, gracias, para mí es muy agradable tenerla así.

—Es mejor que vaya a nuestro jardín. Allí siempre hay tranquilidad y si comienza el bombardeo, podría bajar rápidamente al refugio.

—Está bien. Sólo quiero ver si ha llegado el automóvil. Después entraré en la casa...

—¿En qué casa?

—El jardín... Perdóneme... Quise decir el jardín...

—¿Se siente mal?

—No, ¿por qué?

—Está muy pálido...

—No, no —dijo Helmuth y salió a la calle.

De repente oyó el chirrido de los frenos a su espalda. Un chofer militar detuvo el automóvil a dos pasos de Helmuth y asomándose por la ventana, gritó:

—¿Estás ciego? ¿Qué te pasa, no ves el coche?

Helmuth apretó la niña contra el pecho y, murmurando algo, se encaminó hacia la entrada del sótano. Katy esperaba de pie junto a la puerta. El niño estaba dormido sobre un cajón, y se movía en su sueño. Helmuth entregó la niña a Katy.

—Yo voy a la parada. Cuando el ómnibus se acerque, le avisaré.

Al ver a Katy tomar a su niña con tanto cuidado, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Echó a correr hacia la calle.

—Es mejor que vayamos juntos —dijo Katy.

—Vuelvo en seguida —contestó Helmuth parándose un instante en la puerta—. Ellos tienen sus fotos, pero las mías son de antes de la guerra y yo era totalmente distinto. Espéreme aquí.

Echó a andar hacia la parada. La calle estaba desierta.

«Si evacúan el orfanato puedo perder a la niña. ¿Y cómo la encontraré después? Si nuestra suerte es morir bajo las bombas, es mejor que estemos juntos. Esta mujer puede amamantarla con el suyo como mellizos... Dios me lo perdonará todo, incluso lo de aquel día en las afueras de Smolensko».

Comenzó a lloviznar. Sintió mucha humedad y frío, pero pensó que la lluvia primaveral siempre es augurio de buen tiempo.

«Las enfermeras del orfanato no deben vernos esperar el ómnibus. Tenemos que ir hasta la parada del zoo, allí podremos coger un tren. O irnos con los refugiados. Es fácil perderse entre la multitud. Ella amamantará a la niña hasta que lleguemos a Munich. Allí nos ayudará mamá. Podremos encontrar a una nodriza. Aunque ellos me buscarán por todas partes... No podemos ir a casa de mi madre. No importa. Hay que salir de esta ciudad. En cuanto veamos los campos y los bosques, todo cambiará. También podemos ir al norte, hacia el mar. A casa de Hans. ¿Quién va a imaginar que me he ido a la casa de un compañero del frente?

Helmuth se caló el sombrero hasta las orejas. Los escalofríos fueron cesando paulatinamente. El lado izquierdo del cuerpo había recobrado el calor.

«¡Qué bueno que esté lloviendo! —pensó—. Esto es ya un acontecimiento... Cuando se espera algo y todo está tranquilo uno se pone nervioso. Pero si nieva o llueve, no se siente uno tan solitario».

La lluvia continuaba cayendo, pero las nubes desaparecieron repentinamente dejando ver en lo alto el cielo lejano y azul y el borde radiante del sol.

«Ya llegó la primavera —pensó Helmuth—. Ahora crecerá la hierba...»

Vio a lo lejos el ómnibus y decidió volver a las ruinas de la casa donde esperaba Katy, pero adelantándose al ómnibus salieron dos enormes automóviles como enormes bestias. Violando todas las leyes de tránsito se dirigieron al orfanato. Helmuth sintió que le flaqueaban las piernas y que su brazo izquierdo estaba helado. Eran los coches de la Gestapo. Su primer deseo fue correr, pero comprendió que al hacerlo se haría sospechoso. Era mejor quedarse donde estaba y huir después a través de los patios traseros. «Les dirán que he sacado a la niña hace pocos minutos y empezarán a buscar por todas partes. Encontrarán a la rusa en el sótano. Pero ella no dirá que tiene a mi hija. Ella no les dijo nunca nada».

No podía saber lo que le ocurriría después a su niña. Temió que pudiera sufrir un nuevo ataque y lo pudieran coger inconsciente. Después se llevarían a la niña, le quitarían la frazada y la acercarían a la ventana. La primavera apenas comenzaba ahora y faltaba mucho tiempo aún para que cesara el frío... «La rusa lo oiría todo y lo comprendería. Es imposible que no sea una buena persona... No puede ser que...»

Helmuth bajó de la acera y agarrando la pistola hizo varios disparos contra el parabrisas del primer automóvil. Lo último que pensó después de oír la ráfaga de la metralleta y antes de sentir el último dolor de su vida, fue: «No le dije el nombre de la ni...»

Fue un instantáneo tormento más antes de morir.

—No, señor —respondió la enfermera que había entregado la niña a Helmuth—. No han pasado ni diez minutos...

—¿Y dónde está la niña? —preguntó sombríamente al canoso, procurando no mirar el cadáver de su compañero de pelo teñido. Estaba tendido junto a la puerta y se veía viejo: se había teñido el pelo hacía mucho tiempo y su melena tenía dos colores: canosa en las raíces y de un castaño fuerte en los extremos.

—Creo que se fueron en un vehículo —dijo la otra enfermera—. Vi que un vehículo se detuvo a su lado.

—¿La niña subió al coche?

—No —contestó la mujer seriamente—. No pudo haber montado sola al coche. Tiene cuatro meses...

Müller dijo:

—Miren bien todo por aquí, tengo que volver a la oficina. Ya les han mandado el segundo coche, ya ha salido... ¿Y cómo pudo la niña montar en el vehículo? —preguntó volviendo la cabeza, ya en la puerta—. ¿Qué coche era?

—Uno grande.

—¿Un camión?

—No, un coche verde...

—¿No se fijó en la matrícula?

—No presté atención.

—Todo esto es muy raro —dijo Müller y abrió la puerta—. Registren las casas cercanas. Esto es muy raro.

—Alrededor sólo hay ruinas.

—Registren allí también —dijo—. Todo es tan estúpido y tan falto de profesionalismo. Es imposible trabajar así. No se puede entender la lógica de un aficionado.

—¿No será un profesional muy astuto? —preguntó el canoso mientras encendía un cigarrillo.

—Un profesional astuto no hubiera venido al orfanato —contestó Müller y salió.

Minutos antes había llamado a Scholz. Este le informó que la casa de contacto en Berna había sido ocupada por la policía suiza porque el enlace ruso que llevaba el mensaje cifrado se había suicidado.

El pastor Schlag envió a Stirlitz una tarjeta con la vista de Lausana, tal como habían acordado, y volvió a la casa. Vivía junto a la iglesia de San Lorenzo. Cuando Stirlitz le enumeró los lugares donde podía encontrar albergue, le dijo que la Gestapo difícilmente lo encontraría allí. El cuarto era pequeño con un techo alto y abovedado. Este techo abovedado y blanco, demasiado blanco, era lo único que indicaba que estaba en un monasterio: los muebles eran mullidos, tapizados con una tela afelpada de un insólito color rojo. A Schlag le habían explicado que este cuarto estaba destinado a extranjeros que por distintas razones no podían o no querían alojarse en hoteles. Subrayaron que tales

extranjeros venían en misiones de paz para salvar a los europeos del aniquilamiento colectivo.

Schlag se sentó junto a la ventana y contempló largo rato la ciudad. Las ventanas aquí no se tapaban con cortinas para que no se vieran las luces y las vidrieras en las tiendas, y las entradas de los cines estaban adornadas con bombillas multicolores. Schlag no se cansaba de observar a la gente. Hacía muchos años que no veía tantas caras jóvenes. En la Alemania de los últimos tiempos le parecía que el mundo había envejecido.

Alguien llamó a la puerta.

—Entre, por favor.

—¿Desearía una taza de café? —preguntó un criado viejo.

—No, gracias.

—Si quiere café, té o agua, puede llamarme por teléfono.

—Gracias.

—Entonces me retiro Buenas noches, pastor...

—Buenas noches. Ah, quería preguntarle: ¿no tendrá usted alguna pastilla para dormir? ¿O algún sedante? No puedo conciliar el sueño.

—Lo averiguaré en seguida.

Después de la conversación que había sostenido ese día con el ex canciller de Alemania, Brüning, a quien el pastor conocía desde los años veinte, tuvo la impresión de que no podría dormir sin tomar alguna pastilla. No pudo sentarse a la mesa de inmediato para apuntar sus impresiones. Eran tan sorprendentes y terribles que el pastor quería tranquilizarse antes, para procurar nuevamente hacer el análisis de todo lo que había dicho Brüning. Sólo después podría volcarlo sobre un papel.

«Al principio de la conversación —empezó a escribir lentamente, deteniéndose en cada palabra—, el ex canciller Brüning se interesó por el destino de nuestros amigos comunes y expresó su admiración por el hombre que me ayudó a escapar sin ninguna condición previa ni posterior; me preguntó sobre los presos que yo había visto en la cárcel y en el campo de concentración. Cuando llevé la conversación hacia el tema que nos interesa, Brüning dijo: “Los ausentes nunca tienen razón. Dejé de interesar a la Casa Blanca y a White Hall, porque ellos son políticos que tienen una fuerza real, mientras que yo soy un político que ha

perdido la influencia. Hablamos idiomas distintos y, sin duda alguna, les parezco un aficionado: nadie pierde tan rápidamente la capacidad profesional como un político desprovisto de poder". A mi pregunta sobre quién en este caso podría considerarse un político serio en Alemania después de que Hitler eliminó a los mejores representantes de la oposición, Brüning contestó "Himmler". Cuando comencé a impugnarlo aduciendo que esta afirmación suya pudiera responder a un amor propio ultrajado, al cansancio, al escepticismo o a la separación prolongada de la patria, Brüning me dio a leer un documento. Además, luego me permitió copiar algunos párrafos del mismo. Al principio me desconcertó el contenido de este documento y supuse que podría ser falsificado por los nazis. Brüning me contestó que se sentiría feliz de poder estar de acuerdo conmigo si no creyera en la veracidad de este documento. Pregunté hasta qué punto los agentes alemanes que participan en las negociaciones podían considerarse representativos. Brüning contestó que cualquier respuesta categórica sería incorrecta, ya que en las condiciones de la dictadura de Hitler, sólo el Führer podía tomar decisiones o aquellos entre sus más cercanos colaboradores que se decidieran a derrocarlo y a tomar todo el poder en sus manos. Brüning considera que estos hombres serían, en primer lugar, el mariscal Goering o Bormann. Dijo que no creía que Himmler pudiera asumir el poder efectivo. "Lo desean algunos círculos en Occidente, pero creo que la opinión pública mundial nunca aceptaría el hecho de que las democracias se sentaran a la mesa de negociaciones con Himmler, que personifica el horror del nacionalsocialismo. A pesar de que Himmler es la figura más fuerte de la Alemania de hoy, es difícil imaginar la posibilidad seria de negociaciones con él". Pregunté si consideraba serias las intenciones de los aliados de buscar caminos verdaderos hacia la paz con Alemania. Brüning contestó que esas negociaciones ya habían alcanzado en estos instantes su punto culminante o se acercaban a él. No pudo decirme con quién ni dónde se llevaban a cabo. Le pregunté si sus datos eran exactos. Brüning contestó que un político que vive en el exilio utiliza, por regla general, rumores bien confirmados. Cuando le dije que mis amigos que habían quedado en Alemania me habían encomendado sondear la posibilidad de serias negociaciones con los aliados para que cesara el derramamiento de sangre y se diera a la humanidad la paz y la tranquilidad deseadas, Brüning preguntó quiénes eran estas personas. No obtuvo una respuesta lo suficientemente precisa y me propuso releer nuevamente la conversación del americano y del alemán para que yo, en mis búsquedas ulteriores de paz, estuviese preparado para una divergencia posible de puntos de vista. Envío adjunta a esta carta la conversación mencionada...»

Schellenberg fue llamado por el grupo que trabajaba con el archivo de Bormann.

—Ya ha aparecido algo —le dijeron—, si quiere venir, le podríamos preparar algunos documentos, *Brigadeführer*.

—Iré en seguida —contestó brevemente Schellenberg.

Al llegar, sin quitarse el abrigo, se acercó a la mesa y tomó varias hojas de papel.

Leyó los documentos, enarcó las cejas con asombro, y después se quitó el abrigo, lo puso en el respaldo de la silla y se sentó. Los documentos eran realmente muy interesantes. El primero decía: «El día X deben someterse al aislamiento Kaltenbrunner, Pohl, Schellenberg, Müller». El apellido Müller había sido tachado con lápiz rojo. Schellenberg anotó el hecho en una pequeña tarjeta de las que siempre tenía en el bolsillo y en su mesa para hacer notas, y le añadió un gran signo de interrogación. «Debe admitirse —se agregaba en el documento sin firma y sin destinatario— que el aislamiento de los mencionados dirigentes de la Gestapo y la SD sería una acción especial para desviar la atención. La búsqueda de los dirigentes aislados que tienen responsabilidades específicas, ocuparía las mentes de todos los interesados desde un punto de vista operativo y estratégico».

Luego seguía una lista de ciento setenta y seis personas.

«Estos oficiales de la Gestapo y la SD podrían en mayor o menor grado informar sobre los problemas claves de la política exterior del Reich, no en las cuestiones principales sino en los detalles secundarios. Indiscutiblemente, cada uno de ellos, sin saberlo, constituye parte de un mosaico, sin valor individual alguno, pero valiosísimo en su conjunto total. Por consiguiente, estos hombres podrían servir a los enemigos del Reich interesados en comprometer los ideales del nacionalsocialismo, revelando las prácticas de su aplicación. Desde este punto de vista, las actividades de cada uno de los oficiales mencionados, sumadas a las de los demás, pudieran crearle al Reich una difícil situación. Desgraciadamente, en este caso es imposible separar rigurosamente la política del partido y la práctica de los SS, ya que todos estos oficiales son veteranos del movimiento que ingresaron en las filas del partido nacionalsocialista en el período que va de 1927 a 1935. Por lo tanto, el aislamiento de estas personas se nos presenta como conveniente y lógico».

«Está claro —pensó repentinamente Schellenberg—. Este líder nuestro es muy ladino. Nosotros le llamamos “liquidación” a lo que él llama “aislamiento”. De modo que a mí hay que aislarme y a Müller conservarlo. Bien; lo esperaba, sería ridículo suponer otra cosa. Es curioso que hayan dejado a Kaltenbrunner en la lista. Aunque se puede comprender: Müller siempre permaneció en la sombra, pero Kaltenbrunner hace tiempo que pende de un hilo, pues es ampliamente conocido en el mundo. Lo perderá su vanidad, yo siempre lo pensé. A mí me perdió el deseo de ser necesario al Reich. Pude ser necesario, pero averiguando los secretos en nuestro país y en el extranjero. Aquí radica la paradoja de nuestro Estado: mientras más le quieres ser útil, más te arriesgas; las personas como yo no tienen derecho a llevarse a la tumba los secretos estatales que ya se han convertido en secretos personales. Entre la vida y la muerte natural se formaría una extensión de tiempo durante la cual yo podría comunicarle a alguien estos secretos. A las personas como yo hay que quitarles la vida de modo repentino y veloz... Como a Heydrich...»

Releyó con mucha atención los apellidos de los hombres incluidos en la lista de «aislamiento». Encontró a muchos colaboradores suyos. Bajo el número ciento cuarenta y dos estaba el *Standartenführer* SS Stirlitz.

El hecho de que Müller hubiera sido borrado de la lista y Stirlitz permaneciera en ella evidenciaba la terrible prisa y caos que reinaban durante la evacuación del archivo del partido. Las instrucciones de alterar la lista habían llegado a Bormann dos días antes pero, al parecer, el apellido de Stirlitz no había sido encontrado o tal vez habían sido revisadas sólo las primeras páginas de los documentos, donde se señalaban los nombres más conocidos. Esto había salvado Stirlitz no del «aislamiento» en el futuro a manos de los hombres de confianza de Bormann, sino de la «liquidación» por los hombres de Schellenberg. Ellos lo hacían mejor y más rápidamente: era su oficio...

13-III-1945 (17 h 02 min) — ¿Qué ha pasado? — preguntó Stirlitz cuando Müller regresó al sótano —. Estaba preocupado...

—Correcto —convino Müller—. También yo estaba preocupado.

—Ya he recordado —dijo Stirlitz.

—¿Qué precisamente?

—Por qué mis huellas pudieron aparecer en la maleta de la rusa... Por cierto, ¿dónde está? Pensaba que usted quería hacernos un careo...

—En un hospital. La traerán pronto.

—¿Pero qué le ha pasado?

—A ella nada. Simplemente que para hacerla hablar, Rolff se excedió con el niño...

«Miente —comprendió Stirlitz—. No me habría metido en este sótano si Katy hubiera hablado. Se acerca a la verdad, pero miente».

—Bueno, no hay prisa por el momento...

—¿Por qué «por el momento»? —preguntó Müller—. Tenemos tiempo.

—Por el momento —repitió Stirlitz—. Si le interesa realmente esta historia de la maleta, lo he recordado todo. Me ha costado algunas canas más, pero la verdad siempre triunfa, lo creo sinceramente.

—También lo creo así y me alegra nuestra coincidencia de convicciones. Hábleme de los hechos.

—Debe usted llamar a todos los policías que formaban un cordón en Bayoreterstrasse. Me detuve allí y no me dejaban pasar, a pesar de mi botón del SD. Entonces di la vuelta por Köpenickstrasse. Allí también me pararon. Había un embotellamiento. Fui a ver lo que estaba pasando y dos policías, uno joven, al parecer seriamente enfermo, es probable que de tuberculosis, y su compañero, cuya cara no recuerdo porque estaba cubierta de hollín, no me permitieron pasar al teléfono para llamar a Schellenberg. Le mostré mi botón del SD y me encaminé al teléfono. Allí se encontraba una mujer con su hijo y le ayudé a sacar de las ruinas su cochecito. Después alejé del fuego varias maletas. Recuerde la fotografía de la maleta que está en el expediente, en primer lugar. Segundo: compare el lugar donde la encontraron con la dirección de la casa donde vivía la pianista. Tercero: llame a los policías

del cordón: ellos vieron cómo ayudé a esta pobre gente a llevar sus maletas. Si cualquiera de estas circunstancias mencionadas resultara mentira, deme una pistola con una bala. No tengo otra salida y no puedo demostrar mi coartada con nada más.

—Hum —sonrió Müller—. ¿Por qué no? Vamos a intentarlo. Todo parece muy lógico. Primero escucharíamos a nuestros alemanes y seguidamente conversaríamos con su rusa.

—Con nuestra rusa —sonrió también Stirlitz—. ¿O usted realmente cree que soy un agente ruso?

—Está bien, está bien —dijo Müller—, no me tome la palabra...

Salió para llamar al jefe de la Escuela de Policía, *Oberstrumbannführer* SS doctor Helwig, que vivía en Charlottenburgo, en la Schlosstrasse, en el mismo local de la escuela. Stirlitz seguía analizando la situación: «Incluso si hubieran obligado a hablar a Katy... porque él me ha dicho que han torturado al niño y eso Katy no lo habría soportado... De todos modos, algo ha pasado y no han logrado nada. No la han llevado a ningún hospital, la habrían traído a este sótano si todo hubiera salido como ellos querían... y es ridículo que ignore que soy un oficial de la SS: estuvo en mi despacho. ¿Dónde vivo? Lo sabe. Pero yo hubiera podido decírselo. Conoce mi dirección, pero nunca estuvo en mi casa. Después yo tendría que mencionar a Bormann. Si hubieran detenido a Pleischner, no habrían esperado tanto: en estos casos la demora es el fracaso, porque se pierde la iniciativa».

—¿Le han dado algo de comer? —preguntó Müller al regresar—. ¿Le parece bien que comamos algo?

—No estaría mal —convino Stirlitz.

—He pedido que nos traigan algo de arriba.

—Gracias. ¿Ha llamado a la gente?

—Sí

—Tiene mala cara...

—Ah —Müller hizo un ademán—. Tengo que alegrarme de que esté vivo todavía. ¿Y por qué dijo que «no había prisa por el momento»? ¿Por qué? Hable, diga algo...

—Después del careo —contestó Stirlitz—. Ahora no tiene sentido. Si mis palabras no se confirman, no tiene sentido decir nada.

Se abrió la puerta y el guardián entró con una bandeja cubierta por una blanca servilleta almidonada. En la bandeja había un plato con carne hervida, pan, mantequilla y dos huevos en platillos azules.

—En una celda así, en el sótano, me gustaría dormir uno o dos días. Aquí no se oyen los bombardeos.

—Puede dormir un rato...

—Gracias... —dijo Stirlitz sonriente.

—¿Y por qué no? —dijo Müller—. Lo digo en serio... Me gusta cómo está portándose. ¿Quiere beber?

—No, gracias.

—¿Nunca toma nada?

—Creo que usted sabe hasta el nombre de mi coñac preferido.

—No se considere una figura parecida a Churchill. Sé que él prefiere el coñac ruso a todos los demás. Bien... Si no quiere, no tome, pero yo voy a beber. Realmente no me siento bien.

¡Busquen a la mujer!

Al oír los disparos, Katy comprendió en seguida que había ocurrido algo terrible. Corrió a la salida, se asomó y vio a Helmuth que se contorsionaba en medio de la calle, Regresó al instante: su hijo estaba sobre un cajón y se movía constantemente. La niña, que seguía en sus brazos, parecía más tranquila. Katy la acostó junto a su hijo. Sus movimientos se hicieron apresurados, le temblaban las manos. «¡Tranquilízate! —se dijo—. Silencio. ¿Por qué “silencio”? —pensó mientras corría hacia el fondo del sótano. No he gritado nada...»

Caminaba en una completa oscuridad extendiendo las manos y chocando con las piedras y las vigas. Así jugaba a la guerra en su casa. Los muchachos siempre la aceptaban en sus juegos: tenía fama de ser una niña valiente. Al principio era enfermera, pero después Talik Tuter, del apartamento seis, se había enamorado de ella. Él siempre era el comandante de los rojos y primero le dio el cargo de enfermera, pero después ordenó que la llamaran «médico militar». Su estado mayor estaba en el sótano del edificio. Una vez en que se apagaron las luces en aquel sótano enorme, parecido a un laberinto, el jefe del estado mayor empezó a llorar de miedo. Se llamaba Igor y Talik lo había aceptado en el destacamento sólo porque tenía buenas notas. «Para que no nos digan anarquistas —explicaba Talik—, necesitamos por lo menos un alumno bueno. Además, lo he nombrado jefe del estado mayor. ¿Qué importancia podrá tener en nuestra guerra? Ninguna —dijo Talik—. Se sentará en el sótano y escribirá mis órdenes. Los estados mayores tenían importancia para los blancos, pero para los rojos una sola persona es importante: el comisario». Cuando Igor se echó a llorar, se hizo silencio en el sótano y Katia sintió que Talik estaba realmente turbado. Lo oía resoplar sin decir nada. Igor lloraba desgarradoramente. Alguien más del estado mayor comenzó a sollozar. «Silencio —gritó Talik—. Ahora los sacaré de aquí. ¡Quédense donde están; no se dispersen!» Volvió a los diez minutos cuando ya se había encendido la luz. Estaba cubierto de polvo y se había roto la nariz. «Apaguemos la luz —dijo—, hay que aprender a salir sin luz: para el futuro, cuando comience la verdadera guerra». «Cuando comience la verdadera guerra —dijo el jefe del estado mayor Igor—, peharemos afuera, no en sótanos». «Tú te callas la boca. ¡Estás destituido —contestó Talik—. Las lágrimas en la guerra son una traición al pueblo. ¿Lo comprendiste? ¡Eres un cobarde!».

Cuando los sacó a todos de aquel sótano oscuro, Katia lo besó por primera vez.

«Él nos condujo a lo largo de la pared —pensaba ella—, todo el tiempo tocaba la pared con las manos. Pero él tenía fósforos. No. No los tenía. ¿Cómo iba a tenerlos? Tenía nueve años, no fumaba».

Katy volvió la cabeza. Ya no veía el cajón donde estaban los niños y delante se extendía la misma oscuridad impenetrable. La sobrecogía el temor de perderse, de no encontrar el

camino de regreso, y los niños estaban sobre un cajón y su hijo a punto de llorar, porque ya seguramente tendría los pañales mojados y despertaría a la niña y sus voces se oirían en la calle. Comenzó a llorar en su desamparo, sintiéndose extraña e inútil en este mundo. Se volvió y decidió regresar apretándose contra la pared todo el tiempo. Quiso apresurarse un poco más, pero su pie tropezó con un tubo y perdió el equilibrio. Extendió los brazos y cayó cerrando los ojos. Por un instante vio surgir ante ella miles de lucecitas verdes; después, un agudo dolor en la cabeza le hizo perder el conocimiento.

No podía recordar el tiempo que estuvo tendida en el piso, si había sido un minuto o una hora. Abrió los ojos y oyó un ruido extraño. Su oreja izquierda sintió un hierro frío y acanalado. Le llegaba un sonido extraño que había oído por primera vez en un desfiladero de montañas por donde corría un riachuelo tempestuoso, límpido y azul. Al principio Katy pensó que el ruido procedía de su propia cabeza por el fuerte golpe que se había dado, pero cuando la levantó, el ruido cesó o, más bien, se transformó. Repentinamente comprendió: había caído contra la tapa que cubría la entrada del alcantarillado. Deslizó las manos sobre el hierro acanalado para cerciorarse de que tenía razón. Erwin le había hablado sobre el poderoso sistema de alcantarillas de Berlín. Katy dio un tirón a la tapa: no cedía. Comenzó a tantear el piso alrededor y encontró un pedazo de hierro herrumbroso. Con la ayuda del hierro logró al fin mover la tapa y apartarla. El sonido, que antes se oía remoto por debajo de la tapa metálica, ahora se escuchaba perfectamente desde la profundidad. Aquel desfiladero azul en las montañas por donde caminaban Georgui Smetankin, Mijail Velikov, Erwin y ella, entonando una y otra vez aquella canción: «Lejos, muy lejos, más allá de los mares una pared de oro encontrarás...»

Hacía calor en el desfiladero invadido por el fuerte olor de las agujas de pino. Los bosques allí eran azules, de pino solamente. Ellos iban sedientos por la abrupta subida entre guijarros grandes y agudos y no había agua. El desfiladero debía conducir a un lugar cubierto de nieve, de modo que por allí tenía que correr un río, pero no había agua, sólo viento estremeciendo los pinos con un suave ruido que el gran silencio dilatava, y después guijarros ya no blancos y secos por el sol, sino negros, y a los diez minutos oyeron un rumor lejano y vieron un riachuelo entre las piedras, y después caminaron a lo largo de un río azul y furioso que tronaba en todo el ámbito y sintieron frío en los pies: allí estaba la nieve. Y cuando continuaron la subida, volvió a hacerse el silencio, porque el río surgido de la nieve derretida estaba debajo, y a medida que ellos subían cada vez más hacia la quietud de las nieves, los invadía un sentimiento desconocido, solemne y elevado, en medio de ese silencio de nieve, sol y vacío...

El detective canoso encendió la linterna y su rayo agudo atravesó la oscuridad del sótano.

—Dígame, ¿los dos SS fueron matados con una misma pistola o dispararon dos personas?
—preguntó a uno de sus acompañantes.

—He llamado al laboratorio —contestó alguien—. Todavía no están listos los datos.

—Y luego dicen que en la Gestapo todo se hace en un minuto. Qué charlatanes son. A ver, que alguien mire, tengo mala vista, ¿son huellas o no?

—Hay poco polvo... Si esto hubiera ocurrido en verano...

—Si hubiera ocurrido en verano y si tuviéramos un perro y el perro tuviera el guante de esta mujer que se ha escapado de los SS, la encontraría en seguida... ¿Y esta colilla?

—Es vieja. Observe que está como una piedra.

—Tóquela, tóquela. Una cosa es ver y otra tocar, en nuestro oficio hay que tocarlo todo. Gracias a Dios que Günther vivía solo. ¿Cómo le hubieran podido comunicar a mi María que estoy tendido muerto y frío en el piso de la morgue?

El tercer detective se acercó. Había revisado todo el sótano buscando otras salidas.

—¿Hay algo? —preguntó el canoso.

—Allí había dos salidas, pero están obstruidas,

—¿Con qué?

—Con ladrillos.

—¿Hay mucho polvo?

—No. Igual que aquí, piedras rotas, ningún polvo.

—Entonces, ¿no hay huellas?

—¿Huellas en las piedras rotas?

—Vamos a revisar otra vez, por si acaso. Estos canallas son muy astutos.

Echaron a andar todos, hablando en voz baja y alumbrando con la linterna los más ocultos rincones del oscuro sótano lleno de ladrillos y vigas. El canoso se detuvo y sacó un cigarrillo.

—Espere —dijo—, voy a encender el cigarro. Estaba parado encima de la tapa metálica.

Katy escuchaba las voces de los policías que estaban arriba, sobre su cabeza. No entendía lo que hablaban porque allí bajo sus pies retumbaba el agua. Estaba sobre un tubo con los niños en los brazos y la invadía un miedo mortal a perder el equilibrio y caer con ellos en esa agua sucia y turbulenta. Pero mientras escuchaba las voces sobre su cabeza, lo decidió: «Si abren la tapa, me tiraré ahí abajo. Así será mejor para todos». Sintió que el niño comenzaba a moverse. Pronto comenzaría a llorar y ella no podía hacer nada para calmarlo. Tenía que mantener el equilibrio.

—Diablos —dijo el canoso—, los fósforos están húmedos.

—Tengo un encendedor.

—Gracias... La piedra de mi mechero se gastó y un pedacito se trabó debajo de la tuerca y no puedo sacarlo. La vista me falla.

—Déselo a un mecánico.

—Lo he buscado por todas partes —contestó el canoso devolviéndole el encendedor—, en todo Berlín no ha quedado ninguno. Todos están en el frente.

—Si quiere, yo puedo hacerlo.

—Gracias, amigo... Me hará un gran favor.

—¿Seguimos buscando?

—Sí. Hay que verlo todo para que después no nos remuerda la conciencia.

Echaron a andar de nuevo.

El niño comenzó a llorar, al principio con un llanto apenas perceptible, pero a Katy le pareció tan fuerte como para que todo el mundo pudiera oírlo. Entonces se inclinó sobre él cuidadosamente y empezó a susurrar una canción de cuna, pero el niño continuaba llorando cada vez más alto.

—Calla, mi amor —susurró Katy—, por favor, no llores.

«Tiene hambre —se dijo—. Seguirá gritando hasta que le dé el pecho, pero ¿cómo puedo dárselo?»

La niña continuaba dormida y allá abajo, en la remota oscuridad, retumbaba el agua.

«En algún momento tendrán que irse de aquí —pensó Katy—. Ayúdame, Dios mío».

Müller, Scholz y Stirlitz estaban sentados en el despacho vacío del investigador Holtoff en sillas alineadas a lo largo de la pared. El *Obersturmbannführer* Eismann abrió la puerta e hizo pasar a un policía.

—¡Heil Hitler! —gritó el policía al ver a Müller con su uniforme de general.

Müller no contestó. Apenas disimuló una sonrisa. En el experimento de identificación no podía invitar a otros funcionarios de la Gestapo para no arrojar la sombra de una sospecha anticipada sobre Stirlitz. Por esta razón, había decidido llevar a cabo los careos, o más exactamente, la identificación, con los tres hombres que estaban al tanto de lo ocurrido.

—¿No conoce a ninguna de estas tres personas? —preguntó Eismann al policía.

—No —contestó el policía echando una mirada temerosa a las medallas y la Cruz de Caballero en la guerrera de Müller.

—¿Nunca ha visto a ninguna de estas personas?

—No recuerdo haberlas visto jamás.

—¿No pudo haberlas visto de pasada, durante los bombardeos, cuando formaba parte del cordón alrededor de las casas destruidas?

—Mucha gente uniformada venía a ver las ruinas. No puedo acordarme de nadie en particular...

—Gracias —dijo Eismann—, diga al siguiente que pase.

Cuando el policía hubo salido, Stirlitz dijo:

—Así solamente reconocerán al *Reichsführer*. Su uniforme los intimida.

—No importa, no intimidaré a nadie —contestó Müller—. ¿Quiere que esté sentado aquí desnudo?

—Entonces díales por lo menos un lugar concreto —pidió Stirlitz—. Les es difícil recordar algo. Están en las calles diez horas diarias y para ellos todos los hombres tienen la misma cara.

—Está bien —convino Müller—, puede ayudarlos... ¿Se acuerda de éste?

—No, no lo vi. Si lo hubiera visto me habría acordado.

El segundo policía tampoco reconoció a nadie. El séptimo era el policía enfermizo y joven, posiblemente tuberculoso, que había visto a Stirlitz.

«Si Müller creyera conveniente acabar conmigo o si tuviera pruebas exactas y directas de Katy y de Pleischner, se habría portado de modo diferente. Se encuentra en una encrucijada. Está buscando. No tiene un plan premeditado. Eso juega a mi favor».

—¿Ha visto usted alguna vez a estos hombres? —preguntó Eismann.

—No, creo que no...

—¿Estaba usted en un cordón en Köpenickstrasse?

—Ah, sí, sí —dijo el policía alegremente—, este señor me mostró su botón del SD. Lo dejé pasar a las ruinas.

—¿Le pidió que lo dejara pasar?

—No... Simplemente me mostró su botón. Iba en coche y yo no dejaba pasar a nadie... A él lo dejé... Pero, ¿qué pasa? —dijo súbitamente asustado el policía—. ¿No podía él hacerlo...? Sé que hay una orden de dejar pasar a todas partes a los miembros del SD y la Gestapo.

—Podía hacerlo —dijo Müller, levantándose—, no es un enemigo, no se preocupe... Trabajamos todos juntos... ¿Buscaba él a una mujer recién parida?

—No... A la mujer esa se la habían llevado la noche antes y él vino por la mañana.

—¿Buscaba él las pertenencias de esa infeliz? ¿Usted lo ayudó?

—No. —El policía frunció la frente—. Recuerdo que ayudó a una mujer a llevar un cochecito... Un cochecito de niño... Yo estaba cerca...

—¿Ella estaba junto a sus maletas?

—¿Quién?

—La mujer.

—No recuerdo. Creo que allí había varias maletas, pero no recuerdo exactamente. Me acuerdo del cochecito, porque estaba roto y este señor ayudó a ponerlo en la acera opuesta.

—¿Para qué? —preguntó Müller.

—Allí había más seguridad, porque los bomberos estaban en nuestra acera. Tenían mangueras y hubieran podido estropear el cochecito y el niño se habría quedado sin lugar donde dormir. La mujer bajó el cochecito al refugio y acomodó al niño y allí dormía. Yo lo vi...

—Gracias —dijo Müller—, usted nos ha ayudado mucho. Puede retirarse.

Cuando el policía se marchó, Müller le dijo a Eismann: —Diga a los demás que se vayan.

—Debe haber otro más viejo —dijo Stirlitz— que también podría confirmar.

—Está bien, está bien —dijo Müller haciendo una mueca—. Es suficiente.

—¿Y por qué no han llamado a los del primer cordón, donde me prohibieron pasar?

—Eso ya fue aclarado —dijo Müller—. Scholz, ¿ha coincidido todo?

—Sí, *Obergruppenführer*. Los datos de Helwig, que ese día hizo la distribución de las patrullas en coordinación con el servicio del tránsito, ya han llegado.

—Gracias —dijo Müller—, pueden retirarse todos.

Scholz y Eismann se dirigieron a la puerta. Stirlitz los siguió.

—Stirlitz —dijo Müller—, le ruego que se quede un momento.

Esperó que Eismann y Scholz se alejaran, encendió un cigarro y se acercó a la mesa. Se había sentado en el borde. Todos los funcionarios de la Gestapo imitaban esa costumbre.

—Está bien, los detalles coinciden y yo creo en los detalles —dijo—. Ahora dígame una cosa: ¿dónde está el pastor Schlag, querido Stirlitz?

Stirlitz se volvió hacia Müller con cara de asombro.

— ¡Tendría que haber empezado por esa pregunta! —exclamó bruscamente.

—Sé muy bien por dónde tengo que empezar, Stirlitz. Comprendo que usted ha pasado un mal rato, pero no debe olvidar su tacto...

—*Obergruppenführer*, me permito hablar con usted abiertamente.

—¿Usted se lo permite? ¿Y yo?

—*Obergruppenführer*, comprendo que todas las conversaciones telefónicas de Bormann se ponen en la mesa del *Reichsführer* después de que Schellenberg las haya visto. Entiendo que usted debe cumplir las órdenes del *Reichsführer*. Incluso si están inspiradas por su amigo y mi jefe. Me gustaría creer que el chofer de Bormann fue detenido por la Gestapo siguiendo una orden superior directa. Estoy seguro de que a usted le ordenaron detener a ese hombre.

Müller miró perezosamente en los ojos de Stirlitz y sintió que se le había hecho un nudo en la garganta. Esperaba cualquier cosa menos esto.

—¿Por qué cree usted...? —comenzó a decir, pero Stirlitz lo interrumpió.

—*Obergruppenführer*, le han ordenado que me comprometa. Con cualquier método, con cualquier gente, con cualquier combinación, para que yo no pueda ver más al camarada Bormann. Vi como usted planeó el día de hoy: puso de todo menos su entusiasmo, porque usted ha comprendido perfectamente a quién le sería conveniente y a quién no el poner fin a mis entrevistas con Bormann. ¿Por qué? Podré responderle, pero a mi regreso. Ahora no tengo tiempo. A las cinco me espera Bormann. No creo que le sea provechoso eliminarme.

—¿Dónde se entrevista usted con Bormann?

—Junto al Museo de Historia Natural.

—¿Quién va a conducir? ¿El otro chofer?

—No. Nosotros sabemos que ha sido reclutado por Schellenberg a través de la Gestapo.

—¿Qué quiere decir con «nosotros»?

—Nosotros: los patriotas leales a Alemania y al Führer.

—Irá a la entrevista en mi coche para su propia seguridad —dijo Müller.

—Gracias.

—Lleve una grabadora en el portafolio, grabe toda la conversación con Bormann y discuta el destino del chofer. Tiene razón: me obligaron a detenerlo y a aplicarle el interrogatorio de tercer grado. A su regreso escucharemos la grabación juntos. El coche lo esperará allí mismo, junto al museo.

—Es poco razonable —contestó Stirlitz, pensando rápidamente en el giro que pudiera tomar la situación—. Vivo en el bosque. Tome mi llave. Espéreme allí. Bormann me llevó a casa la otra vez; si el chofer lo hubiera confesado, yo imagino que usted no me habría martirizado durante estas siete horas.

—Nunca se sabe, a lo mejor hubiera tenido que cumplir una orden y su martirio habría terminado hace siete horas —dijo Müller.

—Si esto hubiera ocurrido, *Obergruppenführer*, usted habría quedado cara a cara con muchos enemigos, aquí, en este edificio y no estoy seguro de que hubiera salido vencedor.

Cuando ya estaba junto a la puerta, Stirlitz preguntó:

—A propósito, en el plan que he preparado necesito a la rusa. ¿Por qué no la ha traído? Además, ¿por qué ese truco tan extraño con el mensaje cifrado?

—No es tan extraño como cree. Vamos a intercambiar impresiones en su casa en Babelsberg después de su conversación con Bormann.

—¡Heil Hitler! —dijo Stirlitz.

—Basta —gruñó Müller—, ya me zumban los oídos...

—No entiendo... —Stirlitz se detuvo como si hubiera chocado contra un obstáculo. Tenía la mano en la sólida aldaba de cobre incrustada en la madera negra de la puerta.

—Vamos, vamos, que usted entiende todo perfectamente. El Führer no es capaz de tomar decisiones y no hay que mezclar los intereses de Alemania con la figura de Adolf Hitler.

—Se da usted cuenta de que...

—Sí, sí, sí. ¡Me doy cuenta! Aquí no hay grabadoras y nadie le creería si repitiera mis palabras; además, usted no se atrevería a repetirlos. Pero usted mismo, si no está llevando a cabo un juego más sutil que el que quiere imponerme, debe darse cuenta. Hitler ha llevado a Alemania a la catástrofe. No le veo salida a la situación creada. ¿Entiende? ¿No? Siéntese, siéntese. Le quedan veinte minutos y el viaje durará cinco o siete minutos a lo sumo. ¿Cree usted que Bormann tiene su propio plan de salvación? ¿Este plan es diferente de los planes del *Reichsführer*? Piénselo... Todos los hombres de Himmler en el extranjero están vigilados. Siempre les ha exigido acciones, pero no los ha cuidado. Sin embargo, ni un solo miembro de los institutos germano-americanos, germano-ingleses, germano-brasileños, ha sido detenido. Himmler no podría desvanecerse en este mundo. Bormann sí. Piénselo también. Y explíqueme, hágalo con mucho tacto, que de los profesionales, cuando todo -y muy pronto-,

termine en una derrota, no podrá prescindir. La mayor parte de los depósitos hechos en los Bancos extranjeros está controlada por los aliados. Bormann tiene cien veces más y nadie lo sabe. Al ayudarlo a derrotar ahora a sus enemigos, pídale garantías para su futuro, Stirlitz. El oro de Himmler es una tontería y una insensatez. Es la cobertura del oro de Bormann. Hitler sabía perfectamente que el oro de Himmler no podía someterse a ningún control y que serviría a fines inmediatos y tácticos. Pero el oro del partido, el oro de Bormann, no será para los agentes piojosos ni para los choferes reclutados que les traen a las mujeres bajo las cámaras fotográficas de Schellenberg, sino para cientos de miles de intelectuales que a medida que pase el tiempo comprendan que en el mundo no hay otro camino que el nacionalsocialismo. El oro del partido es el puente hacia el futuro, es la llamada a nuestros hijos, que ahora tienen un mes, un año o tres años. Los que ahora tienen diez años no nos necesitan a nosotros ni a nuestras ideas. Esos no nos perdonarán el hambre y los bombardeos. Pero los que todavía no tienen uso de razón, hablarán de nosotros como de una leyenda y una leyenda debe alimentarse, deben crearse los narradores que empleen nuestras palabras de otro modo, el modo en que vivirá la Humanidad dentro de veinte años. Tan pronto en algún sitio en vez de decir simplemente «Buenos días» se comience a decir «Heil», agregando algún nombre, esa será la señal de que allí nos esperan, y por allí comenzaremos nuestro gran renacimiento. ¿Qué edad tendrá usted en 1965? ¿Cerca de setenta? Es usted un hombre dichoso, vivirá y jugará su partida: setenta años es la edad florida de los políticos. Pero para ese entonces yo ya tendría casi ochenta... Por eso me preocupan los próximos diez años, y si usted quiere hacer su apuesta sin temerme, contando conmigo, acuérdesese de esto: Müller, de la Gestapo, es un hombre viejo y cansado. No he acumulado dinero sentado en este sillón. Quiero vivir mi vejez en algún lugar, en una pequeña finca con una piscina azul, y para lograrlo estoy dispuesto a mostrarme activo. Otra cosa -por supuesto, no debe decírselo a Bormann, pero se lo digo a usted-: para marchar de Berlín a una pequeña finca en el trópico no hay que apresurarse. Muchos aduladores del Führer huirán muy pronto y no escaparán... Pero cuando en Berlín truenen los cañones rusos y los soldados peleen casa por casa, entonces uno podrá marcharse tranquilamente sin tirar la puerta... Marcharse y llevarse el secreto del oro del partido que sólo conocen Bormann y el Führer. Cuando el Führer pase al otro mundo, habrá que hacerse indispensable a Bormann, porque él se convertirá en el Montecristo del siglo XX. En estos momentos se desarrolla la lucha por la paciencia, Stirlitz, pero la base es la misma... Una base humana y maravillosa... Váyase, Scholz le entregará la grabación junto al coche... Y bien, ¿qué dice? No le creería si me dijera que está convencido de que Hitler vencerá. Piense mis palabras durante el trayecto. Y advierta que lo he reclutado en cinco minutos y sin truco alguno. De Schellenberg hablaremos hoy con más calma. Pero debe decirle a Bormann que sin mi ayuda directa no triunfará en Suiza

—En tal caso —contestó Stirlitz lentamente—, lo necesitará a usted y yo me convertiré en un estorbo...

—Bormann comprenderá que, sin usted, yo no podría hacer nada. No tengo mucha gente en el departamento de su jefe...

Cuando Stirlitz se hubo marchado, Müller estuvo largo rato solo sentado en el despacho de Holtoff. Estaba encorvado, la cabeza inclinada contra el pecho, las manos colgadas a lo largo del cuerpo. Momentos después se levantó pesadamente y se dirigió a su oficina. Al pasar por la mesa de Scholz, le preguntó:

—¿Qué hay?

—Han peinado todo el barrio sin encontrarla...

—¿Qué dicen los hombres desde la casa de Stirlitz?

—Nadie llamó, nadie vino...

—Que se queden un rato más. Cuando el automóvil de Bormann se dirija a Babelsberg, dígales que se vayan. Y que no fumen en los cuartos ni quemén las alfombras con sus cigarros. Transmita a todas las estaciones que deben detener a cualquier mujer joven que lleve un niño en los brazos. Cualquiera, sin excepciones. En cuanto vean a una mujer con un niño recién nacido en los brazos, que la lleven a la Policía. ¿Han mandado las fotos?

—Sí.

Müller aprobó con la cabeza, entró en su despacho, abrió la caja fuerte, sacó una botella de vodka campesina de Baviera y bebió dos grandes tragos directamente de la botella.

Katy sintió que sus pies comenzaban a entumecerse. La niña había despertado y ahora lloraba con el niño. Estaba segura de que arriba, en el sótano, no los habían oído. Recordó que sólo había podido escuchar el ruido del agua cuando cayó sobre la tapa de hierro. Pero el miedo le impedía abrirla y salir. Imaginaba hasta los más ínfimos detalles de cómo empujaría la tapa con la cabeza, cómo colocaría a los niños sobre las piedras y cómo extendería las manos y descansaría por lo menos un minuto antes de salir. Pero decidió posponer la maniobra un poco más, obligándose a contar hasta sesenta. Cuando comprendió que empezaba a apresurarse y a engañarse a sí misma, se detuvo y empezó a contar de nuevo. Durante el primer año en la Universidad asistió a un curso especial: «Revisión del lugar del suceso». Recordaba a los investigadores de Petrovka (28) que les enseñaban cosas en la práctica y exigían que se prestara atención a cualquier pequeñez. Instintivamente, como un animal astuto, cubrió la tapa metálica con piedras antes de colocarla en la boca de entrada de la alcantarilla. Lo hizo trabajosamente, con la mano derecha, mientras mantenía agarrados a los niños con la izquierda.

«¿Cuánto tiempo habrá pasado? —pensó—. ¿Una hora? No, más. O tal vez menos. Ya no entiendo nada. Lo mejor es abrir y si todavía están ahí o han dejado a alguien, daré un paso hacia abajo y todo habrá terminado de una vez».

De pronto, como si fuera en una fotografía, vio de nuevo el cuarto y el charco de sangre junto al cuello de Rolff y sus dedos moviéndose lentamente, tratando de arañar el piso y cómo cerca de aquellos dedos lentos que se movían extrañamente había visto la negra funda de la pistola... Pero entonces no pensaba en esa funda negra, solamente pensaba en el niño que estaba en la mesa, junto a la ventana abierta. «¿Y de qué me serviría una pistola? Con sólo dar un paso hacia abajo, todo terminaría también rápidamente. La pistola no me hace falta ahora».

Empujó la tapa con la cabeza, pero no cedió ni un milímetro. Hizo otro esfuerzo tensando las piernas y empujó una vez más. «Ellos estuvieron parados encima —pensó—, por eso ahora es tan difícil abrirla. No importa. El hierro es viejo y herrumbroso, lo empujaré con la cabeza y, si no cede, liberaré la mano izquierda, la dejaré descansar un poco, mientras mantengo a los niños con la derecha y después usaré la izquierda para empujar. Claro que lograré abrir. Ahora lo mejor es cambiar la niña para la mano derecha. No la soltaré, no puedo soltarla. Si es necesario, sostendré la frazada con los dientes, pero sólo en caso extremo. Así podré descansar mi mano izquierda».

Desplazó cuidadosamente a la niña que lloraba hacia al lado derecho y cuando intentó levantar la mano izquierda, comprendió que le resultaba imposible: la mano, entumecida, ya no le obedecía. «No importa —se dijo Katy—. No es tan terrible. Pronto se calentará y podré manejarla. Con la mano derecha sostendré a los niños. Son ligeritos. Pero si la niña no se moviera tanto... es más pesada que el niño, más grande y pesada». Katy empezó a mover los dedos con mucho cuidado, se acordó de un viejo vecino de la casa de campo. Alto, flaco, con un extraño brillo en los ojos azules. Venía a su terraza y miraba con desdén, mientras ellos comían pan y mantequilla. «Es una locura —decía—, el salchichón es un veneno. ¡El queso también es veneno! ¡Son los residuos nocivos de los organismos! ¿Pan? ¡Es masilla! Hay que comer carne cocida con hierbas buenas. ¡Ají! ¡Col! ¡Nabos! Así la eternidad entrará en ustedes. ¡Yo puedo vivir un millón de años! Sí, sí, yo sé que ustedes me creen un charlatán. No, simplemente me permito razonar con más audacia que sus médicos conservadores. ¡Las enfermedades no existen! ¡Es ridículo curar las úlceras o la tuberculosis! ¡Hay que curar las células! El fundamento de la eterna juventud es la dieta, la respiración y la psicoterapia. Si usted alimenta bien a la célula, base de todo lo vivo, y le da oxígeno y la mantiene con un entrenamiento sabio, la hará su aliada en sus conversaciones con ella y con los demás miles de millones de células que determinan su sustancia. Entiéndalo, ninguno de nosotros es un ser débil sometido al poder de la casualidad y de las circunstancias, sino el líder de uno de los Estados más razonables que existen bajo el Sol: el Estado de miles de millones de células. ¡De sistemas estelares! ¡Galaxias! ¡Acaben de saber quiénes son! ¡Abran

los ojos! Aprendan a respetarse a sí mismos y no teman nada. Todos los miedos de este mundo son ridículos si uno entiende el destino del hombre: ¡ser hombre!»

Katy trató de hablar con sus dedos. Pero los niños gritaban cada vez con más fuerza y comprendió que no le quedaba tiempo para conversar con un ejército de células. Levantó la mano izquierda que todavía estaba insensible y comenzó a empujar la tapa, logrando al fin moverla un poco. Después, empujó con la cabeza y la tapa cedió. Sin mirar siquiera si había alguien en el sótano, Katy colocó a los niños en el piso, salió y se acostó junto a ellos, exhausta, en ese límite de la persecución que transforma a una persona en un animal acosado...

—La muerte sólo difiere de la vida en dos aspectos: volumen y movimiento. El ser viviente habita un espacio cerrado mucho más grande que un ataúd y tiene la posibilidad de abandonar de cuando en cuando ese espacio cerrado que puede llamarse casa, hogar, clínica para enfermos mentales, burdel o parlamento. O, al contrario, puede visitarlos. Esa es la diferencia que existe —le dijo al pastor el italiano alto y enjuto. Posiblemente era muy viejo, pero se comportaba de un modo ostentosamente joven—. No temo parecer un cínico. La sinceridad es la suprema, razonable y determinada sustancia del cinismo. Nunca he pensado en formular ideas, siempre he creído en impulsos y emociones.

—Es triste escucharlo —dijo el pastor—, porque en estos momentos cada minuto en Alemania significa la muerte de más mujeres hambrientas y de niños indefensos que perecen bajo las bombas. Se pueden hacer deducciones ilógicas en los días de paz, pero en los días en que se está sufriendo una guerra, es terrible... Es cruel.

—Otra vez estoy en desacuerdo con usted: cada día de paz está preñado de la guerra y, por el contrario, las horas terribles de la guerra demuestran que se acercan los días de paz. Estamos viviendo en una parábola misteriosa. En la base de la historia se encuentran las formas geométricas incognoscibles y hasta la diplomacia, esta profesión mentirosa, me atrae por la sutileza de sus razonamientos matemáticos, cuando la contemplamos a una distancia determinada.

—Es difícil hablar con usted sobre problemas vitales y para discutir problemas abstractos no tenemos tiempo. Los señores que me prometieron ayuda, me informaron que usted tiene de algún modo la posibilidad de ponerme en contacto con las personas de quienes depende el destino de millones de alemanes. Si pudiéramos acercar la paz, tan ansiada, aunque fuese un solo día, mucho se nos perdonará en el futuro.

—Primero quisiera hacerle varias preguntas.

—Con mucho gusto. Estoy dispuesto a contestar todas sus preguntas.

—No hace falta que las conteste todas. Dejaría de creerle si contestara todas mis preguntas.

—No soy diplomático. He venido con una misión...

—Sí, sí, lo sé. Ya me han hablado de usted. Mi primera pregunta: ¿A quién representa usted?

—Perdone, pero deseo preguntarle también: ¿Quién es usted? Yo hablaré con usted en nombre de gente que aún está allí, en el país de Hitler. La muerte los amenaza a ellos y a sus familiares. Usted no corre peligro. Está en un país neutral.

—¿Cree usted que en un país neutral no trabajan los agentes de la Gestapo? Pero es un detalle que no tiene nada que ver con nuestra conversación. No soy norteamericano. Tampoco soy inglés...

—Lo he notado por su inglés. Lo más probable es que sea usted italiano.

—Sí, de nacimiento. Pero soy ciudadano de los Estados Unidos y por esta razón puede hablar conmigo con entera sinceridad si tiene usted confianza en los señores que han organizado esta entrevista.

El pastor recordó la copia de la conversación que le había mostrado Brüning. Dijo:

—Mis amigos que están en Alemania consideran (y yo comparto su punto de vista totalmente) que la rápida capitulación de todos los ejércitos alemanes y la liquidación de todas las unidades SS salvarían millones de vidas. Mis amigos quisieran saber con qué representantes de los aliados debemos entrar en contacto.

—¿Se trata de la capitulación simultánea de todos los ejércitos del Reich en el Oeste, Este, Sur y Norte?

—¿Quiere usted proponer otro camino?

—Nuestra conversación ha tomado un rumbo extraño: son los alemanes, no nosotros, los que se interesan por las negociaciones. De modo que las condiciones debemos ponerlas nosotros también, ¿no es así? Para que mis amigos puedan conversar con ustedes concretamente, debemos saber, como nos enseñaron los antiguos, ¿quién? ¿cuándo? ¿cuántos? ¿con ayuda de quién? En caso contrario, pudiéramos creer que usted, simplemente, es un agente de la Gestapo o un hombre desprovisto de garantías suficientes, o un instrumento utilizado para la información falsa.

—No soy político. Tal vez tenga razón... Pero le ruego que crea en mi sinceridad. No conozco a quienes apoyan al grupo que me ha enviado a Suiza, pero sé que el hombre que representa a este grupo tiene una influencia considerable.

—Es un juego de ratón y gato. En política todo debe acordarse desde el principio. Sólo las personas que leen crónicas sociales piensan que los políticos se hacen trampas, ocultan lo más importante, fingen y mienten. Los políticos regatean porque para ellos no hay secretos. Lo sopesan todo, preguntan por la mercancía y lo que cuesta. Si regatean mal, los destruyen sus compañeros cuando representan a un Estado totalitario, o no resultan electos en las siguientes elecciones cuando pertenecen a las democracias parlamentarias. Quisiera aconsejarle, y puede transmitirlo a sus amigos, que no hablaremos con ellos hasta que no sepamos a quién representan y su programa ideológico, en primer lugar, así como los planes que quieren llevar a la práctica en Alemania si les ofreciéramos nuestra ayuda.

—El programa ideológico es muy claro: se basa en el antinazismo.

—Es la primera etapa de una ideología. ¿Cómo ven sus amigos a la futura Alemania? ¿Qué camino escogerían? ¿Qué consignas ofrecerían a los alemanes? Si no me puede contestar por sus amigos, me gustaría oír su punto de vista.

—Mi punto de vista será subjetivo —contestó el pastor—. En todo caso, si temen una orientación comunista, se equivocan. Pero en igual medida considero monstruosa la idea de la conservación de los aparatos represivos del pueblo que existen ahora en Alemania, aunque adopten una nueva forma.

—Entonces debo preguntarle: ¿Quién podría mantener al pueblo alemán en los límites del orden si Hitler se fuera? ¿Los dirigentes de la Iglesia? ¿Los que están en los campos de concentración? ¿O los comandantes reales de las unidades policiales que decidieran romper con el hitlerianismo?

—Las fuerzas policiales están subordinadas en Alemania al *Reichsführer SS* Himmler...

—Lo sé...

—Entonces, ¿se trata de mantener el poder de los SS, que como usted cree, son los únicos que pueden evitar lo anarquía e imponer orden en el pueblo?

—Pero, ¿quién ha hecho semejante proposición? Creo que este problema no ha sido discutido todavía en ningún lugar —contestó el italiano y echó una mirada atenta al pastor, sin sonreír por primera vez durante toda la conversación.

El pastor se asustó. Comprendió que había hablado demasiado. Este italiano astuto podría sacarle todo lo que sabía sobre las negociaciones de los norteamericanos con los SS, todo cuanto le había mostrado Brüning. El pastor se sabía incapaz de mentir: su cara siempre lo traicionaba.

El italiano, que era uno de los funcionarios de la oficina de Dulles, regresó a su casa y estuvo sentado durante largo rato reflexionando, antes de empezar a escribir el informe sobre esta conversación.

«O este hombre no es nadie —pensó el italiano—, y no representa a nadie en Alemania, o es un agente muy fino. No supo regatear, pero tampoco me dijo nada. Es posible que entienda más de lo que queremos nosotros, que yo de lo que puedan desear ellos. Pero sus últimas palabras demuestran que algo saben ellos sobre las negociaciones con Wolff».



²⁹ La calle donde se encuentra la Dirección de Investigación Criminal de la URSS. N. del T.

13-III-1945 (20 h 24 min)

Katy no tenía dinero para el metro y debía encontrar algún lugar con calefacción donde poder alimentar a los niños y cambiarles los pañales. De no lograrlo podrían morir, ya que durante muchas horas habían estado expuestos al frío.

«Hubiera sido mejor haber terminado con todo esto por la mañana —pensó Katy como si estuviera muy lejos—. O ahí en el sótano».

La sensación de peligro se había embotado en ella. Salió del sótano y sin volver la cabeza se dirigió a la parada del ómnibus. No sabía bien a dónde iría ni cómo compraría el boleto ni dónde dejaría a los niños por algunos minutos. Dijo al conductor que no tenía dinero, que todo el dinero había quedado en su casa bombardeada. El conductor le aconsejó gruñendo que se marchara a la oficina de refugiados. Katy se sentó al lado de la ventana y sintió que se hundía en la inconsciencia. Ahí no hacía tanto frío e inmediatamente tuvo ganas de dormir. «No dormiré —se dijo—. No tengo derecho a dormirme».

Y se durmió al instante.

Katy sentía que la empujaban y la sacudían por el hombro, pero no pudo abrir los ojos. Se sentía abrigada y dichosa, y el llanto de los niños le llegaba también desde muy lejos.

Veía pasar sueños raros y en colores. Inconscientemente protestó contra su sentimentalismo desprovisto de gusto. Entraba con el niño en una casa por una alfombra azul, gruesa y mullida; el niño ya caminaba solo, llevaba un muñeco vestido de rojo y los recibía Erwin, su mamá y el vecino de la casa de campo en la que pensaba vivir un millón de años...

—¡Señora! —Alguien la había empujado tan fuerte que le hizo rozar la cara con el cristal frío—. ¡Señora!

Katy abrió los ojos. El conductor y un policía estaban a su lado en el ómnibus oscuro.

—¿Qué? —preguntó Katy en un susurro, apretando a los niños—. ¿Qué ocurre?

—Alarma aérea —le dijo el conductor también en un susurro—. Venga...

—¿A dónde?

—Al refugio —dijo el policía—. La ayudaremos a llevar a los niños.

—No —dijo Katy, apretando más a los niños contra su pecho—. Yo los llevaré.

El conductor se encogió de hombros sin decir nada. El policía la tomó por un brazo y la acompañó al refugio. Adentro estaba cálido y oscuro. En algún lugar lloraban niños. Katy se encaminó hacia un rincón. Dos muchachos se levantaron del banco, y le dieron el asiento.

Katy colocó a los niños en el banco y se dirigió a una joven de las juventudes hitlerianas que hacía guardia en el refugio.

—Mi casa ha sido destruida, no tengo pañales. Ayúdeme, por favor.

La muchacha asintió con la cabeza y se alejó hacia un rincón oscuro donde estaban sentadas mujeres con niños pequeños: debía ser el lugar más seguro. La muchacha volvió en seguida con los pañales.

—Tome, por favor —dijo—, hay cuatro pañales y pueden servirle por el momento. Le aconsejo que mañana por la mañana se dirija a la sección más cercana de ayuda a los damnificados.

Cuando les dio de comer a los niños, inmediatamente quedaron dormidos. Katy se apoyó contra la pared y decidió dormir una media hora. «No puedo pensar claramente —se dijo—, tengo fiebre, creo que me he resfriado en el sótano... Menos mal que ellos no se resfriaron porque estaban envueltos en las frazadas. Tienen los piececitos calientes, bien abrigados. Dormiré un poco y después pensaré en lo que debo hacer».

Nuevamente los sueños, pero ahora incoherentes, se apoderaron de ella. Veía un cambio rápido de colores: azul, blanco, rojo y negro, que fatigaba sus ojos. Ella observaba atentamente este cambio impetuoso de los colores. «Seguramente mis ojos se mueven debajo de los párpados —pensó—, Y esto se ve, como decía el coronel Suzdalzev en la escuela». Se levantó asustada del banco. Todos dormían, las bombas caían en algún lugar lejano y el ladrido de los cañones antiaéreos y el trueno de las bombas se oían como a través de una gruesa capa de algodón. «Debo buscar a Stirlitz», se dijo y le asombró que estuviera pensando tranquilamente, con claridad y lógica. «No —le advirtió una voz interior—, no puedes verlo. Ellos te han interrogado sobre él». «Sí, pero ¿a dónde ir? Lo mejor entonces es ir a la Gestapo. ¿Qué haré en Berlín? Tengo que buscarlo». «Así lo traicionarás a él y te traicionarás a ti misma. Lo echarás todo a perder».

Katy durmió de nuevo media hora. Cuando abrió los ojos, ya se sentía mejor. Se tocó la frente: estaba caliente. «Claro que me he resfriado. Tengo fiebre. Por eso tuve pesadillas. Pero no es nada grave. Nadie muere de un resfriado».

De repente surgieron ante sus ojos aquellos números: cuatro dos siete cuatro cinco cinco. Empujó con el codo al joven adormilado que estaba a su lado.

—Dígame, por favor, ¿hay aquí cerca algún teléfono?

—¿Qué? —preguntó el muchacho, levantándose de un salto.

—Tranquilícese, no pasa nada —le susurró Katy—. Le pregunté si hay algún teléfono cerca.

La muchacha de las juventudes hitlerianas debió escucharlos. Se acercó a Katy y le preguntó:

—¿Necesita ayuda?

—No, no —contestó Katy—. No, gracias, todo está bien.

En ese momento comenzó a aullar la sirena que indicaba el fin de la alarma aérea.

—Ella preguntaba dónde había un teléfono —dijo el joven.

—En la estación del metro —dijo la muchacha—. Está aquí cerca, al doblar la esquina.

Katy le pidió a la muchacha de las juventudes hitlerianas que cuidase a los niños un momento y corrió a la estación de metro más cercana. Chispeaban los charcos helados en la acera, junto a la cabina abierta del teléfono público. La luna llena era de un azul pálido, rodeada de un halo iridiscente.

—Los teléfonos no funcionan —le dijo un policía—. Se han echado a perder por la onda explosiva.

—¿Dónde podría encontrar uno que funcione?

—En la próxima estación... ¿Tiene mucha necesidad de llamar?

—Sí.

—Venga.

El policía bajó con Katy a la estación vacía del metro y abrió la puerta del departamento policial.

—Llame desde aquí, pero, por favor, sea breve.

Katy se sentó en un alto sillón vienes y marcó el cuatro dos siete cuatro cinco cinco. Era el número del teléfono de Stirlitz. Al escuchar los tonos intermitentes largos y cortos no

reparó de inmediato en la fotografía grande que estaba colocada debajo de un cristal junto a la lista impresa de teléfonos. Era su propio rostro. El policía estaba situado detrás de ella, fumando.

Lo absurdo de la lógica Stirlitz sólo veía su cuello. Fuerte, con el pelo cuidadosamente cortado, sin cambio alguno remataba en la nuca de Müller. Apenas dos pliegues transversales separaban la cabeza del cuerpo vigoroso y pulcro que se parecía infinitamente a todos los cuerpos y cabezas que habían rodeado a Stirlitz durante los últimos doce años. A veces a Stirlitz lo cansaba el odio que sentía por esta gente con quienes había trabajado durante todo ese tiempo. Al principio era un odio consciente y claro: un enemigo es un enemigo. Mientras más cumplía el trabajo mecánico y rutinario del aparato SD, mayores posibilidades obtenía de ver el proceso desde adentro, desde lo más secreto de la dictadura nazi. Su idea inicial del hitlerianismo como una fuerza unida y dirigida se había transformado paulatinamente en incomprensión total de lo que estaba sucediendo: así eran de ilógicas y criminales las medidas de los dirigentes con respecto a su pueblo. Era el tema de conversación, no sólo de la gente de Schellenberg o Canaris, sino también de los hombres de la Gestapo, los colaboradores de Goebbels y los funcionarios de la Cancillería del Reich. ¿Valía la pena atraerse el odio de todo el mundo encarcelando sacerdotes? ¿Eran tan necesarias las torturas a los comunistas en los campos de concentración? ¿Eran acaso razonables los fusilamientos masivos de judíos? ¿Estaba justificado el trato inhumano a los prisioneros de guerra, sobre todo a los rusos? Estas preguntas no sólo se las planteaban los simples funcionarios del aparato, sino también los dirigentes como Schellenberg y, en los últimos días, como Müller. Pero al plantearse estas preguntas, comprendiendo hasta qué punto era suicida la política de Hitler, no dejaban sin embargo de servirla con exceso de celo y esmero, y algunos incluso con virtuosismo, aportando gran número de ideas curiosas. Eran ellos los que

convertían las ideas del Führer y sus ayudantes más íntimos en una política real, ejecutando todos aquellos actos que justificaban el odio del mundo.

Sólo después de verificar su convicción de que la política del Reich era llevada a cabo por los mismos hombres que criticaban las ideas fundamentales de esta política, Stirlitz había comprendido que era otro el odio que sentía por este Estado, no como su odio de antes, sino un odio feroz y a veces ciego. En la base de este odio ciego estaba el amor al pueblo alemán, con el que había convivido estos doce largos años. «¿La implantación de las cartillas de racionamiento? Es culpa del Kremlin, de Churchill, de los judíos. ¿La retirada de Moscú? El culpable es el invierno ruso. ¿La derrota en Stalingrado? La culpa es de los generales traidores. ¿Que fueron destruidas Essen, Hamburgo y Kiel? El culpable es ese bárbaro de Roosevelt, manejado por la plutocracia norteamericana». El pueblo creía en estas respuestas preparadas por hombres que no creían en ninguna de ellas. El cinismo se había convertido en norma de la vida política y la mentira en atributo necesario de la vida cotidiana. Había aparecido un nuevo concepto hasta entonces desconocido de «verdad-mentira» cuando, al mirarse a los ojos, los hombres que sabían la verdad, decían mentiras, sabiendo exactamente que el interlocutor aceptaba esta mentira necesaria relacionándola con la verdad que conocía. Stirlitz comenzó a odiar en aquel tiempo el cruel refrán francés: «Cada pueblo tiene el Gobierno que merece». Se decía: «Es un nacionalismo al revés. Es la justificación de la esclavitud y de los crímenes. ¿Qué culpa tiene el pueblo que fue llevado por el tratado de Versalles al hambre, la miseria y la desesperación? El hambre engendró a sus “tribunos”: a Hitler y su banda».

Algunas veces Stirlitz se asustaba del odio callado y profundo que albergaba hacia sus «colegas». Había entre ellos no pocos observadores inteligentes que sabían mirar a los ojos y entender el silencio.

Daba gracias al cielo por haber comenzado a hablar a su debido tiempo de la enfermedad de sus ojos, de modo que siempre llevaba lentes ahumados, aunque al principio esto le había producido dolores de cabeza e irritación en los ojos: su vista siempre había sido perfecta.

«Stalin tiene razón —pensó Stirlitz—. Los Hitleres van y vienen, pero los alemanes se quedan. Pero, ¿qué será de sus vidas cuando Hitler deje de existir? No podemos cifrar las esperanzas solamente en que los tanques nuestros y los norteamericanos impidan que el nazismo renazca en Alemania. ¿Esperar que muera de vejez la generación de mis “compañeros” de trabajo? Antes de morir, esta generación tendrá tiempo de corromper a la juventud y a sus hijos, de envenenarlos con los gérmenes de la mentira y de sembrar el miedo en corazones y cabezas. ¿Acabar con una generación entera? El derramamiento de sangre provoca nuevos derramamientos de sangre. Hay que dar garantías a los alemanes.

Deben aprender a hacer uso de la libertad. Sin duda esto es lo más complejo: enseñar a un pueblo, a un pueblo entero, a usar lo más valioso que pueda ofrecerse: la libertad garantizada por una ley firme...»

A Stirlitz le parecía que el descontento masivo y sordo del aparato represivo, unido a la ceguera absoluta del pueblo y del Führer, amenazaba frecuentemente con un *putsch* de la burocracia del partido, de la Gestapo y los militares. Si no se había producido era porque cada uno de estos grupos de burócratas perseguía sus propios intereses, sus propias ventajas personales y sus propios objetivos mezquinos. Igual que el Führer, Himmler y Bormann, todos ellos declaraban su amor al Reich y a la nación alemana, pero su único interés era ellos mismos, su propio «yo». Mientras más se separaban de los intereses y las necesidades del pueblo, más abstractas se hacían para ellos dichas necesidades e intereses. El pueblo permanecía mudo y a menudo Stirlitz oía decir a sus «colegas»: «Cada nación tiene el Gobierno que se merece». Y lo decían con humor, tranquilamente, a veces con burla.

«Son como los favoritos de las reinas, viven su momento, no se interesan por el pueblo. No —pensaba Stirlitz—, no organizarán ningún *putsch*. No son hombres, son ratas. Y morirán como ratas: cada uno en su madriguera...»

Müller, que estaba sentado en el sillón preferido de Stirlitz, junto a la chimenea, preguntó: —¿Y dónde está la conversación sobre el chofer?

—No alcanzó la cinta. No pude decirle a Bormann: «Espere un momento, tengo que cambiar la cita, *Parteigenosse* Bormann». Le dije que había averiguado que usted, justamente usted, había hecho el máximo esfuerzo para salvar la vida del chofer.

—¿Qué contestó?

—Dijo que seguramente el chofer había sido torturado en los sótanos de la Gestapo y que ya no podría confiar más en él. No me pareció que tuviera gran interés en el asunto. Así que puede actuar a su antojo, *Obergruppenführer*. Por si acaso, mantenga al chofer en su cárcel y que le den buena comida. Después, veremos.

—¿Cree usted que él no preguntará más por el chofer?

—¿Quién?

—Bormann.

—¿Qué sentido tendría? El chofer es un capítulo cerrado. Yo, en su lugar, lo mantendría vivo. ¿Y dónde está la pianista rusa? Nos haría mucha falta en estos momentos. ¿Cómo está? ¿Ya la han traído del hospital?

—¿Para qué la necesitamos? Ella hará lo que se le ha dicho que debe hacer en sus transmisiones de radio, pero, por otra parte...

—Correcto —convino Stirlitz—. Indudablemente, todo es muy correcto. Pero imagínese que de algún modo pudiéramos relacionarla con Wolff en Suiza.

—La trasladé a otro lugar. Rolff trabaja con ella. Creo que ya no podrá servirnos.

—¿Se ha excedido Rolff?

—Sí, un poco...

—¿Y por eso lo mataron? —preguntó Stirlitz en voz baja. Se había enterado cuando cruzaba los pasillos de la Gestapo para ir a la entrevista con Bormann.

—Eso es asunto mío, Stirlitz. Pongámonos de acuerdo: lo que deba saber lo sabrá por mí. No me gusta que me miren a través de la cerradura.

—¿De qué lado? —preguntó Stirlitz con dureza—. No me gusta que me tomen por idiota. Yo soy un jugador verdadero, no un imbécil.

—¿Siempre? —sonrió Müller.

—Casi siempre.

—Está bien. De estas cosas hablaremos después. Ahora quiero oír otra vez la grabación.

—Como guste. ¿Quiere que haga más café?

—Sí.

—¿Coñac?

—No lo soporto. Una vez tomé el coñac de Kaltenbrunner, no era malo pero yo prefiero vodka. El coñac tiene tanino, que daña los vasos. Pero la vodka simplemente caliente, la verdadera vodka campesina.

—¿Quiere anotar el texto?

—No. Lo recordaré. Aquí hay cosas curiosas...

«Bormann: ¿Sabe Dulles que Wolff representa a Himmler?

»*Strilitz*: Creo que puede suponerlo.

»*Bormann*: "Creo" no es una buena respuesta en este caso. Si hubiera yo recibido pruebas exactas de que él considera a Wolff un representante de Himmler, entonces podríamos hablar en serio sobre el inminente derrumbe de la coalición. Si ellos están de acuerdo en negociar con el *Reichsführer*, no podríamos predecir cómo se desarrollarán los acontecimientos ulteriores en el Kremlin, Londres y la Casa Blanca.

»*Stirlitz*: ¿Y aquí, en Berlín?

»*Bormann*: Esto se sobrentiende. Y no me preocupa por ahora. Quiero decir, que esto no es lo único que me preocupa. ¿Puede conseguir la grabación?

»*Stirlitz*: Primero debemos tener la seguridad de que Wolff se ha presentado como un emisario de Himmler.

»*Bormann*: ¿Por qué cree que no se ha presentado como tal a Dulles?

»*Stirlitz*: No es que lo crea, es una simple suposición. La propaganda del enemigo ha presentado siempre al *Reichsführer* como un engendro del infierno... Ellos tratarán, seguramente, de olvidarse de este problema y de a quién representa Wolff. Su principal interés es a quién representa en el plano militar.

»*Bormann*: Necesito que ellos descubran a quién representa él, pero a través del mismo Wolff. Precisamente a través de Wolff.

»*Stirlitz*: Para llevar a cabo una operación, tengo que entender el verdadero motivo que hay detrás de ella.

»*Bormann*: ¿Cree usted que Stalin se alegraría si le permitiéramos averiguar que los aliados occidentales llevan a cabo negociaciones, no con un nazi cualquiera, sino con el líder de la SS Himmler?

»*Stirlitz*: Creo que Stalin no se alegraría al saberlo...

»*Bormann*: Stalin no lo creería si yo se lo comunicara. ¿Pero si se lo comunica un enemigo del nacionalsocialismo? Por ejemplo, su pastor. O cualquier otro...

»*Stirlitz*: Evidentemente, a los candidatos para el trabajo deberíamos elegirlos de acuerdo con Müller.

»*Bormann*: Sí, sí... Eso lo hablaremos después. Son detalles. Lo principal es lo siguiente: su tarea consiste en no contribuir a que fracasen las negociaciones, sino en facilitarlas. Tampoco debe ocultar las relaciones de los conspiradores de Berna con Himmler, sino revelarlas. Debe revelarlas de tal forma que comprometan a Himmler ante el Führer, a Dulles ante Stalin y a Wolff ante Himmler.

»*Stirlitz*: Si necesito ayuda práctica, ¿con quién puedo mantener contacto?

»*Bormann*: Cumpla todas las órdenes de Schellenberg, es la premisa del éxito. No excluya a la Embajada, esto pudiera irritarlos. El consejero en asuntos del partido tendrá información sobre usted...

»*Stirlitz*: Comprendo. Pero posiblemente necesite ayuda para luchar contra Schellenberg. Esta ayuda me la puede prestar sólo una persona: Müller. ¿En qué medida puedo apoyarme en él?»

De pronto sonó el teléfono. Stirlitz advirtió que Müller se había estremecido.

Stirlitz descolgó el teléfono y oyó la voz de Katy.

— Soy yo — dijo —. Yo...

— Sí — contestó Stirlitz —. Dígame, *Parteigenosse*. ¿Dónde debo esperarlo?

— Soy yo — repitió Katy.

— ¿Dónde se encuentra? — dijo Stirlitz ayudando a Katy y señalando a Müller la grabadora para insinuarle que hablaba con Bormann.

— Estoy en el metro... En el local de la Policía...

— ¿Cómo?

— Entré para utilizar el teléfono.

— ¿Dónde? Salgo inmediatamente, ¡*Parteigenosse*!

Escuchó la dirección que le había dado Katy, repitió de nuevo «Sí, *Parteigenosse*» y colgó. No le quedaba tiempo para pensar. Si su teléfono estaba interceptado, Müller obtendría la información al día siguiente por la mañana. Mientras tanto, tendría tiempo de pensar en lo que debería hacer.

Katy colocó con cautela el auricular y recogió la boina con la que había tapado el lugar del escritorio bajo cuyo cristal estaba la fotografía de ella. Fue hacia la puerta respirando apenas, temiendo que el policía pudiera gritarle. Pero la Gestapo había informado a la Policía que debían detener a una mujer de veinticinco años, con un niño en los brazos. Y en el local de la Policía había entrado una mujer canosa, que parecía tener cuarenta años, sin nada en los brazos, y aunque sus ojos se parecían a los de la foto, ¿no había acaso ojos parecidos en el mundo?

Media hora más tarde Stirlitz recogió a Katy. Después estuvo otra media hora dando vueltas por la ciudad para asegurarse de que no lo vigilaban, mientras escuchaba a Katy que le contaba, sollozando, todo lo que le había ocurrido. Escuchándola, él trataba de adivinar si su asombrosa liberación era parte del juego diabólico de Müller o había ocurrido una de esas casualidades que todo agente sabe que no suceden más que una vez en la vida.

Stirlitz detuvo el coche en las afueras de Berlín. De allí a Rubinerkanal había tres kilómetros.

—Pasa al asiento de atrás, pequeña —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Todo va bien, pequeña. Ahora todo saldrá bien. Ahora los hemos vencido. Baja las cortinas de las ventanillas y duerme. No quitaré la calefacción. Voy a cerrar el coche. Aquí nadie te molestará.

—¿Y a dónde vamos?

—Cerca —contestó Stirlitz—. No muy lejos. Duerme tranquila. Debes dormir. Mañana habrá mucho trabajo y muchos problemas...

Había parado el automóvil a tres casas de la villa de Walter Schellenberg.

«Ojalá esté en casa —se dijo Stirlitz, repitiendo como un conjuro—, que no se haya ido a ver a Himmler en Nauen o a Hebbardt en Hohenlichen, ojalá esté en casa».

Schellenberg estaba en su casa.

—*Brigadeführer* —comenzó a decir Stirlitz sin quitarse el abrigo. Se había sentado en el borde de una silla frente a Schellenberg, que llevaba una bata enguatada y pantuflas. Stirlitz observó que la piel de sus tobillos era muy delicada—. Müller sabe algo sobre los contactos de Dulles y Wolff en Suiza — ¡Se ha vuelto usted loco! —exclamó Schellenberg—. No puede ser...

—¿Cómo pude averiguarlo yo?

Schellenberg se envolvió en su bata. Dominándose, al instante le preguntó: —Bueno, ¿cómo lo pudo averiguar usted?

—Müller me ha propuesto trabajar para él.

—¿Y por qué Müller se lo ha propuesto a usted precisamente?

—Es posible que su gente haya descubierto al pastor: es nuestra salvación; debo ir a Berna. Dirigiré al pastor. Usted debe comprometer a Wolff después que reciba noticias mías.

Stirlitz siempre hablaba con precisión y Schellenberg todo lo cogía al vuelo.

—Vayase a Berna sin perder tiempo...

—¿Y los documentos? ¿O debo utilizar mi «ventana»?

—Sería estúpido. Lo atraparían los suizos del contraespionaje, ellos quieren ganarse a los norteamericanos al final de la pelea... No, vaya a nuestra oficina y escoja documentos seguros. Yo llamaré.

—No. Mejor escríbalo.

—¿Tiene pluma?

—Es mejor que escriba con la suya.

Schellenberg se frotó la cara con la mano y dijo forzando una sonrisa: —Lo que pasa es que aún no me he despertado.

Stirlitz conducía a toda prisa su automóvil rumbo a la frontera. En el bolsillo llevaba dos pasaportes: uno a su nombre y otro a nombre de su esposa, la señora Ingrid von Kirstein.

Cuando el puesto fronterizo de Alemania quedó atrás, se volvió hacia Katy.

—Bien, pequeña, todo ha terminado.

Aquí, en Suiza, el cielo era deslumbrante y alto. A varias docenas de metros detrás de ellos el cielo era también insondable y se adivinaba el disco amarillo de la luna, borroso por la luz matinal, y en este cielo amarillo y azul volaban las alondras y era un cielo igualmente maravilloso, pero era el cielo de Alemania donde a cada momento podrían aparecer los

blancos aviones ostentosamente bellos de los aliados, arrojando bombas que llevaban la muerte a la tierra. En el primer instante, bajo los rayos del sol, estas bombas parecerían blancas como el aluminio y a aquéllos que se ocultaban de ellas en la tierra, les parecerían directamente lanzadas contra sus caras y después desaparecerían en un surtido de fango levantado por ellas en la carretera primaveral, porque la velocidad de esos cuerpos mortíferos las arrancaba del campo visual del ojo humano, aún vivo, pero ya indefenso y condenado...

Katy lloraba.

—¿Por qué? —preguntó Stirlitz.

—Por nada —contestó—, simplemente porque yo he visto la paz y él nunca la verá...

—Pero para tu hijo ha terminado ya todo lo malo —dijo Stirlitz— y también para la niña...

Quiso decirle a Katy algo muy cariñoso y tierno, pero no sabía cómo expresar esta sensación que lo invadía. Tantas veces había dicho estas palabras tiernas, delicadas, vehementes, a Sashenka... Pero para sus adentros. La palabra no pronunciada y que se repite miles de veces termina por convertirse en verso o muerte transformada en una carga interna, que se siente constantemente y nunca estalla.

—Debes pensar únicamente en el futuro —dijo Stirlitz y comprendió de inmediato que había dicho una frase torpe e innecesaria.

—No hay futuro sin pasado —contestó Katy y se secó los ojos—. Perdóname... Sé lo difícil que es consolar a una mujer que llora...

Las buenas intenciones

Después de entrevistarse con el pastor Schlag y recibir de él los materiales sobre las negociaciones de Dulles con el general Wolff, Stirlitz comprendió su enorme equivocación al decirle a Katy que todo ya había quedado atrás, que todo había terminado. Nada había terminado. Al contrario, todo podía comenzar precisamente ahora...

De Justas al Centro:

1. Según mi opinión Dulles no está dando una información completa a su Gobierno sobre los contactos con la SS. Supongo que esté informando a su Gobierno sobre los contactos con los «adversarios» de Hitler. Wolff no pertenece a éstos.

Roosevelt ha declarado reiteradas veces que el objetivo de Norteamérica, así como el de todos los miembros de la coalición antihitleriana, es la capitulación incondicional de Alemania. Sin embargo, Dulles ha hablado de un compromiso, y hasta del mantenimiento de determinadas instituciones del hitlerianismo.

He analizado también la idea de que Dulles se ha lanzado a una provocación contra los alemanes. Pero en la Prensa de Suiza lo llaman el representante personal del presidente. ¿Es posible que el representante personal de Roosevelt se dedique a organizar una provocación?

Conclusión: Determinados círculos de Occidente han comenzado un doble juego, o Dulles está traicionando los intereses de los Estados Unidos como país miembro de la coalición antihitleriana.

Recomendación: Es necesario comunicar a los aliados que nosotros estamos informados de las negociaciones que se llevan a cabo en Suiza. Espero que próximamente podré transmitir, a través de un enlace, todos los detalles de las conversaciones que tienen lugar entre Wolff y Dulles.

Justas.

Stirlitz fue a la «Pensión Virginia» donde se había alojado el profesor. Le había escrito en la tarjeta que «el tabaco de Virginia es aquí muy bueno». Acordaron que todo lo referente al lugar donde residiera Pleischner debería relacionarse —de un modo u otro— con el tipo de tabaco. Por ejemplo, si hubiera residido en el «Gran Hotel» le escribiría a Stirlitz: «Ni en el “Gran Hotel” pude encontrar lo que usted me había pedido: todo el tabaco es de importación y no hay del tipo «ánfora”».

En «Virginia» (Stirlitz localizó fácilmente esta pensión) no había nadie. Casi todos los inquilinos se habían marchado a las montañas. Terminaba la estación de esquiar y estas eran semanas en las que el sol tostaba la piel de un peculiar rojo bronce que tardaba en

desaparecer. De modo que todos los que tenían la mínima posibilidad marchaban a las montañas donde aún había nieve.

—Quisiera entregar varios libros al profesor sueco —dijo Stirlitz al portero—, pero he olvidado su nombre.

—El profesor sueco ya no existe. Se lanzó de una ventana y murió.

—¿Cuándo?

—Hace dos días, por la mañana. Salió de aquí muy alegre, pero no volvió.

—Qué lástima... Un amigo mío, también científico, me pidió que le entregara estos libros... Y que le llevara los que tenía el profesor...

—Llame a la Policía... Ellos recogieron todas sus pertenencias. Se las devolverán todas si usted puede probar que allí estaban también sus libros.

—Gracias —dijo Stirlitz—, así mismo lo haré.

Salió y tomó un taxi. Entonces decidió pasar por la calle donde se encontraba la casa de contacto. Allí estaba la flor en la ventana: la señal de peligro. Stirlitz lo comprendió todo. «Y yo pensaba que era un cobarde —se dijo—. Pobre Pleischner, bondadoso y fuerte... Perdóname, viejo».

De repente imaginó al profesor Pleischner tirándose por la ventana: un hombre pequeño, flaco y apacible. Pensó en el horror que debió haber experimentado en sus últimos instantes cuando decidió suicidarse aquí, en libertad, después de haber escapado de Alemania... Por supuesto, la Gestapo lo habría vigilado. O ellos mismos lo habían obligado a suicidarse, al comprender que nunca hablaría...

—Al centro de la ciudad, por favor —dijo Stirlitz al chofer del taxi—. Preferiblemente a un lugar donde pueda alquilar un automóvil por algunos días...

En cuanto Katy se durmió junto a los niños en la habitación del hotel, Stirlitz tomó dos tabletas de cafeína (casi no había dormido durante todos esos días), y se marchó a la segunda entrevista con el pastor Schlag, a quien telefoneó antes anunciándole su visita.

El pastor le dijo:

—Esta mañana no me atreví a hablarle de mis familiares, pero ahora tengo que preguntárselo: ¿Cómo está mi hermana?

—¿Se acuerda de su letra?

—Por supuesto.

Stirlitz alargó un sobre. Schlag comenzó a leer la pequeña nota: «Querido hermano, te agradezco tu preocupación por nosotros. Estamos viviendo con una familia campesina, los niños me ayudan a cuidar las vacas. Tenemos comida y nos sentimos en completa seguridad. Ruego a Dios que acaben pronto las desgracias que has sufrido: tu Anna».

—¿Qué desgracias? —preguntó el pastor—. ¿De qué habla?

—Tuve que decirle que usted había sido detenido. Fui a visitarla no como Stirlitz sino como uno de sus feligreses. Aquí tiene su dirección. Cuando todo haya terminado, usted los encontrará. Mire sus fotos: esto lo convencerá definitivamente.

Stirlitz alargó al pastor una pequeña foto. Había tomado varias en las montañas, pero era un día nublado y la calidad de la foto era muy deficiente. El pastor la contempló durante largo rato y después dijo:

—De todos modos le habría creído sin necesidad de esta foto... ¿Por qué está usted tan demacrado?

—Dios lo sabrá... Estoy un poco cansado. ¿Qué otras novedades hay?

—Hay otras, pero no puedo evaluarlas. O no hay que creer en nadie o hay que convertirse en un cínico. Dulles está negociando con la SS. Confía en Himmler.

«Wolff: Buenos días, señores.

»Voces: Buenos días.

»Dulles: Mis colegas han venido para encabezar las negociaciones.

»Wolff: Me alegro de que nuestras conversaciones se lleven a cabo con representantes de tan alto nivel.

»Gaevernitz: Me es difícil traducirle. Hable más despacio por favor.

»Wolff (riéndose). Es un hecho notable que el señor Gaevernitz desempeñe el papel de traductor en esta entrevista.

»*Dulles*: Puedo decirle que a mis amigos y a mí nos ha producido la más grata impresión el hecho de que un alto oficial de la SS comience las negociaciones con el adversario sin hacer ninguna petición para él personalmente...

»*Wolff*: Mi petición personal es la paz para los alemanes.

»*Una voz desconocida*: ¡Bravo! ¡Es la respuesta de un verdadero soldado!

»*Dulles*: ¿Nos trae algunas noticias?

»*Wolff*: Kesselring fue llamado al Estado Mayor del Führer. Es una noticia desagradable.

»*Dulles*: Usted lo supone...

»*Wolff*: No espero nada bueno de llamadas urgentes al Estado Mayor del Führer.

»*Dulles*: De acuerdo con nuestras informaciones, Kesselring fue llamado a Berlín con motivo de su nueva designación como comandante del frente occidental.

»*Wolff*: He oído hablar de eso, pero la noticia no ha sido confirmada.

»*Dulles*: Se confirmará muy pronto.

»*Wolff*: En este caso, pudiera usted quizá decirme el nombre de su sucesor.

»*Dulles*: Sí. Puedo decírselo. Es el teniente coronel Wittinhof.

»*Wolff*: Conozco a ese hombre.

»*Dulles*: ¿Cuál es su opinión?

»*Wolff*: Cumple las órdenes con mucha eficacia.

»*Dulles*: Creo que podría decirse lo mismo sobre la mayoría de los generales del Wehrmacht.

»*Wolff*: ¿También sobre Beck y Rommel?

»*Dulles*: Eran verdaderos patriotas alemanes.

»*Wolff*: En todo caso, no he tenido contactos directos o íntimos con el general Wittinhof.

»*Dulles*: ¿Y Kesselring?

»*Wolff*: Como sustituto de Goering en la Luftwaffe, el mariscal de campo tenía contacto directo con casi todos los generales del Reich del rango de Wittinhof.

»*Dulles*: ¿Cómo contemplaría usted nuestra propuesta de que fuese usted a ver a Kesselring para pedirle su capitulación en el frente occidental después de que haya logrado el acuerdo de Wittinhof sobre una capitulación simultánea en Italia?

»*Wolff*: Es un paso arriesgado.

»*Dulles*: ¿Acaso nosotros todos no nos arriesgamos?

»*Una voz desconocida*: En todo caso su contacto con Kesselring en el frente occidental podría ayudarnos a saber de modo claro y preciso si él consentiría una capitulación o no.

»*Wolff*: Como él estuvo de acuerdo en Italia, podemos suponer que no cambiará su decisión en Estrasburgo.

»*Gaevernitz*: ¿Cuándo podría usted visitarlo en el frente occidental?

»*Wolff*: Kaltenbrunner me ha llamado a Berlín, pero yo he aplazado el viaje en vista de que esta entrevista ya había sido concertada...

»*Dulles*: ¿Quiere decir que usted puede salir para Berlín inmediatamente después de que regrese a Italia?

»*Wolff*: Sí. En principio es posible. Pero...

»*Dulles*: Lo comprendo. Verdaderamente, usted se arriesga mucho, posiblemente más que todos nosotros. Sin embargo, no veo otra salida en la situación actual.

»*Una voz desconocida*: Existe una salida.

»*Gaevernitz*: Usted ha iniciado las negociaciones, pero seguramente tendrá un apoyo determinado en Berlín. Esto le permitiría buscar un pretexto para visitar a Kesselring.

»*Dulles*: Si lo que le preocupa ante todo es el destino de Alemania, entonces, en este caso, hasta cierto punto, ese destino está en sus manos.

»*Wolff*: Por supuesto, su argumento no puede dejarme indiferente.

»*Dulles*: Entonces, ¿podemos confiar en que usted irá al frente occidental a ver a Kesselring?

»Wolff: Sí.

»Dulles: ¿Cree que pueda convencer a Kesselring de capitular?

»Wolff: Estoy seguro.

»Dulles: ¿Y que el general Wittinhof seguirá su ejemplo?

»Wolff: Después de que yo vuelva a Italia...

»Gaevernitz: ¿Si Wittinhof flaqueara, cree que usted podría influir en el curso de los acontecimientos aquí?

»Wolff: Sí. Por supuesto, en caso necesario usted deberá entrevistarse con el general Wittinhof, aquí o en Italia.

»Dulles: Si le parece conveniente, podemos establecer este contacto con Wittinhof. ¿Cuándo podemos esperar que regrese de su entrevista con Kesselring?

»Wolff: Si todo marcha bien, volvería dentro de una semana y le traería a usted y a Wittinhof la fecha exacta de la capitulación de las tropas del Reich en Occidente. Para ese momento capitulará también nuestro grupo en Italia.

»Gaevernitz: Dígame, ¿cuántos prisioneros están sufriendo ahora en sus campos de concentración?

»Wolff: En los campos de concentración del Reich en Italia se encuentran varias decenas de miles de prisioneros.

»Dulles: ¿Qué pudiera ocurrirles en un futuro inmediato?

»Wolff: Hemos recibido órdenes de eliminarlos.

»Gavernitz: ¿Estas órdenes pueden ejecutarse en su ausencia?

»Wolff: Sí.

»Dulles: ¿Se podrían tomar algunas medidas para evitar el cumplimiento de estas órdenes?

»Wolff: El coronel Dollmann queda en lugar mío. Creo en él como en mí mismo. Le doy mi palabra de honor de que esta orden no se cumplirá.

»*Gaevernitz*: Señores, vamos a la terraza. Veo que la mesa ya está lista. Será más agradable continuar la conversación allí que en este cuarto donde hace demasiado calor...»

Esa noche Katy y los niños marcharon a París. Ella llevaba un mensaje cifrado de Stirlitz. La estación estaba desierta y tranquila. Katy se despidió de Stirlitz en el hotel: él no pudo acompañarla porque tenía que evitar el riesgo de ser visto por los espías de la Gestapo. Ella miró el andén vacío. Llovía. La locomotora resoplaba lentamente. En el asfalto húmedo serpenteaban borrosamente los reflejos de los faroles, como exóticas guirnaldas indias. Los ojos de Katy estaban llenos de lágrimas, porque sólo ahora, cuando la terrible tensión de estos días había desaparecido, tenía constantemente ante sus ojos la imagen de Erwin. Lo veía igual que siempre: en la esquina, junto al piano, con sus radios y tocadiscos que tanto le gustaba arreglar en los días en que no tenía que establecer comunicación con Moscú.

Stirlitz no pudo evitarlo. Fue a la estación. Quería ver, aunque fuese de lejos, cómo se alejaba el tren en que partía Katy rumbo a un país maravilloso, Francia, donde estaría segura con sus niños, de donde llegaría un enlace de confianza y adonde tal vez también él podría viajar algún día.

Stirlitz se sentó en el pequeño café de la estación junto a una gran ventana desde donde podía ver todo el tren.

—¿Monsieur? —dijo sonriendo una camarera gorda.

—Por favor, crema de leche y una taza de café.

—¿Con leche?

—No, café solo, por favor.

La camarera le trajo una crema de leche batida y café.

—Sabe —dijo Stirlitz con una sonrisa culpable—, no como crema batida desde la infancia. Quisiera crema de leche común, corriente, medio vaso.

—Oh, perdone, Monsieur —dijo la camarera tomando la lista de precios y hojeándola apresuradamente—. Tenemos crema de ocho tipos; batida, con dulce de frutas y con queso, pero no tenemos crema corriente. Por favor, le pido disculpas. Le pediré al cocinero que invente algo para usted. No comemos crema corriente, pero trataré de hacer algo...

«Ellos no comen crema corriente —pensó Stirlitz—. Y allá sueñan con un simple pedazo de pan. "Allá": en Rusia, en Alemania, en todos los países, el hambre es igual. Pero aquí hay neutralidad: ocho tipos de crema y la prefieren batida. Qué buena debe ser esta neutralidad.

Para el hombre y para el Estado. Pero cuando pasen los años, puede resultar que mientras tú mantenías tu neutralidad y comías crema batida, lo fundamental de la vida habría pasado de largo sin que lo notaras. No, esto es terrible: ser siempre neutral. ¡La neutralidad! Si no hubiéramos vencido a Hitler en Stalingrado, habría ocupado también Suiza. ¿Qué habría pasado entonces con la neutralidad y la crema batida?»

—Monsieur, aquí tiene una crema sencilla. Costará un poco más caro porque no está en el menú.

Stirlitz comenzó a reír de repente.

—Está bien —dijo—. No tiene importancia. Gracias.

El tren se puso en marcha lentamente. Él miró hacia todas las ventanillas, pero no vio el rostro de Katy. Seguramente se había metido con sus niños en su compartimiento como un ratoncito y estaría sentada esperando ver a los suyos...

Siguió con los ojos el tren que se alejaba y se levantó. No había comido la crema, pero se tomó el café.

Molotov citó al embajador de Gran Bretaña, Sir Archibald Clark Kerr, en el Kremlin para las ocho de la noche. No invitó al embajador de los Estados Unidos, Harriman; sabía que Kerr era un agente secreto británico con experiencia y de carrera y podía hablar con él sin aquella dosis de superflua emotividad que habitualmente introducía Harriman y que tanto irritaba al comisario del pueblo.

Apretando con el pulgar y el índice el filtro de cartón de su cigarrillo *kazbek*, Molotov comenzó a fumar: tenía fama de fumador inveterado, aunque igual que Stalin, nunca aspiraba el humo. En la entrevista con Kerr se mostró especialmente seco y sus ojos oscuros y agudos brillaban debajo de los lentes sin montura, cautelosa y sombríamente.

La charla fue corta. Kerr leyó la nota que le había entregado el traductor Pavlov y dijo que transmitiría inmediatamente el texto al Gobierno de Su Majestad. El texto decía:

«Al acusar recibo de su carta sobre las negociaciones que se están llevando a cabo en Berna entre el general alemán Wolff y los oficiales del Estado Mayor del mariscal de campo Alexander, debo comunicarle que el Gobierno soviético considera este asunto no como un simple malentendido, sino como algo peor.

»El general alemán Wolff y sus acompañantes fueron a Berna para llevar a cabo las negociaciones con los representantes de la comandancia angloamericana sobre la capitulación de las tropas alemanas en Italia del norte. Cuando el Gobierno soviético

declaró que creía necesaria la participación en estas negociaciones de los representantes de la comandancia militar soviética, le fue negada esta posibilidad.

»Esto significa que durante dos semanas, en Berna, a espaldas de la Unión Soviética, que lleva el peso principal de la guerra contra Alemania, estuvieron negociando los representantes de la comandancia militar alemana por un lado y los representantes de la comandancia inglesa y americana por el otro. El Gobierno soviético lo considera totalmente inadmisibile.

»V. Molotov».

La reacción de Bormann ante el informe de Stirlitz sobre las negociaciones de Wolff y Dulles fue inesperada: se alegró. Él mismo se sintió asombrado por su reacción. Berlín estaba siendo bombardeado por los ingleses, en Francfort tronaban los cañones rusos, todo se derrumbaba en el Reich, pero él había sentido una vengativa sensación de alegría. Como tenía una mente analítica, comprendió que su gozo se parecía al que sienten las mujeres envidiosas que van entrando en la vejez.

«Es mejor que sepa la verdad más cruel sobre mí mismo pensó—. Así será más fácil defenderme y atacar: conociendo mis puntos más vulnerables».

Bormann creía en la psicoterapia. Casi nunca tomaba medicinas. Se desnudaba, se esforzaba en caer en trance y dirigía una carga de voluntad hacia la parte enferma del cuerpo. Podía curarse un fuerte dolor de garganta en un día, ningún resfriado lo obligaba a guardar cama. Sabía superar la envidia, vencer la angustia. Nadie sabía que desde su adolescencia era propenso a terribles ataques de hipocondría. De la misma forma, sabría curar la dicha innoble que ahora había surgido en él.

Contuvo las ganas de descolgar el teléfono y llamar a Himmler. Imaginó el efecto que produciría en el *Reichsführer*. Se pondría a buscar febrilmente una salida.

«Pero en la búsqueda de esa salida —pensó Bormann—, inevitablemente cometería errores y se iría a ver a Schellenberg. Y es imposible imaginarse lo que sería capaz de inventar ese maldito intelectual...»

—Aquí Bormann —dijo el *Reichsleiter*—, buenos días, Kaltenbrunner. Le ruego que venga a verme inmediatamente.

«Sí —continuó pensando Bormann—, hay que actuar con mucha prudencia, a través de Kaltenbrunner. No le diré mucho tampoco. Sólo le pediré que llame a Wolff nuevamente a Berlín. Le diré que Wolff, según mis datos, ha traicionado la causa del *Reichsführer*. Le rogaré que no diga nada a mi amigo Himmler para no traumatizarlo inútilmente. Pero le

ordenaré que detenga a Wolff y que le haga hablar. Si ellos lo saben hacer con extraños, que aprendan también a trabajar así con los suyos. Después de que Wolff haya confesado y tenga sobre mi mesa sus confesiones bien anotadas, traídas por Kaltenbrunner personalmente, se las mostraré al Führer y habré acabado definitivamente con Himmler. Me quedaré solo al lado de Hitler. Goebbels es un histérico, no se le puede tomar en cuenta, además no sabe lo que sé yo. Tiene muchas ideas, pero ningún dinero. Yo me quedaría con sus ideas y con el dinero del partido. No repetiría sus errores y vencería. No importa cuándo obtendremos la victoria: la lucha misma ya encierra la felicidad y la victoria no hace más que coronar la lucha».

Como todos los funcionarios que habían trabajado durante muchos años bajo el mando del Führer, Bormann cometía un solo error en sus deducciones, generalmente muy exactas: pensaba que lo podía todo, que lo sabía todo y que lo comprendía todo mejor que sus rivales. Bormann se consideraba el organizador ideológico del movimiento nacionalsocialista y esto le hacía contemplar con cierto desdén algunos pequeños detalles; es decir, todo aquello que integra el concepto de «profesionalismo».

Ribbentrop, Goering y Himmler le temían y tenían que estar atentos a sus opiniones, pero los pequeños funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, del Ministerio de Aviación y los colaboradores del contraespionaje se reían de las instrucciones del líder del partido. Conocían todos los engranajes de sus aparatos y eran ellos los que preparaban las operaciones de la diplomacia, de los servicios secretos, de la industria y del Ejército. El diletantismo de los sabihondos como Bormann les provocaba una sorda protesta y al final un desprecio condescendiente.

Precisamente fue este diletantismo el que hizo fracasar a Bormann. Kaltenbrunner, desde luego, no dijo nada a Himmler. Cumplía instrucciones del *Reichsleiter*. Sólo había ordenado que se llamara nuevamente al general Wolff de Italia. En el enorme aparato de la Dirección de Seguridad Imperial, nada podía suceder sin que llamase la atención de dos rivales poderosos: Müller y Schellenberg. El radiofonista de Kaltenbrunner, reclutado por los hombres de Schellenberg, comunicó inmediatamente que un cable estrictamente confidencial había sido enviado a Italia: «Vigilar vuelo de Wolff a Berlín». Schellenberg comprendió la señal de peligro. El resto no ofrecía dificultades. El contraespionaje averiguó de un modo sencillo la fecha exacta de la llegada de Wolff. En el aeropuerto de Tempelhof le esperaban dos coches: uno con puertas blindadas y con tres matones del cuerpo de guardia de la cárcel subterránea de la Gestapo; el otro ocupado por el *Brigadeführer SS*, jefe de los servicios secretos políticos del Reich, Walter Schellenberg. A la escalerilla del avión se encaminaron tres hombres vestidos de negro, con caras viciosas de carceleros profesionales, y Schellenberg, gallardo y cortés, que para esta ocasión se había puesto su uniforme de general. La escalerilla fue llevada a la puerta del avión «Dornier» y, en lugar

de las esposas, fueron los fuertes dedos de Schellenberg los que apretaron las frías manos de Wolff.

Los carceleros no se atrevieron a detener a Wolff. Se atrevieron únicamente a vigilar el coche de Schellenberg. El *Brigadeführer SS* condujo a Wolff al apartamento del general Fegelein, representante personal de Himmler en el Estado Mayor del Führer. Fegelein estaba casado con la hermana de Eva Braun y esto lo convertía en un familiar directo de Hitler.

Después de haber puesto la radio a todo volumen, Himmler comenzó a gritar.

—¡Wolff, usted ha hecho fracasar la operación y me ha puesto en peligro! ¿me entiende? ¿Cómo es que Bormann y Kaltenbrunner supieron de sus negociaciones? ¿Cómo pudieron los sabuesos de Müller enterarse de todo?

Schellenberg esperó a que Himmler cesara de gritar y luego, en voz baja y extremadamente calmo, le dijo:

—*Reichsführer*, usted recordará que todos los detalles de este asunto debía prepararlos yo, ¿no es así? La operación de cobertura fue bien elaborada. Tengo lista la coartada de Wolff. Él debía introducirse en las filas de los conspiradores que efectivamente estaban buscando la paz por separado en Berna. Podemos discutir todos los pormenores. Aquí mismo, ahora, le dictaré a Wolff un informe dirigido al Führer sobre estas negociaciones con los norteamericanos que hemos descubierto nosotros, la inteligencia de la SS.

Schellenberg tuvo la posibilidad de organizar un accidente de aviación para liquidar a Wolff. Pero ignoraba qué datos tenía Kaltenbrunner. Posiblemente se trataba de alguna información general; de otro modo, habría detenido a Wolff en Italia. El escándalo de un accidente aéreo no era en estos momentos conveniente. Bormann, a través de Kaltenbrunner, podía aprovechar la oportunidad de mostrar sus datos, que habrían podido comprometer a Himmler, aunque fuesen muy generales.

Los informes enviados por Stirlitz desde Berna sobre las negociaciones de Schlag con los aliados occidentales y la historia inventada por él mismo, añadiendo varios nombres del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Luftwaffe, permitían a Schellenberg asustar al Führer con un posible complot.

Y si Wolff, un «soldado fiel al Führer, miembro de la SS y colaborador de Himmler», no se hubiera adelantado y tomado la iniciativa en las negociaciones (de acuerdo con instrucciones de sus superiores), todo lo cual precisamente informaba ahora al *Reichsführer*, nadie hubiera podido predecir el desarrollo de los acontecimientos en el futuro.

Cuando Himmler, Schellenberg y Wolff salieron del despacho del Führer, Bormann comprendió que había perdido. Intercambiando un apretón de manos con Wolff y agradeciéndole su «valor y lealtad», pensó si valdría la pena llamar a Stirlitz a Berlín y enfrentarlo a este canalla de faz muy blanca que había traicionado al Führer en Berna. Lo siguió pensando incluso después de que Himmler se hubo llevado a toda la pandilla, tranquilizado por su victoria sobre él, Bormann.

No pudo tomar ninguna decisión. Repentinamente imaginó la cara de Müller.

«Sí —decidió—, debo llamar a este hombre. No puedo actuar a medias. No sólo necesito hombres como Stirlitz. Me hace falta una persona fiel en la dirección. De otro modo, no podré acabar con Himmler. Discutiré con Müller todas las posibilidades, también le hablaré de Stirlitz. Tengo una salida: los informes de Stirlitz podrían sonar bien en el tribunal del partido, que habrá de juzgar a Wolff».

—Aquí Bormann —dijo con voz apagada al telefonista—. Dígale a Müller que quiero verlo.

«Confidencial y personal.

»Del primer ministro I. V. Stalin al presidente F. D. Roosevelt.

»1. ...Nunca he dudado de su honestidad y seriedad, así como tampoco de la honestidad y seriedad del señor Churchill. Quiero decir tan sólo que en el transcurso de nuestra correspondencia hubo de revelarse una diferencia de opiniones acerca de lo que pudiera permitirse un aliado respecto al otro aliado y lo que no debiera permitirse. Nosotros, los rusos, creemos que dada la actual situación en los frentes, cuando el enemigo enfrenta una capitulación inevitable, en cualquier encuentro de los representantes de uno de los aliados con los alemanes para tratar los problemas de la capitulación, debe asegurarse la participación del otro aliado. Esto es necesario, sobre todo, cuando este aliado ha manifestado interés en dicha participación. Sin embargo, los norteamericanos y los ingleses piensan de otro modo, consideran que el punto de vista ruso es incorrecto. Por esta razón negaron a los rusos el derecho a participar en el encuentro con los alemanes en Suiza. Ya se lo he escrito a usted, y no creo que sea superfluo repetirlo, que los rusos, en una situación análoga, de ningún modo habrían negado a los americanos y los ingleses el derecho a participar en tal encuentro. Sigo considerando correcto el punto de vista ruso, ya que excluye cualquier posibilidad de sospechas mutuas y no ofrece ninguna posibilidad al enemigo de sembrar la desconfianza entre nosotros.

»2. Es difícil admitir que la falta de resistencia por parte de los alemanes en el frente occidental se debió sólo al hecho de que fueron derrotados. Los alemanes tienen ciento cuarenta y siete divisiones en el frente oriental. Sin perjuicio alguno hubieran podido retirar de quince a veinte divisiones del frente oriental para ayudar a sus tropas en el frente

occidental. Sin embargo, los alemanes no lo han hecho ni lo están haciendo. Continúan peleando encarnizadamente con los rusos por Zmlenice, una estación casi desconocida en Checoslovaquia a la cual necesitan tanto como un muerto a un médico, pero entregan sin resistencia algunas ciudades tan importantes en el centro de Alemania como son Osnabrück, Manheim, Kassel. ¿No cree usted que esta conducta de los alemanes es más que extraña e incomprensible?

»3. En lo que se refiere a mis informantes, quisiera decirle que son personas muy honradas y modestas que cumplen sus deberes de un modo preciso y no tienen intenciones de ofender a nadie. Estos hombres han sido realmente probados...»

Stirlitz recibió orden de Schellenberg de volver al Reich. Era necesario su informe personal al Führer sobre el trabajo que él había llevado a cabo para hacer fracasar «las negociaciones solapadas de traidores como Schlag» en Berna.

Pero Stirlitz no podía regresar a Berlín. Estaba esperando el enlace del centro. Le era imposible continuar su trabajo sin tener una comunicación segura. Compraba periódicos soviéticos y se asombraba de que allá, en su patria, todo el mundo creyera que Alemania ya se había acabado, que los días del Reich estaban contados y que no se podía esperar nada imprevisto.

Sin embargo, Stirlitz sentía que podían producirse sorpresas, conociendo como nadie, desde dentro, el poderío potencial del Ejército y de la industria alemana, sobre todo ahora, después de haber penetrado en el secreto de las negociaciones con Occidente. Mientras más tiempo pasaba, más temía esas sorpresas. Ignoraba si sus mensajes cifrados, enviados a través de Katy, habían llegado al centro y al Comité Estatal de Defensa.

Sabía que si Himmler llegaba a enterarse de su papel en el fracaso de las negociaciones, o Bormann descubría su juego doble, o todos ellos alcanzaban a conocer una milésima parte de la verdad sobre él, su destino sería terrible...

Stirlitz tampoco ignoraba que al regresar a Berlín, se ponía la soga al cuello. Volver a Alemania simplemente para morir era absurdo. Él había aprendido a pensar en su vida desde afuera, como una categoría que existiese separada de él. Sólo podía tener sentido volver a Alemania asegurándose una comunicación que le garantizara un contacto inmediato con Moscú. Él necesitaba urgentemente este contacto inmediato y seguro con Moscú. En caso contrario, podía abandonar el juego: él ya había hecho lo suyo. Su conciencia estaba limpia. Estaba mortalmente cansado, pero esto no tenía importancia. Lo fundamental era que había cumplido su misión.

17-III-1945 (22 h 57 min) Se encontraron en un bar nocturno, como estaba previsto. Una muchacha alocada trataba de seducir a Stirlitz. Estaba borracha y era algo gruesa, y bonita a su modo peculiar y vicioso. Todo el tiempo le susurraba: «Dicen que nosotras, las matemáticas, somos frías. ¡Mentira! ¡También nosotras inventamos en la cama! ¡En el amor soy un Einstein! ¡Soy relativa y absoluta! ¡Te quiero a ti, bello canoso!»

Stirlitz no encontraba modo de librarse de ella. Él ya había reconocido a su enlace por la pipa, el portafolio y la billetera. Debía establecer contacto, pero no lograba separarse de la muchacha. Un escándalo era lo menos conveniente en este momento.

—Vete a mi coche —dijo Stirlitz—. Saldré en seguida, Einstein.

—¿Verdad?

—Sí, sí...

—Júralo...

—Lo juro... —sonrió Stirlitz—. Saldré pronto. No te preocupés, iré. Vete. Y escríbeme alguna fórmula nueva mientras esperas.

El enlace le dijo que el centro no insistía en su regreso a Alemania, pues comprendía que eso sería muy complejo en la situación creada y que se expondría a un gran peligro. Sin embargo, si Justas se sentía con fuerzas, naturalmente, al centro le interesaba su regreso a Alemania. El centro dejaba la decisión final al camarada Justas, a quien comunicaban que ya se había solicitado para él al Comité Estatal de Defensa y al presidium del soviet supremo de la URSS el título de héroe de la Unión Soviética, por su trabajo en la operación «Sunrise Crossword». Si Justas creía posible volver a Alemania, dispondría de comunicación con dos radiofonistas, uno en Potsdam y otro en Wedding, a su disposición. Eran seguros, pues habían sido «congelados» dos años antes.

Stirlitz preguntó al enlace:

—¿Dispone de algún tiempo todavía?

—¿Por qué?

—¿Dispone de tiempo? —repitió Stirlitz frunciendo el ceño—. Si tiene diez minutos, escribiré una pequeña nota.

—Tengo diez minutos, puedo tomar el tren de París. Pero...

—Escribiré en francés —dijo Stirlitz sonriente—, con la mano izquierda y sin dirección. En el centro la conocen...

—Tengo miedo de hablar con usted —dijo el enlace—, es un clarividente.

Stirlitz quería escribirle a su mujer que aún recordaba aquella noche en la taiga, en que ella estaba sentada junto a una pequeña ventana y la enorme luna hacía aparecer los arabescos de hielo aterciopelados, agradables y tiernos. Nunca antes había sentido aquella sensación de quietud que el destino le había deparado en aquella noche angustiosa y trágica...

Quería decirle que a menudo trataba de dibujar su cara con lápiz y acuarela. Que una vez intentó pintarla al óleo, pero acabó por romper el lienzo, porque la esencia de Sashenka contradecía el óleo categórico y espeso que en un retrato no sólo supone el parecido, sino la necesaria perfección. Y que él la descubría nuevamente en cada día de separación. Recordaba sus palabras de joven de diecisiete años. A pesar del tiempo transcurrido, aún lo asombraban la profundidad y ternura de sus palabras y su respeto tímido hacia él. Entonces les había dicho a los gendarmes: «Me avergüenzo de ustedes, señores. Sus sospechas son inmorales.»

Quería contarle sobre la vez que en París, en los establecimientos de libros junto al Sena, había leído casualmente en un librito manoseado: «Quiero irme a casa, a la vastedad del apartamento que atrae la tristeza. Entraré, me quitaré el abrigo, lo empezaré a recordar todo, y las luces que entran desde la calle me alumbrarán...»

Al leer estas líneas, Stirlitz había llorado por segunda vez en su vida. La primera vez había sido cuando, al regreso de su primera misión en el extranjero, vio la tumba de su padre. Lloró a solas, lloró de manera infantil, con sollozos lastimeros, pero no se avergonzaba de ello, simplemente creía que su pena debía vivir en él como memoria. Su padre pertenecía a mucha gente, pero el recuerdo de «papá» le pertenecía sólo a él, era un recuerdo único y Stirlitz no quería ni podía admitir que alguien se acercase a su recuerdo. Pero en aquel momento, en París, en la margen del río donde estaban los librerías, había comenzado a llorar inesperadamente para sí mismo. En estas líneas había encontrado el sentimiento que tanto necesitaba y que no había experimentado ni sentido en toda su vida. En estas líneas había visto todo cuanto imaginaba tan claramente, todo lo que soñaba, y no había podido tener ni por un solo instante.

Cómo escribir a Sashenka que el 17 de octubre del 40 (recordaba perfectamente el día y la hora), al cruzar la Friedrichstrasse, la vio a ella repentinamente y sus manos se helaron y que empezó a caminar hacia ella, olvidando que no podía hacerlo, pero al oír su voz y comprender que no era ella, siguió, sin embargo, a esa mujer hasta que ella volvió dos veces la cabeza, al principio asombrada y luego con enfado.

Cómo escribirle que había pedido tres veces al centro que le permitieran volver a Moscú, pero había comenzado la guerra...

¿Cómo expresar en palabras todo esto que imaginaba ahora?

En aquella ocasión empezó a traducir al francés los versos de Pasternak y los anotaba en forma de prosa, pero luego comprendió que no debía hacerlo, porque un enemigo inteligente hubiera podido convertir esos versos en una prueba contra él, que aparecía como un hombre que tomaba jugo de naranjas y fumaba su cigarrillo como lo dictaba la moda en el lugar donde vivía. Se metió la hoja en el bolsillo, pensando maquinalmente que sería más cómodo quemarla en el coche. A las palabras con que empezaba su carta agregó: «Creo que esto ocurrirá en un futuro cercano».

¿Cómo contarle sobre el encuentro con su hijo, en Cracovia, en el verano del año anterior? ¿Cómo decirle que el muchacho estaba ahora en Praga y que su corazón anhelaba verlos a ella y al pequeño Sasha que se había convertido en Sasha adulto sin que él pudiera verlo? ¿Cómo expresarle su amor y la desgracia de que ella no estuviera a su lado, y que esperaba el día en que al fin pudiera verla? Las palabras son poderosas únicamente cuando son muchas y se transforman en la *Biblia* o en Pushkin... De otro modo, no son más que escoria verbal.

Stirlitz terminó la carta con un «Te quiero y te beso».

El enlace miró el reloj.

—Sí, sí —dijo Stirlitz.

—Tengo un par de minutos más.

«¿Cómo puedo expresar con palabras mi angustia y mi amor? —continuó pensando—. Mis palabras están gastadas como viejas monedas. Ella me quiere y cree también en mis monedas gastadas... No puedo escribirle de este modo, estuvimos juntos muy poco tiempo y ella vive de aquellos días en que estuvimos juntos. Me quiere como a aquel ser lejano y diferente. ¿Acaso puedo escribirle de este modo?»

—Sabe —dijo Stirlitz, guardando las hojas en su bolsillo—, tiene usted razón, no vale la pena arrastrar esto a través de tres fronteras. Tiene razón. Perdone que le haya robado tiempo.





18-III-1945 (16 h 35 min) El motor del «Horch» gruñía uniforme y poderosamente. Un letrero sobre fondo azul junto a la carretera indicaba siete kilómetros para Berlín. Entre las nubes bajas se veían los lagos azules de un cielo cercano. La nieve ya se había derretido y la tierra estaba cubierta con hojas de roble del color de la herrumbre. Desde el bosque se veía el cielo azul, reinaba el silencio y se oía la humedad.

Por radio transmitían una canción de Marikka Rökk:

Diecisiete instantes de una primavera

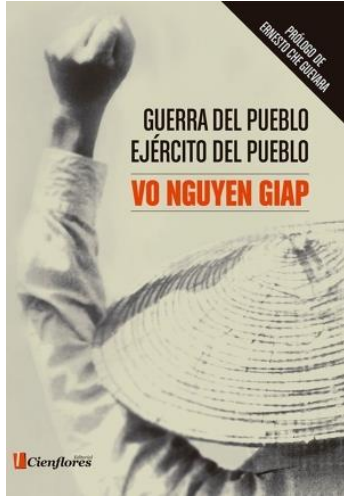
quedarán cautivos en tu corazón.

Sé que siempre habrá música alrededor, que girarán los árboles bailando,

y sólo la gaviota atrapada en la corriente se ahogará sin que tú puedas ayudarla.

Stirlitz frenó bruscamente. No había tránsito en la carretera así que salió del coche sin apartarlo de la vía. Entró en el bosque de pinos y se sentó en la tierra, donde renacía la primera hierba tímida, de un verde brillante. Stirlitz rozó suavemente la tierra. Durante largo rato estuvo allí sentado, acariciándola con las manos. Sabía lo que le esperaba cuando aceptó volver otra vez a Berlín. Tenía derecho a estar sentado mucho tiempo en aquella tierra primaveral y fría y a acariciarla con las manos...

Moscú-Berlín-Nueva York.



Guerra del pueblo, Ejército del pueblo

Giap, Vo Nguyen 9789874039231

240 Páginas [Cómpralo y empieza a leer](#)

En marzo de 1954, los vietnamitas abrieron fuego contra el bastión del colonialismo francés de Dien Bien Phu, lanzando varias oleadas cuya última, el primero de mayo, aniquiló a un enemigo ya desmoralizado. El 7 de mayo, el general Giap aceptó la capitulación del general Christian de Castries, tomando prisioneros a 16 mil hombres, y tras derribar 62 aviones enemigos. Genio logístico, convincente político y gran educador de masas, la leyenda rodea la vida de este hijo de campesinos que acabó siendo un gran amigo y aprendiz del legendario presidente Ho Chi Minh. Casi tan venerado como el Tío Ho, Giap redefinió varios conceptos de la lucha armada, en particular la guerra de guerrillas y la teoría de la guerra popular. Hombre extremadamente inteligente, Giap fue un autodidacta que llevó durante casi cuatro décadas las riendas del ejército vietnamita. Se forjó en la doctrina guerrera de Mao y la adaptó a la insondable idiosincrasia del vietnamita, fortaleza que explotó casi tan magistralmente como las debilidades enemigas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)